Investigar a la intemperie

Reflexiones sobre métodos en las ciencias sociales desde el oficio

CARLOS ARTURO LÓPEZ JIMÉNEZ
Editor académico

COLECCIÓN **TEJIDOS**
Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas

editorial
Pontificia Universidad
JAVERIANA

Investigar a la intemperie

Pontificia Universidad Javeriana

Investigar a la intemperie

Reflexiones sobre métodos en las ciencias sociales desde el oficio

Carlos Arturo López Jiménez
Editor académico









Primera edición: Bogotá, diciembre de 2020
ISBN (impreso): 978-958-781-559-7
ISBN (digital): 978-958-781-560-3
DOI: http://doi.org/10.11144/
Javeriana.9789587815603
Número de ejemplares: 400
Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Editorial Pontificia Universidad Javeriana
Carrera 7.ª n.° 37-25, oficina 1301
Edificio Lutaima
Teléfono: 320 8320 ext. 4205
www.javeriana.edu.co/editorial
Bogotá, D. C.

Corrección de estilo:
Juan Sebastián Solano Ramírez

Diagramación:
Marcela Godoy

Diseño de cubierta:
La Central de Diseño
lacentraldediseño.com

Impresión:
DGP Editores

Pontificia Universidad Javeriana | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno.





Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S. J.
Catalogación en la publicación

Flórez Flórez, María Juliana, autor
Investigar a la intemperie : reflexiones sobre métodos desde las ciencias sociales en el oficio / autores María Juliana Flórez Flórez [y otros nueve] ; editor académico Carlos Arturo López Jiménez. -- Primera edición. – Bogotá : Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2020.

240 páginas ; 24 cm
Incluye referencias bibliográficas.
ISBN (impreso) : 978-958-781-559-7
ISBN (digital) : 978-958-781-560-3

1. Investigación en ciencias sociales 2. Metodología científica 3. Investigación interdisciplinaria 4. Metodología en ciencias sociales 5. Ciencias Sociales I. López Jiménez Carlos Arturo, autor, editor académico II. Pontificia Universidad Javeriana. Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar

CDD 300.72 edición 21

inp 09/11/2020

CONTENIDO

Prefacio 9

POR UNA POLÍTICA DE LO TURBIO: PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN FEMINISTAS 15

María Juliana Flórez Flórez y María Carolina Olarte-Olarte

DEL CUERPO AL MUNDO, DEL MUNDO AL CUERPO: ETNOGRAFÍA, MIGRACIÓN Y CUIDADO 59

Camila Esguerra Muelle

UNA APROXIMACIÓN METODOLÓGICA AL SILENCIO COMO SITIO DE SENTIDO: CONVERSACIONES SOBRE PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO Y PRINCIPIOS ÉTICOS 93

Tatiana Sánchez Parra

POLÍTICAS PÚBLICAS Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS: UNA APROXIMACIÓN PARA SU ANÁLISIS 113

María Fernanda Sañudo Pazos y Jorge Daniel Leal Fagúndez

DE LOS MODELOS ECONOMÉTRICOS A LAS PRÁCTICAS ECONÓMICAS: DESPLAZAMIENTO METODOLÓGICO PARA EL ESTUDIO DE LAS ECONOMÍAS PROPIAS 141

Natalia Castillo Rojas

CONTRACARTOGRAFÍAS: MÉTODOS EN INVESTIGACIÓN SOCIOESPACIAL CRÍTICA 167

Diana Carolina Ojeda Ojeda

UN MÉTODO PARA ESTUDIAR LA HEGEMONÍA: EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL DE CONTENIDO 185

Martha Lucía Márquez Restrepo

TRAMITAR LA INCERTIDUMBRE: CUESTIONES DE MÉTODO EN UNA HISTORIA DE LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURA 203

Carlos Arturo López Jiménez

AUTORAS Y AUTORES 233

PREFACIO

Muchos métodos de investigación en las diferentes ciencias sociales cambian con rapidez, tanto por el refinamiento de las herramientas de análisis como por la emergencia de nuevos temas de investigación. A pesar de su constante actualización, los métodos son incapaces de ajustarse como una receta precisa a los grupos humanos o a las fuentes con que esos métodos entran en contacto. Siempre debemos volver sobre ellos y reajustarlos de tal forma que estén al servicio de las comunidades con que trabajamos, los documentos con que definimos archivos, las preguntas que orientan cada investigación, el sentido que esas comunidades le dan a nuestras pesquisas. El constante desbalance entre métodos y fuentes nos invita también a pensar no solo en cómo ajustar esos métodos, sino en qué medida y cómo podríamos hacer de ellos un efecto del tema de investigación y de las fuentes que procesamos, en lugar de un ordenador externo de cada procedimiento analítico.

A estos dos niveles de reflexión sobre el método, el uso efectivo de unos procedimientos y su necesidad y naturaleza, se suma un par de aspectos determinantes para el ejercicio contemporáneo de la investigación. Uno de ellos es la difuminación de las fronteras disciplinares, ya que las exigencias de los saberes formalizados sobre las comunidades y fuentes con que dialogan, de los métodos adecuados para entablar dicho diálogo, tienen menos peso en la investigación que los problemas mismos que nos ocupan; en breve, no hace falta resguardarse en las disciplinas para justificar el tipo de trabajo y los resultados. El otro aspecto determinante tiene que ver con la incidencia de las investigaciones en el presente, esto es, su dimensión comunitaria siempre atada a una política de los métodos, pues estos ayudan a definir objetos de investigación, las relaciones entre tales elementos, la primacía de los puntos de vista y la situación particular donde se ubica quien investiga, y el tipo de acercamiento que hacemos a las comunidades con que interactuamos.

Estos cuatro planos (los procedimientos metodológicos, su naturaleza, la supremacía del problema de investigación sobre los límites disciplinares y la política) conforman un volumen que se ajusta, una vez más, en función de las fuentes, las preguntas de investigación, sus objetivos, la situación de quien investiga… Así, pensar el método implica una combinatoria permanente de elementos que desborda, con mucho, los aspectos procedimentales. Estamos ante una falta de resguardo metodológico y disciplinar, pero también ante una falta de resguardo ontológico, pues ni siquiera las comunidades con que dialogamos o las fuentes con que trabajamos nos garantizan de antemano su forma o su estabilidad a largo plazo. Por ello, esta triple falta de garantía nos pone a la intemperie, ante el devenir de un trabajo que nunca promete resultados definitivos, o al menos duraderos, pero que sí hace apuestas políticas en las que se vincula, como muestran los trabajos que siguen.

Asumiendo esta condición, el Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, ha dedicado sus esfuerzos a un tipo de investigación crítica que no se ajusta a las taxonomías disciplinarias y que procura el acercamiento a problemáticas sociales concretas, en ámbitos como la migración, las políticas públicas, la producción de espacialidades, de saberes formales y no formales, de cuerpos definidos por las especificidades locales del conflicto armado colombiano, y desde perspectivas críticas como los estudios feministas, decoloniales, culturales y de las migraciones.

En estas coordenadas, tomando como punto de partida nuestros propios trabajos, quienes investigamos en el Instituto Pensar hemos vuelto sobre los procedimientos metodológicos que empleamos, no solo para reflexionar sobre nuestro trabajo, sino para hacer visibles algunos de sus aspectos que suelen quedar tras bambalinas: cómo nos ponemos en contacto con las comunidades con que interactuamos, qué procedimientos de identificación del material útil para una investigación usamos, cómo seleccionamos ese material, cómo lo ordenamos y categorizamos, para qué lo hacemos y cómo termina convirtiéndose en textos de investigación o en formas de interacción

con comunidades diversas. Al visibilizar nuestros procedimientos de investigación aclaramos nuestro modo de proceder —además de las apuestas por identificar formas de despojo, sacar a la luz, fortalecer y promover formas de lo común de grupos sociales concretos—; es decir, podremos especificar la pregunta por el presente que toda investigación social usa como orientación principal, aun si es histórica.

Este volumen está compuesto por ocho capítulos, que presentan reflexiones de método tomadas del oficio cotidiano de investigación. Bajo la orientación epistemológica de lo que Donna Haraway llama una *política de lo turbio*, María Carolina Olarte-Olarte y María Juliana Flórez Flórez recogen en su capítulo cuatro prácticas de investigación ensayadas, abandonadas, rehechas y afinadas durante los procesos de trabajo con varias organizaciones colectivas de tres regiones del país (Sabana de Bogotá, Viotá y la región del Ariari), cuyas luchas por los comunes han garantizado la vida digna y la permanencia en sus territorios: 1) mover los límites de la autoría, 2) dispersar los escenarios de producción de conocimiento, 3) cuestionar y sortear los procedimientos administrativos autoritarios y 4) incorporar la vivencia situada del territorio. En el cruce de estas prácticas ha emergido lentamente una nueva figura: la *investigadora comunitaria*.

Siguiendo la premisa de Trihn Minh-ha, "no tenemos cuerpos, somos cuerpos y somos nosotros mientras existimos en el mundo", Camila Esguerra Muelle hace una reflexión sobre la implicación del cuerpo y las políticas del espacio en el desarrollo de una etnografía multisituada, en el capítulo "Del cuerpo al mundo, del mundo al cuerpo: etnografía, migración y cuidado". Con este objetivo, traza su camino personal como medio para construir una agenda de investigación sobre migración y cuidado en el marco de lo que llama epistemología de frontera o migrante y de una experiencia de investigación de acción colaborativa.

Tatiana Sánchez Parra sitúa su capítulo en contextos enmarcados por violencias políticas y armadas, con sus repertorios de terror atravesados por el género, teniendo en cuenta que la investigación cualitativa en campo se desarrolla entre lo que nos dicen, lo que no

nos dicen y lo que nadie nos dice, pero podemos percibir. El texto adhiere a conversaciones que, desde la etnografía de la violencia, no buscan enfocarse en la violencia misma, sino que procuran comprender las experiencias humanas de guerra, sobrevivencia y resistencia definidas por sistemas de opresión entrelazados. Por ello, desde una perspectiva etnográfica, explora el silencio como espacio de producción de conocimiento, a partir de la pregunta sobre cómo leer dichos silencios y no por indagaciones sobre cómo romperlos o llenarlos.

María Fernanda Sañudo Pazos y Jorge Leal exploran algunas propuestas de análisis, formación e implementación de las políticas públicas desde perspectivas críticas. No es su intención ofrecer un *conjunto* de recetas, dado que, como admiten en su texto, cada proceso y enfoque de referencia dictarán la lógica de construcción del objeto y sus métodos de estudio, aspectos en los que, además, pesará la concepción de lo político y de la política pública y la intencionalidad del análisis. En este sentido, señalando la potencialidad de tres categorías de análisis, nos invitan a revisar la concepción clásica de política pública, preguntarnos sobre su origen, qué le ha dado lugar y su institucionalización en el marco de las reconfiguraciones de la relación Estado-sociedad. Los autores subrayan la utilidad analítica de la noción de *campo* (Bourdieu) y de tecnologías de género neoliberales, para establecer las implicaciones metodológicas de pensar la política pública de desarrollo territorial.

A partir de su estudio sobre las *economías propias*, Natalia Castillo Rojas manifiesta la necesidad de hacer un desplazamiento metodológico desde los modelos econométricos hacia las prácticas económicas, pues en su práctica de profesora de economía notó que sus enseñanzas no se ajustaban a la praxis de las economías al margen del modelo neoclásico: según los modelos econométricos las economías propias lucen un traje que no se ajusta bien a ellas y que las muestra insuficientes. Su texto describe el encuentro con las prácticas económicas y sus posibilidades de uso para el estudio de las economías propias, entendiendo las prácticas en sus dimensiones: como habilidades, sentidos y aliados. Más que una definición de las

prácticas se pueden ver las posibilidades de entender la realidad poliforme de las economías propias.

Por su parte, Diana Ojeda analiza la investigación socioespacial crítica asumiendo que el espacio produce y es producido por realidades sociales. Ella propone la noción de contracartografiar, entendida como ir en contra del mapa hegemónico para abrir espacios (simbólicos y materiales) en los que quepan otras realidades menos violentas e injustas. Esta propuesta se presenta a través de dos ejemplos: su investigación en Montes de María sobre el despojo y su investigación sobre la seguridad, como parte del grupo de investigación Espacialidades Feministas. El texto, además, presenta elementos para una investigación feminista, colaborativa, situada y encarnada.

A partir de la narración del encuentro de la investigadora con el análisis estructural de contenidos, en su capítulo Martha Lucía Márquez Restrepo establece un método para analizar la hegemonía en dos acepciones presentes en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. De un lado, *hegemonía* como la operación que produce la unidad del sujeto de la narración y, de otro, *hegemonía* como la imposición de un discurso. En el segundo sentido la autora considera que su aporte fue mostrar cómo el análisis estructural de contenidos puede ser usado para estudiar la hegemonía, mientras que en el primero, la autora construyó un método basado en la teoría constructivista acerca del nacionalismo y la hegemonía, la filosofía del tiempo y de la narración, y los estudios literarios, particularmente la narratología. De esa manera, muestra cómo diversas disciplinas pueden concurrir para solucionar un problema de campo de la ciencia política o, en otras palabras, las enormes posibilidades que ofrece la interdisciplinariedad.

Finalmente, el capítulo de Carlos Arturo López Jiménez se ocupa de las historias de la filosofía en Colombia escritas a partir de los años treinta del siglo pasado y de los rasgos que permiten definirla como una unidad de análisis, un *enclave empírico*, según el vocabulario que allí se establece. El punto de amarre de estos textos dispersos es el concepto de *marco de referencia de la modernidad*, que permite ver cómo esos textos están dominados por la inercia de las historias

sociales y políticas nacionales, y proyectan teleológicamente una filosofía idealizada a la cual se tendría acceso por vía de la historia de la filosofía de unos pocos países, en su mayoría europeos. Establecer esta unidad permite reordenar los elementos de la historia de la filosofía y dar forma a un modo de ofrecer el pasado filosófico local atado a un *reparto de lo sensible* susceptible de ser modificado.

CARLOS ARTURO LÓPEZ JIMÉNEZ

Bogotá, 13 de noviembre de 2019

POR UNA POLÍTICA DE LO TURBIO: PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN FEMINISTAS

María Juliana Flórez Flórez* y María Carolina Olarte-Olarte**

Quiero quedarme con el lío, y la única manera de hacer esto está en el disfrute generativo, el terror y el pensamiento colectivo.

Los espacios vacíos y la visión clara son malas ficciones para pensar.

Arriesgarse en un mundo donde "nosotras" somos permanentemente mortales, es decir, donde nunca tenemos el control "final". No tenemos ideas claras ni bien establecidas.

DONNA HARAWAY

Durante los últimos seis años hemos sostenido un espacio de investigación compartido donde convergen nuestros intereses por trabajar con movimientos sociales de Colombia. Específicamente, con organizaciones colectivas que, en tiempos de transición política, luchan por defender sus comunes y procesos de comunalización, es decir, aquellos lugares, riquezas, saberes, objetos o prácticas cuyo uso, propiedad, gestión o cuidado colectivizados han garantizado o pueden garantizar una vida digna en sus territorios y la permanencia en ellos.

Nuestras investigaciones, como todas, exigieron delimitar un tema de interés (luchas territoriales por los comunes y procesos de

* Psicóloga, con doctorado en Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona (España). Profesora asociada del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Correo electrónico: florez.maria@javeriana.edu.co

** Abogada, con doctorado en Derecho del Birkbeck College, University of London (Reino Unido). Profesora asociada de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes. Correo electrónico: mc.olarteo@uniandes.edu.co

comunalización en tiempos de transición); unas categorías teóricas (transición, comunes, movimientos sociales, conflictos socioambientales, despojos, etc.), y unos diseños metodológicos, con sus técnicas específicas y productos de investigación concretos. Pero, además, a medida que avanzamos estuvimos muy atentas a las interpelaciones que continuamente atraviesan, cuestionan y remodelan las apuestas políticas de nuestra praxis investigativa, y con ellas sus premisas epistemológicas, así como los hábitos y las temporalidades de nuestros métodos. La posibilidad de trabajar en espacios académicos críticos, el haber sido parte de movimientos sociales y los cuestionamientos recibidos, por parte de colegas y los propios, han sido ocasiones para interpelar el sentido de la praxis investigativa sostenida en el complejo entramado de relaciones entre la academia y los movimientos sociales.

Una interpelación frecuente tiene que ver con los compromisos pactados con las organizaciones (procesos de formación, tejido de redes, acompañamiento de denuncias, búsqueda de recursos, etc.) y los retos derivados de ellos (reformular los objetivos, modificar el lenguaje, enfrentar contextos políticos contingentes, reconocer necesidades materiales imperantes que ralentizan la investigación, entre otros). Otra interpelación viene de las demandas institucionales de las universidades donde trabajamos (preparación de clases, entrega de informes, búsqueda de fuentes de financiación, legalización de gastos, exigencias para la escritura de artículos "científicos", los ritmos de la producción académica, participación en congresos, etc.), cuyo cumplimiento asegura nuestras condiciones de existencia y, sin duda, la posibilidad de darle centralidad laboral a la investigación. La otra interpelación constante, quizás la más difícil de atender, se refiere a los compromisos con nosotras mismas. En particular, nuestra aspiración a empezar a ser más conscientes de nuestros cuerpos y a cuidarnos más, a descansar sin culpa, *aumentar, dosificar y sostener* aquello que posibilita y potencia nuestras vidas, como el disfrute de la mera presencia de otros (incluidos los no humanos).[1]

1 Aumentar, dosificar y mantener la potencia son tareas políticas de la filósofa feminista Rossi Braidotti (2009).

En últimas, se trata del íntimo y arduo cuestionamiento de luchar contra la colonización del trabajo capitalista en nuestras propias vidas. Entre tartamudeos, diría Donna Haraway, fuimos respondiendo a estas interpelaciones y, con ello, también fuimos perfilando ciertas prácticas de investigación que le dan sentido a nuestro trabajo con los movimientos sociales.

Desde ese incierto lugar de interpelación, este capítulo recoge en retrospectiva cuatro prácticas de investigación ensayadas, abandonadas, rehechas y afinadas durante los procesos de trabajo con varias organizaciones colectivas, fundamentalmente, de tres regiones del país: la Sabana de Bogotá, Viotá y la región del Ariari. Iniciamos el capítulo describiendo aspectos relevantes de sus luchas territoriales, luego precisamos algunos riesgos metodológicos propios de investigar bajo la orientación de lo que denominamos una *política de lo turbio*, inspiradas por Donna Haraway. Después, nos centramos en las prácticas de investigación: 1) mover los límites de la autoría, 2) dispersar los escenarios de producción de conocimiento, 3) cuestionar y sortear los procedimientos administrativos autoritarios y 4) incorporar la vivencia situada del territorio. Finalizamos deliberadamente el capítulo, más que con una conclusión, con una apertura: la *investigadora comunitaria* es una figura que lentamente ha emergido en el cruce de esas prácticas.

El estudio de las luchas territoriales por los comunes en tiempos de transición

Las organizaciones colectivas con las que trabajamos llevan entre quince y setenta años luchando; nuestro trabajo con ellas tiene apenas cinco años de duración, en promedio. La lucha de dos de ellas está anclada en áreas rurales, Viotá y la región del Ariari, y la otra en el área periurbana de la Sabana de Bogotá.

En las tres organizaciones se evoca el aprendizaje de los sindicatos y la Iglesia católica de base; en Viotá y la región del Ariari también se evocan los legados formativos del Partido Comunista de los años veinte del siglo pasado. En todas las organizaciones hay

participación significativa de jóvenes, como algo propio del relevo generacional. En todas hay protagonismo e incidencia tanto de mujeres como de hombres, excepto en la Sabana de la Bogotá, cuyo liderazgo es exclusivamente de mujeres; no en vano, se autorreconocen como feministas populares en construcción.[2]

Las tres organizaciones cuentan con lo que la literatura especializada (Tarrow, 1999) llama *aliados influyentes*; en este caso, ciertos sectores progresistas del Estado, la Iglesia de base católica de izquierda y otros movimientos sociales. Aliados o adversarios, según el caso, son las ONG, las agencias de cooperación internacional y las universidades. Entre sus adversarios fijos están los actores armados y las empresas cuyos proyectos productivos violentan las formas de vida que reivindican.

Los actores armados han hecho presencia en los territorios mediante la instalación de bases militares (Viotá y Sabana de Bogotá), la incursión del Ejército, paramilitares y guerrillas, las dolorosas masacres de sus gentes (Viotá y la región del Ariari) o el hostigamiento de la fuerza pública y el asesinato selectivo de jóvenes por parte de grupos paramilitares o sus recientes reagrupaciones (Sabana de Bogotá). En los tres territorios esos actores controlaron la movilidad de la población durante la primera década del 2000 mediante el toque de queda para menores de edad (aún vigente en ciertos municipios de la Sabana de Bogotá) o el confinamiento, los retenes de alimentación y medicamentos, y los desplazamientos forzados masivos (Ariari y Viotá). En el caso de los dos últimos territorios, hubo retornos parciales y progresivos de la población; en sus relatos hay ecos de los retornos de las dos generaciones anteriores, que también tuvieron que desplazarse por la confrontación entre liberales y conservadores de mediados del siglo pasado.

La actividad empresarial en los dos territorios rurales está orientada a la reconversión económica del suelo para privilegiar proyectos minero-energéticos y monocultivos de palma aceitera o caña de

2 Al respecto puede revisarse sus dos recientes publicaciones, recogidas bajo el título *La economía del cuidado como práctica* y *Discurso político de mujeres populares, como proceso que sostienen la vida.*

azúcar (en la región del Ariari) o proyectos de control hídrico o turismo corporativo (en Viotá). En todos los casos habría una significativa proletarización del campesinado y, en el caso del sector turístico, un abandono de la vocación campesina. En la Sabana de Bogotá la actividad empresarial también ha logrado la reconversión del suelo, que, ya estéril y contaminado por soportar durante cuarenta años cultivos industriales de flores, actualmente es considerado un área óptima para la minería (de piedra caliza) o la instalación de un puerto seco para Bogotá (que alberga bodegas industriales y de almacenaje).

En el contexto colombiano estas dinámicas productivas, laborales y socioambientales son relevantes para analizar críticamente lo que ha sido entendido como las continuidades e intensificaciones de las múltiples violencias socioeconómicas asociadas a la transición política (Franzki y Olarte, 2013; Olarte-Olarte, 2019, entre otros). Desde este enfoque crítico rebatimos la frecuente exclusión o domesticación de cuestiones relativas a la inequidad económica y la redistribución de los análisis transicionales. Entendemos tal exclusión y domesticación como una consecuencia de reducir las preocupaciones socioeconómicas a una discusión "estrecha de las reparaciones" y de la lectura de la desigualdad como un mero "telón de fondo contextual" (Miller, 2008, pp. 266, 273-280). En particular, nos interesa cuestionar la sistemática exclusión en el debate de las transiciones de temas como las decisiones socioeconómicas sobre el territorio y los recursos; la correlativa inmunidad del desarrollo económico como el marco casi incuestionable de las decisiones en los posconflictos; la pregunta por quiénes se benefician del control y la regulación de la explotación de los recursos naturales durante el posconflicto; la criminalización de los disensos sobre el uso y el destino de los recursos y el territorio; y el alto grado de inmunidad política de la transferencia y distribución de las cargas y los costos de las decisiones económicas y ambientales. En ese sentido crítico, las organizaciones de los tres territorios están comprometidas con denunciar y resistir las violencias asociadas a las transiciones, así como con proponer alternativas transicionales que apuestan por mantener o recuperar la vida campesina en sus territorios.

Asimismo, sus luchas están en sintonía con lo que Maristella Svampa denomina el “giro ecoterritorial de los movimientos sociales latinoamericanos” para referirse a la convergencia de las luchas ambientales, la defensa del territorio y procesos comunitarios (Svampa, 2011, p. 190).[3] Este giro, entre otras cosas, alude a la defensa del territorio, entendido como un lugar en el que los modos de vida y de relacionarse con el entorno son inseparables de las disputas ecológicas y ambientales; su defensa también alude a la exigencia de autodeterminación como base de las luchas para permanecer en un territorio determinado. Quizás por esto, muchos de los movimientos sociales colombianos se refieren a sus luchas en términos de defensa de la vida y del territorio, antes que como movimientos pacifistas. De ahí que también muchos movimientos hayan incorporado a sus demandas el cumplimiento del punto uno, sobre la reforma rural integral, del *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera* (Gobierno de Colombia y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia [FARC], 2016).

Esa actual centralidad de las invocaciones a la defensa del territorio y la vida en Colombia, en el contexto del giro ecoterritorial, abre, por lo menos, tres cuestiones fundamentales para comprender la investigación con movimientos sociales: 1) la imposibilidad de pensar la paz de espaldas a las reivindicaciones territoriales y socioambientales o socioecológicas. De hecho, el alcance y el significado de la paz territorial es parte de las disputas de numerosos movimientos sociales que están posicionando como objeto de sus luchas el cuestionamiento a la planeación territorial, así como a la orientación desarrollista de la regulación rural y de la comprensión de las riquezas naturales.

3 Múltiples autores han hecho referencia a este cambio en la orientación de los movimientos sociales latinoamericanos con diferentes denominaciones. Estas denotan la proliferación de discusiones acerca del alcance de la noción de territorio y las disputas políticas sobre el significado de lo ecológico, lo ambiental y lo territorial, en contraposición a lecturas reductivas del territorio como un elemento definitorio del Estado. La relevancia de estas discusiones excede los objetivos de este artículo y serán abordadas en otro texto que estamos desarrollando sobre luchas por los comunes en tiempos de transición.

2) El cambio de énfasis de la defensa de los derechos humanos a las disputas ambientales o ecológicas. Sin abandonar las luchas enfocadas en la defensa de los derechos humanos, el ambientalismo tiene más peso en su autodenominación actual. 3) La resistencia de varios movimientos ante la deliberada separación que ciertas políticas territoriales establecen entre, por un lado, la historia del conflicto armado y, por otro, los proyectos de desarrollo que continuaron durante el posconflicto, o que iniciaron con él. Se trata de una separación que atraviesa múltiples decisiones económicas sobre el territorio y que tiene el grave inconveniente de presentar las iniciativas de desarrollo como una precondición clave para alcanzar la paz.[4] Como consecuencia, no solo las medidas para promover cierto tipo de productividad son artificialmente escindidas de la historia del conflicto, sino que, además, inciden en la manera en que las instituciones responden y controlan los disensos sobre el uso y destinación del territorio y los recursos (Olarte-Olarte, 2019). De ahí la importancia de investigar tanto el giro socioambiental en contextos de reorganización territorial como la constante criminalización de la protesta socioambiental.

En este escenario de debate, un referente de las luchas atadas a los territorios que amerita un análisis particular es el de los *comunes y los procesos de comunalización*. Siguiendo el trabajo de J. K. Gibson-Graham (2011), serían las prácticas, saberes, objetos —y añadimos lugares y riquezas— cuyo uso, propiedad, gestión y cuidado, en la medida que son colectivizados, garantizan la continuidad de su vida. En este sentido, las luchas territoriales de las organizaciones con las que trabajamos buscan proteger, mantener o recuperar comunes como fuentes hídricas (en los tres casos), acceso y manejo comunitario del agua (en Viotá y la región del Ariari), gestión colectiva de

4 Este es el caso, por ejemplo, de la Ley Zidres (Ley 1766 de 2016), que permite la entrega a empresarios agroindustriales de grandes extensiones de baldíos que, en principio, estaban destinados a campesinos sin tierras; también el reciente fallo de la Corte Constitucional (Sentencia SU-095, 2018) que veta las consultas populares locales como mecanismo para decidir sobre la explotación económica del subsuelo.

terrenos y prácticas de cultivo y cría de animales (en todos los casos) y rutas arqueológicas (en Viotá). El menoscabo de esos comunes y los procesos de comunalización por parte de empresas corporativas —en algunos casos, en complicidad con actores armados, pero también como parte de iniciativas gubernamentales— está asociado a lo que llamamos el *derecho a destruir*, en este caso, los complejos sistemas de vida humana y no humana (orgánica e inorgánica) (Olarte, en prensa). Ese menoscabo, además, hace que esos territorios sean altamente susceptibles a la proliferación de lo que Diana Ojeda (2016) llama los *paisajes del despojo*, es decir, escenarios sometidos a procesos violentos "de reconfiguración socio-espacial y, en particular, socio-ambiental, que limita la capacidad las comunidades decidir sobre sus medios de sustento y formas de vida" (p. 21). Las proliferaciones de sofisticadas formas de despojo incluyen prácticas que no despliegan necesariamente el uso de la fuerza física inmediata y evidente. Además, su carácter es continuo, y en muchos casos cotidiano e, incluso, objeto de procesos de legitimación que oscurecen la violencia que los sustenta. Todos estos complejos procesos involucrados en las luchas por los comunes y los procesos de comunalización en tiempos de transición son los que nos interesan.

Riesgos epistemológicos y metodológicos de la política de lo turbio

Inicialmente, el *tipo de investigación* que realizamos no nos resultó tan evidente; al menos no desde la angustia de la coherencia entre la formulación de los proyectos y su ejecución. En algún punto, nos pareció que estábamos haciendo investigación colaborativa, dado que la labor conjunta entre activistas y academia fue una constante a lo largo del proceso investigativo. Sin embargo, el término *colaborativo*, de corte más anglosajón, en nuestro caso se queda corto por dos razones. Primero, porque al usarlo nos daba la impresión de estar descubriendo el agua tibia al considerar que las perspectivas críticas latinoamericanas (educación popular, investigación acción-participativa, teología de la

liberación, psicología comunitaria, entre otras) ya habían ofrecido alternativas de trabajo con los movimientos sociales desde los años setenta ante la crisis del paradigma positivista de las ciencias sociales. Segundo, porque la invitación de esas organizaciones no es tanto a colaborar como a *solidarizarse*. Si bien ambos términos tienen un carácter bidireccional, la colaboración tiene más la connotación de un lazo que tiende a nacer y morir en un punto espaciotemporal determinado, mientras que la solidaridad, además de implicar la colaboración, es intermitente, de algún modo imprescindible y, ante todo, emerge del reconocimiento de unos lazos creados que no buscamos ni queremos negar.[5]

Más afín que la investigación colaborativa parecía la investigación acción participativa (IAP). Muchas veces catalogaron nuestros procesos investigativos bajo esa categoría. Ciertamente esos procesos tuvieron un alto componente de acción y, en casi todas sus etapas, contaron con la participación no meramente formal de miembros de las organizaciones. Sin embargo, tampoco podemos considerar que las investigaciones quedaran recogidas bajo esa denominación porque sus intereses no fueron delimitados con las organizaciones (como exige la IAP); por el contrario, llegamos con intereses muy precisos en torno a las transiciones y los comunes. Por otro lado, aunque los objetivos y ritmos de las investigaciones fueron frecuentemente negociados, rebatidos e incluso replanteados, como veremos más adelante, nos deslindamos de la premisa epistemológica de la IAP —compartida por otras perspectivas del pensamiento crítico latinoamericano de los setenta— según la cual una finalidad central de la investigación con las comunidades es despertar su consciencia crítica. Si bien varios momentos de la investigación han sido remodelados por una reflexividad que llama a cuestionarnos la conciencia de clase, raza, género, sexualidad, entre otras, esta interpelación ha sido bidireccional y atenta al riesgo latente de pretender asumir un estadio de consciencia

5 La distinción que establecemos entre colaboración y solidaridad contrasta con la diferencia que el movimiento indígena del Cauca (Colombia) establece entre las figuras de *colaboradores* y *solidarios*, la cual es referida por Joanne Rappaport (2006).

superior que las personas con quienes trabajamos. No valía la pena, entonces, hacer calzar nuestra investigación en esa categoría de la IAP.

Más allá del carácter colaborativo o participativo y atado a la acción, nuestra praxis investigativa sigue premisas, sobre todo, feministas y descolonizadoras. Aunque en nuestras investigaciones ambas premisas tienen una relación de dependencia mutua, este capítulo lo dedicaremos al primer tipo de premisas. Al segundo ya le hemos dedicado varios textos; aquí solo basta con subrayar que una premisa descolonizadora de la que partimos en nuestras investigaciones es que los movimientos sociales producen conocimientos de los problemas contemporáneos y sobre sí mismos tan válidos como los producidos por la academia (Flórez, 2005, 2015). En consecuencia, y en contravía de la tendencia predominante a evaluar a esos actores según criterios establecidos *a priori*, optamos por derivar esos criterios del diálogo *con* ellos y no *sobre* ellos (Flórez y Olarte, en prensa).[6]

Nuestras investigaciones son feministas, no tanto porque estudian temas que la agenda feminista puso sobre la mesa (que es una manera muy importante de hacer feminismo), sino porque nuestra praxis investigativa sigue la idea movilizada por ciertos feminismos según la cual los intentos de crear y sostener vínculos de solidaridad entre académicas y activistas generan tensiones altamente problemáticas, pero también productivas. Nos referimos a los nudos, las inflexiones, las rupturas y los giros que no con poca frecuencia se viven en los procesos de investigación, los cuales exigen poner en riesgo algunas de sus premisas. Por ejemplo, el primer acercamiento a las organizaciones no estuvo exento del temor al rechazo —algo que, en algunas ocasiones, efectivamente sucedió—; tampoco lo estuvo de

6 Con esta premisa radicalizamos el argumento de quienes han insistido desde hace varios años en la capacidad de los movimientos sociales para constituir *terrenos cognitivos* (Eyerman y Jamison, 1991) o para desplegar *prácticas intelectuales extraacadémicas* (Mato, 2002); también entramos en sintonía con quienes más recientemente también argumentan que los movimientos sociales producen un conocimiento activista (Escobar, 2008), que hay temas éticos a tratar en esa producción del conocimiento (Chesters, 2012) y que es posible hacer una coproducción situada de conocimiento con ellos (Arribas, 2018).

la desconfianza, no sin sustento, de las organizaciones y algunos de sus miembros hacia nosotras por pertenecer al mundo universitario y, más aún, por tratarse de universidades privadas y consideradas elitistas. Siguiendo esta premisa feminista de las tensiones como algo altamente productivo, además de presentar y negociar los objetivos de la investigación con las comunidades, en todos los casos buscamos hacer explícitas esas tensiones, en forma reflexiva. De ahí que —y esto es lo que queremos resaltar en este capítulo— cataloguemos la nuestra como investigación feminista, a secas.

Como sustrato de ese tipo de investigación, la *postura epistemológica* de la que partimos es el *conocimiento situado* propuesto por Donna Haraway (2019), es decir, un conocimiento que asume la responsabilidad de los límites del lugar desde donde conoce. Asumir con esta autora una perspectiva localizada, parcializada, explícita y hasta descaradamente interesada, además de reconocer las marcas del propio saber (sus límites de clase, sexo/género, raza/etnia, sexualidad, procedencia, etc.), implica aprender a deslizarse paradójicamente entre las consecuencias de asumir una de las dos tendencias epistemológicas predominantes en las ciencias sociales contemporáneas y que han polarizado la historia reciente del feminismo: el empirismo crítico y el socioconstruccionismo radical. Según la autora, el conocimiento situado busca distanciarse de la asepsia propia del empirismo crítico, y de cierto afán e impostura metodológica de aspirar a investigar manteniendo una actitud científica distante y neutral; una perspectiva que garantice el análisis de resultados sin haber sido tocado por el sujeto investigado —en este caso, por activistas y sus territorios—. Según Haraway, esta forma de operar sigue la lógica de la autoidentificación y rige a su muy atinada figuración del *testigo modesto* (1997). Ciertamente, para nosotras esta lógica ha sido un riesgo, dado que nos formamos en la asepsia del derecho y la psicología que sigue siendo reivindicada por muchos de nuestros colegas, los estilos escriturales académicos y los procedimientos institucionales que, supuestamente, garantizan la rigurosidad científica. Por otro lado, continúa Haraway, el conocimiento situado también exige deshacerse de la peligrosa tendencia del

socioconstruccionismo radical a la fusión con el sujeto de estudio. Entendemos que, en este punto, ella advierte sobre el peligro de la fantasía de fusión de las vivencias de quien investiga con las del sujeto investigado, que en nuestro caso sería con las vivencias de lucha de quienes son activistas. Esta manera de operar, explica la autora, sigue la lógica de la identificación, en oposición a la autoidentificación.

Si bien Haraway no desarrolla la figura que encarna la lógica de la identificación, hallamos una clave para hacerlo en el conocido ensayo de Chandra Talpade Mohanty (1984/2008), "Bajo la mirada de Occidente: academia feminista y discurso colonial". Allí la autora argumenta que el feminismo occidental coloniza discursivamente las heterogeneidades materiales e históricas de las diversas vidas de las mujeres definidas como no occidentales y las produce/representa, bajo la categoría "mujeres del Tercer Mundo", como un grupo homogéneo y víctima de varias estructuras (legales, económicas, religiosas y familiares) y, por tanto, carentes de agencia histórica y política. De este análisis nos interesa el énfasis en la representación de las mujeres del Tercer Mundo como víctimas por su revés: la autorrepresentación de las feministas occidentales como las llamadas a salvarlas.

Si llevamos esta doble representación a nuestras investigaciones tenemos que corremos el riesgo de recrear un posicionamiento de salvadoras (y su contraste peligrosamente binario, el de víctimas), en nuestro afán de contribuir a las luchas por los comunes y la permanencia en los territorios. De ahí que, a contraluz de la figura del testigo modesto, hayamos tenido la urgencia de nombrar a *la Salvadora* como la figuración que sigue la lógica identificadora —en femenino porque subraya la denuncia del cuidado sacrificial que vienen haciendo varios feminismo desde hace rato (véase Esguerra, Sepúlveda y Fleischer, 2018; Hernández, 2015); en mayúscula porque, paradójicamente, su ímpetu resolutivo es tan patriarcal como el Dios todopoderoso al que busca combatir; y en singular porque, a contracorriente y sola contra el mundo, se echa encima todas las cargas retornando a la visión liberal del sujeto individual contra la que también lucha—. Esta figura de la Salvadora, mucho más que la del testigo modesto, es cercana a nosotras

y, en general, a quienes nos reconocemos de algún tipo de izquierda; incluso, cuando algunas veces la vemos rondando a los movimientos sociales cuando conversamos con activistas. Por eso, creyendo haber saldado con menos dificultad el peligro de la asepsia del testigo modesto, procuramos conjurar a la Salvadora, tratando de estar muy alerta a no aspirar a la fusión identitaria. Ciertamente, no ha sido fácil.

Asumir todos estos riesgos epistemológicos exige poner en práctica lo que llamamos una *política de lo turbio*, también inspiradas en Haraway (2016). Ella emplea el término *muddle* ('turbación', 'embrollo', 'revuelo', 'revoltijo', 'lío', 'jaleo'…) como un tropo teórico que problematiza la centralidad que la claridad visual ha tenido para el pensamiento (p. 174). Su apuesta es por "una colaboración no arrogante con todos aquellos en la turbación [*muddle*]". El enturbiamiento aquí denota el compromiso de pensar fuera del binario objetivismo-relativismo, para dar cabida a un posicionamiento reflexivo sobre las propias prácticas de producción de conocimiento.

En términos de las relaciones entre humanos, esto es una invitación tanto para el objetivismo del empirismo como para el relativismo socioconstruccionista a abrirse a la posibilidad de representar sin escapar a ser representadas. Sobre este punto, Haraway (1995) insiste en que su apuesta no es la política de la autoidentidad, basada en la distancia aséptica, en el nexo nulo con el otro; tampoco la política de la identidad, producto de la fantasía de fusión con quien se trabaja. Su apuesta es por la *política de la afinidad*, basada en lo que ella llama una *conexión parcial*, no nula ni total, sino parcial con el otro (humano y no humano). En nuestro caso, las investigaciones están movidas por una política de afinidad con ciertas luchas por los comunes, con las cuales se tejen unas conexiones con los movimientos sociales que, por ser parciales, pueden ser al mismo tiempo certeras y, no obstante, abrigar disensos.

Cuando las relaciones son entre humanos y no humanos, el enturbiamiento invita a repensar cómo comprendemos las múltiples temporalidades de una tierra dañada para aprender a vivir en y con ella (Haraway, 2016). Aprender a moverse en medio de lo turbio es particularmente pertinente para convocar a las ciencias a lidiar con las

complejidades, contradicciones, confusiones y complicidades que atraviesan tanto la distribución violenta de la riqueza y las consecuencias de sus afectaciones ambientales (véase Beynon-Jones y Grabham, 2019; Gibson-Graham, 2011) como las materialidades, los entrelazamientos y desórdenes que sustentan la vida y la existencia. Entendemos que con ese enturbiamiento Haraway (1997) también reivindica el embarrarse las manos en la investigación y hace una franca invitación a "ser sucias y finitas antes que trascedentes y limpias" (p. 36).

Inspiradas en esta política de lo turbio, nuestras investigaciones apuestan por identificar la experiencia y el conocimiento situado de los movimientos sociales, sus modos de vida y luchas en tensión con lecturas expertas del territorio y sus elementos —su intervención y topología economicista—. El objetivo es propiciar otras escalas espaciotemporales para narrar redes heterogéneas entre humanos, no humanos, instituciones y artefactos. Para ello, es necesario identificar el acceso desigual a recursos sociales, intelectuales y espaciales más amplios; encontrar formas de representar los recursos políticos, económicos, culturales textuales y afectivos a través de los cuales el conocimiento de los territorios es disputado y negociado en tiempos de transición. Metodológicamente, es preciso identificar las prácticas de investigación que articulan esas apuestas, así como las técnicas de investigación que exigieron y los productos de investigación concretos en los que culminaron.

Prácticas de investigación: articulación ético-política entre epistemología y metodología

Reconocer la productividad metodológica de las tensiones que surgen entre la academia y los movimientos sociales, y asumirlas desde una perspectiva situada, abre en la cotidianidad de la investigación preguntas serias sobre la articulación entre la epistemología (una visión del conocimiento como vulnerable e inacabado) y la metodología (la coherencia entre el tipo, los procedimientos y las técnicas de investigación). La propuesta central de este capítulo se refiere al modo como resolvemos esa articulación en términos de prácticas de investigación.

De la noción marxista de praxis, que usamos varias veces en el texto, nos interesa el énfasis en la materialidad. Sin embargo, el *ethos* marxista no alcanza a problematizar la relación entre la investigadora y los otros, como lo reclaman constantemente los feminismos de los que partimos. Por su parte, la noción de práctica de Bruno Latour también es muy afín a nuestra propuesta, porque hace énfasis en las mediaciones y el registro que estas permiten de los embrollos que acontecen entre los actantes. Sin embargo, su talante objetual no es tan pertinente para lo que queremos expresar. Este sentido queda mejor recogido con aproximaciones posestructuralistas.

En su preocupación por *la práctica de sí*, Michel Foucault aborda la práctica como modos de pensar y obrar. Esta elaboración atraviesa la articulación ético-política entre epistemología y metodología en nuestro trabajo. Las discusiones que inspiraron este libro nos lanzaron de nuevo a repensar esta elaboración foucaultiana y, en ese escenario de lectura mutua, retomamos el uso que de ella hace Carlos Arturo López (2018). En este ejercicio retrospectivo, definimos las prácticas como los modos reflexivos y reiterativos de proceder (pensar, obrar y sentir) que, incluso en situaciones de tensión crítica, permiten que siga teniendo sentido desarrollar ciertos procedimientos, aplicar ciertas técnicas y construir determinados productos.

Por su orientación feminista situada y descolonizante, estas prácticas de investigación no pueden reducirse a procedimientos (o métodos) ni al nivel de las técnicas. Tampoco pueden reducirse, si bien la incluye, a la manifestación de apuestas políticas expresadas, por ejemplo, en productos de investigación. En este nivel, siempre tambaleante, ellas funcionan como una articulación ético-política entre epistemología y metodología.

Las prácticas de investigación evitan que los modos de investigar caigan en la sedimentación (procedimental) y la estabilización (rutinaria). Por su carácter creativo, son *potentia* pura, posibilidad que no tiene nada asegurado; por su vulnerabilidad deben ser ensayadas, abandonadas, rehechas y afinadas y, por supuesto, también

pueden ser cooptadas por la academia, los departamentos administrativos de las instituciones científicas y académicas.

Expondremos las cuatro prácticas de investigación que le han dado sentido a nuestro trabajo en momentos de tensión y desasosiego. Lo haremos atendiendo al ámbito en el que establecen unos modos particulares de proceder, así como a la mayor o la menor dificultad para *sostenerlas* según el caso.[7] Además, en un plano epistemológico señalaremos las tensiones investigativas de las que emergen y, en uno metodológico, las técnicas de investigación alternativas y los productos propuestos para lidiar con esas tensiones.[8]

PRIMERA PRÁCTICA: MOVER LOS LÍMITES DE LA AUTORÍA

Convencionalmente, el mundo académico exige seguir procedimientos de citación estandarizados de instituciones científicas como, por ejemplo, la American Psychology Association (APA), la Modern Language Association (MLA) o el *Oxford Handbook*. Se trata de localismos del Norte global, o variaciones locales de estos, convertidos en estándares institucionales que colonizan los modos académicos de escribir en por lo menos dos vías. De un lado, establecen normas bajo las cuales no es posible citar a los movimientos sociales como productores de conocimiento, sino como informantes o fuentes primarias, que luego deben pasar por el filtro del análisis académico. Sus propuestas suelen ser citadas como parte del corpus de análisis o en la sección de anexos. De otro lado, ciertos estándares ignoran las condiciones del lugar donde ese

7 Aquí seguimos a Rossi Braidotti (2009), que, inspirada en Spinoza, establece que una tarea política del *sujeto nómade* es *sostener* la propia potencia.

8 Nos referimos a ellos deliberadamente como "productos" para resaltar su creciente fuerza en el capitalismo cognitivo universitario (cfr. Berardi, 2003; Lazzarato, 2004; Galcerán, 2007). De hecho, casi ninguno ha sido reconocido por los sistemas de evaluación de producción intelectual cientificistas; esto, a pesar de que fueron producidos para las organizaciones y, casi siempre, con ellas, y constituyen un referente importante para respaldar sus luchas y las de sus comunidades.

conocimiento es producido. Bajo estos procedimientos de citación, la autoría intelectual queda atada a un ámbito de aparente transparencia y estratificación exclusivamente academicista que elimina las tensiones e interpelaciones entre las múltiples formas de producción de saber sobre la acción colectiva.

La adscripción colonial a estas normas nos pone en tensión a la hora de publicar. Por un lado, debemos seguirlas si queremos publicar nuestras investigaciones; una aspiración que no queremos ni podemos abandonar, pues de ella depende la posibilidad tanto de construir un espacio adicional de debate y denuncia clave para la movilización como de recibir reconocimiento simbólico y material por hacer aquello en lo que creemos. Aun conscientes de lo anterior, por otro lado, procuramos subvertir esas normas porque niegan el conocimiento de los movimientos sociales sobre sus propias luchas y la configuración y comprensión de los problemas que enfrentan. Para lidiar con esta tensión ensayamos dos modos de mover los límites de la autoría aceptados por la academia.

Uno es trastocar los *procedimientos de citación* de modo que los conceptos, análisis y valoraciones producidos por los movimientos sociales puedan ser ubicados y tratados como contribuciones que no solo alimentan, sino que, incluso, dialogan con los producidos por quienes son considerados expertos en su estudio.[9] Por ejemplo, cuando algunas autoras y activistas convergen en un análisis, una y otra son citadas. Otro modo de citación alternativa es reconocer explícitamente aquellas conversaciones con los movimientos sociales que permitieron anudar una idea sustancial; por ejemplo, esas conversaciones han contribuido significativamente a la construcción de los mapas colectivos y colaborativos que registran alrededor del mundo la proliferación de conflictos socioambientales; también han sido decisivos para comprender

9 Sobre la colaboración entre movimientos y científicos en un marco de "ciencia con la gente" en contextos en los que la incertidumbre y las complejidades éticas son centrales, véase, entre muchos, Conde (2014). Sobre la tensión entre el conocimiento producido localmente y los movimientos, de un lado, y el conocimiento "técnico" o "científico", por el otro, los estudios críticos de la ciencia y tecnología han contribuido significativamente. Véase, entre otros, Elam y Bertilsson (2003), Fischer (2000) y Hess (2015).

el carácter relacional del territorio y captar la interdependencia entre elementos o seres orgánicos e inorgánicos (véase Temper, Bene y Martínez-Allier, 2015). Otra forma de citación en esta vía es reconocer con gratitud explícita las ocasiones en las que otras personas nos permiten afinar una idea (véase las obras de Donna Haraway y Arturo Escobar). Un último intento de esta práctica, que requiere un gran esfuerzo, con frecuencia fallido, es abrir la discusión con algunas revistas académicas en las que hemos publicado de modo que admitan otras formas de citación que no confinen los conocimientos de los movimientos sociales y su análisis e impidan citarlos como autores. En términos narrativos, los procedimientos de citación alternativa referidos apuntan a la urgente necesidad —que agudamente advierte Ochy Curiel (2014)— de dejar de ver a los movimientos sociales como fuente de testimonio para empezar a considerarlos fuente activa de conocimiento. Esta modalidad de práctica puede intentar sostenerse con relativa facilidad en cualquier escenario investigativo, desde la escritura hasta una ponencia o una clase.

Un segundo modo ensayado para mover los límites de la autoría es, precisamente, la *coautoría*, tomando la decisión deliberada de escribir los artículos de investigación *con* activistas de los movimientos sociales. Con esta práctica hemos escrito conjuntamente artículos y capítulos de libros, en español y en inglés y para publicaciones nacionales e internacionales (Olarte-Olarte y Lara, 2018; Veloza, Cardozo y Espejo, 2017). La coautoría ha complejizado nuestra propia comprensión de la escritura y sus temporalidades. Así, no implica tanto el acto material de sentarse (generalmente, frente al computador) a escribir el texto o a pulirlo tras recibir la evaluación de pares, es decir un acto en el que varias personas bajo dinámicas de conversación asumen presupuestos compartidos diáfanos. En nuestro caso, más bien, la práctica de la coautoría abarca múltiples momentos y procesos escriturales y, sobre todo (y casi siempre sin computador), que dediquemos más tiempo y esfuerzo del usual a pensar conjuntamente la estructura del texto, construir en diferentes momentos las ideas y la forma de narrarlas, tomar la decisión de quién escribirá qué, traducirnos mutuamente,

discutir los criterios del orden de aparición de las autoras y, por supuesto, debatir la literatura académica sobre su lucha o luchas afines en espacios formalmente acordados, pero, sobre todo, en conversaciones informales. Siguiendo la crítica de la feminista Davina Cooper (2014, 2015) a la tendencia individualizante de las prácticas de citación en la academia occidental, una coautoría como la ensayada considera que el acto de escribir incluye aquellos momentos colectivos cuando surge una idea, un concepto o una crítica, cuya autoría es imposible de adscribir a un individuo en particular y de espaldas a la situación. En tal sentido, esta modalidad de práctica no solo rescata esa parte del proceso de escritura que suele quedar invisibilizado por el fetichismo académico en torno a la figura del autor, como alguien aislado escribiendo para y en su entorno académico; además, cuestiona la visión fracturada del conocimiento que promueve la academia al cercenar el producto de la investigación (por ejemplo, el artículo científico) del turbio proceso de producción colectiva de conocimiento que lo habilita.

Sin duda, esta modalidad de práctica es más contundente para mover los límites de la autoría que la primera, pero también es más difícil de sostener, pues exige mucho tiempo y esfuerzo, y cuyas compensaciones son más evidentes para quien es de la academia que del movimiento social. De hecho, la hemos podido ensayar y sostener solo con una de las organizaciones, cuyas activistas tienen formación académica. También hay que decir que la coautoría es más fácil de sostener cuando el movimiento social y nosotras mismas estamos en un momento de fortaleza.[10] En una ocasión, la suspendimos deliberadamente para ganar distancia de la organización; en otra, un activista de otra organización la dejó en suspenso porque quiso darle prioridad a su cultivo. Entre las evaluaciones de esta modalidad de práctica, cuestionamos la decisión de ubicar nuestros nombres en últimos lugares del listado de autoría, porque, si bien comenzar por las activistas es un gesto de horizontalidad, también es cierto —como argumentó una de ellas— que ese tipo de convenciones academicistas poca importancia

10 Agradecemos esta observación a Margot Pujal (comunicación personal, 2005).

tiene para el movimiento social. En cambio, para nosotras tiene mucha, puesto que los esquemas académicos de producción de conocimiento sí castigan el orden de la autoría. Por ejemplo, Colciencias (ahora Ministerio de Ciencias) asigna la puntuación según el orden de aparición de los autores, fomentando además la competencia y las jerarquías, lejanas al trabajo colaborativo que reclama por otros mecanismos. Finalmente, debemos decir que de los seis audiovisuales realizados, productos sobre los que hablaremos más adelante, tan solo en el último reparamos en el debate sobre la autoría nuestra de estos productos.

Segunda práctica: dispersar los escenarios de producción de conocimiento

Bajo los esquemas de investigación de las ciencias sociales convencionales se distingue entre el trabajo de campo y el de escritorio. Mientras el primero se asocia a los escenarios donde naturalmente acontece el problema investigado (en este caso: protestas, asambleas, reuniones organizativas, etc.), el segundo se asocia a escenarios más académicos (bibliotecas, oficinas, aulas). Asimismo, mientras el trabajo de campo se asocia a los ritmos más activos del hacer (bajo categorías como recopilar información, solicitar consentimientos informados, impartir formaciones o socializar resultados en las comunidades), el trabajo de escritorio se asocia a los ritmos más sosegados del pensar (tales como desarrollo del estado del arte, elaboraciones conceptuales, diseño metodológico, análisis de resultados, escritura de informes y su difusión erudita en eventos aprobados por un comité científico).

Si bien esta división espaciotemporal de la producción del conocimiento ha sido bastante problematizada —por ejemplo, por los estudios culturales y algunos sectores de la antropología, entre otros—, sigue muy presente en los esquemas bajo los cuales las instituciones académicas esperan que se conciban, diseñen y evalúen las investigaciones. Así lo muestran los esquemas de valoración de la producción del conocimiento con sus exigencias, por ejemplo, de estructurar de manera homogénea y aséptica la

información o de usar los modos escriturales planos e impersonales de la tercera persona del singular. Por su vigencia y regularidad, estos esquemas terminan constituyéndose en artefactos que reifican de manera silenciosa, pero eficaz y disciplinante, la idea que está en la base de la distinción, muchas veces irreflexiva y subordinante, entre trabajo de escritorio y de campo, a saber: que el conocimiento se crea en el mundo universitario, y que por fuera de él, o bien se recoge información para comprobarlo (durante la investigación), o bien, una vez esa información ha sido procesada (hacia el final de la investigación), se devuelve como conocimiento para que sea apropiada por la sociedad. Así, paradójicamente, los escenarios de producción de conocimiento externos a la universidad terminan siendo excluidos por inclusión, mientras seguimos usando esquemas incapaces de aprehender los complejos conocimientos producidos en la interacción entre la universidad y el resto del mundo.

Tener que ajustar el diseño de los proyectos de investigación a este esquema cientificista y colonial nos ha generado varias tensiones. Por un lado, aun cuando contamos con suficientes argumentos para eludirlo con convicción, si queremos que nuestros proyectos sean reconocidos —y literalmente *subidos* a los sistemas de información universitaria, evaluados y, eventualmente, aprobados—, debemos ajustar en ellos tanto la estructura como los estilos de escritura de nuestros proyectos. Es un (des)ajuste que no es solo escritural sino también epistemológico y político. Por otro lado, en la cotidianidad institucional el "trabajo de campo" se torna en un significante maestro que permite ajustar cronogramas de clases, obtener permisos, garantizar recursos, reencontrarse con activistas, volver a los territorios campesinos; realmente, es uno de los momentos más esperados por nosotras y el grupo de estudiantes en formación, cuando lo hay, y por eso usamos esa categoría con frecuencia. Por último, "irse de trabajo de campo" con la universidad también garantiza unos mínimos de seguridad cruciales cuando se investiga en contextos de conflicto armado; además pueden representar un capital simbólico importante para la seguridad de los propios movimientos, así como una manera

de amplificar las condiciones y motivaciones de sus luchas. Bajo esas circunstancias, las universidades donde trabajamos son parte de la *red de manos invisibles* que nos sostienen —usando la expresión de Butler (2010)—, y ellas y nosotras terminamos siendo también una parte de la red de manos invisibles que contribuyen a sostener a los movimientos sociales. Para hacer productivas estas tensiones sobre la manera de comprender y nombrar los escenarios de producción de conocimiento, buscamos dispersarlos en tres momentos claves de la investigación: diseño, análisis y socialización.

Diseño

Si bien solemos empezar a hacer trabajo de campo con las organizaciones teniendo una idea clara de qué queremos hacer, luego de haber hecho la respectiva revisión documental, es en el territorio donde estas trabajan en el que pulimos y en ocasiones modificamos sustancialmente los diseños de investigación, incluido su objetivo. Para este reajuste nos valemos de la observación participante y no participante, las conversaciones informales y sus respectivas notas de campo, que complementamos con otras técnicas menos convencionales, como la que denominamos *mapeo de cocina*, que consiste en la representación gráfica de las dinámicas sociohistóricas de los territorios. A diferencia de la cartografía social, al menos en su modo convencional, esta técnica no describe sino que conceptualiza el territorio como algo vivo y vivido; y a diferencia de la técnica de las conversaciones informales, el mapeo de cocina no es casual, sino deliberadamente solicitado y expresamente desarrollado por activistas. Es de cocina porque, generalmente, se realiza cerca al fogón, donde, quizás, resulta más amable explicar a las académicas, con sus títulos, que su visión del territorio, aun siendo rigurosa y comprometida, es limitada e incluso errática. Con esta técnica dos activistas de la región del Ariari nos explicaron las dinámicas sociohistóricas de los acueductos veredales presentes en su territorio con un nivel de complejidad tal que rediseñamos la investigación e, incluso, aplazamos su desarrollo.

Análisis

Este es el segundo momento de la investigación, durante el cual buscamos expresamente dispersar los escenarios de producción de conocimiento. Parte del análisis de las investigaciones lo hacemos en la universidad cavilando reflexiones, a veces solas o entre las dos, muchas veces en conversaciones con colegas o en clase con estudiantes. Sin embargo, otra parte importante del análisis la realizamos en conjunto con las organizaciones. En este último caso, hemos ensayado dispersar la producción del conocimiento bajo dos modalidades.

La primera es intercalar como escenarios de producción de conocimiento los *territorios donde una organización lucha por los comunes y la universidad*. En los territorios dedicamos unas horas a exponer y afinar los análisis con activistas, generalmente, después del trabajo campesino —casi siempre, por la tarde, si es en territorios periurbanos o por la noche, si es en territorios campesinos—. En las universidades recibimos la visita de las organizaciones para continuar con el análisis de la investigación. En ambos escenarios los análisis ganan más complejidad, ya sea gracias a la contundencia de los argumentos del movimiento social o a la organización académica de la abrumadora información que ellos manejan.[11] Mientras los proyectos de investigación hayan sido más desarrollados con una organización, menos veces se repite ese recorrido de ir y venir entre un escenario y otro, pues se cuenta con unas categorías de análisis compartidas y afinadas. En algunas ocasiones, luego de varias idas y venidas, como producto investigativo desarrollado, entregamos a la organización un *archivo popular y jurídico*, definido como la recopilación y organización con los movimientos del material, información y procesos para el uso social del derecho —a veces deliberado y en otras como un recurso obligado y aceptado con recelo—. Varias veces los análisis incluyen disensos no resueltos, como, por ejemplo, que una de las organizaciones desestime la importancia de ser catalogada como movimiento social o que para

11 Esta reflexión sobre la función organizadora de la academia es de nuestra colega feminista y marxista Amparo Hernández (2015).

otra no sea tan importante validar el análisis como el hecho de que las universidades (y no solo las ONG) se solidaricen con sus luchas.

La segunda modalidad explorada para dispersar los escenarios de producción de conocimiento en los momentos de análisis es más costosa y exigente. En conjunto con una o varias organizaciones, visitamos *otro territorio de lucha por los comunes* con el que también estemos trabajando para intercambiar experiencias entre las propias organizaciones sobre esta disputa. Bajo esta modalidad hemos hecho intercambios entre movimientos de distintos municipios y departamentos e, incluso, continentes, en una ocasión.[12] De esos encuentros procuramos que queden productos de análisis capaces de descentrar la escritura sin suprimirla. Por ejemplo, en un encuentro al que concurrieron organizaciones de tres territorios construimos *piezas figurativas* que plasmaron los dilemas éticos de desarrollar economías comunitarias y campesinas en cada uno de esos territorios (Arias, Asociación Herrera, Civipaz y Kruglansky, 2017). Se trata de expresiones plásticas que fueron posibles después de dos días de análisis grupal y en asamblea con el acompañamiento de académicos como Nicolás Espinel y Stephen Healy, y de artistas como Aviv Kruglansky o Carlos Arias. Gracias a las amistades tejidas entre activistas de las diferentes organizaciones en esos encuentros, se relega la importancia de la universidad, al punto de que, a veces, sabemos de activistas de una organización por las de otra. También hay que decir que, en una ocasión, fue frustrante constatar que el intercambio se convirtió más en un paseo, por lo cual se perdió la potencia del intercambio.

En los tres escenarios de análisis usamos técnicas de investigación convencionales (como la observación participante, las conversaciones informales y las notas de campo) como complemento de nuestra principal técnica de investigación-intervención: los *procesos de formación*. Entre varios temas estudiados, los comunes como

12 Algunas activistas de la región del Ariari, la Sabana de Bogotá y nosotras nos encontramos en Londres con activistas de Finlandia y Corea del Sur. Todavía estamos en mora de procesar lo que ese encuentro implicó.

resistencia a las continuidades e intensificaciones de las violencias económicas asociadas a la transición política ha sido el más interesante para nosotras. La idea de desarrollar un proceso de formación la tomamos de un espacio pedagógico que una de las organizaciones ha sostenido por cerca de diez años con base en la educación y el feminismo populares.[13] Desarrollamos esos procesos con esa organización y luego los ensayamos en otras, con algunas dificultades. Para ello, siempre contamos con estudiantes —que a veces mantienen su propio vínculo con las organizaciones tras culminar sus estudios—, así como con un colega con quien tradujimos textos de economía comunitaria, William E. Sánchez Amézquita, y también con otros colegas experimentados en temas específicos y comprometidos con las luchas de las organizaciones, como Daniel Navarro y Julieta Barbosa.

Cada uno de los procesos es guiado por un material pedagógico basado en la misma literatura académica que usamos en la investigación (J. K. Gibson-Graham, Arturo Escobar o Silvia Federici, entre otras), pero reescrito pacientemente con un lenguaje no academicista, que incluye imágenes y mapas, y que queda como un producto de la investigación para las organizaciones y comunidades bajo la modalidad de *cuadernos de trabajo*. Los llamamos así, y nunca *cartillas*, porque esta denominación, muy común en los procesos de formación de izquierda, tiene el riesgo de infantilizar los movimientos sociales. Hemos leído los cuatro cuadernos de trabajo en el marco de un ejercicio de acompañamiento pedagógico que incluye ejercicios autónomos; por eso transcurre un tiempo importante de la investigación entre el diseño del cuaderno de trabajo y su uso mediante ejercicios. Lo más interesante es que casi siempre la gente toma la iniciativa de hacer estos ejercicios de manera grupal y presentarlos mediante exposiciones que sobrepasan lo solicitado. En el caso de dos organizaciones, el estudio de los cuadernos de trabajo fue

13 Con esa misma organización desarrollamos formaciones sobre despojo de las mujeres, siguiendo a Silvia Federici (2004); el arte de narrarse: trabajo y vida con Flor Edilma Osorio (2019), y acumulación estatal de la riqueza producida por el trabajo de cuidado de las mujeres en los hogares, con Amparo Hernández (2015).

la antesala para una *conversación compartida* (Haraway, 1995), o una conferencia, con las tres autoras mencionadas. En el caso de otra organización, el intercambio se logró solo con una autora.

Socialización

El tercer y último momento, en el cual buscamos expresamente dispersar los escenarios de producción de conocimiento en la investigación, es durante la socialización de los hallazgos de la investigación, llevada a cabo en los territorios de lucha y en la universidad.

En el primer caso, la socialización de la investigación se realiza preferiblemente aprovechando el espacio asambleario o algún foro comunitario convocado por las propias organizaciones de la región. En este punto, nos apoyamos básicamente en dos tipos de productos: los *audiovisuales* (que referiremos luego) y las *guías de derecho*, entendidas como documentos que proponen posibles rutas jurídicas para defender la permanencia en el territorio, proponer formas de reparación o fortalecer demandas sociales asociadas a los comunes.

Cuando la socialización se hace en la universidad invitamos a la gente de los territorios, siempre compartiendo el espacio de ponencias con gente de las organizaciones. En este caso, la idea no es tanto presentar resultados de investigación como reflexiones de la lucha en torno a los comunes, aprovechando eventos científicos, clases o presentaciones de libros y audiovisuales. Este escenario de socialización es el que resulta más costoso. Tanto la organización como nosotras debemos buscar recursos para financiar el viaje de activistas hasta Bogotá; la retribución a su acogida en los territorios con alojamiento y comida de nuestra parte ayuda bastante. Se insiste en ese viaje a Bogotá porque, además de servir para que los miembros de las organizaciones puedan hacer diligencias y pasear un par de días, es una ocasión para que la universidad se comprometa públicamente con las luchas territoriales. En todo caso, es un escenario de producción de conocimiento costoso y difícil de lograr para activistas que deben venir desde muy lejos y abandonar por unos días sus muchas labores campesinas. Por otro lado, es un escenario que exige mucha atención de nuestra parte porque, si bien la acogida de ciertos

colegas puede ser muy cálida, con vergüenza todavía recordamos recibimientos cargados de una alta dosis de violencia epistémica: "Saber que en la universidad hay profes solidarios y otros violentos puede ser muy duro", afirma una activista, pero también puede ser muy útil para entender que en la ciudad no todo es una maravilla.

TERCERA PRÁCTICA: CUESTIONAR Y SORTEAR LOS PROCEDIMIENTOS ADMINISTRATIVOS QUE PUEDEN DEVENIR AUTORITARIOS

Trabajamos en instancias institucionales donde la investigación es una actividad central para las universidades y las labores que realizamos, donde hay equipos críticos y reflexivos que permiten que la administración esté al servicio de lo académico y no al revés, como dice nuestra colega Silvia Bohórquez. Sin embargo, se trata de instancias que no están aisladas respecto de los procedimientos administrativos porque deben apegarse a los estándares a partir de los cuales se organiza toda la universidad. Con frecuencia, debemos apegarnos a esos procedimientos administrativos que, en los puntos más alejados de nuestras instancias de trabajo, buscan asegurar ciertas condiciones para la operatividad de la investigación, pero corren el riesgo de perder de vista el sentido de la actividad investigativa. Hasta cierto punto, la sostenibilidad de las unidades académicas puede convertirse en un asunto aparentemente neutro para tomar decisiones sin discusiones ni soporte empírico.

Seguimos ciertas líneas de análisis según las cuales este riesgo de disociación responde a lógicas del capitalismo cognitivo en las universidades. Una de sus expresiones más evidentes es el cobro de costos generales (*overhead cost*) para investigaciones y consultorías.[14] Esto puede ser particularmente problemático en aquellos casos en los que el contenido de investigación en las consultorías, así como sus

14 Puede seguirse el debate en la revista *Nómadas*, n.º 20 (Laverde, Rueda, Durán, Zuleta y Valderrama, 2004), n.º 27 (Escobar, 2007), n.º 29 (Jiménez y Rojas, 2008), n.º 36 (Valderrama y Rueda, 2012), n.º 43 (Escobar, 2015) y n.º 50 (Neira y Escobar, 2019).

objetivos, no solo contradicen las premisas que sostienen el *overhead*, sino que desfiguran y limitan el contenido de la investigación. Otras expresiones autoritarias del aparato administrativo en las universidades son las formas de medir el impacto de las investigaciones en términos de indicadores de eficacia y eficiencia, omitiendo otros criterios de la evaluación de su incidencia en el entorno comunitario y académico.

Estas expresiones y otras tantas buscan inscribir los procesos de investigación en esquemas formalmente transparentes (de flujogramas, planillas, estándares, buenas prácticas, etc.). Por eso es clave abrir un debate más profundo al respecto dentro de las universidades. En este texto únicamente señalaremos tres tensiones que emergieron en nuestro trabajo con movimientos sociales, y que hemos intentado sobrellevar, en algunos casos mejor que en otros.

Una expresión de esa tensión es la *legalización de los gastos del trabajo de campo*. Por ejemplo, entre los requisitos que exige la universidad está la identificación de los proveedores de las regiones que brindan servicios de transporte, alimentación y alojamiento (nombre, número de identificación y teléfono). Esta exigencia, que parece obvia, resulta profundamente problemática en algunos de los territorios donde trabajamos porque quienes brindan estos servicios están en una situación de vulnerabilidad o peligro y, por tanto, no quieren que sus datos sean registrados. Incluso, en ciertos escenarios, la necesidad de mantener el anonimato para protegerse puede hacer que las personas desistan de ofrecer los servicios que requerimos para desarrollar la investigación. Esto es particularmente problemático al inicio de las investigaciones, cuando los lazos de confianza no son lo suficientemente sólidos. Una dificultad similar de legalización de gastos se presenta cuando la única posibilidad de acceder a ciertos lugares y obtener información depende de transgredir una norma legal, pero ilegítima, que suele estar asociada al detrimento de los comunes por los cuales luchan los movimientos. Por ejemplo, es inviable pedir el recibo del transporte del viaje en lancha por una hidroeléctrica por la que está prohibido navegar, pero que debemos visitar si queremos identificar las afectaciones socioambientales denunciadas por

los movimientos sociales. Finalmente, la dificultad de legalizar los gastos de viaje en ocasiones ha surgido de la exigencia de presentar el número de identificación tributaria (NIT) de las empresas prestadoras de los servicios tomados cuando superan una suma determinada, algo absurdo cuando la mayoría de esos servicios —por ejemplo, el transporte interveredal— suele ser informal y única en el lugar. Estas exigencias de legalizar todos los gastos revelan unos procedimientos administrativos poco sensibles a las economías campesina, solidaria y comunitaria, las dinámicas de los movimientos sociales y sus contextos de lucha y la situación de vulnerabilidad de ciertos activistas. No se trata, claro, de una posición deliberada sino de una inercia administrativa, resultado de no contar con espacios suficientes de reflexión frente a estas realidades, y que, afortunadamente, abren las colegas administrativas de nuestros espacios institucionales más inmediatos. Pagar de nuestro bolsillo es la práctica con la que hasta ahora hemos sorteado estos procedimientos administrativos autoritarios, pero no es muy satisfactoria. Lo hacemos movidas por la satisfacción de sacar adelante la investigación y poder centrarnos en cosas más importantes y complejas del proceso, lo cual no significa, sin embargo, que podamos sostenerla financieramente ni que normalicemos esta medida.

Otra expresión de esta tensión es la ineficacia con la que estamos contabilizando los aportes de las organizaciones a las investigaciones. Si bien una salida es tratar de incluir estos gastos en los de arriendos de espacios y preparación de alimentos, no estamos incluyendo, por ejemplo, las horas dedicadas por activistas a los debates, las convocatorias, la validación de información y las muchas conversaciones telefónicas, tampoco las visitas a las universidades o eventos académicos que, generalmente, son de varios días y pueden acarrear pérdidas productivas significativas. Por ejemplo, al regresar de un congreso un activista encontró que su sembradío de maíz había sido arrasado por una manada de micos. Estamos, entonces, en mora de diseñar un sistema financiero que nos permita calcular los aportes de las organizaciones a las investigaciones. Serían cálculos dirigidos no a mercantilizar la relación universidad-academia, sino

a comprender qué es un costo, un ingreso y un egreso en una investigación. También sería una ocasión para plantear el presupuesto desde la premisa de la diversidad económica (en el sentido de Gibson-Graham, 2011) que guía nuestras investigaciones, contabilizando, por un lado, los trabajos alternativos a los asalariados (capitalistas) de las organizaciones con las que trabajamos y, por otro lado, fuentes de financiación que sostienen nuestros procesos de investigación, distintas a las usadas convencionalmente en la academia (consultorías, proyectos de extensión o servicio o grandes bolsas de investigación).

Una tercera expresión de la tensión con procedimientos administrativos autoritarios tiene que ver con la exigencia de pedir consentimientos informados. Si bien es un requisito de los comités de investigación y ética, la incluimos aquí por el tono de requisito administrativo con el que suele ser tratada. Por el tipo de investigaciones que hacemos, cuestionamos su pertinencia. Si bien las ciencias sociales adaptaron esta práctica de las ciencias de la salud (donde tiene mucho sentido), a nuestro juicio, su traducción ha sido poco interdisciplinaria y sigue remitiendo a la visión individualista, sin salida y con agencia reducida del sujeto con el que se trabaja (un sujeto enfermo), a una comprensión unidimensional de la racionalidad de la relación investigadora-sujeto (aceptación de haber recibido una información adecuada sobre el procedimiento de investigación y sus motivaciones) y, finalmente, a una idea de que las instituciones académicas pueden distanciarse de los problemas y las contingencias que puedan surgir a raíz de esa relación (aceptación de los riesgos de dicho procedimiento).[15] Como alternativa, presentamos las actas de las asambleas de las organizaciones con las que trabajamos y en las cuales se discute, ajusta y aprueba una investigación. Con esta

15 En las universidades hay cursos y textos oficiales sobre ética en la investigación que explicitan el requisito de los consentimientos informados y cuya definición se acerca a su comprensión más estándar del área de la salud relativa a la aceptación por parte de quien padece una enfermedad de someterse a un tratamiento, después de haber recibido una información adecuada sobre las razones para recibirlo y los riesgos que este implica.

práctica lenta (suele tomar dos o tres visitas al territorio) garantizamos no tanto deshacernos de los riesgos de la investigación, sino que sea tratada como otro asunto propio de la organización en torno a la cual se reúnen para deliberar. La asamblea también es el espacio donde se presentan posteriormente los resultados de la investigación, con un tono también deliberativo, que excede la noción de apropiación del conocimiento que privilegian nuestras instituciones.

Una cuarta y última tensión surge de la posibilidad de brindar formaciones extrauniversitarias como una actividad de extensión o servicio de las universidades y que, muchas veces, coincide con los planes de formación de las organizaciones con las que trabajamos. Si bien para las universidades estas formaciones deben conducir a los diplomados, buscamos sortear este protocolo administrativo, pues su costo es exorbitante para activistas de zonas rurales o periurbanas e, incluso, si es asumido por el proyecto de investigación. Por eso, como alternativa, tomamos la salida de que la formación sea parte de la investigación y que cubra una cantidad de horas menor a la establecida por la universidad para los diplomados, opción ensayada comúnmente por colegas de Latinoamérica. En el mejor de los casos, buscamos que la formación sea diseñada con la organización. Esta salida potencia la diversidad económica de las universidades al concretar actividades de extensión o servicio cuyas prácticas de finanzas alternativas son distintas a las capitalistas. En la medida que no siguen una lógica mercantil, son gestos de reciprocidad con las organizaciones con las que trabajamos; además, siguiendo los lineamientos de pedagogía comunitaria de una de las organizaciones con las que trabajamos, de la lógica moderna universitaria conservamos la exigencia de la asistencia y la puntualidad así como la entrega de trabajos y su evaluación. Procuramos hacer la entrega de los certificados de los cursos en la universidad, que es uno de los momentos más emocionantes de la investigación, cuando quedan plasmados en las redes sociales de activistas y que convierte a la universidad en un lugar de encuentro con sus familiares, donde cobran sentido muchas de sus horas dedicadas al trabajo comunitario y se rompe la frontera de

clase establecida por nuestras universidades, como solemos escuchar en esos eventos: "Nunca pensé estar aquí… en la universidad de los ricos". De todos modos, nos queda el sinsabor de que la universidad no otorgue becas para estas comunidades, por ejemplo, como forma de reparación colectiva a las violencias del conflicto armado.

Cuarta práctica: incorporar la vivencia situada del territorio al diseño investigativo

Los estudios más conservadores conciben los territorios como el "contexto" de la investigación; remiten entonces a un apartado, generalmente inicial, en el que se concibe como un elemento constitutivo del estado, y desespacializado, que con frecuencia es descrito en términos de población, ubicación geográfica, riquezas naturales, actividades económicas, etc. Para las perspectivas más críticas, como en las que se inscriben nuestras investigaciones, es clave complejizar la concepción de territorio, considerándolo como un complejo relacional, pero también una categoría, con dimensiones heterogéneas (políticas, biofísicas, ecológicas, socioeconómicas, jurídicas, entre otras), cuyos significados interrelacionados son disputados para redefinir las problemáticas que abarcan cuestiones variadas como los usos del suelo y los cambios en el paisaje o los supuestos espaciales que subyacen a las representaciones del territorio, sus elementos y sus interacciones.

Tomarnos en serio estas resignificaciones continuas del territorio, el espacio y el lugar nos ha exigido poner en práctica modos de investigar que asuman esta premisa metodológica: el territorio no es un lugar geográfica y espacialmente limpio, fijo y predefinido, sino algo que es vivido y está constituido por múltiples y complejas relaciones turbias. Se trata de múltiples relaciones: 1) entre humanos, por ejemplo, entre activistas de las organizaciones con las que trabajamos y entre estas y la universidad o la institucionalidad local y nacional; 2) entre humanos y no humanos, como entre campesinos y organizaciones con los ríos, para poder explicar no solo las funciones materiales y simbólicas de estos, sino también cómo su relación corporal con el entorno abre preguntas sobre historias sonoras y visuales que retan la capacidad

explicativa de las categorías de nuestras disciplinas y de una academia profundamente urbana; y otros tipos de relaciones en las que ya hemos insistido (Olarte-Olarte, en prensa); 3) entre sujetos no humanos orgánicos e inorgánicos; 4) entre inorgánicos entre sí, como, por ejemplo, la relación entre aguas superficiales y subterráneas y los elementos que constituyen redes de interdependencia en el subsuelo; 5) las relaciones de codependencia y coexistencia entre todos los anteriores.

Partir de estas premisas también ha exigido buscar técnicas de investigación capaces de captar la densidad del territorio de modo tal que esta desestabilice el diseño investigativo que preparamos desde la ciudad. Por ejemplo, investigar en un área periurbana exige comprender la articulación simultánea entre las limitaciones biofísicas que el agotamiento del agua por la agroindustria suscita para las economías campesinas, así como el condicionamiento del cultivo de alimentos a las transformaciones de los usos del suelo impulsadas por entidades del orden local y nacional. Para abordar estas complejidades, han sido especialmente útiles las claves político-teóricas de análisis de Bruno Latour o Donna Haraway, que recuerdan el peso de la materialidad del territorio en sus múltiples relaciones; también las de Marisol de la Cadena o Arturo Escobar para contextos en los que pueblos indígenas, afros y campesinos han movilizado relaciones de interdependencia y conexidad entre sus modos de vida y cultura, y el territorio que habitan.

Abrirnos a este tipo de claves ha exigido de nuestra parte desarrollar la capacidad de improvisar en el camino técnicas de investigación capaces de abrazar el peso de la materialidad con la que irrumpen los territorios en las investigaciones. Por ejemplo, es común que las condiciones climáticas de la zona tropical impidan seguir los estándares ortodoxos de una entrevista grupal planeada con mucha anticipación, pues la intensa lluvia sobre un techo de zinc impide escuchar los debates. En casos como este —de irrupción de la materialidad del territorio en los que se agota el tiempo para retomar una entrevista programada—, con frecuencia hemos continuado la indagación mediante la técnica de los *recorridos de reconocimiento territorial*, que no se limita al marcaje usando el Global Positioning System (GPS), sino

que exige adaptarse a los ritmos cotidianos de la gente con la que trabajamos y reconocer las variadas vivencias del territorio y su contraste con las representaciones narrativas e iconográficas oficiales y locales.

Otro ejemplo, para tomar en serio la materialidad de los territorios, es aprovechar para la investigación la labor del suelo (Lyons, 2016) o los elementos de un territorio (Latour, 2001). Subrayar esta labor ha sido un eje de la literatura que ha rebatido y cuestionado desde la materialidad la comprensión de la naturaleza como un recurso económico y que, por tanto, es nítidamente cercenable y fragmentable y aislado de las relaciones que lo sostienen. Por ejemplo, en nuestra investigación aprovechamos la labor refrescante del río La Cal, en la región del Ariari (sus complejas conexiones entre brisa, sombra de árboles, temperatura del agua, etc.) para favorecer las condiciones anímicas, la disposición y la temperatura corporal, de modo que durante una entrevista sea más llevadero el dolor del relato de las violencias vividas en el conflicto armado.

Los principales productos de investigación asociados a la práctica de incorporar la vivencia situada del territorio al diseño investigativo incluyen *audiovisuales*, *fotografías* y *murales* en centros poblados y veredas. La comprensión del alcance de estos productos ha sido reciente. Si bien comenzamos a producirlos para promover una actividad creativa o guardar la memoria visual del proceso, tardamos en captar su potencial para resaltar la materialidad del territorio, en dos sentidos: 1) estos productos han sido claves para condensar en un lugar concreto el compromiso de las organizaciones por los comunes de su territorio, especialmente los *murales* diseñados y desarrollados con el artista Bicho y un grupo de niñas, niños y jóvenes en una de las comunidades altamente fragmentada por las dinámicas de la guerra; 2) estos productos han sido claves para captar la densidad de la materialidad territorial. Durante la producción del último de seis audiovisuales tuvimos consciencia de que, hasta ese momento, habíamos subestimado el esfuerzo colectivo de producir conocimiento mediante un lenguaje no escrito y también nuestro trabajo *amateur* como guionistas y productoras de campo.

Investigadoras comunitarias: figuras centrales en la red de afinidades

En el cruce de estas cuatro prácticas hemos devenido investigadoras feministas, esto es, investigadoras sucias y finitas antes que trascendentes y limpias. En ese devenir tejimos la red de afinidades que sostiene nuestra investigación. Cerraremos este capítulo apuntando algunas ideas sobre una importante figura que emerge en este proceso: la *investigadora comunitaria*.

Esta figura ha tomado fuerza en momentos puntuales de ese trasegar. La ensayamos por primera vez cuando invitamos a dos activistas a participar como asistentes de investigación en una región cuya lucha por los comunes es afín pero distinta a la suya; sus habilidades pedagógicas potenciaron la investigación más allá de lo que hubiéramos podido lograr por nuestra propia cuenta. En ese momento ya teníamos claro el talante descolonial de las investigaciones, pero nos hacía falta concretarlo aún más. A ello nos ayudaron tanto los debates sobre pluriversidad epistémica[16] como las conversaciones que habíamos tenido unos años antes con Patricia Conde, del Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, y con activistas del Comité Cívico del Sur de Bolívar sobre la insuficiencia de los diplomados universitarios en las regiones. Desde su perspectiva las universidades deben abrir espacios laborales para activistas, de modo que cuando se abran convocatorias laborales en esos territorios, estos puedan demostrar su larga experiencia y, así, ganar cargos desde los cuales puedan seguir aportando, pero con el reconocimiento simbólico y material merecido (comunicación personal, 2013, Monterrey, sur de Bolívar). Posteriormente, acuñamos el nombre *investigadora comunitaria* cuando una activista de la Sabana de Bogotá visitó la región del Ariari en reemplazo de una

16 Estos debates son centrales para la línea de investigación del Instituto Pensar "Saberes: usos y fronteras"; también puede revisarse la producción de Carvalho y Flórez (2014) en torno al proyecto Encuentro de Saberes.

colega que no pudo asistir, y atendiendo a la práctica de dispersar los lugares de producción de conocimiento. Ya en terreno ratificamos el nombre cuando, con mucha autonomía, cambió su agenda de trabajo por una más apegada al mundo campesino, pero que permitió cumplir con el sentido de la visita. Más recientemente, en un proyecto sobre la salud de las trabajadoras de los cultivos de flores, coordinado por Amparo Hernández y Zuly Suárez, del Instituto de Salud Pública de la Pontificia Universidad Javeriana, perfilamos aun más esta figura; cuatro activistas, con distintos ritmos de trabajo, se integraron al equipo de investigación para realizar parte de las entrevistas a sus excompañeras trabajadoras de la agroindustria. Hasta ahora hemos ensayado esta figura con nueve activistas de dos territorios.

En retrospectiva, podemos definir la investigadora comunitaria como una o un activista que asume un rol puntual y delimitado en la investigación realizada en su territorio de lucha o en otro de los visitados en conjunto. Su trabajo no es equivalente o sustituto del académico, sino que es desarrollado desde *su* conocimiento sobre la lucha por y la vivencia de sus territorios. Hasta ahora las tareas desarrolladas han sido diseñar y desarrollar los procesos de formación, hacer acompañamientos pedagógicos, desarrollar reconstrucciones históricas de las luchas, realizar entrevistas, caracterizar procesos productivos de sus territorios y participar en el diseño metodológico de la investigación. De estos procesos, con un par de investigadoras comunitarias escribimos en coautoría cuatro textos relativos a la investigación en su territorio y cuatro informes sobre otros territorios de lucha.

Los ensayos de esta figura no han estado exentos de dificultades, como conseguir fondos para pagar su salario y formalizar ese reconocimiento y pago ante la universidad, por la tensión de los procesos administrativos, incapaces de captar la potencia de estos conocimientos, hasta ahora considerados ilegítimos. Además, la propuesta de sumarse a un proyecto de investigación, en apariencia atractiva, deja de serlo cuando se suman las horas que tendría que dedicarse al trabajo comunitario en detrimento del trabajo campesino, según explicó una activista.

Contar algunas veces con una investigadora comunitaria nos ha permitido construir más fácilmente una red de afinidades con las luchas por los comunes en tiempos de transición del país. Por ser políticas, esas afinidades no eluden los vínculos afectivos; no evitan "dejarse tocar" como "cuerpos en alianza", diría Butler (2011). Sentir no le ha quitado rigor a una investigación atenta al movimiento pendular que nos aleja de la posición del testigo modesto sin terminar por ello ocupando el lugar de la Salvadora. Así, asumimos el riesgo de sentir en la investigación sin pretensiones asépticas y sin promover una política de la autoidentidad que indique "las" vías científicas para el desarrollo del campo. También asumimos ese riesgo cuidándonos de no buscar identificaciones plenas con la vida campesina; sobre todo, cuando ni siquiera contamos con las destrezas mínimas exigidas para producir alimentos de autoconsumo, como sostener una huerta muy variada o matar animales.

El haber desplegado unas prácticas de investigación que ponen en discusión nuestras premisas nos abre al cuestionamiento recíproco (entre movimiento social y académicas) que no acepta incondicional ni aisladamente los referentes del conocimiento situado. No se trata, entonces, de una romantización de los movimientos sociales ni del territorio; incluso, asumir limpiamente la pretensión de no romantizarlos podría fácilmente oscurecer el uso instrumental del conocimiento local de los territorios a través del lente de un testigo modesto que se exceptúa, en la violencia de la excepción, de ser representado en su labor de representar al otro. En ese reconocimiento recíproco también nos afincamos para reivindicar, como nos enseñaron Flor Edilma Osorio y Juan Guillermo Ferro (comunicación personal, 2015), que investigar es un trabajo siempre en construcción en el que es posible reivindicar el fracaso y el compromiso a ponerse siempre en riesgo.

Referencias

Arias, C., Asociación Herrera, Civipaz y Kruglansky, A. (2017). Sin título. Catálogo de Obras Artísticas de la Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado el 24 de junio de 2020 de https://catalogodeobras.javeriana.edu.co/catalogodeobras/items/show/396.

Arribas, A. (2018). Knowledge co-production with social movement networks. Redefining grassroots politics, rethinking research. *Social Movement Studies*, *17*(4), 451-463.

Berardi, F. (2003). *La fábrica de la infelicidad: nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Beynon-Jones, S. M. y Grabham, E. (eds.). (2020). Introduction. En *Law and Time* (pp. 1-41). Nueva York: Routledge.

Braidotti, R. (2009). *Transposiciones sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.

Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: las vidas no lloradas* (B. Moreno, trad.). Madrid: Paidós.

Butler, J. (2011). Bodies in alliance and the politics of the street. *EIPCP Multilingual Webjournal*. Recuperado de https://pdfs.semanticscholar.org/9cf5/3d72261800bc7ac2f7353270a8f59287a9be.pdf

Carvalho, J. y Flórez, J. (2014). Encuentro de saberes: proyecto para descolonizar el conocimiento universitario eurocéntrico. *Nómadas*, *41*, 131-141. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_41/41_8DF_Encuentro_de_saberes.pdf

Chesters, G. (2012). Social movements and the ethics of knowledge production. *Social Movement Studies*, *11*(2). https://doi.org/10.1080/14742837.2012.664894

Conde, M. (2014). Activism mobilising science. *Ecological Economics*, *105*, 67-77. Recuperado de http://www.ejolt.org/wordpress/wp-content/uploads/2014/07/marta-conde-ecol-econ-2014.pdf

Cooper, D. (2014, septiembre 14). Whose ideas are they anyway? [Entrada de blog]. *Social Politics and Staff*. Recuperado de https://davinascooper.wordpress.com/2014/09/14/whose-ideas-are-they-anyway/

Cooper, D. (2015, noviembre 7). Prefigurative talk and academic conversation [Entrada de blog]. Recuperado de https://davinascooper.wordpress.com/2015/11/07/prefigurative-talk-and-academic-conversation/

Curiel, O. (2014). Hacia la construcción de un feminismo descolonizado. En Y. Espinosa, D. Gómez y K. Ochoa (eds.), *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 325-334). Popayán: Universidad del Cauca.

Elam, M. y Bertilsson, M. (2003). Consuming, engaging and confronting science: The emerging dimensions of scientific citizenship. *European Journal of Social Theory, 6*(2), 233-351. Recuperado de http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.597.350&rep=rep1&type=pdf

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia* (1.ª ed.). Medellín: Ediciones Unaula.

Escobar, M. R. (ed.). (2007). Universidad y producción de conocimiento: tensiones y debates [Edición especial]. *Nómadas*, *27*. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/8-articulos/34-tabla-de-contenido-no-27

Escobar, M. R. (ed.). (2015). Capitalismo contemporáneo y crisis civilizatoria [Edición especial]. *Nómadas*, *43*. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/inicio/2211-capitalismo-contemporaneo-y-crisis-civilizatoria-nomadas-43/838-capitalismo-contemporaneo-y-crisis-civilizatoria-nomadas-43

Esguerra, C., Sepúlveda, I. y Fleischer, F. (2018). *Se nos va el cuidado, se nos va la vida: migración, destierro, desplazamiento y cuidado en Colombia* [Documentos de Política n.º 3]. Universidad de los Andes. Recuperado de https://cider.uniandes.edu.co/es/publicaciones/node%3Atitle%5D-81

Eyerman, R. y Jamison, A. (1991). *Social movements: A cognitive approach*. Cambridge: Polity Press.

Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Flórez, J. (2005). Aportes poscoloniales (latinoamericanos) al estudio de los movimientos sociales. *Tabula Rasa*, *3*, 73-96. Recuperado de http://revistatabularasa.org/numero-3/florez.pdf

Flórez, J. (2015). *Lecturas emergentes: el giro decolonial en los movimientos sociales* (2.ª ed.). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Flórez, J. y Olarte, C. (En prensa). Decolonizing approaches and social movements: An opening. *Oxford Handbook of Latin American Social Movements*.

Flórez, J., Lara, G. y Veloza, P. (2015). Escuela de mujeres de Madrid: lugar, corporalidad y trabajos no capitalistas. *Nómadas*, *43*, 95-111. https://doi.org/10.30578/nomadas.n43a6

Fischer, F. (2000). *Citizens, experts and the environment: The politics of local knowledge*. Durham: Duke University Press.

Franzki, H. y Olarte, M. C. (2013). Understanding the political economy of transitional justice: A critical theory perspective. En S. Buckley-Zistel, T. Koloma Beck, C. Braun y F. Mieth (eds.), *Transitional justice theories* (pp. 211-221). Londres: Taylor & Francis.

Galcerán, M. (2007). Reflexiones sobre la reforma de la universidad en el capitalismo cognitivo. *Nómadas*, 27, 86-97. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_27/27_7G_ReflexionessobrelareformadelaUniversidad.pdf

Gibson-Graham, J. K. (2011). *Una política poscapitalista*. Medellín: Siglo del Hombre; Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Gobierno de Colombia y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). (2016, noviembre 24). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. https://peacemaker.un.org/node/2924

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra; Universitat de València.

Haraway, D. (1997). *Modest witness second millennium: Femaleman meets oncomouse: Feminism and technoscience*. Nueva York: Routledge.

Haraway, D. (2016). *Staying with the trouble, making kin in the chthulucene*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press Books.

Haraway, D. (2019). *Las promesas de los monstruos*: *ensayos sobre ciencia, naturaleza y otros inadaptables*. Barcelona: Holobionte.

Hernández, A. (2015). *Política sanitaria y cuidado de la salud en los hogares en Colombia: acumulación e inequidad de género* [tesis doctoral].

Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Recuperado de http://bdigital.unal.edu.co/50803/1/51710235-2015%20.pdf

Hess, D. (2015). Publics as threats? Integrating science and technology studies and social movement studies. *Science as Culture*, *24*(1), 69-82. https://doi.org/10.1080/09505431.2014.986319

Jiménez, S. y Rojas, S. M. (eds.). (2008). La práctica de la investigación: poder, ética y multiplicidad [Edición especial]. *Nómadas*, *29*. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/8-articulos/36-tabla-de-contenido-nom-29

Laverde, M. C., Rueda, R., Durán, A., Zuleta, M. y Valderrama, C. E. (eds.). (2004). Producción de conocimiento, hegemonía y subalternidad [Edición especial]. *Nómadas*, *20*. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/8-articulos/27-tabla-de-contenido-no-20

Latour, B. (2001). *La esperanza de pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.

Lazzarato, M. (2004). Tradición cultural europea y nuevas formas de producción y transmisión del saber. En *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva* (E. Rodríguez, trad.) (pp. 129-143). Madrid: Traficantes de Sueños. Recuperado de https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Capitalismo%20cognitivo-TdS.pdf

Ley 1766 de 2016. Por la cual se crean y se desarrollan las zonas de interés de desarrollo rural, económico y social, Zidres. Congreso de la República de Colombia. *Diario Oficial*, *49770*. Recuperado de https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/LEY%201776%20DEL%2029%20DE%20ENERO%20DE%202016.pdf

López, C. A. (2018). *El terreno común de la escritura: la filosofía en Colombia 1892-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Lyons, K. (2016, marzo 16). The poetics of soil health [Entrada de blog]. *The Castac Blog*. Recuperado de http://blog.castac.org/2016/03/poetics-of-soil-health/

Mato, D. (2002). Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder. En D. Mato (coord.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (pp. 21-45). Buenos

Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100916015743/3mato.pdf

Miller, Z. (2008). Effects of invisibility: In search of the "economic" in transitional justice. *International Journal of Transitional Justice*, *2*, 266-291.

Mohanty, C. T. (2008). Bajo los ojos de Occidente: academia feminista y discursos coloniales. En L. Suárez y A. Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 117-163). Madrid: Cátedra; Universitat de València. (Publicado originalmente en 1984)

Neira, A. y Escobar, M. R. (eds.). (2019). Conocimiento desde el Sur: debates contemporáneos [Edición especial]. *Nómadas*, *50*. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/catalogo/2541-conocimiento-desde-el-sur-debates-contemporaneos-nomadas-50/1016-conocimiento-desde-el-sur-debates-contemporaneos-nomadas-50

Ojeda, D. (2016). Los paisajes del despojo: propuestas para un análisis desde las reconfiguraciones socioespaciales. *Revista Colombiana de Antropología*, *52*(2), 19-43. https://doi.org/10.22380/2539472X38

Olarte-Olarte, M. C. (en prensa). Entre la fragmentariedad y el entrelazamiento: una agenda para la investigación de la propiedad pública del subsuelo. En H. Alviar y T. Alfonso (eds.), *Propiedad de la tierra en Colombia: viejos y nuevos dilemas sobre la distribución*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Olarte-Olarte, M. C. y Lara, G. (2018). "Volver a la tierra": dimensiones territoriales del trabajo como delimitantes de las opciones laborales para las mujeres en Madrid, Cundinamarca. *Revista CS*, (Especial), 167-198. https://doi.org/10.18046/recs.iEspecial.3250

Olarte-Olarte, M. C. (2019). From territorial peace to territorial pacification: Anti-riot police powers and socio-environmental dissent in the implementation of Colombia's Peace Agreement. *Revista de Estudios Sociales*, *67*, 26-39. https://doi.org/10.7440/res67.2019.03

Osorio, F. E. (2019). Educación en estudios rurales. Flor Edilma Osorio en conversación con Juliana Flórez. En F. Cabra (ed.), *Pensamiento educativo en la universidad: vida y testimonio de maestros* (pp. 239-261). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Rappaport, J. (2006). "Adentro" y "afuera": el espacio y los discursos culturalistas del movimiento indígena caucano. En D. Herrera Gómez y C. Emilio Piazzini (eds.), *Des(territorialidades) y no(lugares): procesos de configuración y transformación social del espacio* (pp. 247-269). Medellín: La Carreta Social; Instituto Ana Carolina Hecht de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia.

Sentencia SU-095. (2018). Corte Constitucional. Cristina Pardo Schlesinger (MP). https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2018/SU095-18.htm

Svampa, M. (2011). Extractivismo neodesarrollista y movimientos sociales. ¿Un giro ecoterritorial hacia nuevas alternativas? Más allá del desarrollo. En Miriam Lang y Dunia Mokrani (eds.), *Más Allá del Desarrollo. Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo* (pp. 185-216). Quito: Abya Yala y Fundación Rosa Luxemburgo.

Tarrow, S. (1999). Estado y oportunidades. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (coords.), *Movimientos sociales, perspectivas comparadas oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 71-99). Madrid: Istmo.

Temper, L., Bene, D. y Martínez-Allier, J. (2015). Mapping the frontiers and front lines of global environmental justice: The EJAtlas. *Journal of Political Ecology, 22*(1), 255-278. https://doi.org/10.2458/v22i1.21108

Valderrama, C. E. y Rueda, R. (eds.). (2012). Sociedad de la información y el conocimiento: debates críticos [Edición especial]. *Nómadas*, 36. http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/8-articulos/43-tabla-de-contenido-no-36

Veloza, P., Cardozo, M. y Espejo, C. (2017). Politics of place at the Women's School of Madrid: Experiences around bodies and territory. En W. Harcourt (ed.), *Bodies in resistance: Gender and sexual politics in the age of neoliberalism* (pp. 25-56). Londres: Palgrave Macmillan.

DEL CUERPO AL MUNDO, DEL MUNDO AL CUERPO: ETNOGRAFÍA, MIGRACIÓN Y CUIDADO

Camila Esguerra Muelle*

La ruta

En este capítulo hago una reflexión sobre cómo hacer etnografía multisituada en el campo de las migraciones a partir de una investigación iniciada hace cerca de diez años en España y Colombia sobre "tramas (trans)nacionales del cuidado" (Esguerra, Ojeda y Fleischer, en prensa). A la vez, hago una reflexión encarnada, tanto epistemológica como metodológica, sobre lo que significa construir una agenda investigativa y, a la vez, sobre el lugar del cuerpo en la etnografía. Siguiendo la premisa de Trihn Minh-ha (1989), "no tenemos cuerpos, somos cuerpos y somos nosotros mientras existimos en el mundo" (p. 36), pregunto, en ultimas, cómo somos cuerpo y cómo en el cuerpo se encarnan políticas locales y globales.

De esta manera, en el primer apartado de este capítulo, reflexiono sobre mi lugar en el campo, sobre el proceso de constitución de una agenda investigativa y sobre mi idea de una epistemología de frontera. Luego, en el segundo apartado, abordo la cuestión de cómo hacer investigación desde una algunas perspectivas —interseccional (Crenshaw, 1991; Viveros, 2016), situada (Haraway, 1988), heterárquica (Kontopoulos, 1993), multiescalar (Haidar y Berros, 2015), inter y transdisciplinar y multisituada—. En el tercer apartado me pregunto por el lugar del cuerpo y las políticas del espacio en la experiencia etnográfica. En el último apartado propongo un balance de lo que significa

* Antropóloga con doctorado en Humanidades de la Universidad Carlos III, de Madrid (España). Investigadora del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Correo electrónico: c.esguerra@javeriana.edu.co

conocer y construir conocimiento desde registros tanto racionales como sensoriales y emocionales, apostando por una práctica deslogocentrada como parte de la experiencia cognoscente, lo que implica un compromiso con entender que la substancia, la performatividad, la materialidad y la corporeidad es la carne y el hueso del conocimiento.

Mi situación en el campo: agenda investigativa y epistemología de frontera o migrante

Elijo una escritura en primera persona para mostrar las entrañas de las condiciones de producción de conocimiento siempre situado (Haraway, 1988); una escritura que apueste a una objetividad radical (Harding, 2019) y a políticas de la localización (Rich, 1985). Es decir, me inclino por un conocimiento responsable, que entiende que el sujeto cognoscente no está localizado fuera del campo de conocimiento ni en una posición de "testigo modesto", jugando el truco de la puesta en escena del laboratorio; por un conocimiento parcial, no clausurado y expuesto a negociación (Haraway, 1988); por un conocimiento contingente y en contingencia; también me inclino a hacer un "tráfico de teorías" (Da Lima, 2002). Con esto en mente, usando la metáfora *borderland/la frontera* de Gloria Anzaldúa (2007), intentaré desarrollar mi idea de lo que puede ser una epistemología de frontera (Esguerra, 2015), de cómo me sitúo en las suturas de las epistemologías, las teorías y las políticas, figuradas en la larga tradición occidental como lugares sin costuras, inconsútiles.

Mi aproximación a los campos de la migración, primero, y del cuidado, luego, ha supuesto un devenir político y una experiencia encarnada. A continuación, relataré la manera en que llegué a construir, poco a poco, una agenda de investigación sobre migraciones, sexualidades y cuidado. No se trata de una exposición autobiográfica caprichosa, sino de un ejercicio pedagógico compartido con ustedes para llegar a entender cómo *me incorporo* a un campo de investigación y cómo está encarnado.

Cuando empecé a investigar sobre migraciones, en 2007, lo hice a partir de mi experiencia migratoria como estudiante, que me hizo

profundizar mi conciencia sobre cómo funcionaba el sistema colonial. En un tiempo muy breve sentí cómo se abría una "herida colonial" (Mignolo, 2005). En ese momento inicié mi maestría en Género en España, que luego continué en Holanda. Me sabía inmensamente privilegiada, pero también dislocada en la frontera de las competencias lingüísticas contradictorias que habían signado mi herencia familiar, por un lado, y mi lugar en el capacitismo como hipoacúsica, por el otro. Al tiempo, mi privilegio como bogotana blanco-mestiza en el contexto colombiano se ponía en entredicho y mi lugar como una persona con una sexualidad y situación en el género no normativas seguía siendo amenazado y leído como amenaza, a pesar de lo que había supuesto inicialmente. Por otra parte, contaba con una estructura mental cognitiva y política suficiente, construida en particular a partir de mi experiencia desde 1995 con organizaciones lésbicas feministas y luego en el movimiento de personas con sexualidades e identidades de género disidentes —que en ese momento ni siquiera se denominaba movimiento y que, luego, en 2001, con el inicio y transformación del Proyecto Planeta Paz, se denominó sectores sociales y luego movimiento LGBT—.

Respecto a mi experiencia migratoria, lo que quiero señalar es que mi capital cultural y simbólico no eran menores, y eso me ubicó en el campo. Había logrado conseguir unos capitales suficientemente occidentalizados, pero también latinos, a partir de la experiencia ya mencionada y de mis reflexiones académicas y políticas alrededor de sexualidades e identidades y expresiones de género no normativas.[1]

1 Antes y después de mi estancia en Europa, también participé en la construcción de las políticas públicas LGBT, tratando de tomar distancia de la agenda "matrimonial" adoptada por algunas organizaciones, al mismo tiempo que me hacía consciente de que los aparatos del Estado (Gobierno, organizaciones empresariales o militares paraestatales, entidades supranacionales, sociedad civil institucionalizada, etc.) siempre están prestos a traicionar y a fagocitar las mejores apuestas y creaciones de los movimientos sociales, y de que somos funcionales y parte de esa maquinaria cuando transamos con ella. Al mismo tiempo, sigo creyendo que el Estado —que no es un espacio monolítico sino una red de relaciones complejas de distintas *posiciones* políticas de grupos e individuos— es un terreno de lucha que no debemos abandonar.

Durante mi maestría había planteado hacer una investigación sobre la idea de familia, muy debatida por ese entonces en Colombia, y sobre la transnacionalidad de las familias integradas por parejas del mismo sexo. Por eso, mi lugar en el campo se constituye en el cruce de mi activismo y mi labor académica en torno a las sexualidades y luego en torno a la migración.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que mi posición como agente en el campo (Bourdieu, 1997) había cambiado, y de que el campo había cambiado, de que las reglas eran otras. Era una migrante, y mi blancura, no mi blanquitud (Echeverría, 2010), se tornaba oscura en ese entorno en donde no era otra cosa que una sudaca, en donde el fantasma o la fantasmagoría social franquista aún me veía como una "invertida", como las que en España fueron objeto de las leyes de peligrosidad social (Osborne, 2009) y en un nuevo Viejo Mundo que me costaba escuchar al mismo tiempo que me hacía inaudible, tanto en español como en inglés: mi acento sudaca y mi *mal inglés* no eran un problema fonético o gramatical, sino un lugar geopolítico.

Al tiempo, entendí mi privilegio al verme por primera vez en mi trayectoria académica con todas las condiciones materiales de existencia cubiertas por una beca bastante suficiente, para mí, que no tenía responsabilidades de cuidado o provisión, porque las había dejado atrás: ahora sé que irme era una huida. Entendí que esa no era la situación de las y los migrantes que vivían o llegaban a residir en una Europa occidental, que iniciaba su descenso al pánico xenófobo y racista dada la mal llamada "crisis económica" de 2007, que más bien era una crisis financiera y bursátil. No tardé en empezar a ver las sutiles, a veces no tan sutiles, manifestaciones de ese racismo y de esa xenofobia estructurales, que de vez en cuando se volteaban sobre mi existencia-cuerpo sudaca, aunque menos que otros "más sudacas" que yo, o hacia determinados africanos, europeos del Este o asiáticos.

Se abrió una herida y con ella la "ira y la ternura" (Rich, 2002, p. 113). Empecé a hacer una oposición, activa y torpe, a esas formas simbólicas y materiales, y a entender que la migración era una reactualización de las relaciones coloniales (Esguerra, 2009). Planteé mi

proyecto sobre migración y existencia lesbiana, con el ánimo de tejer todo lo construido y destruido con esta urdimbre, desde 1995 hasta 2007, para entender esta nueva frontera que habitaba y me habitaba, esta nueva rajadura, esta grieta, esta herida. Así, seguí haciendo etnografía y viviendo, y recordé que eran lo mismo.

En ese camino, me encontré de frente con la noción de "cadenas globales de cuidado"[2] (Hochschild, 2000), categoría que emergió primero como realidad empírica antes que como categoría teórica, pues tuve noticia de ella por Gloria Wekker —mi codirectora de trabajo final de maestría— cuando ya tenía mi texto preliminar. Es decir, encontré la teoría luego de dos años de trabajo de campo. Había encontrado en el campo que esas "mujeres y no-mujeres migrantes que habitaban la existencia lesbiana", como en ese entonces las llamé, estaban encadenadas a ese aparato espectacular que hasta ese momento no había sido capaz de ver en mi propia familia: las cadenas globales de cuidado.

Encontré, además, que la máxima de Monique Wittig (2006) "las lesbianas no son mujeres", en la medida en que no dedican sus energías sexuales y de cualquier índole a los hombres, se caía a pedazos ante la evidencia: allí estaban esas mujeres y no-mujeres rindiendo tributo con sus energías y su trabajo a un "sistema sexo-género" (Rubin, 1975), que es algo más complejo que un simple sistema patriarcal. Es un sistema que —a través de las "tecnologías del género" (De Lauretis, 1987), de la raza, de la clase, del capacitismo— configura a las mujeres como cuidadoras, en particular a las mujeres del sur, marcadas en términos étnico-raciales,

2 Siguiendo a Hochschild (2000), entiendo por cadenas globales de cuidado al complejo entramado de flujos locales y globales de trabajos de cuidado, lo que genera tanto fugas como déficits de cuidados. El déficit de cuidado de los países industrializados o del Norte global —dado por cuestiones como el envejecimiento demográfico y la inserción de mujeres en el mercado laboral— es cubierto mediante el trabajo precarizado de mujeres provenientes de países del Sur global. Sin embargo, es importante considerar que estos flujos también se dan entre países del sur y en menor medida entre países del norte, así como entre los ámbitos rural y urbano de un mismo país. Al tiempo, la migración, desplazamiento y exilio de mujeres rurales o del Sur global, en su mayoría, supone fugas de cuidado, no solo en términos de fuerza de trabajo sino de conocimientos sobre el cuidado, es lo que se llama *drain care* (Bettio, Simonazzi y Villa, 2006).

y a todos los seres feminizados. Ser mujer no es simplemente un lugar en el género, sino un lugar en la producción-reproducción.

Cuando regresé a Colombia, me encontré con el diagnóstico de la enfermedad de mi mamá Lucía, una enfermedad que empezó a incubar un par de años antes de que yo me fuera a Europa, pero que ahora me recibía como un pase de bienvenida a mi realidad bogotana de nubes densas —atrás quedaron esos cielos bogotanos profundos que había perdido de vista en los azules firmamentos estacionales de las cuencas del mar Cantábrico, del río Manzanares y del mar Mediterráneo y los cortos días del otoño y aún más cortos del invierno holandés de canales congelados—: esclerosis lateral amiotrófica.

Poco a poco entendí la carga desmesurada que Lucía había llevado durante años. En mi casa había una gran carga de trabajos de cuidado y provisión porque mi tía abuela y mi abuela sufrían un Alzheimer voraz; mi tío, con una discapacidad cognitiva, aunque bastante autosuficiente, había sido mal educado en una dependencia que él mismo detestaba. Además, estábamos quienes, sin una dependencia tan marcada, demandábamos cuidado y provisión. De manera acientífica sentencié que todo su trabajo de cuidado no reconocido la había asesinado finalmente.

¿Dónde está el asesino de Lucía? ¿Puede ser esta una pregunta de investigación? Entendí que las preguntas de investigación son a menudo emociones, inquietudes, malestares, giros de una trayectoria. Esa pregunta quedó en cuarentena, después de su muerte, mientras que durante cuatro años intentaba hacer parte del trabajo que ella hacía como cuidadora y proveedora al tiempo que escribía mi tesis de doctorado sobre exilio y sexualidades no normativas. Una aproximación a cosas más amables, pensaba yo, como las representaciones de mujeres con sexualidades no normativas exiliadas, a través de la poesía, la música, el performance, la fotografía, en fin, a través de discursos multimodales.

Escogí trabajar sobre la obra y la vida de mujeres que me erotizaban, es decir, que me vivificaban, que de alguna manera me ayudaban a luchar contra la muerte. Era una estrategia de desobediencia y resistencia frente a las necropolíticas (Mbembe, 2011) y las

tanatopolíticas (Foucault, 1977), entendidas en una perspectiva traficada (Da Lima, 2002) e interseccional (Carbado, Williams, Mays y Tomlinson, 2013), o que me ayudaban a entender la muerte como una buena madre. Esa tesis de doctorado me llevó a ver de frente un tema que había querido evadir: la guerra transnacional librada en Colombia. Esa guerra que exilió a dos de mis hermanos e hirió a mi hermano menor, que torturó a mi padre y que asediaba a mi mamá adoptiva, Sabina, una mujer que había huido de su pueblo por el *continuum de violencias*, y que intentaba dejar atrás su existencia muisca-campesina por una falsa promesa de urbanidad: un eslabón de las cadenas locales y globales de cuidado instalada dentro de mi familia criolla, bogotana.

En ese punto estoy en este momento, entendiendo cómo funcionan las cadenas globales de cuidado y construyendo la noción de tramas (trans)nacionales de cuidado[3] (Esguerra, 2020). Mi trayectoria política, emocional, académica —encarnada por más de veinte años de reflexiones y acciones sobre políticas de las sexualidades, el género, las migraciones, el cuidado y el conflicto armado— se anuda en mi agenda investigativa actual.

En 2015, la pregunta sobre las mujeres cuidadoras de mi familia —especialmente sobre Lucía y Sabina—, y sobre la migración y la guerra, se había convertido en una inquietud cada vez más apremiante, que interpelaba mi valor político como investigadora. Una estrategia epistemológica fue encontrar las relaciones entre cuidado, migración, conflicto armado y salud. En 2016, inicié mi posdoctorado y con él la posibilidad de materializar la continuidad de este camino investigativo[4] con mi proyecto sobre migración y cadenas globales de cuidado.

3 Los hilos que constituyen estas tramas son, primero, las estructuras institucionales y redes sociales presentes en los trabajos de cuidado ligados a la migración y que sostienen el régimen transnacionalizado de cuidado y las cadenas globales y locales de cuidado; segundo, las historias mínimas de carne y hueso de las trayectorias migratorias, y las redes de cuidado y provisión de cuidado tejidas por las mujeres y personas feminizadas tanto para migrar como para cuidar; por último, los dispositivos de poder (neo)colonial presentes en la migración.

4 Por el que debo mi gratitud a las profesoras Luz Gabriela Arango, Marta Zambrano, Mara Viveros, Isabel Carrera y Gloria Wekker.

Con este relato no quiero hacer una sobrexposición autobiográfica, sino mostrar de qué manera las agendas investigativas surgen de procesos existenciales complejos o, por lo menos, así ha sido en mi caso. Las agendas investigativas, que son también políticas, no son producto de elecciones racionales ni de planes científicos convenientes para las industrias del conocimiento, ni de circunstancias neutras, sino de malestares profundos o de alegrías y placeres, todos encarnados, así ha sido en mi experiencia. No son elecciones metódicas o escrupulosas, sino parte del entramado de la propia vida. Por esa misma razón es que no hay una linealidad perfecta entre teoría y trabajo empírico, sino, más bien, un bucle poco consistente con la narrativa positivista que es, en últimas, violencia epistémica, colonialismo del conocimiento, por no hablar de "colonialidad del saber" (Lander, 2000), al tiempo que la teoría no resulta ese corpus continuo de ideas que nos han hecho querer ver. Los diálogos teóricos y la conciencia epistemológica, en mi experiencia, tienen que resonar con esa trayectoria encarnada que poco a poco se hace agenda investigativa.

Llamo *epistemología de frontera o migrante* —donde están presentes y no se niegan las emociones y las sensaciones, el ser cuerpo, el vivir y morir un poco cada día— el valerme de los desarrollos de las epistemologías feministas, en particular de: el conocimiento situado (Haraway, 1988); la *standpoint epistemology* (Harding, 2004; Collins, 2000); las políticas de la localización (Rich, 1985) —que son en buena parte una sistematización académica del pensamiento de mujeres y personas feminizadas afro, negras, chicanas, latinoamericanas y latinas—; valerme del pensamiento aimara chi'xi (Rivera, 2010); de la teórica-poética acuñada como *borderland*/la frontera (Anzaldúa, 2007) y de traficar (Da lima, 2002), envilecer, *mal-interpretar* las teorías de las ciencias sociales que me fueron heredadas.

Es una epistemología que privilegia las estrategias por encima de los métodos ordenados y controlados, que tiene en cuenta los *lapsus*, los errores, los intersticios, los silencios, más que las certezas; para la cual son fundamentales las preguntas más que las respuestas; en donde los testimonios, las narrativas, los rumores y los secretos tienen un lugar

más preponderante que las fotografías inmóviles, clausuradas y reglamentadas de la sociedad, propuestas por los padres de la antropología.

Etnografía multisituada: estrategia metodológica para una acción colaborativa

En este apartado haré un breve recuento de cómo y para qué construimos el camino para llegar a hacer etnografía multisituada sobre cadenas globales y tramas (trans)nacionales de cuidado en Colombia, España y Estados Unidos, investigación iniciada en 2009, pero con un trabajo de campo más sistemático iniciado en 2016. Me pregunto cómo hacer una etnografía multisituada desde una serie de perspectivas —1) la interseccional (Crenshaw, 1991; Viveros, 2016); 2) la situada (Haraway, 1988); 3) la heterárquica[5] (Kontopoulos, 1993); 4) la multiescalar[6] (Haidar y Berros, 2015); 5) la inter y transdisciplinar, para apostar por una investigación de acción colaborativa; y 6) la multisituada—.

Una vez reconocida la operación de cadenas globales de cuidado entre Colombia y España, y entre Colombia y Estados Unidos, planteé la investigación inicialmente en tres ciudades de Colombia —Medellín, Cali y Bogotá, tres de las principales ciudades de llegada de mujeres migrantes internas, desplazadas, desterradas,[7] y de salida de migrantes, personas en busca de refugio y exiliadas hacia Europa y Estados Unidos, luego sumé a Ibagué y Cartagena—;[8] dos de España

5 En este capítulo, la entiendo como la consideración analítica de los distintos niveles del poder (micro y anatomopolítico, meso y macropolítico) sin que se establezca entre ellos una relación de jerarquía, sino de intercorrespondencia, es decir, ninguno de los niveles resulta más relevante que otro en el análisis.

6 Entiendo lo multiescalar como la aproximación analítica que permite entender cómo lo corporal, lo local y lo global están interconectados.

7 Esta es la categoría que usan mujeres de Cali, en particular de la fundación El Chontaduro, para referir los procesos de despojo en el marco del conflicto armado en Colombia.

8 La decisión de incluir a Cartagena en el estudio fue gracias a que Alí Majul, quien luego fue asistente de investigación, me hizo una invitación para trabajar con su colectivo Contextos con mujeres de la periferia en Cartagena, frente a lo que yo le sugerí trabajar en particular con "madres

(Barcelona y Madrid, principales ciudades de concentración de trabajo de cuidado a cargo de migrantes) y una de Estados Unidos (Los Ángeles o Nueva York, donde aún no he logrado hacer trabajo de campo).

Una vez trazado un mapa del campo y las preguntas de investigación, me di cuenta, gracias a conversaciones con Sergio Montero,[9] de que lo que me proponía era una etnografía multisituada (Marcus, 1995), y poco a poco entendí que esta etnografía ya había iniciado unos años atrás (Esguerra, 2009). Comprendí que la etnografía multisituada va más allá de la comparación entre dinámicas particulares de determinados lugares, es decir, más allá de una mirada etnológica abstracta, no encarnada, y permite hacer uso del método etnográfico para comprender dinámicas y trayectorias de migración, que van de lo particular a lo general y de lo local, pasando por lo transnacional, a lo global.

Con esta etnografía multisituada buscamos comprender tres fenómenos de distinta escala: 1) las determinaciones sociales de la salud y la enfermedad de estas mujeres; 2) la manera en que operan las cadenas globales y locales de cuidado (Hochschild, 2000), es decir, la transnacionalización del cuidado; y 3) su incidencia en políticas nacionales de migración, salud laboral y cuidado.

Esta etnografía multisituada, que se ha convertido en un proyecto de vida, busca abordar las dinámicas de transnacionalización del cuidado, sus efectos en la salud[10] y las condiciones de vida de las trabajadoras

comunitarias" —o mejor, trabajadoras precarizadas del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF)—, viaje que costeé con recursos personales. También aproveché un viaje a Barranquilla por invitación de la Red de Mujeres del Caribe, para desplazarme a Cartagena y dar continuidad a la apertura de campo con un taller de cuerpo para estas trabajadoras del ICBF. Me valí de invitaciones a Ibagué y otras ciudades para dar inicio al trabajo de campo.

9 Investigador del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo (Cider) de la Universidad de los Andes.

10 En particular sobre salud laboral, hicimos uso de algunas categorías de la epidemiología clásica como riesgos ergonómicos, químicos, físicos, psicosociales, a la vez que indagamos por las nociones de salud propias de las mujeres y hombres transexuales. Así, nos concentraremos en analizar determinaciones sociales de la salud, siguiendo la propuesta de la epidemiología crítica (Peñaranda, 2013).

migrantes del cuidado, así como sobre las políticas públicas relacionadas. Una etnografía multisituada se basa en un método que "construye las trayectorias de movilidad e historias de sus sujetos situados en lugares diferentes, para establecer aspectos del sistema a través de las asociaciones y conexiones sugeridas entre los distintos lugares" (Marcus, 1995, p. 96). Además, la etnografía multisituada implica necesariamente un método de triangulación, en este caso particular, entre los relatos orales y cartográficos de las personas sujetos de la investigación; una revisión documental de diversas fuentes académicas empíricas y teóricas y de documentos de política pública, así como con datos estadísticos nacionales e internacionales procesados mediante modelos econométricos y estadísticos,[11] y una aproximación inter y transdisciplinaria, que implica la fractura y el desbordamiento de las fronteras y de la academia.

La perspectiva heterárquica (Kontopoulos, 1993) resultaba ineludible y nos retó a asumir que hay una operación simultánea de los niveles de poder. Así, la investigación implicó una aproximación a la interrelación entre los niveles anatomopolítico (cuerpo), micropolítico (colectividades), biopolítico y geopolítico (transnacionalización del cuidado), y multiescalar, que implica un *locus* de análisis como el cuerpo, lo local y lo global. La perspectiva interdisciplinaria supuso un abordaje del fenómeno desde los métodos propios de distintas disciplinas: la antropología, la epidemiología,[12] la salud pública y la estadística. La transdisciplinariedad, como ya señalé, implicó una aproximación en donde los límites entre unas disciplinas y otras se diluyen, lo que supone poner en crisis planteamientos epistemológicos, teóricos y metodológicos disciplinares, un campo fértil para el tráfico de teorías y la epistemología de frontera, alimentado por campos transdisciplinares como los estudios feministas, culturales y artísticos; estos últimos me

11 En este capítulo no me detendré en estos métodos.

12 Asumimos un enfoque epidemiológico crítico (Breilh, 2013), que va más allá de la causalidad y la multicausalidad de la enfermedad para analizar los sistemas económicos, sociales y culturales como determinantes, en el sentido marxista, de la salud o de la enfermedad.

han dado la posibilidad de pensar el campo de estudios críticos de las migraciones como un campo en emergencia.[13]

Hecha desde una perspectiva interseccional, implica entender cómo los sistemas de opresión —que son a la vez de representación, género, edad, clase, raza, capacitismo, etnicidad y sexualidad— se coproducen en el marco de la operación de las cadenas globales de cuidado (Hochschild, 2000) y de las tramas (trans)nacionales de cuidado.

Como ya mostré, no ha sido una decisión lineal hacer una etnografía sobre migración y cuidado, sino más bien un devenir atravesado por una serie de preguntas ligadas a mi propia trayectoria. Quisiera anotar, además, que una cosa es construir a partir de un ejercicio de reflexividad la agenda investigativa, proceso que mostré en el apartado anterior, y otra bien distinta es convencer al entorno institucional de que esa agenda es pertinente. Poder comunicar lo político y estructural que hay en la propia maraña de historias, sensaciones y emociones que dan carne a la agenda investigativa es un reto político, así como poder encontrar la relación entre lo personal y lo general es la oportunidad de configurar y compartir una agenda investigativa pertinente. Esta decisión estuvo marcada por la búsqueda de condiciones de producción de conocimiento y de estrategias necesarias para hacer una investigación de esas dimensiones.

En este sentido, identifico dos grandes aparatos en la construcción de mi estrategia metodológica: por un lado, el aparato académico simbólico investigativo (metodología, corpus teórico y epistemológico), del que hablé en el apartado anterior, y el aparato de producción de conocimiento. Este último está determinado por las condiciones materiales y simbólicas de producción de conocimiento. En buena parte es un aparato burocrático —que María Juliana Flórez y María Carolina Olarte-Olarte (2020) abordan de manera muy pertinente en

13 La reflexión hecha por docentes de la Maestría en Estudios Artísticos de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, hace ya más de diez años, fue la que me permitió plantear la Maestría en Estudios Críticos en Migraciones en el Instituto Pensar, cuyo proceso de creación lidero, como un programa que contribuye a la construcción de un campo crítico emergente.

el capítulo anterior de este libro (entre las páginas 49-51) e identifican como la práctica de "cuestionar y sortear los procedimientos administrativos autoritarios" (p. 11)—. Estos dos aparatos están personificados en las redes de relaciones sociales y políticas tejidas por sujetos "agentes" (Bourdieu, 1997) y actores de la investigación.

Fue necesario gestionar recursos de muy diversa índole, materiales y financieros,[14] y sobre todo redes de cuidado integradas por muchas personas que serían sujetos del estudio: primero, personas colombianas migrantes, desplazadas, exiliadas, trabajadoras del cuidado, como empleadas domésticas, "madres comunitarias" de ICBF y camareras de hotel (mujeres cisgénero, heterosexuales, lesbianas, mestizas, afro, negras, "indígenas", de muy diversas edades, y hombres transexuales y mujeres transgénero), residentes en Bogotá, Cartagena, Medellín, Cali, Madrid y Barcelona. Segundo, algunas personas del equipo de investigación, jóvenes profesionales o estudiantes de Bogotá, Cartagena, Medellín, Cali y Madrid, a quienes seleccioné porque, de una u otra manera, habían reflexionado, actuado políticamente y experimentado la migración y el cuidado, así como académicos de distintas universidades y amigas residentes en distintas ciudades. De alguna manera, la investigación era un modelo a escala de las redes migratorias y de cuidado de las que yo era parte y, en gran medida, sujeto de cuidado.

Esta etnografía requirió seguir las tramas (trans)nacionales del cuidado (Esguerra Muelle, 2020), lo que me suponía una ida y venida a través de las relaciones que tejían las mujeres y hombres transexuales entre sus ciudades de origen en Colombia y sus vidas en España.

Uno de los primeros pasos, además de establecer el mapa investigativo, fue redactar un protocolo ético, político, metodológico, epistemológico y de seguridad para la investigación (Esguerra *et al.*,

14 Financiación otorgada por la Vicerrectoría de Investigaciones de la Universidad de los Andes, mediante convocatoria interdisciplinaria interna 2017-2018. Además, recibí el apoyo del Centre d'Investigació en Salut Laboral (Cisal) de la Universidad Pompeu Fabra (España) para reforzar la investigación en el campo de salud, donde conté con la complicidad de Sara Zamora y también de María López, investigadora del Cisal, quien hizo gestiones para que yo pudiera hacer una estancia allí, en dos periodos distintos, con lo que, en parte, logré cubrir el trabajo de campo transnacional.

2016) —cada uno de estos elementos fueron elaborados desde una perspectiva feminista crítica— que se proponía como una guía que pudiera ser ajustada por el equipo.

Parte de lo planteado en el mapa y en el protocolo es que se trataría de una investigación colaborativa. En experiencias anteriores me era más fácil encontrar mi lugar político como parte del sujeto colectivo, al que pertenecía y desde el que actuaba en esos términos. Sin embargo, para esta investigación, mi lugar político había cambiado porque — aunque hubiera visto de cerca cómo en la trayectoria de mi madre Lucía y de mi madre Sabina se encarnaban las tramas locales del cuidado— no se trataba ya de mi propia experiencia investigativa sino de otras (véase Esguerra, 2002, 2014). Por esto, además de hacer una investigación básica, propuse una serie de estrategias que pudieran beneficiar de alguna manera a las personas y colectivos con quienes trabajamos.

En este sentido, nuestra investigación apuesta a formas de colabor, como Diana Ojeda lo señala en su capítulo en este mismo libro (entre las páginas 171-173), y se acerca a integrar a jóvenes investigadores implicados en el campo, si bien no a investigadoras comunitarias, como lo plantean María Juliana Flórez y María Carolina Olarte-Olarte en el capítulo ya mencionado de este mismo libro (entre las páginas 49-51). Nuestra investigación también propone un trabajo colectivo y negociado que excede sus márgenes para convertirse en acción política directa que implica, básicamente, construir conocimientos de manera conjunta y ser fuerza de trabajo para las organizaciones y personas con las que construimos ese conocimiento, convertido en un capital colectivo puesto en juego en distintos campos. Podríamos entonces hablar de una *investigación de acción colaborativa*. En este punto quisiera anotar que fue gracias a conversaciones con Diana Ojeda[15] que logré tomar distancia crítica respecto a la investigación acción participación, no para desecharla, sino para entender relaciones de poder naturalizadas en ella de manera irreflexiva.

15 Investigadora del Instituto Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana.

Así, hacer esta etnografía multisituada ha implicado el despliegue de estrategias contingentes de colaboración, muchas veces transnacionales y corporales, que no son en una sola vía; recibimos cuidados y sobre todo conocimientos de parte de las mujeres y personas que participan en la investigación, que siempre es una trama de relaciones sociales y políticas.

Algunas de las acciones que adelantamos en Cartagena, Bogotá, Cali, Medellín, Madrid y Barcelona consistieron en colabores de gestión[16] para lograr espacios de incidencia política,[17]

16 En Cartagena, Alí Majúl, asistente de investigación, junto con su colectivo, Contextos, adelantó conversaciones con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), con la Universidad Tecnológica de Cartagena y la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) para tratar de convenir espacios educativos para las trabajadoras migrantes del cuidado. También buscó convenios entre la empresa promotora de salud Mutual Ser y el Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales (Sisbén) para fomentar la aplicación de la encuesta Sisbén a trabajadoras del cuidado migrantes, desplazadas y desterradas. Con la Unidad para las Víctimas intentó la construcción de agendas con mujeres trabajadoras del cuidado migrantes, desplazadas y desterradas.

17 A través de la Mesa Intersectorial de Economía del Cuidado hemos hecho una labor permanente de incidencia en políticas públicas que vinculan migración, cuidado y salud laboral, en particular en el trámite de *fast track* del *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera* (punto 1, reforma rural integral), donde señalamos que no podía excluirse a mujeres desplazadas y desterradas de las medidas que favorecieran a mujeres rurales víctimas del conflicto armado. Esto me costó una discusión sobre cómo estas mujeres migrantes no dejaban de ser campesinas en virtud del destierro. También he participado en la discusión de la formación del Sistema Nacional de Cuidados (Sinacu) y con el Ministerio de Salud, en reunión con el entonces ministro de Salud, Alejando Gaviria, la representante a la Cámara Ángela María Robledo y Yolanda Cardozo, enfermera integrante de la Mesa Intersectorial de Economía del Cuidado; y, además, con la Comisión de la Verdad, en la mesa técnica de género y asuntos LGBT. También acompañamos a la madre sustituta Ruth Sánchez, con el fin de tratar la situación específica de esta modalidad de servicio con abogados de la Unidad de Trabajo Legislativo (UTL) del senador Alexander López.

pedagógicos,[18] fortalecimiento de la organización,[19] difusión,[20] actividades artísticas[21] y financiación.[22] También hicimos acciones directas de asistencia;[23] diseño y realización de talleres participativos,

18 Mientras escribo este capítulo, hemos culminado la Escuela Camina para lideresas del trabajo doméstico, en su mayoría pertenecientes a la subdirectiva de Bogotá, en conjunto con el Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (Dejusticia), la Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico (UTRASD) y el Instituto Pensar.

19 En particular con UTRASD y el Sindicato de Trabajadoras del Hogar e Independientes (Sintrahin) construí una propuesta pedagógica de fortalecimiento a la organización e incidencia que está siendo apoyada por la Alianza por el Trabajo Doméstico Digno en Bogotá, integrada desde 2018 por tres docentes universitarias, dos estudiantes y una investigadora independiente. En este momento solo estamos activas dos integrantes. Acompañamos la creación de la subdirectiva Bogotá de UTRASD.

20 En Medellín y Bogotá participé en varios eventos sobre trabajo doméstico y violencias laborales, y llevamos a cabo una investigación sobre acoso laboral para la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), junto con Alexandra Chocontá, en la que se pusieron en conversación parte de los testimonios de estas migrantes trabajadoras del cuidado. Con Laura Castrillón participamos en la iniciativa comunicativa de La Mutante, colectivo de comunicación, sobre trabajo doméstico y migración. Más recientemente participé en un simposio internacional sobre Migración y Salud Mental llevado a cabo en la Universidad Javeriana. También participé en el documental del colectivo catalán La Direkta, titulado *Cuidar entre terres*, que sigue como hilo argumental lo planteado en nuestra investigación "Migración y cadenas globales de cuidado". En mi último viaje a Barcelona, en junio de 2019, asistí al lanzamiento de este documental que se hizo en simultáneo en Colombia, a la mejor manera de las tramas transnacionales.

21 En asocio con la docente Eliana María Sánchez Aldana, del Departamento de Diseño de la Universidad de los Andes, iniciamos el proyecto "Bordados para la memoria del cuidado y el cuidado de la memoria". En Cali, María de los Ángeles Balaguera, asistente de campo, hija de una mujer migrante en Chile, cuya tesis sobre migración fue laureada por la Universidad Icesi, organizó una exposición con motivo del 8 de Marzo, de las cartografías corporales construidas con las mujeres que participaron de la investigación.

22 Formulamos el proyecto de intervención investigación, en conjunto con la Fundación Néctar, con el fin de ser presentado a financiadores como ONU Mujeres, OIM Colombia y Open Society Foundation, financiación que no fue concedida.

23 María de los Ángeles Balaguera hizo acompañamiento individual a mujeres trabajadoras del servicio doméstico en condiciones críticas de sobrevivencia. Contribuí a distancia e *in situ* en la gestión de acompañamiento personal, legal y psicológico para una empleada de servicio doméstico migrante venezolana en Madrid víctima de violencia sexual, acoso laboral y sexual, que fue injustamente encarcelada, acusada de robo, delito excarcelable en España.

muchos de cuerpo y autocuidado,[24] apoyo para generación de piezas comunicativas,[25] observación participante,[26] e intentamos ampliar el espectro de la investigación.[27]

Con este recuento quiero mostrar que, para quienes hemos hecho parte de esta agenda, investigar no implica simplemente hacer observación participativa, sino un compromiso de acción política que se teje a partir de iniciativas y de derivas estratégicas que colman el trabajo cotidiano y que se extienden a través del tiempo y de los espacios. Son iniciativas que muchas veces se truncan y fracasan, para las que la industria de producción de conocimiento rara vez dedica presupuesto.

Las condiciones de este trabajo de acción colaborativa han sido complejas; ante la insuficiencia de recursos muchas iniciativas mencionadas han ido desvaneciéndose. Sin embargo, seguimos

24 En Bogotá, diseñé y realizamos varios talleres con la Asociación Nacional de Trabajadoras y Trabajadores de la Economía del Cuidado (Antec) con la UTRASD y Sintrahin. Con la asociación Servicio Doméstico Activo (Sedoac), en Madrid, realizamos, junto con Nekane Rius, fisioterapeuta fundadora de la Maison Médicale de Bélgica, un taller de cuerpo y cartografías corporales. Realicé un par de talleres sobre economía del cuidado con Trabajadoras Unidas del Cuidado (Truncuvic).

25 Construí un guion para un video sobre economía del cuidado, dirigido a trabajadoras del cuidado. La realización estaba a cargo del equipo de la Confederación de Trabajadores de Colombia.

26 En Barcelona, apoyé la sistematización de encuesta en salud laboral desarrollada por Las Libélulas, e hice observación participante durante varios días en el encierro de migrantes (*tancada migrante*) de Barcelona, con el fin de ver cómo el contexto de la búsqueda de la independencia catalana ha afectado a personas migrantes, e hice un breve acompañamiento individual a una mujer migrante de Cali para consecución de apoyo legal para regularización del estatus migratorio. También asistí a manifestaciones de Las Kelly, "las que limpian los hoteles", en Barcelona, y en Bogotá, desde 2016, a jornadas de protesta del Sindicato Nacional de Trabajadores al Cuidado de la Infancia y Adolescentes del Sistema Nacional de Bienestar Familiar (Sitracihobi).

27 Hicimos contacto con el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Producción, Distribución y Consumo de Alimentos, Bebidas y demás servicios que se presten en Clubes, Hoteles, Restaurantes y Similares de Colombia (Hocar), para ampliar la investigación con camareras de hotel en Cartagena y Bogotá. Hubo mucha reticencia de parte de líderes de estas organizaciones. Con Laura Castrillón, hemos querido dar continuidad a algunas iniciativas planteadas dentro del proyecto, integrando este proyecto a la agenda del Instituto Pensar.

insistiendo, pero con la conciencia de que nuestros recursos son limitados y de que una investigación multisituada siempre obliga a desencajarse, a descoyuntarse, a torcerse, a *desguinzarse*, a partirse, a partir. Esto implica una paradoja espacial que está contenida por las políticas espaciales, entre ellas las políticas fronterizas.

Somática y espacio: mapear, escuchar, percibir, sentir

Pocos días después de mi llegada a España, en 2007 —año en que empiezo a andar este ramal del camino—, fui a dar a un bar donde tenía lugar un espectáculo transformista: la mujer que hacía la presentación gritó con su dejo español "bienvenidas todas al locutorio" y acto seguido empezó a hacer bromas sobre expresiones propias de países latinoamericanos y caribeños; recuerdo "qué oso", usada en Colombia. Ese bar, al que asistí casi recién llegada a España, me hizo sentir en casa, no sentirme *extrañada*. Esa imagen se me grabó en la memoria porque sería la frontera que habitaría por varios años y sobre la que adquirí conciencia poco a poco: la frontera marica y del locutorio, el lugar donde podía comunicarme con mi casa propia en el país distante (Diario de campo, 2007).

En este apartado haré una breve reflexión sobre el lugar del cuerpo de las y los sujetos de la investigación, del cuerpo como existencia, situado en las trayectorias de migración y, en particular, hablaré sobre cómo y para qué mapear los cuerpos. En medio de esta reflexión, hablaré de los métodos y técnicas cualitativas usadas en la investigación sobre tramas (trans)nacionales de cuidado: cartografías corporales individuales y colectivas y entrevistas semiestructuradas.

Paradojas espaciales

Uno de los asuntos más llamativos de esta investigación es entender cómo las personas enredadas en las tramas (trans)nacionales del cuidado experimentan una "paradoja espacial" (Esguerra, Ojeda y Fleischer, en prensa), una dislocación del cuerpo-ser, consistente en que, por un lado, recorren largas distancias desde su lugar de origen hacia

otras ciudades o países o dentro de las mismas ciudades,[28] pero terminan recluidas en espacios domésticos. Esta paradoja también tiene que ver con cómo estos espacios domésticos son despojados mediante la expropiación del hogar, pues muchas de estas personas solo tienen el lugar de trabajo, que es dormitorio pero no hogar, no casa; es el caso de empleadas internas del servicio doméstico transnacionales, quienes en muchas ocasiones no tienen un lugar para pasar sus días de descanso, por lo que optan por permanecer en su lugar de trabajo en donde permanecen aisladas y explotadas, o porque, ante la amenaza de la deportación, prefieren enclaustrarse mientras logran regularizar su situación en el país en donde son vistas como advenedizas. De esta forma optan por estrategias como no usar determinadas rutas dentro de la ciudad o, incluso, nunca recorrer las calles para evitar las redadas policiales, y también el extrañamiento del nuevo mundo.

Así, mientras estas mujeres y personas recorren grandes distancias en sus trayectorias de migración, trata, desplazamiento, exilio o destierro, su movilidad en los sitios de llegada a menudo es reducida por desconocimiento del espacio, problemas de accesibilidad, transporte precario, internamiento y vigilancia (escala casa y CIE), a la vez que hay un *continuum* espacial y político casa-trabajo.

Al tiempo, hacer una etnografía multisituada implica otra paradoja espacial, que consiste en, por un lado, acompasar las diferentes localidades del equipo de investigación, experimentar los espacios de diversas maneras debido a los desplazamientos constantes —yo era el elemento móvil del equipo, estuve en cerca de 90 de las 130 entrevistas realizadas en las siete ciudades—, y, por otra, la imposibilidad de estar en ciertos espacios cuando es requerido, por lo que es necesario acudir a estrategias de dislocación, de torcedura y de transnacionalización, usadas por las personas migrantes en su trayectoria, como los medios de comunicación trastornados a veces por las diferencias horarias. Al mismo tiempo investigar implica enfrentarse a las políticas

28 Por ejemplo, en el caso de Medellín, en donde el desplazamiento intraurbano y las fronteras invisibles marcan dinámicas de confinamiento y de expulsión permanentes.

espaciales y experimentar las formas de producción de los espacios urbanos (Esguerra *et al.*, en prensa), las discontinuidades y exclusiones establecidas a través de las fronteras y de las redes de ciudades que están implicadas en las tramas (trans)nacionales de cuidado.

OÍR Y ESCUCHAR

Sé que no oigo bien, pero sé escuchar, y eso me hace sentir valiosa. Escuchar es una de las estrategias más conocidas de los campos occidentales y occidentalizados del conocimiento, como el psicoanálisis o la etnografía. Cuando inicié el proyecto Migración y Cadenas Globales de Cuidado (Esguerra, 2016), tenía miedo de que esta investigación, que por primera vez no se circunscribía a los confines de mi propio universo social, terminara siendo un buen ejemplo de investigación extractiva. Esta inquietud se la hice saber a Eliza Enache, compañera y asistente de campo en Madrid, quien me dijo: "Con escuchar las historias de estas mujeres ya habrás hecho mucho". Me pareció que era una forma de consolarme, pero poco a poco fui entendiendo el valor que tenía la escucha para estas personas transexuales, aisladas en sus trayectorias migratorias y laborales, en sus existencias como seres feminizados. Al terminar cada entrevista preguntábamos qué les había gustado o disgustado de la experiencia; una inmensa mayoría de personas refería cómo nunca habían podido contar su historia y cómo el haber sido escuchadas las aliviaba. Alivio era lo más inmediato que podían sentir. Otras terminaban removidas y cansadas. Más allá de este alivio, no creo que la investigación haya tenido aún mayor incidencia en sus vidas. Con algunas de ellas sigo hablando, e incluso las acompaño muchas veces a la distancia, en sus pérdidas o en sus logros, pero me sigue pareciendo una miseria junto a lo que ellas donan, su tiempo, su historia, su conocimiento, y no deja de parecerme insuficiente. Por otro lado, no podemos vanidosamente adjudicarnos el lugar de la Salvadora, como anotan María Juliana Flórez y María Carolina Olarte-Olarte en este mismo libro (en la página 51).

Supongo que con esta escucha experimenté, en términos corporales-existenciales, algo parecido a la transferencia psicoanalítica

(Kristeva, 2006), una especie de empatía hecha substancia a través de emociones y percepciones que me hacían experimentar formas de condolencia, de compasión, no en el sentido religioso. Es decir, encarné por un instante el dolor de estas personas, sus emociones o pasiones, algunas veces de gozo, de valor, no solo de congoja o daño. Cuando discutimos con el equipo de investigación el protocolo que mencioné antes (Esguerra *et al.*, 2016), recuerdo que yo sugería que nunca lloráramos ni tratáramos de consolar a las personas, que permitiéramos los silencios, que no interrumpiéramos, que mostráramos empatía en nuestras contrapreguntas (nos guiamos por un instrumento de entrevista semiestructurada); que buscáramos hacer surgir respuestas al malestar desde las herramientas propias de las personas con la que conversábamos (planteamos la entrevista como una conversación); que mostráramos atención; que no perdiéramos el contacto visual; que les hiciéramos saber, con nuestro lenguaje corporal, que estábamos allí y que su historia tenía valor. Sabía de antemano que estas historias iban a estar colmadas de pasajes tristes y a veces incluso aterradores, no me eran ajenas; de alguna manera las había experimentado con la historia de mi madre Sabina, y de muchas historias que he conocido como colombiana, sabía lo que podía surgir. Cada vez se hizo más evidente que la guerra y el *continuum* de violencias sería el sustrato común a todas. De hecho, el instrumento de entrevista fue diseñado para indagar por ese *continuum* de violencias, que sabía de antemano sería misógino, racista, transfóbico, lesbofóbico, clasista, etarista, xenófobo. No queríamos inducir, pero debíamos llevar la conversación para ver cómo operaba esta "matriz de opresiones" (Collins, 2000). Por supuesto, todo el tiempo me sorprendía con la capacidad de representación, de resistencia, de transformación, de desobediencia, de invención de estas personas entrevistadas frente a los paisajes de opresión y dominación. Entendía entonces que yo no tenía que salvarlas, sin embargo, ellas contaban conmigo, con nuestra red, con que sus palabras llegaran a algún lado.

Hicimos alrededor de 130 entrevistas, en siete ciudades, que tuvieron una duración de tres a cinco horas, yo realicé personalmente unas 90 de esas entrevistas, a veces sola o acompañada por

otras personas del equipo. Mi sensación al final de todo el trabajo de campo es que todas estas entrevistas se habían convertido en parte de mi substancia, que algo en mí había cambiado definitivamente, que estas historias se me habían encarnado.

MUERTE, EMPOBRECIMIENTO, ENFERMEDAD Y CÁRCEL

Es difícil enfrentar la imposibilidad de aliviar ciertos dolores, tragedias y malestares. Al poco tiempo de terminar las entrevistas en Cali recibí la noticia de que Carlos, hermano de Guacho, un niño que vivía con Ruth, una "madre sustituta", murió; también de que la señora Elvia Ochoa, una trabajadora del ICBF, quien me regaló un libro de los testigos de Jehová, había muerto, como otras, esperando que el Gobierno colombiano reconociera su derecho a la pensión. Algunas estaban enfermas cuando las entrevistamos; una deuda que no he podido atender, es la solicitud de Tía África, Yaneth Blanquicet, de hacer un documental sobre las madres comunitarias en Cartagena, precarizadas por el ICBF, que están muriendo sin una pensión o jubilación.

Viví de cerca y a la distancia el encarcelamiento de María del Mar, migrante venezolana, luego de haber sido injustamente encarcelada mediante un proceso a todas luces manipulado, quien ahora padece cáncer. Logramos tejer redes a la distancia para gestionar recursos a través de una comida solidaria, conseguir representación jurídica y asesoría psicológica, en particular con integrantes de Servicio Doméstico Activo (Sedoac). Marta Álvarez, de Cali, en ese momento vicepresidenta de Sedoac, fue quien me puso en contacto con María del Mar, en 2017; ella estaba preocupada por María del Mar y se sentía sobrepasada por las múltiples violencias a las que sus empleadores españoles, antiguos y actuales, la habían sometido y la estaban sometiendo. Fui testigo de la *cárcel* en la que trabajaba, un apartamento por el metro Guzmán El Bueno, que exhalaba opresión, desde la bandera española colgada en su balcón hasta las cámaras de vigilancia con que María monitoreaba para saber si se acercaban sus empleadores. Cuando fue encarcelada fui a visitarla en Madrid a la cárcel de mujeres de Meco. Todas quienes la visitamos tuvimos la sensación

de que allí estaba menos encarcelada que en las casas donde trabajó. Ahora que padece un cáncer, he tratado de hablar con ella, pero me quiebro y me rindo. ¿Cómo acompañar esto a la distancia?

Podría contar otras historias similares, frente a las que hemos podido hacer algo o no hacer nada. Sin embargo, lo que me interesa subrayar aquí es que la investigación de acción colaborativa implica saber que, como investigadores, solo somos una pequeña parte de una red que a veces se mantiene y otras no. La posibilidad de tejer con fuerza estas redes no atiende solo a la voluntad de las personas que la integran, sino a condiciones estructurales y condiciones materiales de existencia; no es casual que los lugares donde esas redes pudieron dar frutos, sin tantas dificultades, fueron ciudades como Madrid, Barcelona y Bogotá. Esto implica entender la dimensión multiescalar del espacio al que nos enfrentamos en una etnografía multisituada. Se trata de una etnografía que busca continuidades y vínculos, pero que a menudo se encuentra con fracturas geopolíticas que no están bajo nuestro gobierno.

MAPAS DEL CUERPO

Una de las herramientas que arrojó resultados más conmovedores y reveladores durante el trabajo de campo fue la cartografía corporal (Gastaldo, Magalhães, Carrasco y Davy, 2012), individual y grupal, que construimos con las mujeres y personas feminizadas. Estas cartografías fueron la oportunidad de identificar, en los cuerpos-que-son estas personas, los dolores y también la capacidad de invención y de respuesta frente a las condiciones de precarización, aislamiento y empobrecimiento que genera el régimen (trans)nacionalizado de cuidados. Fue particularmente revelador cómo las mujeres identificaban de manera reiterada dolores emocionales y psíquicos más que físicos, tejidos con sus trayectorias de migración, destierro, desplazamiento, exilio y deportación, como con su historia de precarización laboral. También mostraban las marcas que la misoginia, la transfobia, la lesbofobia, el racismo, la xenofobia y el capacitismo ha dejado en sus existencias, en sus cuerpos.

Realizamos estas cartografías con lápices de colores y también mediante *collage*, usando recortes de revistas y papeles de colores.

En particular las mujeres afro, negras y afroindígenas anteponían la representación de sus marcaciones étnico-raciales, asumidas con conciencia política —a veces tímida, otras, decidida—, como su pelo, su vestido, el color de su piel o sus conocimientos ancestrales. Sobre este mapa colectivo de reconocimiento de sí mismas, y de su conciencia diaspórica, procedían a contarnos su historia, a reseñar sus emociones, sus sensaciones, sus trayectorias como migrantes y trabajadoras del cuidado.

Recuerdo cómo una mujer, desplazada desde la costa caribe colombiana, entonces residente en Cali, tituló su cartografía corporal *La siempreviva*: una estrategia para preservar su anonimato y también para resaltar su capacidad de sobrevivencia y de resistencia frente a la persecución insidiosa de paramilitares que la ha llevado a experimentar varios sucesos de desplazamiento y distintos hechos de victimización en el marco del conflicto armado. La siempreviva, como la flor que crecía en el territorio del que fue despojada. A ella no le despojaron su territorio, fue arrancada de ahí, desterrada,[29] y como una siempreviva aprendió a vivir sin estar sembrada en la tierra.

Para el momento de la elaboración de su cartografía corporal, ella se encontraba en una especie de contrato informal acordado con una madre sustituta en Cali, que le pagaba en moneda corriente y en especie su apoyo en labores de cuidado de niños con discapacidad que habían sido abandonados y a la vez eran desplazados internos. Cuando María de los Ángeles y yo terminamos esta entrevista, a ratos colectiva a ratos individual, fuimos aliviadas con comida e incluso La Siempreviva me dio un masaje, de unos veinte minutos, y con él todas sus bendiciones. En Madrid, otra mujer entrevistada también me ofreció un masaje en gratitud por haber escuchado su historia.

29 Esta categoría emergió en Cali, porque las mujeres víctimas de desplazamiento, especialmente las mujeres asociadas a la fundación El Chontaduro, hablan de destierro y no de desplazamiento. Ese testimonio fue recogido por María de los Ángeles Balaguera, en una aproximación con esta organización, que no nos permitió trabajar con ellas, pues, nos señalaron, con razón, que ya tenían sus propias investigadoras.

La vivacidad es una forma de resistencia. Como el caso de una maravillosa y enérgica "madre comunitaria", Lucelly Bambagüé, indígena residente en Cali, que llegó a nuestra cita, desbordada de vigor, manejando un carro y pidiendo excusas por llegar un poco tarde a su casa en El Vallado, donde habíamos acordado encontrarnos. Tenía una exquisita conciencia política, más las deliciosas empanadas vallunas y los cantos de resistencia de su pueblo que hicieron festiva esta entrevista, en la que además participaron incidentalmente sus hijas y su compañero sentimental, un hombre blanco de origen europeo.

En general, en los testimonios y las cartografías corporales encontramos la manifestación de un régimen de corporalidad consistente en trabajar-callar-tragar-enmudecer, un proceso profundo de subalternización, que se constata en cuerpos inflamados y anquilosados, pero también en conocimientos y prácticas de cuidado que mantienen la vida en general y que la contagian.

SENTIR Y PALPAR DE CUERPOS

Otra experiencia de conocimiento invaluable para mí fue a través de los talleres de cuerpo que realizamos en Madrid y Cartagena, espacios negociados que hacían parte de nuestras acciones de investigación colaborativa. Fueron espacios de gozo y también de reflexión activa colectiva. Algo que me impresionó fue sentir los cuerpos a veces endurecidos y anquilosados de estas mujeres trabajadoras, que cuidaban, pero no eran cuidadas. También corporeizada era la negativa de algunas mujeres afro a bailar debido a un duelo prolongado, regla social frente a la muerte que muchas de ellas guardan con celo. Podían no bailar, pero no perdían su humor, o eso fue lo que experimentamos en un taller en Cartagena, lleno de afecto y risas, pero en donde el duelo también tenía cabida. Como en ningún otro lugar, allí, en Cartagena, el tema del amor y la muerte apareció insistentemente.

Otra forma de contacto con sus cuerpos fue el llanto, que estuvo presente en la inmensa mayoría de las entrevistas. Como ya señalé, habíamos acordado con el equipo no llorar durante las entrevistas, me parecía que era una forma de invadir y despojarlas de su dolor. Aprendí

a llorar en seco, sin que mis ojos se humedecieran, una experiencia de transferencia que sin duda ha quedado registrada en mi cuerpo. A pesar de no llorar, podía sentir un movimiento en bucle que iba de ellas a mí y de mí a ellas, una forma de empatía que no necesitaba ser pronunciada. A veces ese llanto parecía colectivo y sin lágrimas, eso fue lo que sentí en el barrio Nelson Mandela, bajo un higuerón, donde asistí a un duelo grupal por el desplazamiento y la muerte de una "madre comunitaria" explotada por el Gobierno colombiano. En otro taller, tratamos de conjurar esa tristeza con algunas rondas infantiles que les invitamos a recordar, junto con Alí. Fue un momento de risas, porque la estrategia de dislocarse en la edad, de hacer el ridículo, la conocemos con suficiencia quienes hacemos labores educativas.

Por último, quiero subrayar otra manera de la somática de la migración y del cuidado. Una de las enseñanzas de esta investigación es que el *continuum* migración, desplazamiento, destierro, exilio y trata, que estas mujeres y personas feminizadas han experimentado, es una experiencia vuelta sustancia; no solo encarnada sino incorporada:

> A veces, la experiencia intelectual excede el entendimiento. Los procesos cognoscitivos y la experiencia corporal o emotiva producen respuestas contradictorias que desorientan la mente. Ocurren reacciones viscerales incontroladas producidas por el esquema explicativo [o su carencia] [...]. A grandes rasgos, esas reacciones son tomadas normalmente como anomalías. (Nichols, 1994, p. 76)

Por otra parte, la migración se vuelve cuerpo, se vuelve gesto, comida, implica una transformación de la *hexis* ('disposición') corporal, al mismo tiempo que este *continuum* las convierte en carne migratoria:

> La carne migratoria es la cara menos visible del Complejo Industrial Fronterizo. Con la idea de carne migratoria hago una analogía, en el contexto neocolonial, con la llamada "carne de cañón" en las guerras

> y la "carne de prisión" de las cárceles:[30] de la migración, como de una cárcel, nunca se sale, no del todo, la migración es un viaje que inicia y no termina. No hay volver, porque el sitio de donde se salió ya no existe más. El Complejo Industrial Fronterizo tiene hambre de existencias, de cuerpos. Carne para los dogos del siglo XVI y ahora carne para el festín sexual, carne para las maquilas, carne para el turismo sexual, carne para la servidumbre, órganos para la venta, carne para el comercio sexual y la pornografía, carne para las cocinas, carne para los matrimonios serviles, carne "de mula" para el tráfico de drogas y carne para el trabajo de cuidado que da cuerpo a las tramas (trans) nacionales del cuidado. (Esguerra, 2020)

En los relatos de estas mujeres y personas encontramos la operación de una micropolítica del conflicto armado: lógica de la guerra/capitalismo, destrucción de la vida y del territorio. El conflicto armado y social, y el *continuum* de violencias, es el escenario de determinantes sociales de la salud de estas personas. El conflicto armado, la operación de hogares comunitarios y las redes de vecinas serían lo que caracterizan las tramas (trans)nacionales del cuidado en el caso colombiano: el "eslabón colombiano de las cadenas locales y globales de cuidado". Existe un *continuum* migración, trata, desplazamientos, destierro, trabajo de cuidado (trabajo en el espacio doméstico) que supone, a su vez, un *continuum* de violencia. La dedicación a una trama (trans)nacional de trabajos de cuidado incluye la explotación con fines de servidumbre, el empleo doméstico; el cuidado de primera infancia, de personas con discapacidad, en situación de enfermedad o ancianas y ancianos; la industria hotelera y hostelera; oficios que son heredados o traspasados de unas mujeres a otras dentro de sus círculos familiares y vecinales.

30 Bello (2013) cita el siguiente testimonio de un recluso en la Cárcel Distrital en Bogotá, sobre lo que quiere decir carne de prisión: "En las cárceles usted va a encontrar gente que se convirtió en la carne de prisión. Eso es cuando usted entra y sale varias veces de la cárcel y pues se le va la juventud, se le va la vida estando comido por estas paredes [...] (Wilson, 21 años)" (p. 74).

Escribir sobre conocimiento encarnado: sensaciones, emociones, ideas

En este último apartado, intentaré hacer una reflexión final sobre la experiencia corporal y corporeizada del conocimiento, las políticas del cuidado y su escritura. Intento conseguir un balance de lo que significa conocer y construir conocimiento desde registros tanto racionales como sensoriales y emocionales, apostando por una práctica deslogocentrada para entender que la substancia, la performatividad, la materialidad, la corporeidad es la carne y el hueso del conocimiento.

A manera de cierre de esta reflexión epistemológica y metodológica, que se deriva y es una deriva en mi experiencia investigativa, quiero señalar que, más allá de la organización y del gobierno racional de las técnicas investigativas, hay una forma no logocéntrica de conocimiento: el conocimiento incorporado, ese que se convierte en experiencia y que también procede de la experiencia.

Con esto quiero decir que, como ya lo señalé, las agendas investigativas son siempre políticas y proceden de la trayectoria existencial, de la experiencia reflexionada y reflexiva; no de la experiencia pura, puesto que no existe algo así. A la vez, creo que el conocimiento es algo que transforma la existencia, en términos de sustancia, es decir el cuerpo. Por lo menos así sucede en el proceso de construcción de conocimiento a partir de la etnografía y de la experiencia existencial. Por eso hacer etnografía es como vivir.

Estar allí (Geertz, 1989) no puede ser simplemente una máxima para la validación de la autoridad y la autoría, sino que estar allí, en el campo, implica una experiencia encarnada y, en mi perspectiva, el llegar allí debe ser un devenir de la propia existencia. La manera en que construimos nuestras agendas políticas e investigativas debe ser una apuesta ética. A la vez, la manera en que se es y se existe "allí" implica un compromiso, en este caso con el cuidado. El cuidado atraviesa la investigación colaborativa activa de la que he tratado en este capítulo. El cuidado en doble vía, entendido como una relación política y de conocimiento entre los sujetos de conocimiento.

En este entramado, la epistemología de frontera es parte de esta "renuncia a" o un "tráfico de teorías" y epistemologías que nos invitan a mantener una distancia mentirosa entre lo que somos y lo que hacemos. Es una interpelación del lugar que ocupamos en las relaciones, siempre políticas, siempre de poder, de la construcción del conocimiento. La epistemología de frontera puede ser, a la vez, vista como una *epistemología migrante*.

Reconocer el cuidado como un acto político fundamental para el mantenimiento de la vida es algo que "se aprende por cuerpos" (Bourdieu, 1999). De alguna manera, mi voracidad al entrevistar a tantas personas es muestra de una *antropofagia cognitiva*; siento que mi avidez por tantas entrevistas responde a que —más allá de llenar extensos diarios de campo o de grabar incontables testimonios de mujeres y personas feminizadas— estaba buscando la realización de un acto performativo que, mediante la repetición y la saturación de historias de migración y trabajos de cuidado, me permitiera comprender cómo son estas vidas, me permitiera encarnar sus relatos por un acto de transferencia, de transmutación, de transformismo.

Espero hacer un cierre de este trecho de mi agenda investigativa, volcando estas experiencias en un relato testimonial de lo que significa hacer parte de las tramas (trans)nacionales del cuidado, y que quiere decir devenir carne migratoria, con las palabras de las personas migrantes trabajadoras del cuidado y las mías, que son ingesta de las suyas.

Ojalá que ese relato colectivo pueda dar cuenta de cómo las tramas (trans)nacionales del cuidado, amarradas al conflicto transnacional que vivimos en Colombia, han sido una forma de despojo de las existencias, los conocimientos y el trabajo. Se trata de hablar de las existencias de mujeres y personas feminizadas engranadas a un aparato político y económico —como el sistema sexo género hegemónico y colonial (dimórfico, binario, cisgénero, heterocentrado y androcentrado)— y a un aparato racista de (trans)nacionalización del cuidado, que opera mediante la migración, el desplazamiento, el

destierro, la trata, el exilio y la deportación. Hablamos del despojo global de cuidado, como trabajo y conocimiento, del cuidado como común primordial para el mantenimiento de la vida; de la vida como común máximo. Hablamos de trayectorias que van del cuerpo al mundo y al cuerpo, otra vez.

Referencias

Anzaldúa, G. (2007). *Borderlands/la frontera: The new mestiza* (3.ª ed.). San Francisco: Aunt Lute Books.

Bello, J. (2013). *Cuerpos encerrados, vidas criminalizadas: interseccionalidad, control carcelario y gobierno de las diferencias* [tesis de maestría]. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Recuperado de http://bdigital.unal.edu.co/45378/1/80857966.2013.pdf

Bettio, F., Simonazzi, A. y Villa, P. (2006). Change in care regimes and female migration: The "care drain" in the Mediterranean. *Journal of European Social Policy*, *16*(3), 271-285. https://doi.org/10.1177/0958928706065598

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.

Breilh, J. (2013). La determinación social de la salud como herramienta de transformación hacia una nueva salud pública. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, *31*(1), 13-27. Recuperado de http://www.scielo.org.co/pdf/rfnsp/v31s1/v31s1a02.pdf

Carbado, D. W., Williams, K., Mays, V. M. y Tomlinson, B. (2013). Intersectionality: mapping the movements of a theory. *Du Bois Review: Social Science Research on Race*, *10*(2), 303-312. https://doi.org/10.1017/S1742058X13000349

Collins, P. (2000). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. Nueva York: Routledge.

Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, *43*(6), 1241-1299. https://doi.org/10.2307/1229039

Da Lima, C. (2002). Repensando el género: tráfico de teorías en las Américas. En M. L. Femenías, *Perfiles del feminismo iberoamericano* (pp. 189-214). Buenos Aires: Catálogos.

De Lauretis, T. (1987). *Technologies of gender: Essays on theory, film, and fiction*. Bloomington: Indiana University Press.

Echeverría, B. (2010). *Modernidad y blanquitud*. México, D. F.: Editorial ERA.

Esguerra Muelle, C. (2002). *Del pecatum muntum al orgullo de ser lesbiana: Grupo Triángulo Negro de Bogotá (1996-1999)* [tesis de pregrado]. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Recuperado de http://bdigital.unal.edu.co/58137/

Esguerra Muelle, C. (2014). Dislocación y *borderland*: una mirada oblicua desde el feminismo descolonial al entramado migración, régimen heterosexual, (pos)colonialidad y globalización. *Universitas Humanística*, *78*, 137-161. https://doi.org/10.11144/javeriana.uh78.dbmo

Esguerra Muelle, C. (2015). *Mujeres imaginadas: mujeres migrantes, mujeres exiliadas y sexualidades no normativas* [tesis doctoral]. Universidad Carlos III de Madrid, Getafe. Recuperado de https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/22381/tesis_camila_esguerra.pdf?sequence=1

Esguerra Muelle, C. (2020). Complejo industrial fronterizo, sexualidad y género. *Tabula Rasa*, *33*, 107-136. https://doi.org/10.25058/20112742.n33.05

Esguerra Muelle, C., Sepúlveda, I., Castrillón, L., Balaguera, M., Enache, E. y Majul, A. (2016). *Protocolo metodológico, ético, de seguridad y operativo de investigación Proyecto Migración y Cadenas Globales de Cuidado. Cider* [manuscrito sin publicar]. Universidad de los Andes.

Esguerra Muelle, C., Sepúlveda, I. y Fleischer, F. (2018). *Se nos va el cuidado, se nos va la vida: migración, destierro, desplazamiento y cuidado en Colombia* [Documentos de Política n.° 3]. Universidad de los Andes. Recuperado de https://cider.uniandes.edu.co/es/publicaciones/node%3Atitle%5D-81

Esguerra Muelle, C., Ojeda, D. y Fleischer, F. (En prensa). Forced displacement, international migration and (trans)national care networks: The urban other in Colombia and Spain. En L. Peake *et al.* (eds.), *A feminist urban theory for our times: Reconsidering social reproduction, the urban and its constitutive outside.* Nueva York y Londres: Wiley Blackwell.

Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber.* México: Siglo XXI.

Gastaldo, D., Magalhães, L., Carrasco, C. y Davy, C. (2012). *Body-map storytelling as research: Methodological considerations for telling the stories of undocumented workers through body mapping.* Toronto: Centre for Support And Social Integration Brazil-Canada; Centre for Spanish-Speaking Peoples. Recuperado de http://www.migrationhealth.ca/sites/default/files/Body-map_storytelling_as_reseach_HQ.pdf

Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor.* Barcelona: Anagrama.

Haidar, V. y Berros, M. V. (2015). Hacia un abordaje multidimensional y multiescalar de la cuestión ecológica: la perspectiva del buen vivir. *Revista Crítica de Ciências Sociais*, *108*, 111-134. https://doi.org/10.4000/rccs.6133

Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, *14*(3), 575-599. Recuperado de https://philpapers.org/archive/harskt.pdf

Harding, S. G. (ed.). (2004). *The feminist standpoint theory reader: Intellectual and political controversies*. Nueva York: Routledge.

Hochschild, A. R. (2000). Global care chains and emotional surplus value. En A. Giddens y W. Hutton (eds.), *On the edge: Living with global capitalism* (pp. 130-145). Londres: Jonathan Cape.

Kontopoulos, K. (1993). *The logics of social structure*. Londres: Routledge.

Kristeva, J. (2006). *Historias de amor* (A. Ramos Martín, trad.). Madrid: Siglo XXI.

Lander, E. (comp.). (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso.

Manalansan, M. F. (2006). Queer intersections: Sexuality and gender in migration studies. *International Migration Review*, *40*(1), 224-249. https://doi.org/10.1111/j.1747-7379.2006.00009.x

Marcus, G. (1995). Ethnography in/of the world system: The emergence of multi-sited ethnography author. *Annual Review of Anthropology*, *24*, 95-117. https://doi.org/10.1146/annurev.an.24.100195.000523

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica* seguido de *Sobre el gobierno privado indirecto* (E. Falomir, trad.). Barcelona: Melusina.

Mignolo, W. (2005). *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa.

Minh-ha, T. T. (1989). *Woman, native, other, writing poscoloniality and feminism*. Bloomington: Indiana University Press.

Nichols, B. (1994). *Blurred boundaries: Questions of meaning in contemporary culture*. Bloomington: Indiana University Press.

Osborne, R. (2009). La sexualidad como frontera entre presas políticas y presas comunes bajo los nazis y el franquismo. *Política y Sociedad*, *46*(1), 57-77. Recuperado de https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0909130057A

Peñaranda, F. (2013). Salud pública y justicia social en el marco del debate determinantes-determinación social de la salud. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, *31*(1), 91-102. Recuperado de http://www.scielo.org.co/pdf/rfnsp/v31s1/v31s1a11.pdf

Rich, A. (1985). Notes towards a politics of location. En M. Díaz-Diocaretz e I. M. Zavala (eds.), *Women, feminist identity and society in the 1980s* (pp. 7-22). Amsterdam: John Benjamins. https://doi.org/10.1075/ct.1.03ric

Rich, A. (2002). *Poemas (1963-2000)* (M. S. Sánchez, trad.). Sevilla: Renacimiento.

Rivera, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón; Retazos.

Rubin, G. (1975). The traffic in women: Notes on the "political economy" of sex. En R. R. Reitner (ed.), *Toward an anthropology of women* (pp. 157-210). Nueva York: Monthly Review Press.

Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.

Una aproximación metodológica al silencio como sitio de sentido: conversaciones sobre producción de conocimiento y principios éticos

Tatiana Sánchez Parra*

A menudo la investigación empieza con algo que hemos visto, con alguna experiencia que hemos tenido. Es posteriormente, en el ejercicio etnográfico, cuando nos encontramos con los diferentes silencios que, en diferentes niveles y con diferentes intensidades, están presentes en la investigación. La historia de la investigación de la que hablaré en este capítulo, sin embargo, no empieza con algo que vi u oí, sino con silencio. En el 2011, cuando la prensa colombiana ya empezaba a incluir dentro de su cubrimiento más noticias sobre violencia sexual en el contexto del conflicto armado en el país (Sánchez y Lo Iacono, 2020), me encontré leyendo una de las tantas historias que hablaban de las experiencias de violencia impuestas sobre mujeres y niñas. Aunque hoy en día no recuerdo las particularidades de la historia, lo que sí recuerdo es que una de las mujeres en la noticia había quedado embarazada como resultado de la violación. Seguramente no era la primera vez que leía fragmentos de testimonios de mujeres que habían quedado embarazadas como resultado de violencia sexual en el contexto de la guerra. Pero sí fue la primera vez que me di cuenta de que nunca había leído historias sobre esos niños y niñas que nacían como resultado de las diversas formas de violencia de género relacionadas con el conflicto armado en Colombia. Con el tiempo, esa ausencia en los medios de comunicación, junto con los diferentes silencios que a lo largo de los años he identificado alrededor de esos niños y niñas, se ha transformado

* Antropóloga, doctora en Sociología, profesora asistente del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Correo electrónico: tatiana.sanchez@javeriana.edu.co

en preguntas académicas que implican diversos retos metodológicos. ¿Cómo hacer investigación con y sobre personas cuya existencia parece estar rodeada de silencio, invisibilidad y ausencias? Más aun, ¿cómo hacer investigación que no produzca nuevas formas de violencia hacia ellos y ellas, al reconocer su presencia y experiencia?

Este capítulo se sitúa en contextos enmarcados en violencias políticas y armadas con sus repertorios de terror atravesados por el género. El texto adhiere a conversaciones que, desde la etnografía de la violencia, no buscan enfocarse en la violencia misma, sino que buscan comprender las experiencias humanas de guerra, sobrevivencia y resistencia definidas por sistemas de opresión entrelazados. Desde una aproximación etnográfica, en este capítulo exploro el silencio como espacio de producción de conocimiento y presento cómo mi investigación ha sido moldeada por ausencias, emociones y preocupaciones éticas. Las conversaciones que acá propongo, en esa medida, están orientadas por la pregunta sobre cómo leer los silencios y no por las preguntas sobre cómo romperlos o llenarlos.

En la primera parte del capítulo presento el marco conceptual, que me ha permitido entender el silencio no como ausencia de información, sino como un espacio de sentido situado en contextos específicos. Posteriormente, presento cómo estas reflexiones se han materializado en mi investigación en el planteamiento de las preguntas y focos de atención para la producción de conocimiento. En la tercera parte del capítulo comparto parte de mi experiencia leyendo los silencios, y sus matices, durante el trabajo de campo.

Silencio como espacio de sentido

Michael Taussig (1989) describe el terror como un espacio social en el cual víctimas y perpetradores, oprimidos y opresores, obedecen las lógicas de la violencia y dan vida a realidades sociales. El terror, argumenta, transforma sentidos y significados, y difumina los bordes de la realidad. Al hacerlo, fusiona los significantes culturales que forman parte de los órdenes sociales a los que pertenecen los oprimidos y los

opresores. El horror, la violencia y el miedo impregnan el orden social que pretenden dominar y, a través de ellos, nace una cultura del terror por medio de la cual la verdad y la realidad son objetivadas. La verdad y la realidad, bajo esas condiciones, son coproducciones de la colisión de órdenes sociales mediados por la violencia y el horror. Pensando desde esta producción de realidad social, en mi investigación he conceptualizado a las personas que han nacido a través de la guerra como pertenecientes a un orden social que ha resultado de la mezcla violenta de universos de significado. Los marcos y procesos políticos y sociohistóricos para aprehender su presencia, en ese sentido, abarcan el sistema de terror que los concibió y los valores morales y culturales del grupo social en el que nacen. A lo largo de mi investigación, en ese sentido, he entendido que las narrativas sobre estas personas resultan de negociaciones constantes para dar un significado social a sus cuerpos físicos en los contextos en los que habitan.

Las culturas del terror, argumenta Taussig (1989), también se nutren de silencio. Sin embargo, el silencio toma diferentes formas y lo que yace detrás de él abarca diferentes dimensiones de la experiencia humana y sus luchas políticas, culturales y económicas. Reflexionar sobre la presencia del silencio en relación con las personas que han nacido como resultado de violencia sexual en contextos de guerra requiere reflexionar sobre las diferentes formas que el silencio asume en torno a las mujeres y sus experiencias del conflicto armado, ya que las experiencias de madres y niños están estrechamente conectadas. Algunos informes sobre la producción de silencio y las violencias de género en contextos de guerra han mostrado cómo el silencio institucional se consolida a través de la impunidad, la vergüenza y la discriminación (Human Rights Watch, 1995). En una dimensión diferente, para las mujeres el silencio también está presente cuando la comprensión de su experiencia está basada en categorías estáticas de victimización que oscurecen otras formas de violencia estructural, mientras reducen su experiencia a violencia sexual (Theidon, 2007, 2013), a la vez que normalizan la violencia sexual que no ocurre en contextos de guerra (Baaz y Stern, 2013). Cuando, en el contexto de la guerra y la opresión,

las mujeres han sido privadas de sus cuerpos y su sentido de humanidad, el silencio, sin embargo, también puede ser un acto de agencia consciente a través del cual las mujeres se niegan a nombrar ciertas experiencias (Das, 1996; Ross, 2001). Las narrativas sobre la concepción y sobre las personas nacidas de la guerra aparecen en la intersección de los silencios superpuestos que rodean esas experiencias.

Basándome en la conceptualización de Taussig (1999) de *defacement* ('desfiguración') y secreto público, no entiendo la falta de información pública sobre personas nacidas como resultado de la violencia sexual en contexto de guerra en Colombia como el resultado de un velo de secreto impuesto sobre su existencia individual por parte de sus madres y parientes más cercanos. Después de todo, como señala Kimberly Theidon (2015), en sus comunidades estos individuos están ocultos a plena luz; son parte de la información que todos conocen, pero que nadie reconoce, y que ha otorgado poder a la configuración de tipologías de experiencias de género del conflicto armado, dentro de las cuales la violencia sexual, como política y tecnología de control y dominación, se ha utilizado contra mujeres y niñas. Al reflexionar sobre la producción de realidades sociales y la objetivación de una cultura de terror, como la que ha sido impuesta por grupos armados en tantas comunidades en Colombia, lo que podría ser entendido como un secreto tiene el poder de producir órdenes sociales a través de su dimensión pública (Taussig, 1999). Esas verdades que yacen detrás del silencio, y que son nombradas como secretos, son a menudo conocidas por las personas que comparten el mismo orden social, pero no pueden articular su presencia en la superficie de lo cotidiano, reconociendo las lógicas y significados de la cultura del terror instalada.

Esos secretos públicos, que Taussig (1999) describe como "saber qué no saber" (p. 2), representan el tipo de conocimiento social más importante que existe, ya que son el núcleo de la relación entrelazada entre el poder y el conocimiento en las instituciones sociales, no tanto porque el conocimiento es poder, sino porque "no-saber activamente" (p. 7) hace que ese conocimiento sea poderoso. Basándose en Walter Benjamin, Taussig argumenta que "la verdad no es

una cuestión de exposición que destruye el secreto, sino una revelación que le hace justicia” (p. 2). La desfiguración del secreto público, a través del proceso organizado de revelación de ese “saber qué no saber” dentro de la cultura del terror, argumenta Taussig, no destruye el secreto, sino que lo hace más poderoso, ya que saber resulta tan importante como ocultar. A partir de esto, mi investigación no se ha centrado en exponer el secreto sino en comprender los diferentes procesos sociales a través de los cuales el secreto público se oculta y revela. En este sentido, mi investigación reflexiona sobre las dimensiones de la realidad social que se revelan a través del silencio relacionado con aquellas personas que han nacido de la guerra en Colombia.

En las realidades en las que opera la justicia transicional, a menudo el silencio se entiende como un obstáculo para reparar las experiencias de violencia masiva; se tiende a asumir que la responsabilidad moral y política de las instituciones y actores frente al silencio es romperlo (Nowrojee, 2005). Sin embargo, el silencio, entendido como un artefacto histórico y cultural (Castillejo, 2005), con sus propios límites y contenidos, revela las diferentes formas que las narrativas de la memoria asumen en el presente y en circunstancias particulares. Como no existe una forma universal de silencio, su contenido revela las negociaciones sociales que tienen lugar dentro del universo de significados de las personas. En esta medida, por ejemplo, Lawrence Langer (1991) argumenta que el silencio puede surgir en ausencia de palabras para expresar lo que no tiene sentido, ya que algunas formas de violencia tienen la capacidad de hacer que las experiencias no sean representables a través del lenguaje. Veena Das (1996) argumenta que el silencio también puede representar agencia en un intento activo de negarle existencia a ciertas experiencias a través de las palabras. En los testimonios de las experiencias de las mujeres durante regímenes de violencia y opresión, señala Fiona Ross (2001), el silencio debe entenderse configurado por el género. Según Ross, el silencio es, en sí mismo, una forma de lenguaje que no necesariamente debe traducirse en palabras, pero que tiene un significado dentro de sus propios contextos históricos, culturales y políticos.

Situándome en la investigación: sobre posicionalidad, ética y producción de conocimiento

Viajé al municipio de Buenos Aires, ubicado en el norte del departamento del Cauca, siguiendo rumores que había oído sobre niños y niñas que habían nacido como resultado de violencia sexual cometida por paramilitares entre el 2000 y el 2004. Esos niños y niñas, decían los rumores, eran señalados por sus comunidades como "paraquitos". Antes de iniciar el trabajo de campo, en la fase de preparación de esta etapa de la investigación, mis esfuerzos estaban centrados en contactar organizaciones locales y algunas ONG en ese municipio que trabajaran en temas de conflicto armado, infancia o violencias de género. Mi plan era ofrecerme como voluntaria en sus actividades, de manera que, desde ese lugar de acciones y relaciones, pudiera desarrollar una estrategia de investigación basada en observación participante. Durante el 2015, el año anterior al inicio de esa fase de mi trabajo de campo, busqué establecer fallidamente esos contactos desde mi escritorio, en Inglaterra; las ONG nacionales que contacté no estaban en ese momento desarrollando proyectos en el municipio, las organizaciones locales que había identificado no me respondían y, desde la distancia, con mis imaginarios sobre las geografías de Buenos Aires, no lograba entender la diversidad, amplitud y fracturas que definen los espacios entre las heterogéneas comunidades rurales del municipio.

A finales del 2015 llegué a Bogotá. No fueron muy prometedoras mis reuniones con dos ONG nacionales que en algún momento, hacia el 2010, habían tenido proyectos en Buenos Aires con sobrevivientes de violencia sexual. Me expresaron que la idea de investigación les parecía muy pertinente y necesaria, sin embargo, me dijeron, en ese momento era imposible viajar al municipio. Los rumores eran que los paramilitares estaban volviendo a recuperar armas y dinero que habían guardado en caletas, que no estaban permitiendo la entrada de gente que no fuera de la zona. Los rumores eran que la gente estaba aterrorizada. El miedo le dio forma a mi investigación de maneras que no pueden ser subestimadas. Ese

miedo, sin embargo, reveló espacios de sentido que, a primera vista, podrían parecer definidos por ausencias, pero que comunican siempre y cuando estemos dispuestas a oírlos. Geográficamente, el miedo me llevó a vivir en Cali y no en Buenos Aires o en Santander de Quilichao (el centro urbano más grande cerca a las comunidades donde hice el trabajo de campo). Las implicaciones de esta decisión impusieron un límite al ejercicio etnográfico del día a día de las personas con quienes trabajaba. Aunque viajaba regularmente, casi todos los días hacia el final de esa etapa del trabajo de campo en julio de 2016, hubo limitaciones en la familiaridad que podía obtener al no pasar la noche en las comunidades o al no tener un lugar fijo donde la gente pudiera encontrarme fácilmente.

El viaje desde mi casa en Cali a Buenos Aires, sin embargo, fue esclarecedor. Para mí, reveló las fracturas causadas por infraestructuras negligentes, paisajes militarizados y el tránsito y las transacciones entre lo urbano blanco/mestizo y lo rural indígena y afrocolombiano. Fue agotador levantarme a las 4 de la madrugada, embarcarme en recorridos de 3 o 4 horas para llegar a la comunidad, cambiando de formas de transporte sin horarios claros, bajo el fuerte sol o la intensa lluvia. En algunos momentos afectó mi bienestar personal y las interacciones con las personas. Sin embargo, me permitió familiarizarme con los ritmos, sonidos y dinámicas sociales que marcan la vida de las personas con quienes trabajaba. Este trayecto recorre los paisajes configurados no solo por la violencia armada y política, sino por las históricas violencias económicas entrelazadas con sistemas racistas, sexistas y de devastación de los ecosistemas. Este es, por ejemplo, el trayecto que día a día hacen hombres y mujeres afrocolombianas desde sus comunidades hacia las que hoy en día son las principales fuentes de ingresos en la región, junto con la minería legal e ilegal de oro: los monocultivos de la caña de azúcar y el trabajo doméstico en Cali.

Los rumores que había oído en Bogotá sobre el regreso de los paramilitares no correspondían al presente de las comunidades en el momento en el cual yo estaba haciendo esa parte del trabajo de campo. Eran más bien el reflejo de las dinámicas y las experiencias del pasado

reciente (historias de años después de la desmovilización del Bloque Calima, en diciembre de 2004), y la expectativa constante de las personas de estas comunidades de que la pesadilla de los años del orden social paramilitar podría volver sin previo aviso.

No fue sino hasta un mes después de mi primera visita a Buenos Aires que visité la comunidad específica donde realicé la mayor parte de ese momento de mi trabajo de campo. A través de una abogada de derechos humanos que vivía en Bogotá, pero que había trabajado mucho tiempo en el Cauca, conocí a Ruth, una de las mujeres cuyo rol activo de liderazgo en escenarios regionales de la justicia transicional había contribuido a la lucha de las sobrevivientes de violencia sexual por justicia y acceso a reparaciones. Las pocas menciones que había encontrado sobre niños y niñas nacidas de la guerra en esa parte del país incluían referencias a la organización a la cual Ruth pertenecía y a sus esfuerzos por visibilizar la estigmatización que esos niños y niñas estaban viviendo. Me reuní con Ruth varias veces a lo largo del primer mes de trabajo de campo. Nos encontramos en su casa, en la zona urbana del pueblo de Buenos Aires y en Santander de Quilichao. En nuestras largas conversaciones Ruth me compartió historias de violencia, resistencia y organización política. Historias de cómo, desde que era muy joven, encontró inspiración en la lucha de personas y comunidades contra la violencia estatal —manifiesta en, por ejemplo, el desplazamiento de comunidades para construir la represa de La Salvajina— y la violencia de los grupos armados para ganar control sobre tierra, recursos y cuerpos, particularmente los cuerpos de mujeres. Desde nuestro primer encuentro, Ruth me explicó que ella no era de la misma comunidad que esos niños y niñas nacidas de la violencia paramilitar sobre los que había rumores. Su contacto cercano con la comunidad, sin embargo, venía de proyectos liderados por dos ONG nacionales en los que su organización había participado.

Mis conversaciones iniciales con Ruth estuvieron guiadas por reflexiones sobre cómo las aproximaciones metodológicas que escogemos y las herramientas que diseñamos no dan cuenta solo de nuestro interés por la producción de conocimiento, sino también de los

principios éticos de nuestra investigación. Ella me dejó muy claro desde el principio que yo tendría que ser muy cuidadosa en cómo acercarme a la comunidad; la experiencia de más de cuatro años de confinamiento paramilitar se veía reflejada en desconfianza hacia desconocidos y la experiencia con las burocracias de la justicia transicional ha hecho que las personas se muestren escépticas frente al propósito de compartir sus historias. Mis conversaciones con Ruth, en este sentido, fueron conversaciones éticas y políticas sobre cuáles podían ser las contribuciones de las ciencias sociales (y mi investigación en particular) a las luchas de esas personas cuyas historias estaban enmarcadas en opresiones históricas, económicas y armadas. Frente a las violencias estatal y del capital, las conversaciones con Ruth resaltaron cómo la producción de conocimiento no alivia la lucha cotidiana de las personas para alimentar a sus hijos o para acceder a atención médica en un sistema neoliberal que entiende la salud como una mercancía mientras silencia las prácticas rurales y ancestrales, o cómo no trae justicia por los años de sufrimiento e impunidad. Este reconocimiento implica una práctica de investigación crítica y reflexiva que esté comprometida con no reproducir o producir ninguna forma de violencia, más allá de cumplir con los requisitos éticos de la Universidad.

Alejandro Castillejo (2005) plantea que el desarrollo de una economía de extracción de testimonios está movilizada por grupos de intermediarios que se han adjudicado experticia en el estudio de fenómenos de violencia política y armada, y sus efectos en las vidas de personas y comunidades. Las historias de violencia y opresión producen y perpetúan diferentes tipos de silencios que pueden encontrarse arraigados en los cuerpos de las personas y en sus universos de sentido, y pueden instalarse alrededor de eventos, relaciones, procesos, prácticas, individuos o grupos de personas. No obstante, nos dice Castillejo, el silencio también puede ser parte de la agencia de las personas como respuesta a prácticas que extraen testimonios de sus dueños, sus sitios de experiencia y asumen propiedad sobre ellos, como si fueran mercancía, en nombre de, por ejemplo, la producción de conocimiento

o la divulgación de información que se encontraba oculta. En su investigación sobre el *apartheid* en Sudáfrica, y la reconstrucción de memorias de casos emblemáticos, Castillejo (2009) describe cómo las interacciones entre las personas que habían vivido experiencias de violencia y los "expertos" eran asumidas como actos de empatía social que podían reconocer el dolor que históricamente había sido negado. Sin embargo, la "ironía del reconocimiento", como Castillejo la llama, es que los expertos tienen el poder de reinscribir violencia a través de prácticas de investigación que no pueden, y no están interesadas, en leer el tejido de los silencios existenciales y que, al mismo tiempo, fragmentan las narrativas de las personas y extraen esos fragmentos como mercancías. Dentro de esas dinámicas de extracción, el silencio también es usado por las personas como estrategia para subvertir las relaciones de poder de esas interacciones.

Siguiendo estas reflexiones, el silencio no es únicamente algo que nos encontramos a lo largo del trabajo de campo, manifestado en ausencia de información, sino que, en casos como el de mi investigación, es parte constitutiva de las realidades sociales que buscamos comprender. Tanto las preguntas de investigación que planteamos como las aproximaciones metodológicas que proponemos deben dar cuenta de esto. Cuando inicialmente empecé a reflexionar sobre cómo hacer esta investigación, mi inclinación estaba en trabajar directamente con niños y niñas que habían nacido de abusos sexuales cometidos por grupos armados. Si quería entender la relación entre las experiencias de violencia que sus mamás habían vivido y, por ejemplo, las maneras en que su identidad se configuraba en los contextos propios en los que vivían, lo que tenía más sentido (asumía yo) era trabajar directamente con estas personas. Sin embargo, la combinación entre la revisión de literatura internacional, la falta de información sobre estas personas en Colombia y el reconocimiento de las limitaciones de mi propia investigación me llevaron a plantear una aproximación diferente. ¿Cómo plantear la producción de conocimiento? Esta pregunta de investigación implica una conversación íntima entre la epistemología y las

posibilidades de las aproximaciones metodológicas, siempre guiadas por los principios éticos de la investigación.

En primera medida, a pesar de que al momento de plantear mi proyecto no había encontrado investigaciones o reportes sobre la situación de estas personas nacidas de la guerra en Colombia, algunas investigaciones en otros contextos de guerra mostraban cómo estas personas son a menudo estigmatizadas, discriminadas y violentadas a lo largo de sus vidas debido a las formas de violencia que definieron su concepción (véanse Carpenter, 2010; Denov y Lakor, 2017; DeLaet, 2007; Mochmann y Lee, 2010). Adicionalmente, estas investigaciones también ponen en evidencia que, a menudo, durante los primeros momentos de su vida estas personas no conocen las experiencias de violencia que llevaron a su concepción, y que sus mamás buscan mantener esta información alejada de sus hijos e hijas por tanto tiempo como sea posible (Mertus, 2007). Con esto presente, plantear mi proyecto para trabajar directamente con estas personas desde el criterio de "haber nacido de la guerra" podía implicar aislarlos en sus comunidades, reforzar procesos de estigmatización y producir formas de violencia hacia ellos y ellas que yo no podía anticipar. Asimismo, el reconocimiento de las limitaciones disciplinares de mi proyecto (sociología y antropología), de los tiempos limitados que en ese momento podía estar en la comunidad (seis meses) y del propósito y expectativas que mi proyecto en ese momento tenía (tesis doctoral) me llevaron a replantear cómo estaba entendiendo la producción de conocimiento.

Mi interés de investigación se desplazó entonces de buscar entender la experiencia directa de estas personas nacidas de la guerra a preguntarme por cómo se producían narrativas sobre ellos y ellas en una comunidad específica, en los escenarios sociolegales de los derechos humanos y la justicia transicional, y en medios de comunicación nacionales. En mi investigación planteo que las narrativas sobre estas personas, y las ausencias de dichas narrativas, hacen parte de los ejercicios cotidianos de producción de categorías para nombrar el mundo que surge durante y a través de la guerra, reconociendo que el silencio es constitutivo de las realidades sociales.

Quiero hacer un comentario final sobre ética y producción de conocimiento. Siguiendo la decisión de Nancy Scheper-Hughes (1992) de no usar un seudónimo para el Alto do Cruzeiro porque la opresión social sobre ciertos sectores los hace socialmente invisibles, no anonimizo el municipio de Buenos Aires ni la comunidad donde he hecho la mayor parte de mi trabajo de campo, San Miguel. Los sistemas estructurales de opresión históricos han impuesto el anonimato a estas comunidades, los mismos que han hecho posibles años de horror e impunidad. Al no usar un seudónimo busco, al menos en la medida del ejercicio de escritura, ser consciente de esas relaciones de poder y evitar reproducir esas formas de violencia que imponen silencio sobre la experiencia de las personas.

Asimismo, a lo largo de esta parte del trabajo de campo comprendí que los años de ocupación paramilitar en San Miguel mancharon el nombre de la comunidad y que, incluso luego de la desmovilización, mucha gente seguía asociando a la comunidad con la presencia paramilitar y el régimen de violencia que estos impusieron. En el caso de Colombia, la combinación entre las historias de violencia estatal y armada y la impunidad ha creado imágenes estáticas que, al igual que las historias que circularon en Bogotá sobre el regreso de los paramilitares a la región, impiden a las personas reescribir su presente y futuro. Usar los nombres reales de estos lugares responde a un compromiso ético de mostrar que las realidades de estas comunidades son dinámicas y no están restringidas por la violencia estatal, armada y política que han experimentado. Sin embargo, no uso los nombres reales de las personas con las que trabajé; aunque el régimen de violencia paramilitar se ha transformado, diversas formas de violencia siguen presentes en la región y atentan contra la vida e integridad de las personas. En cuanto a las mujeres sobrevivientes de la violencia paramilitar y a las personas nacidas como resultado de esta violencia, y con el propósito de evitar señalarlas y generar más violencia hacia ellas, no doy en mi investigación información precisa sobre cuántas personas son ni detalles sobre su concepción.

El trabajo de campo situado y algunas herramientas para acercarse

En el mes de julio del año 2000, un grupo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Bloque Calima, estableció la base de entrenamiento y almacenamiento en la escuela rural de San Miguel, desde donde operaron cubriendo el territorio del norte del departamento del Cauca. Desde el momento de su llegada hasta su desmovilización, en diciembre de 2004, los paramilitares impusieron un confinamiento en la comunidad; restringieron la libre movilidad de las personas, impusieron un toque de queda y obligaron a la comunidad a vivir bajo su mandato. Con el propósito de asumir un control absoluto sobre las personas, desde su llegada militarizaron el paisaje e impusieron retenes tanto en la entrada principal como en muchos de los caminos veredales. Como parte de su orden social, los paramilitares impusieron reglas como dormir con las puertas de las casas abiertas y establecieron un límite a los mercados y medicinas que las personas podían comprar. La violencia física era común en los retenes, así como la detención y desaparición de personas que no tenían sus documentos de identidad o que eran señaladas de ser simpatizantes de la guerrilla.

La gente cuenta historias de paramilitares durmiendo en sus casas, viendo televisión en sus salas, comiéndose su mercado, matando a sus animales, quemando cercas para hacer fogatas. Los profesores en la escuela recibieron la orden de no interrumpir clases. Sin embargo, no tenían ninguna autonomía sobre el espacio y estaban bajo constante supervisión. Cada día, tenían que realizar las jornadas escolares entre los equipos y armamentos almacenados, y rodeados por las actividades del entrenamiento militar. Las mujeres y las niñas, por su parte, fueron obligadas a cocinar y lavar para los paramilitares. Diferentes formas de violencia sexual, y la amenaza de estas, se volvieron parte de su día a día. Desnudos forzados, acosos y violaciones fueron parte del repertorio de violencia que las personas vivían en la cotidianidad del orden social paramilitar, pero en particular las

mujeres y niñas. Como resultado de este régimen de violencia nacieron personas que, con el tiempo, fueron señaladas como problemáticas por miembros de la comunidad.

Siguiendo la propuesta de Daniel Goldstein (2014) de ser "etnógrafos de la violencia", en la metodología empleada no orienté mi ejercicio etnográfico por una búsqueda de eventos o personas específicas relacionadas con el régimen paramilitar. En lugar de eso, busqué comprender contextos, dinámicas, lógicas y relaciones que me permitieran identificar narrativas, o su ausencia, sobre las personas nacidas de la guerra. En vez de asumir prácticas de investigación que "exprimieran" información fragmentada sobre estas personas, mi práctica etnográfica se centró en identificar cómo la información que circulaba o no sobre ellas hacía parte de unas narrativas situadas sobre su presencia, la experiencia de las mujeres o, incluso, sobre los paramilitares (papás biológicos). En términos de cómo me situé en el trabajo con la comunidad, una de las implicaciones de la relación entre la pregunta de investigación y los principios éticos fue el no guiar mis interacciones por la categoría de "niños y niñas nacidas de la guerra". Aunque presenté mi proyecto de investigación a la comunidad, en la cotidianidad del ejercicio etnográfico le di centralidad a otras categorías más amplias, como "infancia y conflicto armado", "efectos transgeneracionales de la guerra" y "mujer y conflicto armado". Esto me permitió disminuir la posibilidad de producir o reproducir señalamientos u otras formas de violencia hacia las personas nacidas de la guerra y sus mamás, a la vez que me permitió un ejercicio paciente de observación de los ritmos y escenarios en los que cierta información toma forma desde las categorías propias de la comunidad.

Realicé observación participante guiada por la conceptualización del archivo viviente (*living archive*) de Pilar Riaño-Alcalá y Erin Baines (2011), según la cual el archivo va más allá de los documentos probatorios y está "incrustado en la vida cotidiana y los alrededores del sobreviviente-testigo, y está inscrito en los cuerpos de quienes cuentan las historias y en quienes los oyen" (p. 413). En contextos donde la guerra ha roto y reformado el orden social, la idea de entender

las relaciones sociales a través de la observación participante (Hammersley y Atkinson, 2007; O'Reilly, 2012) requiere un intento consciente de percibir más allá de las palabras y ver fuera de los marcos de documentación legal. En procesos históricamente situados, las personas se convierten en "sitios vivos que almacenan conocimiento sobre el pasado a través de sus cuerpos, narración de historias, performatividad y movimiento" (Riaño-Alcalá y Baines, 2011, p. 416). En este sentido, sostienen Riaño-Alcalá y Baines, las personas documentan y comunican sus experiencias de violencia y resistencia a través de actos de testimonio emplazados como canciones, cicatrices y memorialización de lugares que no transfieren información fragmentada sino significado. A través de la observación participante, en este sentido, no busqué situarme en la comunidad para poder tener acceso a grupos específicos de personas, por ejemplo, mujeres que dieron luz a niños y niñas concebidas por la violencia sexual paramilitar o a los propios niños y niñas. En cambio, busqué situarme en espacios y procesos sociales desde los que pudiera reflexionar sobre las maneras en las cuales narrativas concretas toman forma y circulan. De esta manera, me ofrecí a acompañar procesos en la escuela rural y, como parte de un acuerdo entre la Junta de Acción Comunal y la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (Unidad para las Víctimas), escribí un primer documento de lo que se llama "caracterización del daño", dentro del proceso de reparación colectiva que está en curso en San Miguel desde el 2012.

A pesar de que en mi investigación no hago uso de la información a la que tuve acceso directamente en mi trabajo en la escuela rural (por ejemplo, no uso información proveniente de ninguno de los talleres que hice con niños y niñas), estar presente en ese espacio me permitió dinamizar varios aspectos importantes para el ejercicio etnográfico. Para empezar, me hizo visible para la comunidad y me dio un lugar (social) desde el cual pude desarrollar relaciones. A medida que yo me familiarizaba con los paisajes materiales y con las relaciones sociales, mi presencia también se hacía más familiar para las personas de la comunidad. Con el tiempo, cuando empecé a recorrer los caminos veredales y a alejarme de

estos para hacer entrevistas al otro lado de la montaña en casas de personas que no estaban cerca de las rutas de acceso con las que yo estaba más familiarizada, a menudo fueron niños y niñas de la escuela quienes gritaban mi nombre al verme desde la distancia, mientras caminaba perdida o trataba de atravesar el arroyo por el lugar equivocado. Los niños y las niñas que conocí en la escuela, pero que viven en todas las veredas de la comunidad, me permitieron crear y ampliar las relaciones de confianza en escenarios que eran muy desconocidos para mí o en los que yo aparecía como desconocida. Construir relaciones de confianza es parte fundamental tanto del desarrollo de la investigación en términos de producción de conocimiento, pero también de cuidado de las personas con quienes trabajamos y de nosotras mismas.

Durante la primera elaboración de la "caracterización del daño" en el proceso de reparación colectiva, mi participación consistió en producir un documento con la descripción de las dinámicas del conflicto armado que habían afectado a la comunidad de San Miguel hasta ese momento (2016). Ese documento incluía historias de personas de la comunidad que ilustraban diferentes experiencias del confinamiento paramilitar y sus consecuencias en las vidas de las personas. Al final de esa parte de mi trabajo de campo, y con la autorización de la comunidad representada por la Junta de Acción Comunal y quienes representaban el proceso de reparación colectiva, entregué ese documento a la persona encargada de liderar el proceso de reparación colectiva desde la Unidad para las Víctimas. Ese proceso me permitió comprender más de cerca y familiarizarme con algunos de los sitios históricos, culturales y sociales que transmiten significado y conocimiento sobre las experiencias de violencia, supervivencia y resistencia de la comunidad. Aunque las historias que las personas decidían compartir conmigo para la realización del documento no estaban relacionadas en su mayoría con las personas nacidas de la violencia paramilitar, sí orientaron en el largo plazo preguntas fundamentales para mi investigación de temas como relaciones y roles de género, nociones de reproducción, identidad, familia y parentesco.

Estas formas de llevar a cabo observación participante desde la escuela y con la realización del documento me permitieron

contextualizar tanto el surgimiento como la ausencia de información sobre las personas nacidas de la violencia paramilitar, y a darle sentido dentro de narrativas más amplias sin llamar la atención hacia ellos y ellas. Asimismo, me permitieron crear redes sociales que, a lo largo del trabajo de campo, facilitaron e hicieron posible el desarrollo de mi investigación, a la vez que me permitieron comprender de una mejor manera cómo acercarme a ciertas personas y en qué escenarios era posible sin producir nuevas formas de violencia hacia ellas (como las mamás de algunas de las personas nacidas de los abusos paramilitares). Un ejemplo de esto es el uso de la técnica de la bola de nieve (O'Reilly, 2012). Esta técnica fue muy valiosa para entrevistar personas que trabajan en agencias del gobierno y en las ONG, sin embargo, dentro de la comunidad la pregunta por "referidos" genera desconfianza. En San Miguel, como en tantos otros sitios de Colombia, los grupos armados han impuesto terror y han obligado a las personas a señalar a sus vecinos. En contextos en los cuales "nombrar" a conocidos, familiares y amigos ha causado sufrimiento y pérdida de vidas, las personas claramente desconfían de escenarios donde se hacen este tipo de preguntas.

Una reflexión final

No existe una forma universal de silencio. Conceptualizar los silencios como sitios de sentido implica refinar las aproximaciones metodológicas que asumimos para acercarnos a las personas y las comunidades. Ya no entendidos como ausencia de información sino como espacios con contenido, los silencios asumen un lugar central en la producción de conocimiento en investigaciones como la que he compartido en este capítulo. Buscar estrategias para leerlos, en lugar de asumir que nuestro rol desde la investigación es romperlos para revelar información escondida, implica reflexiones sobre la íntima y constante conversación entre los límites y énfasis de la producción de conocimiento, los principios éticos que orientan el proceso de dicha producción de conocimiento y las maneras en que nos situamos metodológicamente.

Referencias

Baaz, M. E. y Stern, M. (2013). *Sexual violence as a weapon of war?: Perceptions, prescriptions, problems in the Congo and beyond*. Londres y Nueva York: Zed Books. Recuperado de http://uu.diva-portal.org/smash/get/diva2:1148245/FULLTEXT01.pdf

Carpenter, C. (2010). *Forgetting children born of war: Setting the human rights agenda in Bosnia and beyond*. Nueva York: Columbia University Press.

Castillejo, A. (2005). Unraveling silence: Violence, memory and the limits of anthropology's craft. *Dialectical Anthropology*, *29*, 159-180. https://doi.org/10.1007/s10624-005-5117-3

Castillejo, A. (2009). *Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Das, V. (1996). Language and body: Transactions in the construction of pain. *Daedalus*, *125*(1), 67-91.

DeLaet, D. (2007). Theorizing justice for children born of war. En C. Carpenter (ed.), *Born of war: Protecting children of sexual violence survivors in conflict zones* (pp. 128-148). Bloomfield: Kumarian Press.

Denov, M. y Lakor, A. A. (2017). When war is better than peace: The post-conflict realities of children born of wartime rape in northern Uganda. *Child Abuse & Neglect*, *65*, 255-265. https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2017.02.014

Goldstein, D. M. (2014). *Qualitative research in dangerous places: Becoming an "ethnographer" of violence and personal safety* [DSD Working Papers on Research Security, 1]. Social Science Research Council. Recuperado de http://webarchive.ssrc.org/working-papers/DSD_ResearchSecurity_01_Goldstein.pdf

Hammersley, M. y Atkinson, P. (2007). *Ethnography: Principles in practice* (3.ª ed). Londres: Routledge.

Human Rights Watch. (1995). *Report on women's human rights*. Nueva York: Human Rights Watch.

Langer, L. L. (1991). *Holocaust testimonies: The ruins of memory*. New Haven: Yale University Press.

Mertus, J. (2007). Key ethical inquiries for future research. En C. Carpenter (ed.), *Born of war: Protecting children of sexual violence survivors in conflict zones* (pp. 180-187). Bloomfield: Kumarian Press.

Mochmann, I. C. y Lee, S. (2010). The human rights of children born of war: Case analyses of past and present conflicts. *Historical Social Research*, *35*, 268-298. https://doi.org/10.12759/hsr.35.2010.3.268-298

Nowrojee, B. (2005). Making the invisible war crime visible: Post-conflict justice for Sierra Leone's rape victims. *Harvard Human Rights Journal*, *18*, 85-105.

O'Reilly, K. (2012). *Ethnographic methods* (2.ª ed.). Londres: Routledge.

Riaño-Alcalá, P. y Baines, E. (2011). The archive in the witness: Documentation in settings of chronic insecurity. *The International Journal of Transitional Justice*, *5*(3), 412-433. https://doi.org/10.1093/ijtj/ijr025

Ross, F. (2001). Speech and silence: Women's testimony in the first five weeks of public hearings of the South African Trust and Recopilation Commission. En V. Das, A. Kleinman, M. Lock, M. Ramphele y P. Reynolds (eds.), *Remaking a world: Violence, social suffering, and recovery* (pp. 250-280). Berkeley: University of California Press.

Sánchez Parra, T. y Lo Iacono, S. (2020). (Re)Productive discourses: Media coverage of children born of war in Colombia. *Bulletin of Latin American Research*, *39*(1), 22-36. https://doi.org/10.1111/blar.12976

Scheper-Hughes, N. (1992). *Death without weeping: The violence of everyday life in Brazil*. Berkeley: University of California Press.

Taussig, M. (1989). Terror as usual: Walter Benjamin's theory of history as a state of siege. *Social Text*, *23*, 3-20. Recuperado de http://www.jstor.org/stable/466418

Taussig, M. (1999). *Defacement: Public secrecy and the labor of the negative*. Stanford: Stanford University Press.

Theidon, K. (2007). Gender in transition: Common sense, women, and war. *Journal of Human Rights*, *6*, 453-478. https://doi.org/10.1080/14754830701693011

Theidon, K. (2013). *Intimate enemies: Violence and reconciliation in Peru*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Theidon, K. (2015). Hidden in plain sight: Children born of wartime sexual violence. *Current Anthropology*, *56*, 191-200.

POLÍTICAS PÚBLICAS Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS: UNA APROXIMACIÓN PARA SU ANÁLISIS[*]

María Fernanda Sañudo Pazos[**] y Jorge Daniel Leal Fagúndez[***]

Si bien las políticas públicas se han constituido en foco de análisis para las ciencias sociales desde los años setenta del siglo pasado, es en las últimas tres décadas cuando asistimos tanto al crecimiento del interés en estas como objeto de exploración como a la renovación, recreación y construcción de nuevas propuestas teórico-metodológicas para su estudio. En este contexto persisten enfoques y métodos (con innovaciones, adecuaciones y transformaciones) mediante los que se apunta a conocer "la hechura y el proceso de las políticas públicas" (González, 2014) con el fin de "elaborar recetas para el buen funcionamiento del gobierno", la consolidación de la democracia y el ejercicio de los derechos humanos (Hernández, 1999, p. 80). Por otro lado, surgen propuestas para explorarlas como "textos culturales, como narrativas sociales, como tecnologías de gobierno" (Ramírez, 2010, p. 23), es decir, procesos situados en campos de sentido y de significación concretos, en órdenes específicos de realidad, que a su vez inciden en la producción de subjetividades e identidades.

---

* Las reflexiones aquí plasmadas son resultado del trabajo realizado en el marco del grupo de trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) llamado Estado, Desarrollo, y Desigualdades Territoriales, y de los diálogos suscitados en el marco del semillero de investigación Aproximaciones Críticas para el Análisis de las Políticas Públicas.

** Antropóloga, doctora en Estudios Feministas y de Género de la Universidad Complutense de Madrid (España). Investigadora del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Correo electrónico: msanudo@javeriana.edu.co

*** Sociólogo, doctor en Análisis Sociopolítico de la Sociedad Contemporánea de la Universidad de Granada (España). Investigador y docente del Departamento de Ciencias Sociales del Centro Universitario Regional Litoral Norte de la Universidad de la República (Uruguay). Correo electrónico: jleal@unorte.edu.uy

Así hoy el análisis de las políticas públicas oscila entre, por una parte, enfoques y métodos anclados a "perspectivas desarrolladas por las teorías económicas y políticas positivistas, neopositivistas, explicativas y empíricas" (Roth, 2016, p. 264), y, por otra, entre perspectivas que "reafirman el carácter interpretativo, inductivo y situado históricamente de la producción de las políticas" (Camacho, 2011, p. 15).

Ramírez (2010), Shore (2010), Ortiz (2017), entre otros, explican que el encuentro complejo de estas tendencias, por un lado, contribuye a la reconceptualización de nociones como la de políticas públicas, Estado, lo público, participación, democracia, poder, sujetos y la agencia en la producción de estas; y, por otro, producen quiebres en las herramientas para "teorizar y analizar la producción y el funcionamiento de las políticas públicas" (Shore, 2010, p. 23), lo que da lugar, además, a la aparición de divergencias sobre la intencionalidad del análisis.

Estas tendencias de análisis también permiten entrever puntos de conexión, sobre todo con la importancia dada a "los procesos socioculturales cotidianos", a los "mundos de sentido" y a "los protocolos lingüísticos que crean y sostienen el mundo de la vida" (Shore, 2010, p. 24) en la producción de las políticas públicas. Esta conexión, además, se extiende a la preferencia en el uso de métodos cualitativos para el análisis. Así, con las perspectivas actuales se "maximiza la importancia de los discursos y de las ideas, que ya se había introducido de forma complementaria [...] con los enfoques cognitivos" (Roth, 2016, p. 263).[1]

Sin embargo lo anterior, no se puede desconocer que en los análisis sigue privilegiándose "los enfoques y métodos de la acción racional y de los modelos positivistas" (Shore, 2010, p. 28). Siguen predominando las perspectivas mediante las que los sujetos participantes

1 En palabras de Roth (2014), "si bien los enfoques desarrollados desde los años 80 y llamados 'cognitivos' en la teoría de las políticas públicas han incursionado en este sentido de integrar el contexto, al tomar en cuenta en particular el efecto de las ideas, consideramos que éstos siguen aún demasiado presos de un marco epistemológico general positivo, de búsqueda de verdad universal" (p. 13).

en la producción de los planes, programas y proyectos gubernamentales se conciben como "actores económicos que persiguen metas con un norte y donde los analistas miden la conveniencia y los efectos de la política en cuanto a los costos y beneficios calculables" (p. 29). Aunque, tal como se estableció antes, las creencias, representaciones e ideas y el contexto resultan importantes, estos se conciben limitadamente, como factores que condicionan la construcción e implementación de las acciones gubernamentales (Sañudo, 2015) y la toma de decisiones. En cuanto a la potencialidad de los métodos cualitativos para el estudio, el uso de estos ha estado enfocado en el alcance de resultados que sirvan de insumos para "elaborar recetas para el buen funcionamiento de las políticas" (Hernández, 1999, p. 2).

Desde diversos ámbitos se han hecho propuestas para quebrar la hegemonía empirista y neopositivista. Retomando elementos de la teoría crítica, autores como Roth (2014, 2016), Fischer (2009), Salazar (1995), Shore (2010), entre otros, han cuestionado el fetichismo metodológico instaurado con el positivismo, abogando por enfoques de corte interpretativo. Estos enfoques se constituyen en prácticas para superar "los acercamientos tradicionales, normativos y racionalistas que ven las políticas como procesos lineales y pulcros de toma y ejecución de decisiones" (Shore, 2010, p. 39). Están enfocados en trascender la concepción de las políticas como "un conjunto de acciones estructuradas en modo intencional y causal" (González, 2014, p. 240) y de estas como "intervenciones técnicas y racionales encaminadas a resolver problemas que afectan el funcionamiento deseado de la sociedad" (Ortiz, 2017, p. 544).

Esas propuestas alternativas de análisis, que para Roth (2016) son herederas del giro narrativo, beben de los debates epistemológicos de las ciencias sociales. En este contexto se encaminan a "una reflexión crítica de las definiciones, los sentidos y los usos del término políticas públicas y de las implicaciones que estas definiciones tienen para la investigación" (Shore, 2010, p. 26). También hacen énfasis en "los valores y significados sociales" (Fischer, 2009), que consideran mediadores de la construcción de las políticas públicas;

abogan por comprender los efectos que las intervenciones estatales tienen en "la configuración del orden social, en la construcción de identidades y poblaciones y en la producción y reproducción de relaciones de poder" (Ortiz, 2017, p. 544), y en cómo operan en la producción de subjetividades (León, 2011; Piña, 2017). Asimismo, buscan comprender cómo su producción está anclada en "matrices cognitivas y normativas que influyen en la determinación y concepción de la política" (Roth, 2007, p. 56). A lo anterior debemos sumar la urgencia de develar el carácter político de los procesos de producción de las políticas y el cuestionamiento del papel que juegan quienes las diseñan y toman las decisiones.

Para problematizar este objeto de análisis deben explorarse propuestas comprehensivas del complejo proceso que implica su formación e implementación (Shore, 2010). Adolfo Eslava (2011) observa que, si bien las ciencias sociales pueden ser proveedoras de métodos y enfoque para el análisis, aún son insuficientes las contribuciones para la construcción de andamiajes conceptuales y metodológicos que nos ayuden a abordar la producción compleja de políticas públicas.

En este sentido, Roth (2016) aboga por una perspectiva de análisis comprensiva, inductiva y situada históricamente. Bajo la perspectiva de Fischer, esta debe contribuir a visibilizar la narrativa social y política "que acompaña el desarrollo de una política" (Pirazán y Ríos, 2014). Por su parte, Cris Shore considera clave una composición metodológica que parta de la idea de que la formulación e implementación de las acciones gubernamentales operan como escenarios de disputa y lucha, espacios sociales en los que se compone y recompone el poder.[2] También sugiere la necesidad de acuñar estrategias de análisis o adecuar y usar las propuestas en el marco de la antropología,

2 Shore (2010, p. 45), citando a Klein y Marmor (2006), plantea que la "comprensión depende no sólo de ver la formulación de políticas como una extraña forma de teatro —con el analista en primera fila— sino de tratar de percibir las intenciones de los autores del drama, las técnicas de los actores, y cómo funcionan los mecanismos del escenario. La empatía, en el sentido de percibir lo que impulsa a los actores de las políticas y de entrar en los mundos que asumen, es algo crucial".

por ejemplo, que develen los sentidos y significados de los que proceden los discursos y prácticas asociados a las políticas públicas. Estas estrategias, además, deben tomar en cuenta que los procesos de producción de las políticas son desordenados, complejos y no lineales.

A pesar de lo anterior, tanto Cris Shore (2010) como Guillaume Fontaine (2015) consideran que no es posible definir de antemano un recetario para hacer el análisis de las políticas. Cada proceso y el enfoque de referencia dictarán tanto la lógica de construcción del objeto como los métodos de estudio. En esto también pesará la concepción de lo político y de la política pública y la intencionalidad del análisis.

Sin embargo, debemos destacar que si el estudio de las políticas públicas se hace en el marco de aproximaciones críticas, estos deben desencajar el concepto de política pública, preguntarse de dónde emerge, qué le ha dado lugar y cómo se va instituyendo en el marco de las reconfiguraciones de la relación Estado-sociedad; deben discernir sobre el lugar de quien explora las políticas y la relación con quienes participan en su producción; indagar cuáles son los discursos y prácticas autorizadas (saberes) que dan lugar a la intervención, por cuál es la concepción del problema que se va a abordar y de las poblaciones y sujetos de la política; preguntar sobre qué es lo que está en juego en la producción de las políticas públicas y sobre qué formas de gubernamentalidad operan a través de estas; además deben evidenciar cuáles son los efectos de las intervenciones estatales en la configuración de lo social, las identidades y la subjetividad.

En este sentido, este artículo pretende ser un aporte a las reflexiones metodológicas que requieren las aproximaciones críticas al estudio de las políticas públicas. En primer lugar, presentamos una serie de consideraciones que nos parecen claves en la tarea de pensar el análisis crítico de las políticas públicas. Luego, mostraremos las potencialidades para el análisis que tienen 1) la noción de campo (Bourdieu), sobre la cual nos referiremos a lo que llamamos el campo de la política de tierras; 2) la noción de tecnologías de género neoliberales, y 3) las implicaciones metodológicas de pensar la política pública de desarrollo territorial.

Aproximaciones críticas para el análisis de las políticas públicas

Las aproximaciones críticas para el análisis de las políticas públicas son un campo de estudio que se configura en la década de los noventa en el contexto del giro argumentativo. Las propuestas que convergen aquí se fundamentan en el constructivismo y en la teoría crítica (Camacho, 2011), poniendo el foco en los "factores cognitivos, discursivos, argumentativos, retóricos y narrativos" (Roth, 2014, p. 21).

En esta línea, a través de la crítica al "fetichismo metodológico del enfoque neopositivista" (Pirazán y Ríos, 2014), Frank Fischer (2009) propone comprender que la producción de las políticas públicas es una "construcción discursiva que se hace a través del lenguaje y el discurso" (p. 19). Esta construcción mediada por estructuras de poder es producto de la interrelación de actores diversos, quienes interactúan con el objetivo de fijar metas y objetivos para resolver determinada problemática social. La interacción es escenario de disputas por la significación y el sentido. La posibilidad de un determinado actor de hegemonizar el significado y el sentido dependerá de su posición en la estructura de poder. Así, el análisis del discurso —metodología propuesta por Fischer (2009) para comprender los procesos de producción de las políticas públicas— estará enfocado en mostrar cómo operan los significados y sentidos en la interacción de los actores y en la producción de la realidad social, a través de la puesta en marcha de las políticas.

Emery Roe (1994), al igual que Fischer, propone que el análisis debe centrarse en el discurso que subyace a la política. Este autor propone desarrollar el análisis narrativo en cuatro etapas: 1) "identificar las principales historias o relatos en relación con la controversia de política" (Roth, 2008, p. 86), específicamente sugiere la construcción de un guion, en el que se plasme el inicio, desarrollo y final de la narración frente a las controversias; 2) dar cuenta de los "relatos alternativos a los que dominan en la controversia" (p. 86); 3) comparar los relatos "con el fin de generar un metarrelato", y 4) visualizar de qué manera el relato que emerge de la comparación "permite replantear el problema".

Por otro lado, es importante destacar los aportes de la antropología de las políticas públicas. Cris Shore (2010) sugiere que fue en la década de los noventa, cuando "la antropología social hizo de las políticas públicas su objeto de estudio". En el despegue de estos estudios las "intervenciones estatales" se concibieron como "objetos culturales" que "pueden ser analizadas desde la interacción (prácticas culturales) como desde el ámbito ideacional (significados)" (Huerta, 2016, p. 127).

Más tarde, el abordaje se hizo más complejo cuando las políticas se concibieron como un escenario en el que se producen y negocian significados y sentidos sobre lo social, aspecto que posteriormente daría paso a análisis que se enfocan en dar cuenta de la redefinición de las concepciones sobre lo público, el poder, el Estado y, además, que revisan la manera como la producción de las políticas se "inserta en una compleja red de agentes, intereses y relaciones que marcan el rumbo incierto que estas pueden llegar a tomar" (Martínez, 2019, p. 215).

Uno de los estudiosos de las políticas públicas bajo esta perspectiva es Shore (2010), quien reconoce a estas como "una actividad sociocultural" (p. 24), un proceso de producción de las relaciones entre Estado y sociedad, el que está anclado a los mundos de sentido de quienes participan en su formulación e implementación. Así, la formulación e implementación de las políticas públicas es el resultado de "formas de acción social y simbólica" que se constituyen en narrativas sociales mediante las cuales las personas organizan la realidad, le dan orden y certeza. Además, estas son reguladoras y organizadoras de la identidad, en la medida en que "están profundamente implicadas en la manera como nos construimos como individuos y como sujetos" (p. 36). Bajo esta perspectiva, Shore sugiere que mediante estas se "construyen nuevas categorías de subjetividades, nuevos tipos de sujetos políticos" (p. 36). A través de los discursos y prácticas aparejadas a las políticas se objetivan y categorizan los sujetos sociales, aspecto clave para su regulación. Al respecto, Shore señala que su "planteamiento aquí es simplemente que las políticas incorporan

—y a su vez están incorporadas en— la lógica de los sistemas de clasificación que las crean" (p. 38).

En esta vía Shore destaca la importancia de las metodologías cualitativas e interpretativas para el análisis de la producción de las políticas públicas, dándole centralidad a la etnografía como estrategia de exploración. En consonancia con este autor, María Clemencia Ramírez (2010) observa que con el uso de la etnografía es posible aprehender "que su formulación [de las políticas públicas] es un proceso sociocultural y, como tal interpreta, clasifica y genera realidades, además de moldear a los sujetos a quienes se dirige" (p. 13).

Así, la etnografía de las políticas públicas permite comprender lo que las personas involucradas en la producción de políticas hacen y piensan desde lo cotidiano. También contribuye a identificar las formas como los diferentes actores experimentan y viven su participación en la formulación e implementación de programas, proyectos y planes gubernamentales. Al respecto, María Guadalupe Huerta (2016) señala que una etnografía de las políticas públicas debe contemplar, por un lado, los entramados institucionales en el marco de los cuales se establecen las relaciones Estado-sociedad y, por otro, la producción de sentidos y significados en el contexto de la producción de las políticas públicas.

Al respecto, Fernando Balbi y Mauricio Boivin (2008) sugieren que "el potencial del análisis etnográfico para el estudio de la política" radica en que esta "permite dotar, desde los actores sociales, de contenido a esas abstracciones imprecisas, polisémicas y ambiguas, que son los conceptos de 'política, 'Estado', 'gobierno', etc." (p. 10). Al aprehender los conceptos desde los sujetos, es posible acercarse a los "múltiples sentidos" que estos adquieren por la práctica social, al lugar social y político que ocupan y cómo operan en la acción social.

En la perspectiva de Sandra Patricia Martínez (2019), la etnografía de las políticas públicas "constituye un camino privilegiado para acceder a la manera en que el Estado intenta cristalizarse en la vida cotidiana de los individuos" (p. 217), y también permite vislumbrar los "mecanismos o modalidades mediante los cuales unas

y otros construyen el Estado discursivamente", además de cómo estas "producciones discursivas ordenan las formas de interacción entre los diferentes actores involucrados en la producción de las políticas públicas".

Por otro lado, en el marco de las propuestas críticas para el análisis de las políticas públicas resulta clave destacar los aportes que han hecho diversos autores desde una perspectiva foucaultiana, que permiten concebirlas como ejercicio del poder. Samantha Ortiz (2017) hace su propuesta a partir del enfoque de gubernamentalidad que, en sus palabras, permite "identificar formas, medios y lógicas empleadas en el ejercicio organizado del poder político" (p. 547). Bajo el cuño del enfoque de gubernamentalidad esta autora propone una ruta para el análisis: en primer lugar, sugiere que las intervenciones estatales (políticas, planes, programas y proyectos estatales) deben ser aprehendidas como "ejercicios de poder gubernamental organizados como dispositivos". Así, las políticas operan como "ensamblajes, lógicas de operación y funcionamientos", aspectos sobre los que se debe dilucidar; en segundo lugar, es clave identificar el funcionamiento del dispositivo. Ortiz sugiere hacerlo a través de la visibilización de dos dimensiones: "1) las pertenecientes a los medios por los cuales se ejerce el control: tecnología (*tekné*), conocimiento (*episteme*) e identidad (*ethos*), y 2) aquellas que elucidan las formas o estrategias de control: la disciplina de individuos y la biopolítica de poblaciones" (p. 550).

Por su parte, Benito León (2011) considera que la política pública y su análisis (principalmente neoinstitucionalistas, incluyendo los enfoques cognitivos) "se constituyen como parte de los arsenales de conocimiento para dar forma y sustento a los dispositivos gubernamentales de poder" (p. 3). El estudio de las políticas opera como mecanismo para mejorar, complejizar y sofisticar los mecanismos de dominación. Bajo esta concepción los saberes construidos por analistas expertas/os en torno a las políticas públicas coadyuvan a derramar de manera más efectiva el poder en lo micro. El autor propone hacer genealogía de las "condiciones de formación

y desarrollo [...] de los saberes y de los mecanismos del poder del gobierno" (p. 4). La genealogía debe permitir comprender las políticas públicas como "prácticas materiales e institucionales" (prácticas discursivas) que operan en la "construcción de dispositivos para la gobernación social" (p. 4).

Por su parte, André-Noël Roth (2007) ha establecido que la complejidad de los procesos de producción de las políticas públicas implica "un pluralismo metodológico radical" (p. 61), es decir, enfoques y métodos "inconsistentes con el punto de vista comúnmente aceptado" (p. 62), que emerjan también de disciplinas no consideradas como campo de análisis de las políticas, como, por ejemplo, los estudios literarios o la producción artística; herramientas que tengan como origen la ruptura de los límites normativos impuestos por la epistemología positivista. Este pluralismo metodológico implicaría dos efectos en el estudio de la producción de políticas públicas. Según Roth, el primer efecto sería en la práctica política, "es decir, en las modalidades político-administrativas de formulación, decisión e implementación de las políticas públicas" (p. 64); el segundo efecto sería en lo epistemológico, dado que implicaría nuevas maneras de comprender las políticas, nuevos significados y sentidos.

El campo y su potencialidad en el análisis de la producción de políticas públicas

El campo es un microcosmos social con relativa autonomía, con reglas y dinámicas particulares, con "lógicas y necesidades específicas" (Bourdieu y Wacquant, 1995). Pierre Bourdieu usa la metáfora del juego para explicar este concepto y establece que es un lugar en el cual "algo está en disputa". Ese algo pone a competir a unos sujetos, quienes son admitidos en el juego, porque presentan unos rasgos específicos y detentan unas capacidades particulares que les permiten jugar.

Básicamente, el campo es definido por Bourdieu (2002) como un espacio estructurado y estructurante, en el que confluyen posiciones sociales determinadas, posiciones que se han configurado en

relación con el acceso diferenciado a los capitales[3] (cultural,[4] social,[5] económico[6] y simbólico[7]), aspecto que a su vez está mediado y es constituyente de pertenencia del agente a una clase social.[8] De esta forma el lugar que ocupen los agentes en este espacio dependerá de su posición en "la estructura de distribución de las clases de capital".

3 Bourdieu (1988) define al capital como el conjunto de recursos (materiales, simbólicos, culturales) que un agente detenta, por su pertenencia a una clase social. Martínez (2013) nos conmina a aprehenderlo como "cualquier tipo de recurso capaz de producir efectos sociales", es decir, una forma similar al poder.

4 Para Bourdieu (1980), este se manifiesta de tres formas: "Estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en el estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, maquinaria, los cuales son la huella o la realización de teorías o de críticas a dichas teorías, y de problemáticas, etc., y finalmente en el estado institucionalizado, como forma de objetivación muy particular, porque tal como se puede ver con el título escolar, confiere al capital cultural —que supuestamente debe de garantizar— las propiedades totalmente originales" (p. 12).

5 Este corresponde al conjunto de los recursos con los que el agente cuenta en el presente o con lo que puede contar en el futuro. El acceso a estos está determinado por la pertenencia a un grupo, a una red social que puede estar o no institucionalizada. De acuerdo con el autor, la cantidad que de este detenta un agente va a depender del agregado de conexiones que pueda movilizar y del volumen de las otras formas de capital que ese grupo posea (Martínez, 2013).

6 El capital económico es el que se reconoce como el proceso de apropiación directa de bienes y servicios a través de transacciones económicas. En palabras de Martínez (2013), este "se expresa a través del equivalente dinero, símbolo establecido para su representación, estando sujeto a la lógica de la escasez, y se valora por la ley de la oferta y la demanda" (p. 34).

7 Este es definido por Bourdieu (1997) como "una propiedad cualquiera, fuerza física, valor guerrero, que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica: una propiedad que, porque responde a unas 'expectativas colectivas', socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico" (pp. 171-172).

8 Bourdieu (1988) define la clase social como el espacio social, que es compartido por los agentes que comparten *habitus*, en conexión con el acceso más o menos similar a los diferentes tipos de capital. De acuerdo con Álvarez (1996), "las clases sociales resultan de la posición ocupada en el espacio social según los capitales que se posean en el presente y la herencia social. Dicha posición en el espacio social constituye las condiciones sociales de existencia, que dan lugar a distintos habitus, gustos, prácticas y estilos de vida" (p. 145).

A cada campo corresponde una particular forma de capital y, específicamente, este existe porque existe un "capital común". Según Bourdieu y Wacquant (1995), un "capital no existe ni funciona salvo en relación con un campo" y su distribución determina su estructura, funcionamiento, reglas, beneficios y sus propias dinámicas (p. 155).

Al ser una estructura de relaciones de fuerza entre las posiciones, el campo es escenario de lucha entre los agentes para la captación de su capital característico, que es condición para dominarlo. Bajo esta lógica, Aquiles Chihu (1998) lo concibe como un "espacio social de conflictos entre individuos y grupos que buscan, según su posición de subordinante o subordinado, conservar o modificar la distribución de poder de la forma de capital específica del campo en disputa" (p. 183).[9]

La posición que ocupan los agentes en el campo (por volumen y tipo de capital) condiciona las estrategias que usan y despliegan para aumentar o conservar sus capitales. En palabras de Bourdieu, la lógica del campo (determinada por el capital que le da lugar) "subyace y guía las estrategias mediante las cuales los agentes buscan individual o colectivamente salvaguardar o mejorar su posición e imponer principios de jerarquización más favorables" (Bourdieu y Wacquant, 1992, p. 155).

Quienes detentan un mayor poder, en relación con el acceso a un tipo específico de capital, tienen más posibilidades de imponer los sentidos y significados que encarnan. De esta manera, y de acuerdo con la relación de fuerzas que estructura el campo, estos sentidos y significados se imputarán como los legítimos. Es decir, unos agentes y grupos tienen el poder o la autoridad de constituir, poder de hacer ver y de hacer creer, poder de ratificar o poder de transformar la

9 Bourdieu (1988) define el campo como "el espacio de las relaciones de fuerza entre los diferentes tipos de capital o, con mayor precisión, entre los agentes que están suficientemente provistos de uno de los diferentes tipos de capital para estar en disposición de dominar el campo correspondiente y cuyas luchas se intensifican todas las veces que se pone en tela de juicio el valor relativo a los diferentes tipos de capital; es decir, en particular, cuando están amenazados los equilibrios establecidos en el seno del campo de las instancias específicamente encargadas de la reproducción del campo de poder" (pp. 50-51).

visión del mundo y, con ello, poder de transformar las prácticas sobre el mundo y el mundo mismo (Gutiérrez, 2005, p. 375).

Pasemos ahora a explicar cuáles son las razones para apelar a esta categoría para el análisis de las políticas públicas. La apertura democrática producto de la Constitución política de Colombia de 1991 y las reformas institucionales realizadas en el contexto de los gobiernos de Belisario Betancourt (1982-1986) y Virgilio Barco (1986-1990) habilitaron los escenarios y mecanismos de participación para que la sociedad civil organizada (movimiento social, sindicatos, sector empresarial, comunidades, entre otros) incida en la producción de las políticas públicas. En palabras de Roth (2017), la complementariedad de la democracia representativa con la participativa contribuyó a "la ampliación de los espacios de deliberación pública en materia de políticas públicas" (p. 7). En este contexto es que se han creado en el país una serie de escenarios (consejos consultivos, mesas de participación, comités, entre otros) en los que "confluyen tanto actores sociales como del Estado con la intención de 'negociar' la toma de decisiones relacionadas con el objeto de una determinada política pública" (Almonacid, 2015, p. 18).

Bajo la perspectiva de Bourdieu y Wacquant (1995), en estos espacios, a los que el denominaría "campos administrativos o burocráticos", se posicionan y enfrentan "agentes y categorías de agentes gubernamentales y no gubernamentales", quienes "luchan por una forma peculiar de autoridad que consiste en el poder de dictaminar por medio de legislación, regulaciones, medidas, en suma, todo lo que normalmente se pone bajo el rubro de prácticas de Estado" (p. 168). Estos escenarios y las dinámicas que los atraviesan están reglados por "marcos legales y normativos" y se constituyen en los espacios donde la sociedad civil organizada intenta ubicar sus demandas. Como veremos en el caso de estudio, los logros dependen de los capitales con los que cuentan, de las estrategias que despliegan y de la manera como "juegan el juego".

En este sentido consideramos que el proceso de producción de las políticas públicas es, primero, una estructura de posiciones sociales, poseedoras de capitales específicos funcionales a lo que está en juego en el campo; y, segundo, espacio en el que estas posiciones se

enfrentan con el fin de posicionar sus intereses en la agenda pública y avanzar en sus objetivos, que al final se resume en la lucha por la apropiación del capital que está en juego en el campo (Chihu, 1998).

En el caso de análisis del campo de la política de tierras, proponemos considerar que este se consolida como una red de instituciones y agentes cuyo objetivo es el regular el acceso a la propiedad de la tierra y resolver los conflictos relacionados. Si bien ancla su configuración desde la década del treinta del siglo pasado, es solo hasta mediados de los ochenta cuando diversos actores del movimiento social campesino, gremios y Estado se sientan a negociar sobre la solución de los problemas vinculados con la histórica concentración de la tierra y sobre la reconfiguración de los usos del suelo que conllevó la implementación de las políticas neoliberales.

Como un espacio estructurado y jerarquizado de posiciones, este campo es un escenario en el que los agentes entablan una lucha por posicionar y alcanzar no solo sus intereses frente al acceso a la tierra, sino también el de ubicar las representaciones que estos encarnan sobre el uso que puede darse a este bien o a sus funciones sociales —y sobre el acceso en relación al género—.[10] Estos agentes entablan la lucha mediante el poder que les otorga el detentar ciertos tipos de capitales en relación con su lugar en la estructura de la propiedad de la tierra, aspecto que, a su vez, determina el lugar en la estructura de clases y en las disposiciones que encarnan.

Para avanzar en la comprensión de la política de tierras como campo, metodológicamente, nos concentramos en el análisis en dos momentos de esta política: la negociación de los contenidos de las leyes de tierras, la Ley 30 de 1988 y la Ley 160 de 1994.[11] Como insumos claves

10 En este sentido los intereses no solo gravitan en torno a la consecución de beneficios materiales, sino también beneficios sociales y simbólicos, mediante los cuales los agentes ratifican su posición en el campo, en otros campos y en la sociedad en general.

11 Incluimos la producción de leyes en el marco de lo que hemos denominado la política de tierras, dado que estos también son escenarios donde se construyen estrategias para resolver problemas sociales relevantes para la transformación social. Tal como establece Bourdieu (2005), en la formulación de estas, algunos agentes y categorías de agentes gubernamentales

para comprender la negociación nos centramos, primero, en hacer una "topografía social del campo". A través de revisión documental (historia agraria del país) reconstruimos: 1) las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales que enmarcaron la configuración de la estructura de la tenencia de la tierra (bimodal) y las disputas a las que esta formación ha dado lugar; 2) dimos cuenta sobre la emergencia de los agentes (campesinado, en su diversidad de expresiones, en relación con la clase, el género y lo racial, hacendados/terratenientes, empresarios rurales y Estado) y relacionamos la configuración de la estructura agraria con la emergencia de clases sociales rurales. Indagamos sobre el efecto de la posición de la tenencia de la tierra en la estructuración de principios de visión y de acción (*habitus*) y el acceso a capitales que de esto se desprende; 3) con los antecedentes referidos, iniciamos el proceso de indagación de los procesos de negociación en el marco de las leyes referidas.

Así "trazamos un mapa de la estructura objetiva de las relaciones entre posiciones ocupadas por los agentes o instituciones" (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 161). En esta vía caracterizamos y analizamos los capitales con cuales los agentes contaban para "jugar el juego", en este caso posicionar sus demandas frente al acceso a la propiedad de la tierra y definir cuáles son los "usos" admitidos del suelo. Posteriormente, identificamos las estrategias y alianzas mediante las cuales los agentes pugnaban por el logro de sus intereses, y, por último, dimos cuenta de la negociación en: 1) la modificación de las relaciones de fuerza entre posiciones; 2) la transformación (aumento o disminución) de los capitales y 3) los logros alcanzados.

Operativamente, realizamos el estudio a través de revisión y análisis documental (historia agraria del país) y mediante la aplicación de entrevistas semiestructuradas a profundidad. Para la selección de este instrumento, consideramos la utilidad que este tiene para "visibilizar la

y no gubernamentales entablan luchas para constituir la realidad por medio de normas. A diferencia de las leyes promulgadas en las décadas pasadas, en la formulación de estas leyes se involucró a las diferentes facciones del movimiento campesino (incluidos los sindicatos agrarios) y a los gremios.

trama argumental mediante la cual los sujetos sociales explican los eventos vividos o imaginados; el discurso político moral mediante el cual juzgan, valoran, proponen, se organizan o revelan" (Sañudo, 2003, p. 45).

Desarrollo rural y tecnologías de género neoliberales

En perspectiva foucaultiana,[12] Teresa de Lauretis (1989) propone el concepto de tecnologías del género para explicar cómo operan variadas tecnologías sociales en la producción de los sujetos generizados o como procedimientos para normalizar, naturalizar y esencializar la diferencia sexual. Hortensia Moreno (2011) define estas tecnologías como "regímenes complejos, donde deben incluirse, sin duda, las prácticas discursivas, los proyectos pedagógicos, las normatividades" (p. 50), que apuntan a producir sujetos prácticas y subjetividades generizadas. En este sentido la fabricación del género se corresponde con "el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales" (De Lauretis, 1989, p. 3) a través del despliegue de prácticas y discursos.

Bajo esta perspectiva, las políticas públicas podrían ser definidas como tecnologías de género, en la medida en que 1) son construidas, negociadas, formuladas y puestas en marcha por sujetos generizados; 2) en estas se plasman las representaciones que sobre los géneros encarnan los sujetos generizados que participan en su formulación; y 3) al ponerse en marcha, en la implementación, reproducen, afianzan y legitiman las representaciones de género. En relación con lo anterior, Andrés Mafla (2017) sugiere considerar a las políticas públicas como estrategias estatales de disciplinamiento y control social, las cuales apuntan a la producción de sujetos generizados, como condición para una subordinación también generizada a las necesidades del capital, en un marco de los procesos de reproducción ampliada de capital.

12 Con base en los aportes foucaultianos, De Lauretis (1989) entiende que "el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, por el despliegue de una tecnología política compleja" (p. 8).

En cuanto al concepto de tecnologías de género neoliberales, es clave considerar la incidencia de la recomposición económica y productiva jalonada por las reformas neoliberales en la división sexual del trabajo en los países de la periferia capitalista, cuestión sobre la cual han llamado la atención Maria Mies (1998), Magdalena León y Diana Deere (2000) y Hester Eisenstein (2005). Estas autoras coinciden en afirmar que el género está siendo construido y reconstruido por las dinámicas económicas globales. La globalización requiere de mano de obra barata y las mujeres son la población ideal (Piña, 2017).

Específicamente frente a las mujeres rurales, Mies (1998) señala que, en un contexto de reorganización de la economía a nivel mundial, estas han sido descubiertas por el capital internacional como factor clave en para la dinamización de las economías de exportación, constituyéndose en sujetos de intervención estatal y de la cooperación al desarrollo. Bajo esta lógica, este grupo poblacional (altamente heterogéneo) ha sido incorporado a productividades específicas, a través de políticas desarrollistas, como, por ejemplo, la producción de cafés especiales, flores, cacao, entre otros.

Las políticas públicas de corte productivo, dirigidas o que articulan a las mujeres rurales, esconden una suerte de domesticación económica, constituyéndose en un conjunto de discursos y prácticas que se despliegan para ajustar los cuerpos y las subjetividades de las mujeres a las necesidades de acumulación capitalista. En este sentido, las políticas de desarrollo rural, en un contexto de globalización económica, apuntan no solo a incorporar a las mujeres a la producción económica, sino también a producir cierto tipo de feminidades productivas útiles, competitivas y eficientes para el mercado (Cajamarca, 2014).

En este sentido las tecnologías de género neoliberales corresponderían a una batería de discursos y prácticas que, al sostenerse en la división sexual del trabajo y al incidir en el campo de las significaciones, se despliegan para ajustar los cuerpos y las subjetividades de hombres y mujeres a las necesidades de acumulación capitalista. A su vez, actúan como mecanismos de desposesión, en la medida que se sustentan en la expropiación del trabajo reproductivo y productivo de las mujeres. Al

constituirse la división sexual del trabajo en el eje de la estructuración de las sociedades capitalistas, las políticas se sostienen en tal división.

Bajo esta lógica hemos analizado las estrategias de empoderamiento que desarrolla la Federación Nacional de Cafeteros (FNC) para incorporar a las mujeres al mercado de cafés especiales.[13] La creciente demanda, por parte de consumidores especializados, de cafés con ciertas características, ha requerido que en los niveles locales (los municipios y departamentos) sea necesario la readecuación de discursos y prácticas agrícolas. La sofisticación productiva relacionada con la sofisticación en el consumo demanda la participación diferenciada de hombres y mujeres. Dado que la calidad de este tipo de cafés implica, por ejemplo, mayor cuidado en la selección del grano —y en el imaginario social e institucional las mujeres son representadas como "más minuciosas y más cuidadosas" (Lombo, 2007, p. 58)—, las mujeres rurales son uno de los principales sujetos de "intervención" por parte de la FNC.

A través del método etnográfico analizamos cómo, al incrementar la participación de las mujeres en la producción del grano, las estrategias de empoderamiento de la FNC suponen particulares y sofisticados procesos de extracción del trabajo productivo, reproductivo y comunitario de las mujeres. Bajo esta perspectiva nos concentramos en mostrar cómo los discursos y prácticas relativas a la producción de cafés especiales —las que son puestas en circulación y se materializan en los cuerpos y en el territorio, a través de las intervenciones de la FNC— funcionan como estrategias tanto para el incremento del trabajo femenino (productivo, reproductivo y comunitario), como para su invisibilización, aspecto que posibilita la concentración de las ganancias en un sector de la cadena: las multinacionales del café.

13 El quiebre del Pacto de Cuotas (1989) supuso para Colombia la pérdida de las condiciones para competir en el mercado internacional del café. En este contexto la convergencia entre calidad y bajos costos de producción resulta fundamental para el reposicionamiento del país en el mercado mundial. Bajo esta lógica la FNC impulsó la producción de cafés especiales. A través de transferencia de tecnología, extensión rural, entre otras estrategias, se han ajustado progresivamente las prácticas productivas locales del campesinado caficultor a estándares técnicos, sociales y económicos globales.

En específico, mediante la observación participante y la entrevista etnográfica, nos enfocamos en indagar sobre los imaginarios que los diferentes actores involucrados en el desarrollo de las estrategias de empoderamiento tienen sobre el trabajo productivo y reproductivo. También nos centramos en identificar los cambios en las actividades productivas y reproductivas de hombres y mujeres en el marco de la intervención de la FNC, y cómo dichos cambios suponen transformaciones en las subjetividades de las mujeres, quienes han dejado de percibirse como mujeres rurales, ahora se autodefinen como emprendedoras, así su finca ahora es el escenario de producción para el mercado. El territorio (representado en la finca) pierde sus vínculos sociales y comunitarios para transformarse en un eslabón de la cadena productiva.

Las acciones de la FNC como tecnologías de género operan para ratificar los roles tradicionalmente asignados al cuidado, la invisibilización de este ámbito como trabajo y la potenciación de las mujeres como "sujetos con ciertas habilidades productivas y empresariales".

Implicaciones metodológicas de pensar la política pública de desarrollo territorial

El análisis de la política pública de desarrollo tiende a contener un sesgo instrumentalista que deja de lado la necesidad de pensarla desde una perspectiva crítica, esto es, desde una mirada política de la política pública.

Una cuestión íntimamente ligada a lo anterior es la inconsistencia de una metodología para analizar la política pública que no tenga en cuenta la articulación teórico-metodológica. Esto significa que la propuesta metodológica para el análisis de la política pública debe desprenderse de los enfoques teóricos que las sustentan.

A propósito de lo anterior, es sabido que en el denominado ciclo de la política pública están incluidas las fases de seguimiento o monitoreo y de evaluación, donde se constata en qué medida las acciones implementadas tuvieron efecto sobre el problema diagnosticado al inicio. De no haber sido así, el debate se centra en conocer

en qué parte o partes del proceso ocurrió la falla. Se trata entonces de una mirada técnica a la política pública, la que es pensada como un instrumento perfectible, el que puede ser ajustado.

Queda excluido de ese debate el papel que cumple la política pública en el contexto para el cual se formula y en el cual se ejecuta y, más aun, para qué se formula y ejecuta, y sobre qué supuestos teóricos se sostienen. En ese sentido, un análisis crítico de la política pública debe asumir que esta no es únicamente una herramienta del Estado para solucionar problemas, sino que puede que ella misma sea generadora de aquellas situaciones que pretende modificar, mejorar, etc. Es decir, que las políticas públicas puedan ser en sí mismas parte del problema.

La política pública solo puede ser analizada con relación al marco político-institucional en el que se inscribe, es decir, el Estado. Este debe ser visto no como intermediador entre intereses particulares con capacidad de ser portador del interés general, sino como un actor inserto en relaciones, con sus propios intereses y fundamentalmente permeable a los de otros actores (generalmente grupos económicos). Desde ese punto de vista, la política pública de desarrollo que produce ese Estado debe ser estudiada como parte de lógicas de actores, más que como procedimientos asépticos o neutros.

Es así como proponemos incluir el análisis de la política pública dentro de la perspectiva estructuralista del desarrollo. Asumir eso supone un tipo de metodología diferente a lo que se viene haciendo por parte del enfoque del desarrollo territorial. Una política pública de desarrollo que no sea pensada desde el centro de los organismos de cooperación internacional en formatos estandarizados, que luego, en el mejor de los casos, son adaptados por las instancias gubernamentales de cada país.

La política de desarrollo con enfoque territorial ha asumido un carácter menos político y más tecnocrático, basándose en la adopción de paquetes prediseñados por los organismos internacionales de financiamiento del desarrollo. Esos paquetes incluyen los dispositivos de seguimiento y evaluación de objetivos, los cuales tienen una probabilidad muy alta de ser cumplidos por la incidencia que se proponen tener,

y por la propia forma en que se define el desarrollo territorial —objetivos que, además, son medidos a través de indicadores diseñados generalmente para ser informados de forma binaria (0/1) o cuantitativa—.

En contraposición a eso, proponemos un análisis de procesos que permita dar cuenta de transformaciones en las causas estructurales del desarrollo desigual, además de analizar las políticas públicas de desarrollo como parte de las estrategias y recursos que se ponen en juego en el marco de relaciones de poder asimétricas. Eso significa saber cuáles son los actores en cada caso, qué proyecto tienen, a quiénes incluye y a quiénes excluye, cuáles son los vínculos con el Estado, cuál es su capacidad de incidencia en las decisiones sobre política pública, etc.

Lo anterior obliga a pensar la política pública de desarrollo de los países de la región reconociendo la singularidad de la inserción estructural en el sistema económico mundial. Esto implica analizar críticamente las políticas públicas de desarrollo territorial en el sentido de su capacidad para incidir en las causas de la desigualdad antes mencionadas.

La predominancia del enfoque técnico, o la del enfoque crítico/político en el análisis de la política pública de desarrollo, responde a posicionamientos teóricos sobre diferentes cuestiones claves sobre qué es el desarrollo y cómo se logra, así como también cuál es el papel del Estado en este.

A continuación presentamos un ejemplo de lo que decimos, aplicado a un tipo de política pública central en las estrategias de desarrollo de los países de la región en contextos de competencia por inversión extranjera directa. Parte de la fundamentación de dicha estrategia es que, a través de ella se pueden resolver problemas de desarrollo desigual dentro de los países, haciendo que las mencionadas inversiones se dirijan a territorios desfavorecidos, con la consiguiente generación de círculos virtuosos de crecimiento, dinamización de las economías locales y creación de empleos directos e indirectos.

Desde el punto de vista del análisis de esa política, lo que viene sucediendo es que su diseño y ejecución responden al modo procedimental que aquí se cuestiona. Siguiendo el mencionado ciclo, se parte de la identificación y formulación del problema, en este

caso la desigualdad territorial entre espacios subnacionales, fenómeno manifiesto en desequilibrios en la distribución de la población, las actividades económicas y el empleo. Ante esto se procede a la formulación de alternativas, donde se resuelve que el problema puede ser solucionado a través de política pública orientada a la dirección espacial del capital. Posteriormente se pasa al diseño de la política, el cual se enfoca en la generación de un régimen de incentivos crediticios y fiscales, así como seguridad en el acceso a recursos naturales y control de la conflictividad social y laboral, entre otros. Una vez hecho eso se ejecutan acciones en el marco de la implementación de la alternativa seleccionada, en este caso el mencionado régimen de promoción de inversiones, lo que supone la puesta en vigencia de marcos normativos a tal fin. Finalmente, se llega a la evaluación de los resultados obtenidos y, eventualmente, la mejora de la política. Es decir que, ante el fallo del esperado reequilibrio territorial, se modifican los incentivos de localización.

Siguiendo ese ejemplo, pero ahora desde la perspectiva propuesta, partiendo del mismo problema (la desigualdad territorial entre espacios subnacionales), asumimos que este responde a causas estructurales de tipo económico/productivas (división territorial del trabajo y calidad del empleo diferencial entre regiones) e institucionales (concentración del poder por parte del Estado central, el que negocia con el capital transnacional, por un lado, y debilidad de los actores locales, por otro). En caso de que no se produzca el esperado efecto de desconcentración, en este caso no se ajusta la herramienta, sino se apunta a una cuestión más sustantiva: ¿cuál es la capacidad del Estado para incidir en las dinámicas del capital en contextos dependientes?

Incluso más, una perspectiva analítica crítica de esta política pública de desarrollo, en tanto hecho político, obliga a cuestionar el lugar de la desigualdad territorial entre los objetivos de una política cuyo principal fundamento es el del crecimiento económico.

Analizar la política pública de desarrollo implica analizar la manera en que ella misma altera o consolida la forma en que se distribuye el poder, qué actores son beneficiados y quiénes

perjudicados y cómo se posicionan las regiones en el marco del accionar del capital transnacional.

A modo de conclusión

Las aproximaciones críticas para el análisis de las políticas públicas es un "campo" en configuración. Shore (2010), Fontaine (2015) y Roth (2017) han sugerido que, si bien existen avances, no hay recetas metodológicas para esto. Cada objeto y la manera de abordarlo desde el enfoque teórico que elijamos deben determinar la ruta a seguir. Sin embargo, los análisis coinciden en desencajar el concepto de política pública, preguntándose de dónde emerge, qué le ha dado lugar y cómo se instituye en el marco de las reconfiguraciones de la relación Estado-sociedad; en discernir sobre el lugar de quien explora las políticas y la relación con quienes participan en su producción; en indagar cuáles son los discursos y prácticas autorizadas (saberes) que dan lugar a la intervención, cuál es la concepción del problema que se va a abordar y de las poblaciones y sujetos de la política; en preguntar qué está en juego en la producción de las políticas públicas y sobre qué formas de gubernamentalidad operan; además, de evidenciar cuáles son los efectos de las intervenciones estatales en la configuración de lo social, de las identidades y de la subjetividad.

Además de lo anterior, estas aproximaciones implican diálogos inter y transdisciplinarios. En este marco se producen intersecciones con disciplinas "sin aparente relación" con el análisis de las políticas públicas, como los estudios literarios y la producción artística. También resultan imbricaciones interesantes con enfoques y métodos de las ciencias básicas, de las ingenierías. Creemos que esta amalgama potencia las posibilidades de aprehender la complejidad de las políticas públicas, pero también de darle un vuelco a las lógicas de su producción. Como asegura Roth (2014), las perspectivas críticas permiten "reintroducir los valores y el debate democrático en el centro del proceso mismo de las políticas y de la acción pública" (p. 24). Así se reposiciona lo político de las políticas.

Referencias

Almonacid, A. (2015). *Incidencia de la sociedad civil en espacios institucionalizados de participación en Bogotá. Estudios de casos: Consejo Distrital de Política Social; Comité Operativo de Infancia y Adolescencia; Consejo Distrital de Mujeres y Consejo Distrital de Arte Cultura y Patrimonio*. Bogotá: Universidad de los Andes. Recuperado de https://cider.uniandes.edu.co/sites/default/files/publicaciones/capitulos-de-libros/36_Incidencia_sociedad_civil.pdf

Álvarez, A. (1996). El constructivismo estructuralista: la teoría de clases sociales de Pierre Bourdieu. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, *75*, 145-172. Recuperado de https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=1106

Balbi, F. y Boivin, M. (2008). La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. *Cuadernos de Antropología Social*, *27*, 7-17. https://www.redalyc.org/pdf/1809/180913917001.pdf

Bourdieu, P. (1980). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (1988). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (2002). Estrategias de reproducción y modos de dominación (M. A., Casillas, trad.). *Colección Pedagógica Universitaria* [Edición especial homenaje a Pierre Bourdieu], *37-38*, 1-21. Recuperado de https://www.uv.mx/cpue/coleccion/N_3738/C%20Bourdieu%20estrategias%20dominacion.pdf

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1992). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas: por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

Cajamarca, L. (2014). *La trampa de la igualdad: neoliberalismo y políticas públicas para la mujer rural* [tesis de pregrado]. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Recuperado de https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/13378

Camacho, M. (2011). El giro argumentativo en el análisis de las políticas públicas. *Gigapp Estudios/Working Papers*. Instituto Universitario de

Investigación Ortega y Gasset. Madrid. Recuperado de http://www.gigapp.org/ewp/index.php/GIGAPP-EWP/article/view/2/6

Chihu, A. (1998). La teoría de los campos en Pierre Bourdieu. *Polis*, *98*, 179-198. Recuperado de https://polismexico.izt.uam.mx/index.php/rp/article/view/345

De Lauretis, T. (1989). *Technologies of gender: Essays on theory, film and fiction*. Londres: Macmillan Press.

Eisenstein, H. (2005). A Dangerous liaison? Feminism and corporate globalization. *Science & Society* [Edición especial The deep structure of the present moment], *69*(3), 487-518. Recuperado de https://www.jstor.org/stable/40404269?seq=1

Eslava, A. (2011). *El juego de las políticas públicas: reglas y decisiones sociales*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.

Fischer, F. (2009). *Democracy and expertise: Reorienting policy inquiry*. Oxford: Oxford University Press.

Fontaine, G. (2015). *El análisis de políticas públicas: conceptos, teorías y métodos*. Quito: Anthropos; Flacso.

González, L. (2014). Un acercamiento conceptual a las políticas públicas. *Global Iure*, *2*, 231-241. Recuperado de https://www.jdc.edu.co/revistas/index.php/giure/article/view/282

Gutiérrez, A. (2005). Poder y representaciones: elementos para la construcción del campo político en la teoría de Bourdieu. *Revista Complutense de Educación*, *16*(2), 373-385. Recuperado de https://revistas.ucm.es/index.php/RCED/article/view/RCED0505220373A

Hernández, G. (1999). El análisis de las políticas públicas: una disciplina incipiente en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, *4*, 80-91. https://doi.org/10.7440/res4.1999.06

Huerta, M. G. (2016). Procesos interculturales y construcciones sociales: apuntes para una antropología de las políticas públicas. *Iberoamérica Social: Revista-Red de Estudios Sociales*, *4*(6), 118-134. Recuperado en http://iberoamericasocial. com/procesos-interculturales-construcciones-sociales-apuntes-una-antropologia-las-politicas-publicas

Klein, R. y Marmor, T. (2006). Reflections on policy analysis: Putting it together again. En M. Moran, M. Rein y R. Goodin (eds.), *The Oxford handbook of public policy* (pp. 892-909). Oxford: Oxford University Press.

León, B. (2011). *Foucault: las políticas y su implementación.* Recuperado de https://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/5028/

León, M. y Deere, C. (2000). *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de http://www.bdigital.unal.edu.co/1388/

Ley 30 de 1988. Por la cual se modifican y adicionan las leyes 135 de 1961, 1a. de 1968 y 4a. de 1973 y se otorgan unas facultades al Presidente de la República. Congreso de la República de Colombia. *Diario Oficial* n.° 38264.

Ley 160 de 1994. Por la cual se crea el Sistema Nacional de Reforma Agraria y Desarrollo Rural Campesino, se establece un subsidio para la adquisición de tierras, se reforma el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria y se dictan otras disposiciones. Congreso de la República de Colombia. *Diario Oficial* n.° 41479.

Lombo, M. (2013). *Institucionalización del género: políticas públicas, escalas sociales y representaciones sobre mujeres cafeteras. Estudio de caso en El Colegio, Cundinamarca* [tesis de maestría]. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá , Colombia. Recuperado de http://www.bdigital.unal.edu.co/42948/1/28553361.2013.pdf

Mafla, M. (2017). *Extensión rural, empoderamiento femenino y tecnologías de género, el caso de las mujeres caficultoras de la Unión, Nariño* [tesis de pregrado]. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Recuperado de https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/35721

Martínez, J. S. (2013). *Las clases sociales y el capital en Pierre Bourdieu: un intento de aclaración* [Materiales de trabajo]. Universidad de Salamanca. Recuperado de https://josamaga.webs.ull.es/Papers/clase-bd-usal.pdf

Martínez, S. P. (2019). Entre bastidores: etnografía de la política pública para los afrodescendientes en Cali, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 55(1), 213-238. https://doi.org/10.22380/2539472X.577

Mies, M. (1998). *Patriarchy and accumulation on a world scale.* Londres: Zed Books.

Moreno, H. (2011). La noción de "tecnologías de género" como herramienta conceptual en el estudio del deporte. *Revista Punto Género*, *1*, 41-62. Recuperado de https://core.ac.uk/download/pdf/46552249.pdf

Ortiz, S. (2017). Gubernamentalidad y política pública: estudio alternativo del programa Prospera. *Revista Mexicana de Sociología*, *79*(3), 543-570. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v79n3/0188-2503-rms-79-03-00543.pdf

Piña, L. (2017). Políticas y despojo del trabajo: el caso de la incorporación de las mujeres en la producción de cafés especiales en La Unión (Nariño) [tesis de maestría]. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Recuperado de https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/22284

Pirazán, J. y Ríos, S. (2014). El enfoque argumentativo para el análisis de políticas públicas desde la perspectiva de Frank Fischer. *Revista Forum*, *2*(6), 51-62. Recuperado de https://revistas.unal.edu.co/index.php/forum/article/view/52966/52590

Ramírez, M. (2010). La antropología de la política pública. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, *10*, 13-17. https://doi.org/10.7440/antipoda10.2010.02

Roe, E. (1994). *Narrative policy analysis: theory and practice*. Londres: Duke University Press.

Roth, A.-N. (2007). Análisis de las políticas públicas: de la pertinencia de una perspectiva basada en el anarquismo metodológico. *Ciencia Política*, *2*(3), 39-64. Recuperado de https://revistas.unal.edu.co/index.php/cienciapol/article/view/17522/18379

Roth, A.-N. (2014). La investigación en políticas públicas: ¿ingeniería social, argumentación o experimentación democrática? *Mundos Plurales. Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*, *1*(1). https://doi.org/10.17141/mundosplurales.1.2014.1903

Roth, A.-N. (2016). La enseñanza del análisis de políticas públicas en los programas universitarios de Ciencia Política en Colombia. *Estudios Políticos*, *49*, 260-283. https://doi.org/10.17533/udea.espo.n49a14

Roth, A.-N. (2017, julio 26-28). *Hacia un enfoque de análisis barroco de las políticas públicas en América Latina* [ponencia]. 9.° Congreso Latinoamericano de Ciencia Política de la Asociación Latinoamericana

de Ciencia Política (Alacip), Montevideo, Uruguay. Recuperado de http://www.congresoalacip2017.org/arquivo/downloadpublic2?q=YToyOntzOjY6InBhcmFtcyI7czozNToiYToxOntzOjEwOiJJRF9BUlFVSVZPIjtzOjQ6IjIzMjYiO30iO3M6MToiaCI7czozMjoiZmI1ODE1ZDBlMDk0N2JiZjA5MmZmYzg2YTllZWUwMDIiO30%3D

Salazar, C. (1995). *Las políticas públicas*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Sañudo, M. (2003). *Reinventando la vida rupturas y continuidades en los proyectos vitales de mujeres desplazadas por la violencia en Colombia. El caso de Venecia (Cundinamarca)* [microficha] [tesis de maestría]. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Sañudo, M. (2015). *Representaciones de género y acceso a la propiedad de la tierra en Colombia* [tesis de doctorado]. Universidad Complutense de Madrid, España. Recuperado de http://eprints.ucm.es/28068/1/T35636.pdf

Shore, C. (2010). La antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la "formulación" de las políticas. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, *10*, 21-49. https://doi.org/10.7440/antipoda10.2010.03

De los modelos econométricos a las prácticas económicas: desplazamiento metodológico para el estudio de las economías propias

Natalia Castillo Rojas*

Un hombre fue a casa del sastre Szabó y se probó un traje.
Mientras permanecía de pie delante del espejo se dio cuenta
de que la parte inferior del chaleco era un poco desigual.
—Bueno, no se preocupe por eso —le dijo el sastre—, sujete el
extremo más corto con la mano izquierda y nadie se dará cuenta.
Mientras así lo hacía, el cliente se dio cuenta de que la solapa
de la chaqueta se curvaba en lugar de estar plana.
—Ah, ¿eso? —dijo el sastre—. Eso no es nada. Doble
un poco la cabeza y alísela con la barbilla.
El cliente así lo hizo y entonces vio que la costura
interior de los pantalones era un poco corta y notó
que la entrepierna le apretaba demasiado.
—Ah, no se preocupe por eso —dijo el sastre—. Tire de la costura
hacia abajo con la mano derecha y todo le caerá perfecto.
El cliente accedió a hacerlo y se compró el traje. Al día siguiente se puso
el nuevo traje, "modificándolo" con la ayuda de la mano y la barbilla.
Mientras cruzaba el parque aplanándose la solapa con la barbilla,
tirando con una mano del chaleco y sujetándose la entrepierna con la
otra, dos ancianos que estaban jugando a las damas interrumpieron
la partida al verle pasar renqueando por delante de ellos.
—¡M'Isten, Oh, Dios mío! —exclamó el primer
hombre—. ¡Fíjate en este pobre tullido!
El segundo hombre reflexionó un instante y después dijo en un susurro:

* Economista, magíster en Análisis de Problemas Económicos, Políticos e Internacionales Contemporáneos y doctora en Ciencias Sociales y Humanas. Actualmente, lleva a cabo trabajos de investigación de manera independiente. Correo electrónico: natalia_castillo@javeriana.edu.co

—Igen, sí, lástima que esté tan lisiado, pero lo que yo quisiera saber... es de dónde habrá sacado un traje tan bonito.

CLARISSA PINKOLA ESTÉS,
Mujeres que corren con los lobos

Como economista y profesora de economía me he visto en la incómoda necesidad de enseñar unas cosas, mientras aplico otras. Debo enseñar microeconomía desde el punto de vista de la teoría neoclásica ortodoxa, pero ejerzo la heterodoxia, participando solidariamente durante varios años en fondos de ahorro de ayuda mutua entre amigas y amigos.

En la medida en que fui retomando la economía neoclásica, en mi labor como profesora, fue más difícil enseñarla cuando me adentré en el estudio de otras formas de economía distintas al capitalismo; además, por mi propia conciencia sobre la praxis que yo misma había llevado a cabo durante buena parte de mi vida. Esta dificultad puede explicarse revisando la definición de economía convencional, según la cual,

> la economía es la ciencia que se ocupa del estudio sistemático de las actitudes humanas orientadas a administrar los recursos, que son escasos, con el objetivo de producir bienes y servicios y distribuirlos de forma tal que se satisfagan las necesidades de los individuos, las que son ilimitadas. (Tansini, 2003)

Al resaltar la escasez y el carácter ilimitado de las necesidades, muchas veces creadas, esta definición hace énfasis en el valor de cambio y no da cuenta de la recursividad, de la capacidad de resolver contingencias cotidianas, para satisfacer las necesidades asociadas a la reproducción de la vida. En cambio, esta cuestión sí es destacada por la *economía para la vida*, concepto de Franz Hinkelammert y Henry Mora (2014), al que me acerco más, quienes la entienden como la que se ocupa

> de la producción, y reproducción de las condiciones materiales que hacen posible y sostenible la vida a partir de la satisfacción de las

> necesidades y el goce de todos y, por tanto, del acceso a los valores de uso que hagan posible esta satisfacción y este goce; que hagan posible una vida plena para todos y todas. (p. 25)

Este concepto da importancia a las necesidades, pero no las califica como ilimitadas; es particularmente valioso el nombrar el goce como otro elemento importante de la economía. Además, al hablar de la producción y reproducción de las condiciones materiales, da mayor énfasis a los valores de uso, a la vida y a la vida plena.

Esta última definición me permite, por una parte, ver de manera más amplia algunas formas económicas distintas al capitalismo. Por ejemplo, ver el trabajo doméstico, que hace posible la reproducción de la vida, como uno de los principales elementos visibilizados por la economía feminista y también usado para entender el capitalismo contemporáneo (Cielo, Bermúdez, Guerrero y Moya, 2016).

Por otra parte, esa definición me ha permitido comprender formas económicas como el cooperativismo, la economía campesina, entre otras, como algo distinto al capitalismo, evidenciando detalles que permiten resaltar las diferencias con este, entendiendo sus características y dinámicas propias. Precisamente a eso se refiere el colectivo de autoras J. K. Gibson-Graham (2011) con su concepto de *diversidad económica*.

Ahora bien, en la medida en que voy entendiendo mi propia cotidianidad solidaria, me encuentro con economías que no pueden definirse completamente como capitalismo, así se encuentren inmersas en él y que, según sus características y sus matices, han sido llamadas, por ejemplo, "economía comunitaria" por J. K. Gibson-Graham, quienes se refieren a diferentes comunidades en varias partes del mundo que deconstruyen las formas en que se produce y se consume de manera cotidiana, para entender la diversidad económica; "economía de la solidaridad", por Luis Razeto, quien encuentra en la cooperación, el uso compartido de conocimientos y la adopción colectiva de las decisiones, como una forma distinta de hacer economía (Guerra, 2014); también están "los comunes", designados por las autoras y autores de la revista

mexicana *El Apantle*, para dar cuenta de los procesos de construcción colectiva en muchos casos vinculados a un proyecto político, indígena o comunitario en América Latina; y, por último, las economías propias, sobre las cuales trataremos en este texto, que han sido usadas por el movimiento social colombiano[1] en diferentes documentos de sus sitios web para referirse a las economías que han desarrollado distintas comunidades de los sectores populares, principalmente en el campo (Coordinador Nacional Agrario, 2017; Cumbre Agraria, 2014).

Opto por este nombre para mi investigación, pues es el usado por el movimiento social colombiano para este tipo de economías. Además, resuena decir que son propias ¿de quién? De los sectores populares de Colombia, que le han dado un enfoque más colectivo y comunitario, buscando tener una economía que realmente les represente, o que, de alguna forma, tenga su firma, su forma de comportamiento, su ética, sus ontologías, su protección de la vida, que no sea necesariamente la capitalista.

De los documentos que fueron elaborados por las organizaciones antes citadas, destaco seis rasgos que nos permiten distinguir las economías propias tanto del capitalismo como de otras no capitalistas: 1) existen colectivos que las practican, sean familias, grupos de familias, vecinos, amigos, colegas, etc. Es decir, son comunidades que ejercen la economía. 2) Buscan resolver ciertos problemas de supervivencia, o de autosostenimiento. 3) Suelen establecer entre las personas relaciones de solidaridad, es decir, tejen lazos para que el conjunto de las personas incorporadas al proceso económico sea beneficiado, no como individuos sino como colectivo; en ese sentido, ellas exigen el trabajo común. 4) Practican el respeto por los demás seres, o buscan relaciones armónicas con la naturaleza y el cuidado del medio ambiente. 5) Sus intercambios pueden darse por medio del mercado, puede

1 En particular, el Coordinador Nacional Agrario y la Cumbre Agraria Campesina, Étnica Social y Popular, como unión de organizaciones de orden nacional. Las características que se presentan fueron presentadas en el proyecto de investigación “El intersticio entre las economías propias y el capitalismo” del cual hace parte este documento.

presentarse en mercados de comercio justo en donde se buscan relaciones de mayor igualdad o, también, fuera del mercado, propiciando, por ejemplo, relaciones de reciprocidad o trueque. 6) Persiguen la autonomía o la solidaridad con procesos similares, buscando la soberanía.

Aun teniendo claros los rasgos antes explicados, para poder estudiar estas economías me enfrenté a los límites que tenían los modelos econométricos para entenderlas, dado que estos no permiten describirlas de manera detallada. Esta cuestión me lleva a indagar por otro tipo de acercamientos descriptivos que den cuenta de la diversidad de las economías propias.

Para estudiar las economías propias es necesario hacer un desplazamiento metodológico desde los modelos econométricos —que han sido usados de forma ortodoxa en la economía neoclásica— hacia la exploración de las prácticas económicas ancladas en lo cotidiano. Las prácticas se utilizan como una entrada para abordar la complejidad de las relaciones económicas, en particular cuando no se está explicando el capitalismo, cuando se sale de sus definiciones, de sus formas, tomando otras expresiones económicas.

Más que presentar "la definición", este texto quiere hacer una invitación a usar las prácticas como forma de describir la diversidad económica, permitiendo tener conocimientos parciales de la realidad poliforme,[2] es decir, de la condición de cambio permanente, de la diversidad de las formas que toman estas economías, de la incertidumbre que las rodea, de los distintos elementos de los que hacen uso de acuerdo con su contexto, sus definiciones éticas o su conformación.

Para poder acercarme a las economías propias participé en encuentros de "otra economía" como visitante y en el equipo organizador. Luego tuve otros acercamientos con tres procesos organizativos que practican dichas economías en diferentes territorios de Bogotá. Mis criterios de selección fueron que se tratara de procesos colectivos cuya labor principal fuera productiva y no comercial o de consumo, y que, además, me permitieran trabajar con ellos y ellas.

2 La expresión de "conocimientos parciales" se usa en el sentido de Donna Haraway (1995).

Para poder observar las características de este tipo de economías, este proceso de investigación incluyó diferentes técnicas de investigación cualitativa, como *observación participante*, para entender los contextos en que se llevan a cabo las prácticas. Escribí notas de campo sobre mis observaciones, hice *entrevistas* para describir en las palabras de quienes realizaban estas economías, sostuve *conversaciones informales* relacionadas con el contexto sobre diferentes temas relacionados con las motivaciones o las memorias que los llevó a estas economías. Estas aproximaciones hacen más difícil aun el uso de los modelos econométricos.

En ese marco, este capítulo, primero, describe los límites de los modelos econométricos; segundo, relata por qué se descartan para el análisis de las economías propias; tercero, define las prácticas económicas y su uso para el estudio desde las economías propias; y, finalmente, concluye sobre las implicaciones epistemológicas del desplazamiento metodológico propuesto.

Sobre los límites de los modelos econométricos

En la economía neoclásica la sistematización de las formas en las que se realiza la producción, el consumo, la capitalización, los procesos económicos en general, se presenta a través de los modelos econométricos. Estos modelos han sido una herramienta muy importante con la cual la economía ha tratado de dar cuenta de su comportamiento, así como de proporcionar elementos fundamentales para el diseño de políticas económicas y de estrategias en mercados, empresas y productos.

Los modelos econométricos se diferencian de los modelos en general, ya que son utilizados para explicar particularmente los fenómenos económicos con un nivel de abstracción mayor, producto de la incorporación de datos numéricos y estadísticas, junto con el uso de múltiples ecuaciones. La econometría surge como una forma interdisciplinar compuesta por la economía, la matemática y la estadística.

El cuestionamiento a los modelos econométricos en este capítulo no busca desacreditar la intención de hacerlos cada vez más complejos. Más bien, la postura crítica de este desplazamiento metodológico

cuestiona su pretensión generalizadora, pues no toman en cuenta los elementos sociales específicos que afectan la vida cotidiana de las personas, es decir, no dan cuenta de las posibilidades de reproducción de la vida.

La literatura especializada afirma que los modelos econométricos tienen cinco funciones. La primera es que sirven para *explicar*, pues "expresan las características básicas del comportamiento de los sujetos económicos, dado un orden institucional y legal y una tecnología incorporada a la actividad económica" (Baronio y Vianco, 2012). Para poder ejercer esta función, los modelos econométricos se construyen a partir de supuestos basados en las condiciones de una sociedad capitalista, con unas condiciones de mercado que puede ser de competencia perfecta o imperfecta.[3]

Las condiciones de la sociedad capitalista mostradas en los modelos econométricos plantean la abstracción del agente y establecen unos parámetros para su comportamiento basados, por ejemplo, en la búsqueda del máximo beneficio, la minimización de los costos o la producción con eficiencia.

Al abstraer a los "agentes" sin incluir su condición social, no se puede explicar por qué una persona deja de comer para que sus hijos puedan hacerlo, o por qué se puede considerar "ineficiente" proteger ciertas poblaciones vulnerables; por qué se hacen propuestas colectivas de producción, que son muy intensas en trabajo, pero que construyen un vínculo entre las personas que comparten esos comunes y sus significados; o por qué las relaciones con otros seres vivos se van tejiendo a partir de la *compartencia*, es decir, la manera de ser uno del otro y de pertenecer a una colectividad infinita, como explica Jaime Martínez (2003).

Los modelos econométricos pueden explicar algunas cosas que pueden ser matematizadas, como variables de ganancias de los

3 Las condiciones de mercado de competencia perfecta se presentan cuando hay un elevado número de productores y consumidores, los productores venden un producto homogéneo en el mercado, los agentes que participan en el mercado tienen información completa y gratuita, no hay barreras de entrada o salida al mercado, hay movilidad perfecta de bienes y factores, no existen costos de transacción. El mercado de competencia imperfecta se presenta cuando una o varias de las condiciones expuestas no existe (Samuelson y Nordhaus, 2010).

diferentes sectores de la economía —el sector minero, las exportaciones, etc.—. Sin embargo, no necesariamente dan cuenta de la diversidad social y política que está detrás de los datos, por tanto, la explicación es insuficiente o esconde los procesos de reproducción de la vida relacionados.

La segunda función de los modelos econométricos es que hacen *predicciones*. Al incluir elementos que tienen comportamientos repetitivos, estas variables se pueden insertar en un modelo matemático que, al inferir todos sus componentes (variables, operaciones, relaciones entre las variables, etc.), predice el comportamiento de algunas o todas las variables incorporadas, con un porcentaje de probabilidad alto. Los analistas económicos generan unas cifras para predecir variables macroeconómicas. Por ejemplo, según los analistas de la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF), el crecimiento económico para 2020 será de 3,5 % (Banco de la República, 2019). Este cálculo se hace esperando el mismo comportamiento que históricamente han tenido las variables y aquello que genera cambios en ellas, en particular, aquellas que afectan la generación de valor de los diferentes sectores de la economía como la construcción, las finanzas, la producción agropecuaria, los servicios o el consumo.

Sin embargo, más allá de contemplar las externalidades —como se llaman aquellos elementos que no se encuentran en el modelo, o generar modelos econométricos dinámicos, con proyecciones aleatorias que contemplen estos cambios— hay ciertas condiciones específicas que pueden ocurrir o situaciones no contempladas que pueden emerger del mismo proceso que se está estudiando.[4]

El economista Dani Rodrik (2015), quien se conoce como crítico de la tecnocracia de la globalización, comenta cómo las y

4 Un año después de haber escrito este capítulo, es aun más clara la dificultad de hacer predicciones económicas infalibles dado que la incertidumbre siempre está presente. Hoy, en medio de las cuarentenas por la pandemia de la covid-19, la economía vuelve a ponerse patas arriba, sin ninguna forma de prevención o de control previo. Esta situación tomó por sorpresa a todos los países. Después de ocho meses de inicio de la propagación del virus, no hay certezas de qué vendrá. Solo hay un número grande de posibilidades sobre cómo superaremos esta situación.

los economistas que vivieron la crisis financiera mundial de las hipotecas *subprime*[5] en los años 2007-2008 no pudieron predecirla. Esperaban que el sistema financiero distribuyera los riesgos y se mediara eficientemente entre ahorradores e inversionistas, pero, con los procesos en los cuales se hacía más de una hipoteca del mismo inmueble, que se desarrollaron previos a la crisis, los titulares de cartera podrían obtener máximo rendimiento y tener menor riesgo. Esto llevó a que se asumieran más riesgos, generando mayor especulación, y con ello crecieron las burbujas financieras que fueron desvaneciéndose en el proceso de la crisis, dejando una estela de pérdidas a diferentes niveles, desde grandes corporaciones hasta pequeños propietarios de vivienda.

Un ejemplo de esta situación es presentado en el video de David Harvey sobre la crisis (Royal Society of Arts, 2010), cuenta que la reina de Inglaterra preguntó a los economistas del momento cuáles eran las causas de la crisis y estos le respondieron que no sabían. Es decir, con todas las predicciones econométricas que existían en ese momento, a los y las economistas les tomó por sorpresa la crisis y no pudieron "predecirla". Entonces, el modelo econométrico no siempre permite hacer estas predicciones, lo que genera una pérdida del control de las variables, porque es imposible tener el control de todo, pues la realidad es incierta, diversa y poliforme.

Derivadas de estas dos funciones de los modelos econométricos, explicar y predecir, se han venido delineando otras. Una tercera función es prescribir, es decir, *definir normas de comportamiento* que parten de la predicción hecha por el modelo como condición para alcanzar un objetivo.

5 "Fue una crisis financiera, por desconfianza crediticia, que como un rumor creciente, se extendió inicialmente por los mercados financieros de Estados Unidos y fue la alarma que puso en el punto de mira a las hipotecas 'basura' de Europa desde el verano del 2007, evidenciándose al verano siguiente con la crisis financiera de 2008. Generalmente, se considera el detonante de la crisis económica de 2008-2015 en el plano internacional, incluyendo la burbuja inmobiliaria en España" (Crisis de las hipotecas *subprime*, 2019).

Al establecer las predicciones sobre el comportamiento de las variables económicas, los modelos econométricos generan unas metas sobre el "deber ser" de esas variables; es decir, se puede establecer una meta (un número) de esa variable. Si la predicción es diferente, se implementan medidas de política para que la meta se cumpla. Por ejemplo, el Departamento Nacional de Planeación (DNP)[6] puede proponer una meta de crecimiento económico por encima del 4 % anual para un periodo de gobierno (en Colombia son cuatro años). En el caso de que la meta tenga dificultades para cumplirse, se implementan medidas para hacerla efectiva como, por ejemplo, entregar subsidios a ciertos empresarios para que incrementen las exportaciones —como fue el caso del cultivo de palma aceitera en el periodo presidencial de Álvaro Uribe Vélez—.

Si bien muchas veces se ve el modelo econométrico como algo ajeno, aséptico, solamente como una explicación de una situación; la meta definida por él va más allá de definir un deber ser, ya que a su vez incide sobre elementos de la cotidianidad de las personas que habitan un territorio. En la investigación realizada por Ojeda, Petzl, Quiroga, Rodríguez y Rojas (2015), titulada "Paisajes del despojo cotidiano: acaparamiento de tierra y agua en Montes de María, Colombia", los incentivos mencionados impulsaron la expansión de este monocultivo en los Montes de María. Esto generó, entre otros efectos, que los pobladores vinculados a ese cultivo —y, por ende, las grandes cadenas de valor asociadas a esta producción— perdieran la propiedad sobre la tierra y dejaran de cultivar productos como la yuca y otros alimentos, dado que el cultivo de la palma los impide porque "la tierra queda destruida, [después] no se cultiva nada más" (p. 113), según afirmaron los pobladores rurales de la zona. De esta forma, la política de promoción de las exportaciones de la palma de aceite generó una condición de despojos y desmejora en la condición de vida de la población en un

6 Entidad colombiana que lidera y articula la planeación de mediano plazo para un desarrollo sostenible (Departamento Nacional de Planeación, 2019).

lugar específico. En ese sentido, los modelos econométricos no solo definen normas, sino que inciden, es decir, definen, sobre la vida cotidiana de las personas. Sin embargo, este tema "no es fundamental para que sea incluido en el modelo".

Una función adicional de los modelos econométricos, reconocida por la literatura especializada, es que sirven para *universalizar*. Al describir una situación económica, pueden pretender que esta sea igual en cualquier circunstancia. Este proceso mediante el cual el modelo explica, hace predicciones y define normas permite hacer universalizaciones sobre el comportamiento de la economía y sus variables. Esto sucedió, por ejemplo, cuando el economista John Williamson propuso el Consenso de Washington (1989) como una serie de políticas recomendadas para América Latina, según unas definiciones que promulgaban el ejercicio del libre mercado y competencia para la distribución eficiente de los recursos escasos, bajo el argumento de que la regulación estatal y las restricciones a los mercados impedían el crecimiento económico, como lo describe Rodrik (2015).

El proceso de implementación de este "consenso" ha sido cuestionado por economistas de diferentes tendencias, dado que se generalizó de tal forma que no se consultaron las condiciones nacionales o locales, dando lugar a procesos de empobrecimiento en diferentes lugares del mundo. Algunos economistas asesores del Banco Mundial, como Joseph Stiglitz (2002), han sostenido esas críticas.

Partir de la presunción epistemológica según la cual es necesaria la universalización, y que el conocimiento debe ser universal para ser más objetivo, no tiene en cuenta lo que Walter Mignolo (2003) ha llamado historias locales, que implementan o reciben diseños globales, pero que se ven afectadas por estos. En el caso del Consenso de Washington, la universalización no admitió las condiciones concretas de cada país ni se preguntó antes si estaban en condiciones de aplicar estos parámetros o si les servía en su proceso de construcción económica autónoma y a la vez interdependiente.

Finalmente, una función de los modelos econométricos asociada a la anterior es la *mediación entre teoría y realidad*. Los modelos

econométricos, entonces, han sido utilizados como una herramienta que permite dar una base matemática a la teoría económica neoclásica, justificando sus planteamientos y dando credibilidad a los argumentos que se proponen. Según Baronio y Vianco (2012) sobre el método econométrico, su credibilidad se propone "para hacer pronósticos o analizar políticas probando empíricamente la validez de un modelo económico, en espacio y tiempo específico" (p. 31). Los modelos econométricos se encuentran enmarcados en el interés que se tiene de teorizar sobre la realidad desde una perspectiva objetiva, buscando poner una distancia entre la teoría y la realidad. En ese sentido, los modelos econométricos aparecen, principalmente, como formas en que se valida la teoría que fue planteada inicialmente.

Por ejemplo, Isabel Neira (2007) muestra cómo los desarrollos econométricos de finales del siglo XX permitieron la incorporación de variables que miden el capital humano para observar su incidencia sobre el crecimiento económico. Esta incorporación se observó en diferentes modelos económicos de crecimiento. A partir de la observación de los modelos econométricos, Neira concluye que los países con mayor nivel de educación son aquellos que también adquieren mayor nivel de crecimiento. Metodológicamente, esta autora parte de los modelos económicos (que son abstracciones generales de un problema específico, para este caso el crecimiento económico) y los prueba con datos estadísticos con el uso de modelos econométricos, lo que genera unas conclusiones. Es decir, usó el modelo econométrico como un paso más entre la realidad y la teoría.

Este proceso viene desde el periodo entre 1850 y 1945, que Immanuel Wallerstein y otras personas (2006) han definido como el proceso de institucionalización de las disciplinas, cuando se tuvo la intención de definir los límites de cada disciplina y, por tanto, interés en formular leyes generales, el deseo de aplicar métodos científicos estrictos, la preferencia por datos producidos sistemáticamente, etc. Este proceso ha recibido críticas desde los estudios de la ciencia, que han planteado el hecho como construcción social (Latour, 2001), o la ciencia como construcción social (Harding,

1996), incluido el caso del ejemplo, el dato estadístico, gracias a los desarrollos econométricos.

El dato, finalmente, tiene detrás una serie de concepciones como el crecimiento económico, que es la necesidad que tienen los países de medir cuánto producen en un periodo y, con esa medición, establecer unas metas; o el concepto de educación, que se ha construido bajo la invalidación de otras formas de impartir conocimiento, como el trabajo o la tradición oral, reivindicando principalmente la educación universitaria como un alto estándar al que se debe llegar, sin contemplar las condiciones políticas y económicas de los países que tienen altos niveles de dicha educación; o el hecho mismo de que exista la estadística para medir ciertas variables que tienen relevancia, como el crecimiento económico y la educación universitaria. Estos elementos hacen parte de una construcción social, de acuerdo con procesos históricos, económicos, ambientales que, de alguna manera, el modelo econométrico no explicita, pues solo le interesa el dato con el cual valida las concepciones que tiene detrás.

En resumen, los modelos econométricos se sintonizan con la necesidad que tiene la economía, en la primera definición presentada, de dar cuenta de la escasez, de las necesidades infinitas, en últimas de los valores de cambio y no de cuestiones como el sostenimiento de la vida cotidiana y la interdependencia de los contextos, las relaciones humanas y con la naturaleza, cuestiones que son vitales para generar valores de uso.

Los modelos econométricos: un traje muy bonito que hace ver tullidas a las economías propias

Un elemento importante que caracteriza a los modelos econométricos es que están basados en una economía capitalista totalizante. Este factor pone en cuestión el acercamiento a otras economías, que es el objetivo de la investigación sobre las economías propias. Por esta razón es necesaria una ruptura con el *capitalocentrismo*, nombre que el colectivo de autoras J. K. Gibson-Graham (2011) le da al

> discurso económico dominante que otorga un valor positivo a aquellas actividades asociadas con la actividad económica capitalista [...] y les asigna un menor valor a todos los otros procesos de producción y distribución de bienes y servicios, identificándolos en relación con el capitalismo como igual a, opuesto a, complementario a, o contenido en. (p. 167)

Esta ruptura permite considerar la diversidad económica como una posibilidad, condición necesaria para poder observar otras características diferentes a las que define la economía capitalista. Es allí donde los modelos econométricos se vuelven más difíciles de utilizar. A continuación veremos cómo los modelos econométricos, en cada una de sus cinco funciones, son incompatibles con el estudio de las economías propias.

Debido a la diversidad de formas de las economías propias, de acuerdo con las condiciones en las que se generan, estas pueden estar vinculadas a dinámicas urbanas específicas o a dinámicas rurales. Estas diferencias marcadas de acuerdo con las características del territorio se deben a la variedad de las formas de producción y de las relaciones que establecen con los demás seres. La necesidad de identificar variables que se repitan para *explicarlas*, como hacen los modelos econométricos, dejaría muchas cosas por fuera que son relevantes en ese ecosistema creado por las economías propias o en el que ellas perviven.

En el mismo sentido, dada la diversidad, el anclaje a territorios y características específicas, así como las dinámicas múltiples que distinguen a las economías propias, no sería posible *predecir* su comportamiento a partir de los modelos econométricos.

Al representar las economías propias a partir de los modelos econométricos se correría el riesgo de definir la forma en que "se deben hacer", es decir, *definir normas de comportamiento* para producir o consumir, entrando en un proceso de estandarización que le pondría trabas a la generación de la diferencia y pluralidad, característica y riqueza de las economías propias.

La variedad de las economías propias hace que la *universalización* (generalización) definida por los modelos econométricos sea innecesaria, pues se tendría que hacer un modelo para cada proceso. Además, no tendría en cuenta los cambios que las organizaciones que practican este tipo de economías hacen permanentemente a sus acuerdos, como sostienen Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar (2015), cuando hablan de los procesos de transformación social desde lo común a partir de sus estudios y experiencias en Bolivia y México.

Finalmente, cuando se estudian las economías propias es particularmente importante involucrarse, es decir, *acortar la distancia* entre la persona que investiga y los procesos investigados. Es ahí donde las prácticas tienen un papel relevante, ellas constituyen una entrada diferente para abordar la complejidad de las relaciones económicas, diferentes a las capitalistas, fuera de sus definiciones, de sus formas, tomando otras expresiones económicas.

Es decir, implementar modelos econométricos para abordar las economías propias es como utilizar un traje muy bonito que para usarlo hay que doblar el brazo, torcer la espalda y doblar la cabeza, como el señor del cuento del epígrafe. Tendrían que parecer tullidas para poder vestirlo.

Las prácticas económicas: herramientas útiles para entender las economías propias

Una forma de acercarse a las economías diversas ha sido por medio del estudio de las prácticas. Hay varios autores y autoras que las mencionan para definir las economías que no se ajustan a los criterios del capitalismo. Por ejemplo, el Grupo de Socioeconomía, Instituciones y Desarrollo de la Universidad Nacional de Colombia menciona su interés en partir de la realidad de los sectores populares y construir categorías para comprenderlas, antes que definir la economía popular (Giraldo, 2017). Otro acercamiento es el de José Luis Sánchez (2017), quien describe las prácticas usadas para estudiar la economía alternativa, aun manifestando su dificultad para definirlas; según él,

esta dificultad se debe a la falta de homogeneidad y reconocimiento de la diversidad de las formas de dicha economía.

Pero este interés en las prácticas no aplica solo para el estudio de las economías. También es pertinente en antropología, el análisis crítico del discurso (véase en este libro el capítulo de Martha Lucía Márquez Restrepo, en la página 185), o los estudios culturales. Particularmente en este último campo las prácticas se han estudiado para tratar de ver más allá de lo que explica la teoría y centrar su atención en los procesos sociales de producción, distribución y recepción de los artefactos culturales; así han encontrado formas de hacer o decir, maneras de acercarse y poder entender no solo la producción cultural, sino también la forma en que se presentan las diferentes relaciones sociales que establecen los humanos y los no humanos. Como puede verse, las prácticas requieren un nivel de transdisciplinariedad que incorpora elementos de otras disciplinas y también el contexto social, político y ético que hace parte de esas formas de hacer.

Las prácticas permiten dar cuenta de la porosidad, de la diferencia, de la variedad y la pluralidad que reclama Sánchez (2017). Por esto, es necesaria la descripción, más que la abstracción, para poder generar la parcialidad, es decir, ver las características específicas de las prácticas en sus contextos concretos. No es igual una huerta urbana en Bogotá o en Madrid (Cundinamarca), que va a permitir otros entrelazamientos. Esas características específicas se relacionan con otras y van tejiendo elementos más complejos, como cuando se comparten experiencias de diferentes procesos organizativos en distintas partes del país, generando contactos y redes de relaciones que aportan a su sostenimiento en el cuidado de la vida y la creación de valores de uso.

La noción de prácticas que aplicamos en este capítulo quiere observar la interrelación espaciotemporal de tres elementos: las *habilidades*, que implican la forma como se hacen y se relacionan con las herramientas e infraestructuras; el *sentido,* que "hace referencia al conjunto amplio de aspectos teleo-afectivos, valoraciones y repertorios culturales sobre el cual se establece el significado y necesidad de una práctica para quienes las ejecutan" (Ariztía, 2017, p. 225). Y,

finalmente, lo que Bruno Latour (2001) llama *actantes* para hacer referencia a la observación de la relación entre humanos y no humanos y que, para efectos de esta investigación, yo prefiero llamar *aliados* para destacar que esa relación coordinada permite realizar las actividades de las economías propias.

Tomando la definición de economía para la vida de Hinkelammert y Mora (2014), citada al principio de este capítulo, y teniendo en cuenta la definición de prácticas de Ariztía (2017), entiendo las *prácticas económicas* como las formas o maneras de hacer que surgen de la interrelación espaciotemporal de las *habilidades* o maneras de hacer y dar uso de herramientas e infraestructuras; el *sentido* o aspectos teleoafectivos, valoraciones y repertorios culturales sobre los cuales se establece el significado de la práctica; y las *alianzas* entre humanos y no humanos que participan en la producción y reproducción de las condiciones materiales que hacen posible y sostenible la vida.

Un abordaje de las economías propias desde las prácticas implica, entonces, analizarlas en una organización particular —o, si se quiere, en varias organizaciones, buscando elementos en común—, revisando también la interrelación espaciotemporal de las habilidades, el sentido y los aliados.

Partiendo de mi experiencia de trabajo con tres procesos en Bogotá durante el 2018, y con base en las técnicas de investigación aplicadas, a continuación describo sus prácticas de economías propias tomando un proceso a la vez para mostrar las bondades de sus elementos constitutivos.

Entre *las habilidades*, principalmente en la localidad[7] de San Cristóbal (en los cerros del suroriente de Bogotá), en el barrio Moralba,

7 De acuerdo con la Ley 1 de 1992, la ciudad de Bogotá está dividida administrativamente en localidades, bajo criterios de población no inferior a 300 000 habitantes. En el caso de las localidades rurales, se tienen en cuenta sus características fisiográficas, agrícolas, ecológicas, sociales y la condición de su recurso agrícola y pecuario; la cobertura de servicios básicos y las características sociales de los habitantes. En Bogotá existe esa primera división administrativa, pero existe una división social reservada a los barrios, de acuerdo con su conformación histórica. Entonces, la localidad nos da una ubicación general y el barrio, una más específica.

los fines de semana se reúne el colectivo Guaques del Zuke. Milton, Lina, Paola, Chiska y otras personas que van y vienen sostienen una huerta urbana en un sitio húmedo y empinado al lado del colegio del mismo nombre del barrio. El trabajo de la huerta se hace por medio de lo que ellos han llamado *recuperación de prácticas ancestrales indígenas*, como el cultivo en surcos, pero con figuras geométricas, haciendo pagamentos o rituales para ofrendar a la tierra para que produzca mejor, compartiendo la palabra y el encuentro. En el proceso de *echar azadón* conversan sobre la vida cotidiana, sobre el colegio, el trabajo, la familia. También, después de un rato de trabajo, comparten una bebida para calmar la sed que previamente prepararon Milton y Lina.

Los azadones y las picas que utilizan para arar la tierra fueron obtenidos mediante un proyecto que buscaba tener un espacio colectivo para desarrollar una relación vital con la tierra. En ese sentido, también incluyó la construcción del aula ambiental hecha en guadua y acrílico (techo) y una banca, lugares importantes para generar el encuentro y poder compartir la palabra. El aula es el lugar donde guardan las herramientas, es decir, son propiedad del colectivo, lo que implica el cuidado conjunto para su uso también colectivo.

La producción que deja la huerta es principalmente para el autoconsumo de las personas que participan en el cultivo y su mantenimiento. En algunos casos se vende, si hay mucha producción, en las tiendas del barrio. Algunos domingos hacen recorridos por la montaña, por los cuales piden un aporte por la guía, en donde se reconocen los cuerpos de agua del territorio, la vegetación y la fauna del ecosistema propio de esta montaña, así como las historias de los pueblos indígenas que anteriormente habitaron este territorio. Sobre el relato de las prácticas de Guakes del Zuque, hay elementos de economía, no necesariamente capitalista, como la producción para el autoconsumo, la propiedad colectiva de las herramientas y la relación con el mercado del barrio que no tiene intención de acumular sino de circular la producción que no fue consumida.

Sin embargo, ese resumen es corto, pues su idea de producir tiene otro tipo de relación con la tierra y, en particular, con el

territorio que habitan. El colectivo busca traer de nuevo a la memoria los relatos, las prácticas y los recorridos de los pueblos indígenas para hacer ceremonias y recoger plantas medicinales (Alcaldía de Bogotá, 2007), que se fueron olvidando, producto de la colonización. Estas cuestiones generan un aporte simbólico en el reconocimiento de los territorios que fueron antes transitados y habitados por dichos pueblos, y en el ejercicio de memoria de sus historias y formas de hacer.

Las *alianzas* con seres no humanos se refieren a las relaciones que se establecen desde diferentes prácticas con este tipo de seres. Por ejemplo, la Asociación de Granjeros de Guatiquía (Asograng) —ubicada en la localidad de Ciudad Bolívar, al suroccidente de la ciudad, en el barrio Arborizadora Alta— trabaja una huerta urbana de 4000 metros cuadrados planos cerca al río Tunjuelo, donde los desechos orgánicos dejados por la comunidad vecina son utilizados para alimentar lombrices, aliadas para recomponer el suelo que antes fue una escombrera. Además, cuatro perros cuidan que los ladrones no se lleven cosas de valor, recibiendo en algunos casos heridas en esa labor. Los gatos y gatas se hacen cargo de que los roedores no dañen los cultivos, pasando por el necesario proceso de aprendizaje intergeneracional, de madres a hijos, que los hace bastante huraños.

Otro aliado es el viento, que ayuda también a dispersar las semillas, en particular de amaranto, que es el principal beneficiado. Además, cuando confluyen el tiempo seco y el viento suave es momento propicio para limpiar las semillas sobre un gran plástico para que no se pierda ninguna pepita. También la lluvia, buena amiga para las plantas, siempre en la justa medida que hidrate y no inunde, pues en la actual condición de calentamiento global y de sequedad del ambiente en Ciudad Bolívar, es una de las aliadas más requeridas, de lo contrario se puede perder el trabajo invertido. Si el tiempo está muy seco a veces es mejor no sembrar porque se puede perder en el primer mes todo, o si llueve mucho, que es menos frecuente en esa zona de la ciudad, también se puede perder todo. Se requiere entonces la justa medida de lluvia que riegue toda la huerta, pues el riego con manguera o regadera no suple de manera completa todos los lugares de la huerta y no en la misma proporción.

Si bien el uso de aliados no humanos también se identifica en la economía capitalista, el modelo no lo considera o, si lo hace, lo incluye como un rubro en contabilidad que técnicamente se llama *semovientes*. Pero allí solamente se establece cuánto cuesta sostener los animales, no la importancia que desempeñan para que la huerta funcione, tampoco que la alimentación proviene de la misma huerta, en el caso de los perros, o que la falta de lluvia o su gran abundancia puede echar a perder temporadas de trabajo y de energía puesta allí. El modelo econométrico tampoco incorporaría este tipo de relaciones con los aliados y la importancia de cuidarlos o de llevar una buena relación con ellos, que muchas veces no es posible cuantificar.

Sobre el *sentido* de las prácticas económicas se puede incluir el siguiente ejemplo. Después de probar con diferentes experiencias para recoger fondos, El Rincón Cultural El Caracol —ubicado en la localidad de Kennedy, llamada por algunos colectivos del lugar Techotiba, al occidente de la ciudad, en el barrio Los Periodistas— encontró en la cerveza una forma agradable de conseguir unos pesos para aportar a la casa en la que viven entre cinco y siete personas, que, a su vez, la sostienen para que sea un espacio de encuentro de diferentes parches y combos políticos de la localidad, como autonomistas, anarquistas, comunistas, feministas, entre otros alternativos. En la producción y comercialización participan Marvin, Ricardo y Manuel, principalmente, y otras personas en diferentes momentos.

Para hacer la cerveza, llamada La Caracola, en sus diferentes variedades (roja, rubia, negra), en particular Marvin se ha capacitado paulatinamente en diferentes técnicas y conocimiento de insumos para hacer cervezas de mejor calidad, y también para experimentar (una de las aspiraciones de muchos cerveceros y cerveceras). De esta forma empezó a enseñar el proceso de elaboración de la cerveza a otras personas que colaboran con el Rincón Cultural, o que quieren iniciar su proceso de elaboración de cerveza artesanal.

La cerveza es más costosa que las cervezas producidas por compañías de gran escala que controlan la mayoría del mercado en Colombia (*El Tiempo*, 2019), aunque su precio es similar al de otras

cervezas artesanales. Sin embargo, el consumo de La Caracola está asociado no solo al sabor, sino al proceso detrás de su producción, es decir, al apoyo del proceso productivo, social y político que desarrollan en el Rincón Cultural.

Para Marvin, hacer cerveza es una forma placentera de relacionarse con la comida, con la cocina, además de ejercer su profesión de administrador ambiental. El trabajo en la elaboración de cerveza artesanal es, entonces, un trabajo creativo, que le permite compartir con otras personas, no sin tensiones, pero que de alguna forma permite su realización personal, es decir, es más feliz en este trabajo que en otros.

El sentido, que es un elemento importante al considerar las prácticas económicas, a mi juicio, permite entender más claramente las diferencias y posibilidades que tienen las economías distintas al capitalismo. Cuando se identifica el sentido se puede entender por qué las personas toman unas decisiones que, en el marco de la economía neoclásica y de los modelos econométricos, no pueden ser explicadas o se consideran irracionales, como, por ejemplo, trabajar medio tiempo y ganar poco para poder definir un tiempo de trabajo en estas economías propias; entender por qué, si hay otra cerveza más barata, las personas consumen la que producen los amigos: porque apoyan su proyecto político y cultural. Entonces, hay que buscar otras formas de comprender las decisiones que parecían enmarcadas en un modelo y en un tipo de comportamiento. Estas decisiones económicas buscan la reproducción de la vida, los valores de uso, poder compartir, motivar los encuentros de las personas si se quiere el goce de la vida en sí.

Ver el árbol para ver el bosque

Estos tres procesos de producción de economías propias han tenido sus entrelazamientos en diferentes tiempos y espacios. Primero, al llevar más de diez años de trabajo continuo, Asograng ha sido escuela de formación de diferentes procesos o es reconocido entre las huertas urbanas de la ciudad. Por allá pasó Marvin, de El Caracol,

experiencia que le mostró posibilidades de producción de huertas en la ciudad y el ejercicio de su profesión, con lo cual él acompaña otros procesos de huertas en Techotiba. Milton y Lina también conocen a Asograng, también fue un germen de observación de posibilidades, al que quisieron agregarle los elementos de recuperación de prácticas y significados ancestrales indígenas. Las personas que participan en Asograng son conscientes de la corriente que han generado a través de los años, del impulso que han dado a la sostenibilidad de la huerta, por lo cual siguen ofreciendo sus conocimientos a otros procesos que quieran utilizar el territorio urbano para la producción de alimentos.

Existe una interrelación entre los procesos. Asograng es un punto nodal de la red, evidente en procesos de comercialización, como ferias. El sentido, las habilidades y las alianzas con no humanos pueden ser otra forma de relacionarse en la misma corriente de pensar otras posibilidades para habitar el presente en la ciudad.

La opción metodológica de analizar las economías propias a partir de las prácticas no solo refleja unas formas de hacer, sino que también contiene el criterio sobre el cual la persona que investiga se acerca y describe tiene para realizar las acciones. Por eso es importante situarse como investigadora o investigador y situar a quienes se van a investigar, teniendo en cuenta que la economía es una ciencia social ejercida por personas, la mayoría de las veces.

Identificar las prácticas para describir estos procesos da cuenta de elementos que se esconden en el esfuerzo de universalización de los modelos econométricos, y que son aquellos que permiten entender la diversidad económica. El *desplazamiento* de los modelos econométricos a las prácticas lo hago en mi afán de que la teoría que enseño también dé cuenta de la praxis que realizo, de encontrar otras formas de teorizar que relaten posibilidades distintas al capitalismo que estamos acostumbradas y acostumbrados a mostrar. Este desplazamiento es un intento de superar los límites que genera la simplificación, mostrando la complejidad con el detalle que requiera, tratando de contar lo más posible a sabiendas de que la mirada que proyecto pasa por mis propios intereses, significados e idealizaciones.

Este paso genera más trabajo porque hay que ver la diversidad en todo su esplendor y adentrarse en el proceso. Es decir, no mirar desde arriba, desde las abstracciones, sino desde abajo, desde las descripciones de las formas en que las personas hacen, se relacionan, dan sentido. Observar con más detalle, ver los árboles para ver el bosque.

Además, ese desplazamiento de la mirada también requiere que la investigadora o el investigador se sitúe, que se *ensucie las manos*. Como diría Donna Haraway (1995), que comparta con el otro sin ser el otro, que se enfrente a su propia condición de diferencia y privilegio, de entenderla, pero asimismo, ver al otro en su privilegio y diferencia (véase el capítulo de María Juliana Flórez y María Carolina Olarte-Olarte en este libro, en la página 15). En ese sentido, entender la complejidad de las formas que asume la economía requiere transformar las formas en que esta se aborda, que incluye involucrarse, observar, estudiar, describir y, en últimas, embarrarse y embarrarla.

Referencias

Alcaldía de Bogotá. (2007). *Los caminos de los cerros*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Planeación.

Ariztía, T. (2017). La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites. *Cinta Moebio*, *59*, 221-234. https://doi.org/10.4067/S0717-554X2017000200221

Banco de la República. (27 de junio de 2019). Proyecciones macroeconómicas de analistas locales y extranjeros [Archivo Excel]. Recuperado de http://www.banrep.gov.co/es/encuesta-proyecciones-macroeconomicas

Baronio, A. y Vianco, A. (2012). *Manual de econometría 1.ª parte*. Río Cuarto: Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional de Río Cuarto.

Cielo, C., Bermúdez, H., Guerrero, A. y Moya, M. (2016). Aportes de la economía feminista para el análisis del capitalismo contemporáneo. *Revista de la Academia*, *21*, 157-175. https://doi.org/10.25074/0196318.0.63

Coordinador Nacional Agrario. (1 de noviembre de 2017). *Coordinador Nacional Agrario de Colombia*. Recuperado de https://www.cna-colombia.org/economia-propia/

Crisis de las hipotecas *subprime*. (2020, junio 19). En *Wikipedia*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Crisis_de_las_hipotecas_subprime&oldid=127067859

Cumbre Agraria. (2014, abril 10). La economía propia contra el modelo de despojo. *Cumbre Agraria Campesina, Étnica y Popular*. Recuperado de http://www.cumbreagraria.org/2-la-economia-propia-contra-el-modelo-de-despojo/

Departamento Nacional de Planeación. (2019, junio 27). Misión, visión y origen. Recuperado de https://www.dnp.gov.co/DNPN/la-entidad/misi%C3%B3n-visi%C3%B3n-origen

El Tiempo. (2019, abril 2). Así comienza la "guerra" por el mercado de las cervezas. Recuperado de https://www.eltiempo.com/economia/empresas/asi-se-mueve-el-mercado-de-las-cervezas-en-colombia-344992

Gibson-Graham, J. K. (2011). *Una política poscapitalista*. Medellín: Siglo del Hombre; Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Giraldo, C. (coord.). (2017). *Economía popular desde abajo*. Bogotá: Desde Abajo.

Guerra, P. (2014). *Socioeconomía de la solidaridad: una teoría para dar cuenta de las experiencias sociales*. Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia.

Gutiérrez, R. y Salazar, H. (2015). Reproducción comunitaria de la vida: pensando la transformación social en el presente. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios*, *1*, 15-50. Recuperado de https://horizontescomunitarios.files.wordpress.com/2017/01/elapantle.pdf

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra; Universitat de València.

Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.

Hinkelammert, F. y Mora, H. (2014). *Hacia una economía para la vida: preludio a una segunda crítica de la economía política*. La Habana: Filosofi@.cu; Caminos.

Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.

Ley 1 de 1992. Por la cual se provee la organización y funcionamiento de las juntas administradoras locales, en el Distrito Capital. Congreso de la República de Colombia. *Diario Oficial* n.º 40307. Recuperado de http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1786120

Martínez, J. (2003). *Comunalidad y desarrollo.* México D. F.: Conaculta.

Mignolo, W. (2003). *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo.* Madrid: Akal.

Neira, I. (2007). Capital humano y desarrollo económico mundial: modelos econométricos y perspectivas. *Estudios Económicos de Desarrollo Internacional*, *7*(2), 53-80. Recuperado de https://www.redalyc.org/pdf/165/16570203.pdf

Ojeda, D., Petzl, J., Quiroga, C., Rodríguez, A. y Rojas, J. (2015). Paisajes del despojo cotidiano: acaparamiento de tierra y agua en Montes de María, Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, *54*, 107-119. http://dx.doi.org/10.7440/res54.2015.08

Rodrik, D. (2015). *Economics rules: The rights and wrongs of the dismal science.* Nueva York: W. W. Norton.

Royal Society of Arts. (2010, junio 28). *RSA animate: Crises of capitalism* [video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=qOP2V_np2co

Samuelson, P. y Nordhaus, W. (2010). *Economía con aplicaciones a Latinoamérica*. México, D. F.: McGraw-Hill.

Sánchez, J. L. (2017). *Las prácticas económicas alternativas en perspectiva geográfica.* Salamanca: Universidad de Salamanca.

Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización.* Bogotá: Santillana.

Tansini, R. (2003). *Economía para no economistas.* Montevideo: Universidad de la República.

Wallerstein, I. (2006). *Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales.* México, D. F.: Siglo XXI.

CONTRACARTOGRAFÍAS: MÉTODOS EN INVESTIGACIÓN SOCIOESPACIAL CRÍTICA

Diana Carolina Ojeda Ojeda*

A pesar del creciente interés por el espacio como objeto de estudio, en particular desde la década de los noventa, gran parte de la investigación en ciencias sociales cae en el fetichismo espacial. Siguiendo la noción de fetiche propuesta por Karl Marx, el fetichismo espacial puede ser entendido como la manera en la que el espacio se presenta como algo dado, ocultando las relaciones sociales que constantemente lo producen (Katz, 2006). En diversos trabajos académicos sobre temáticas tan variadas como la guerra, el desarrollo y la conservación, el espacio se asume como el escenario donde ocurren los procesos sociales, como si se tratara de un contenedor estático y predeterminado. Por el contrario, como insiste la geografía crítica, preguntarse por el espacio implica entenderlo a su vez como una dimensión inescapable de los fenómenos sociales y como un fenómeno social en permanente construcción. El análisis socioespacial es entonces el estudio del constante proceso de coproducción entre el espacio y la sociedad: de cómo el espacio *produce*, a la vez que *resulta de*, interacciones, relaciones, dinámicas y fenómenos sociales.

Guiada por la geografía crítica, mi experiencia de investigación ha estado enfocada en cómo los espacios y sujetos se constituyen mutuamente en un proceso inacabado que está siempre atravesado por relaciones de poder. Desde la geografía feminista, entiendo que el género y la sexualidad son ejes constitutivos de estas relaciones. En este capítulo reflexiono sobre esta experiencia en los campos de la ecología política y la geopolítica feminista para señalar algunos

* Geógrafa feminista, doctora en Geografía de la Clark University, Estados Unidos. Profesora asociada del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (Cider), de la Universidad de los Andes (Colombia). Correo electrónico: dc.ojeda@uniandes.edu.co

elementos que considero importantes al hacer investigación socioespacial crítica. Utilizo la noción de *contracartografías* para referirme a aquellas formas de hacer investigación socioespacial que buscan identificar, examinar y desestabilizar producciones violentas y desiguales del espacio. Contracartografiar, ir contra el mapa oficial, permite entonces cuestionar la dimensión espacial del sentido común o "el mapa detrás de los ojos" (Dianne Rocheleau, comunicación personal).

Desde la cartografía crítica, se entiende que los mapas son artefactos políticos que contribuyen a reforzar un orden hegemónico. La contracartografía parte de la idea de que

> los mapas también pueden utilizarse para combatir los efectos de las representaciones cartográficas, ya sea visibilizando experiencias no presentes o silenciadas en la cartografía oficial, utilizando los mapas para desestabilizar relaciones de poder, o incluso utilizando el mapa como una herramienta útil para el activismo político, capaz de repensar, imaginar y plantear alternativas distintas a la realidad actual. (Font, 2018)

La noción de contracartografía propuesta por Nancy Peluso (1995) nace de su reflexión sobre las disputas por el acceso al bosque por parte de comunidades rurales en Indonesia. La autora plantea que en el ejercicio de contracartografiar se abren posibles formas de hacer y reclamar territorios. Siguiendo esta idea, mapear en contravía del poder hegemónico permite abrir espacios para otras formaciones socioespaciales menos desiguales y violentas.

Este capítulo busca contribuir a la reflexión sobre las metodologías de investigación cualitativa desde la pregunta por lo socioespacial. Me refiero al espacio no como metáfora, sino en la doble dimensión señalada arriba: como producto y productor de lo social. En las siguientes dos secciones reflexiono a partir de dos ejemplos de investigación socioespacial crítica: contracartografías del despojo y contracartografías de la seguridad. En las conclusiones vuelvo sobre algunos elementos que, a mi modo de ver, informan la investigación socioespacial crítica.

Contracartografías del despojo

En el 2013, un grupo de investigación compuesto por Jennifer Petzl, Catalina Quiroga, Ana Catalina Rodríguez, Juan Guillermo Rojas y yo empezamos a trabajar en los Montes de María, en el Caribe colombiano. Luego de reuniones con lideresas y líderes de la región, ellas y ellos establecieron que nuestra investigación debía tratarse sobre despojo en esta zona del norte de Colombia, tan afectada por la guerra como por las intervenciones estatales que buscaban su pacificación a través de un proceso de intensiva militarización. Al mismo tiempo, se trata de una zona emblemática por su rica historia de resistencia campesina. Si bien mi interés en Montes de María partía de mi trabajo sobre las geografías desiguales de la descarbonización (Ojeda, 2014), que dieron pie a la rápida expansión de plantaciones de palma aceitera y teca (entre otros maderables como melina y ceiba), fueron lxs campesinxs de la Organización de Poblaciones Desplazadas de los Montes de María (OPD) quienes establecieron los lineamientos de lo que sería nuestra investigación.

Esto resonaba para nosotras con la propuesta de Rita Segato de hacer una "antropología por demanda" (2013). Según la autora, esto consiste en entenderse como un sujeto productor de conocimiento a partir de las preguntas que son impuestas por quienes serían, desde un acercamiento clásico, los "objetos" de la investigación. De este modo, accedimos a trabajar juntxs para dar cuenta de las formas relacionales de violencia en la región que articulan, aún hoy, las espacialidades de la violencia paramilitar con aquellas del modo de producción capitalista bajo el extractivismo agrario. "Dar cuenta" aquí se entiende en relación con la noción de Gayatri Spivak (1994) de responsabilidad: responder por y ante nosotros mismos y los demás. Si bien a lo largo de los años nuestros acuerdos tuvieron que irse ajustando y renovando, una constante en nuestra relación fue la demanda de hacer investigación sobre los temas que adquirían mayor relevancia según el contexto de lxs pobladores locales de la región. Nuestras investigaciones se fueron moviendo hacia el acaparamiento de agua, la restitución de tierras y los retos de la implementación de los acuerdos de paz entre el Gobierno

y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). En los distintos momentos, era claro que nuestro papel, así como el de otras y otros investigadores que se iban vinculando, era el de ser responsables, es decir, responder por nuestro trabajo: dar cuenta de cómo este respondía a las necesidades e intereses de las y los pobladores locales y se daba en los términos que para ellas y ellos tenían sentido.

Las ciencias sociales en Colombia y América Latina tienen una fuerte tradición de investigación acción participativa (IAP) que entiende la investigación como una forma de militancia. Si bien hay formas distintas de hacer IAP, uno de los rasgos característicos de esta escuela tiene que ver con un proyecto que busca desdibujar la división entre sujetos y objetos de investigación y, en diálogo con iniciativas de educación popular, se constituye como una iniciativa para la democratización del conocimiento (Robles y Rappaport, 2018). Por ejemplo, la IAP en el Caribe colombiano hizo uso de herramientas como historietas y marionetas para lograr llevar un mensaje revolucionario a poblaciones campesinas que no sabían leer ni escribir. Uno de los argumentos principales para ello tenía que ver con la necesidad de concientizar a las masas de sus condiciones de opresión y, por lo tanto, levantar el velo de la falsa conciencia.

Sin duda, nuestro enfoque estaba inspirado por los trabajos que en conjunto realizaron en los años setenta la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), la Fundación Caribe y otros investigadores, entre los que estaban Víctor Negrete y Orlando Fals Borda. Estos trabajos estuvieron reflejados, por ejemplo, en el ejercicio de recuperación de la memoria de la lucha por la tierra en la región (Chalarka, 1985). Sin embargo, a pesar de que fui formada en el marco de la fuerte crítica de la IAP a formas canónicas de producción de conocimiento y en una tradición decididamente marxista, la teoría feminista me exigía tomar distancia de dos elementos que considero son preeminentes en como usualmente se ha hecho IAP: el posicionamiento del investigador como quien debe transmitir conocimiento, revelar la opresión, y el ánimo mesiánico que esta posición implica. A mi modo de ver, estos dos elementos se traducen en la imposibilidad

de construir una relación verdaderamente horizontal con quienes participan en la investigación. En mi experiencia como investigadora, lxs campesinxs no necesitan ser concientizados de sus condiciones de opresión. Quienes debemos aprender todo el tiempo somos las y los investigadores. El impulso mesiánico involucra una relación de desigualdad, donde se asume que son las y los investigadores quienes adquieren un deber moral que ubica al investigador o investigadora en una posición superior. Por esta razón, es común que la participación de lxs campesinxs, por ejemplo, se reduzca a un simple ejercicio consultivo y no a una consideración constante de los intereses, las necesidades y las condiciones de quienes participan en la investigación.

Llegar a una apuesta colaborativa en la investigación socioespacial fue posible en parte gracias a mi formación dentro de la ecología política feminista. El diálogo con esta corriente permite ampliar el análisis que plantea la economía política, para entender la manera en la que las relaciones de poder dan forma a la naturaleza y nuestra relación con ella. La ecología política es un campo interdisciplinario que estudia conflictos socioambientales desde la premisa de que los fenómenos que asumimos como naturales (por ejemplo, la erosión, la sequía, la extinción, la restauración ecológica, etc.) están ineludiblemente imbricados con lo social, lo cultural, lo político y lo económico. La ecología política feminista en particular atiende a la centralidad del género, en intersección con otras formas de dominación, en la forma en la que se dan estos fenómenos a su vez naturales y sociales. Al rechazar el lugar que asigna a lxs investigadrxs dicha tarea de ilustrar, y su anhelo masculinista de revelación y salvación, el tipo de investigación que hemos llevado a cabo desde entonces en Montes de María pone a las personas, la financiación, el tiempo y los demás recursos a trabajar para las necesidades, los intereses y las exigencias de las comunidades locales que participan en la investigación. De esta manera, optamos por trabajar construyendo espacios colaborativos, no solo participativos.

Hacer y pensar juntxs, en colabor, parte de la comprensión de que las prácticas a través de las cuales investigamos producen espacios. Por lo tanto, investigar desde una posición crítica es trabajar para

construir espacios donde pensar y hacer colectivamente puedan potenciar la fuerza transformadora y de resistencia de las personas, los colectivos y las organizaciones articuladas en torno a un proyecto de investigación. Este argumento parte de la necesidad de abrir espacios donde, por ejemplo, quepan las críticas a la manera en la que se ha impuesto una pacificación de Montes de María de la mano de los monocultivos de palma aceitera, teca, melina y ceiba, y más recientemente piña. Aquí es importante resaltar que el *abrir espacios* es necesariamente tanto simbólico como material. Contracartografiar, ir contra el mapa, implica irrumpir en el orden espacial para que quepa, por ejemplo, una comprensión amplia de lo político que incluya los fogones y las huertas, así como imaginaciones políticas que se traduzcan en geografías de futuros libres de monocultivos.

Un ejemplo de ello es la Escuela Itinerante de Defensa del Agua, que se llevó a cabo en distintos municipios de Montes de María en octubre de 2017. La Escuela fue diseñada en conjunto con lideresas y líderes campesinxs de distintos lugares de la región. Con la idea de construir espacios de coaprendizaje entre todas las personas que participamos en la escuela, basamos las actividades en recorridos etnográficos donde las y los participantes tomaban turnos en ser anfitrionas de cada parada en el itinerario. Quienes nos recibían en casa presentaban su investigación preliminar en torno a la defensa del agua, realizada a través de la recopilación de historias orales y trayectorias de vida. Quienes llegábamos hacíamos uso de recorridos etnográficos, entrevistas semiestructuradas y diarios de campo para aprender sobre la realidad del lugar. La escuela no solo se constituyó como un espacio de investigación colaborativa, sino que, en sí mismos, las paradas y los recorridos permitieron contracartografiar la región en tanto buscábamos dar cuenta de las formas de resistencia frente al acaparamiento de agua. Además, en el proceso logramos generar espacios de intercambio entre campesinxs que comparten realidades y espacios, pero que no necesariamente habían estado en contacto antes.

Como en el caso de la escuela, la colaboración busca ir más allá de la participación. Los términos de cómo, quién y para qué se

investiga fueron definidos de manera colectiva. Participar habla de algo que ya tiene forma, mientras la investigación en colabor entiende que es en el proceso donde estos aspectos de la investigación se definen. Los privilegios son puestos sobre la mesa para construir desde el diálogo abierto y constante, lejos de suspenderse temporalmente, como tiende a asumirse en la enseñanza de metodologías etnográficas de investigación (Espitia, Ojeda y Rivera, 2019). La colaboración, por supuesto, no asume que todas las personas que participamos en la construcción de ese espacio de investigación estamos armónicamente coordinadas, y deja de manifiesto que las relaciones de poder son constitutivas de ese espacio. De este modo, no se niegan los conflictos y las negociaciones que pueden surgir en un espacio de trabajo conjunto, sino que se parte de los desencuentros y una serie de acuerdos temporales y en constante revisión.

Desde esta apuesta metodológica, nuestro trabajo estuvo encaminado a llevar a cabo una etnografía colaborativa de las prácticas de defensa y cuidado de la tierra y del agua en la región. Haciendo uso de los recorridos etnográficos, las entrevistas individuales y colectivas, las historias orales, las trayectorias de vida y cartografías sociales y corporales, fuimos configurando espacios de investigación conjunta entre lxs investigadorxs y lxs campesinxs que convergemos en torno a la OPD. En este sentido, nos guiamos por apuestas del feminismo que retan el arquetipo del etnógrafo como un sujeto blanco, masculino y cisheteronormado que estudia a *otro* en un espacio ajeno y remoto (Espitia *et al.*, 2019). Para nosotrxs, los métodos etnográficos de investigación permiten un acercamiento a las dinámicas socioespaciales cotidianas a partir de las experiencias y las reflexiones tanto personales como colectivas, desde una apuesta que entiende el conocimiento como siempre situado y encarnado (Haraway, 1995).

De esta comprensión colectiva surgieron distintas formas de contracartografiar las geografías imaginadas de la paz y el desarrollo impuestas por el Estado y el mercado a la región de los Montes de María. Contrario al caso exitoso de "consolidación" a través del modelo empresarial, nuestra investigación colectiva permitió mostrar la

continuidad del despojo y la violencia propiciada por la expansión en la región de los monocultivos de palma aceitera y teca, entre otros. Las contracartografías del despojo en Montes de María han posibilitado diversas iniciativas de construcción conjunta de conocimiento en áreas como la investigación cualitativa, la comunicación para la incidencia política y el acompañamiento jurídico, entre otras, junto con otras organizaciones e instituciones que hemos confluido en la región, como la Corporación de Desarrollo Solidario (CDS), el Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos (OTEC) y el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), además de muchxs otrxs investigadorxs locales y de fuera de la región. Aparte de los artículos académicos y los trabajos de grado, el espacio que hemos abierto ha dado como resultado piezas comunicativas, una novela gráfica y una historia comunitaria del acaparamiento de agua, entre distintas formas de producción de conocimiento, que buscan irrumpir en las formas continuadas de despojo, opresión y silenciamiento en la región (véanse, por ejemplo, Ojeda, Guerra, Díaz y Aguirre, 2016; Ojeda, Serna y Arias, 2020; Quiroga y Vallejo, 2016; Verdad Abierta, 2018). Estas formas de conocimiento, lejos de ser una simplificación del lenguaje para el alcance de las comunidades locales, buscan complejizar el mapa oficial de la región y ponerlo a circular en espacios más allá de la academia.

Contracartografías de la seguridad

En relación con mi investigación sobre procesos de militarización asociados a la producción de espacios turísticos y de conservación ambiental en el Caribe colombiano (Ojeda, 2013), empecé a preguntarme por cuáles eran las narrativas hegemónicas de la seguridad. A la luz de trabajos realizados dentro de la tradición de la geopolítica feminista (Fluri, 2011; Hyndman, 2019; Katz, 2006), esto involucra un análisis crítico de los procesos de militarización, caracterizados por la hipervigilancia y la movilización del miedo. A través de estos mecanismos, los procesos de militarización aseguran ciertos espacios y sujetos, a costa de otros, usualmente en función de garantizar la acumulación de capital y la

continuidad de un orden patriarcal y racista. En particular, he estado interesada en entender los efectos de dichas formas de seguridad en la vida cotidiana, como, por ejemplo, la manera en la que controlan la movilidad de cuerpos particulares, generalmente feminizados, a través del espacio; pero, sobre todo, en explorar cómo a través de la transformación de espacios privados y cotidianos estas versiones de la seguridad logran ser implementadas y sostenidas en el tiempo.

Este es el caso del papel central que jugó el turismo en la conformación del régimen de Seguridad Democrática en Colombia, bajo los dos gobiernos de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) (Ojeda, 2013). Las actividades turísticas, vistas como banales, al pertenecer a la esfera de la recreación y la cultura, a menudo pasan desapercibidas en los estudios de la violencia en Colombia. Sin embargo, en mi investigación pude señalar la manera en la que, a través de la turistificación de ciertos espacios —esto es, de su producción en tanto mercancías turísticas—, estos fueron articulados a procesos de formación estatal con las geografías imaginadas de un país que fue "retomado" de las manos de la guerrilla de las FARC, que entonces fue constituida como el enemigo por antonomasia bajo una generalizada "meganarrativa de la contrainsurgencia" (Ramírez, 2010).

Esta aproximación de la geopolítica feminista me permitió empezar a reconocer la manera en la que algunas versiones de la seguridad, usualmente asociadas al despliegue de hombres con armas, disciplinan a cuerpos feminizados en el espacio. El control de los itinerarios de las mujeres hacia y desde su trabajo en las parcelas en los Montes de María, por ejemplo, bajo los años de control paramilitar de la zona y luego bajo los esquemas de seguridad del monocultivo de palma, hizo evidentes las formas en las cuales el género y la sexualidad constituyen un orden socioespacial dado, aunque a menudo se presenten como subsidiarias a este. Si bien, como se mencionó arriba, esto influyó en nuestra manera de contracartografiar el despojo en la región, se tradujo también en formas de conectar mis experiencias, las de mis colegas y las de mis estudiantes en los espacios cotidianos que habitamos en Bogotá.

A la vez que reconocía el lugar central que ocupa la violencia basada en género y sexualidad en la configuración de prácticas a la vez discursivas y materiales de seguridad hegemónica en el parque Tayrona y en los Montes de María en el Caribe colombiano, empecé a interesarme por cómo estas formas de violencia, aunque se manifestaban de maneras distintas, contribuían a dar forma a mi vida cotidiana y la de otros cuerpos feminizados en múltiples espacios, como el del trabajo, la sociabilidad y el activismo. Esta serie de preguntas se tradujeron en la creación de un espacio concreto, conformado alrededor del 2014, junto con colegas, como Laura Castrillón, Nicole Chavarro, Fernando Ramírez, Claudia Rivera y Sonia Serna, entre otrxs. El grupo de investigación Espacialidades Feministas fue pensado como un espacio de reflexión y diálogo sobre la coproducción del género, la sexualidad y el espacio donde convergemos estudiantes, activistas, profesorxs e investigadorxs.

El contexto de creación del grupo obedeció a la necesidad de abrir espacios de diálogo y acompañamiento frente a la creciente tracción que ha ganado el discurso de "la ideología del género" en la sociedad colombiana y latinoamericana en general. La reacción frente a la supuesta amenaza que representan el feminismo, los reclamos de las personas LGBT y los derechos de las mujeres a la familia, lxs niñxs y la sociedad en general (Esguerra, 2017; Rodríguez, 2017) se tradujo en nuestro entorno en un menor rango de maniobra para tratar estos temas dentro y fuera del salón. Al mismo tiempo que buscaba mantener estos espacios de crítica y reflexión dentro de la universidad, el grupo buscaba atender las crecientes demandas de estudiantes y colectivos estudiantiles —algunos articulados al movimiento estudiantil, fortalecido tras las manifestaciones de finales del 2018— de transformar los espacios académicos a partir de una crítica a la misoginia, el machismo, la homofobia y la transfobia, tan presentes en el currículo, los salones, las actividades de investigación, las salidas de campo, los eventos académicos y las demás actividades del ejercicio académico.

Espacialidades Feministas se constituyó, sobre todo, como el intento constante de abrir un espacio donde confluimos investigadorxs de distintas disciplinas y momentos de nuestra carrera académica.

Tenemos en común que analizamos las distintas formas de violencia que se articulan en torno al género y la sexualidad en aquellos espacios que conforman la vida universitaria, más allá de los límites jurídicos del campus. Esto nos ha llevado a entender, por ejemplo, que los espacios virtuales de las páginas de internet, las aplicaciones y las redes sociales no están separados, sino que son esenciales para los espacios físicos en los que transcurre la vida de estudiantes, profesorxs, secretarixs, proveedorxs y administrativxs. También nos ha llevado a considerar el campus por fuera de sus límites formales para incluir, por ejemplo, las salidas de campo, los espacios de práctica profesional, el transporte público, los parques cercanos y las fiestas.

A partir de una aproximación crítica a la mutua constitución entre espacios y sujetos, lxs investigadorxs vinculadxs a Espacialidades Feministas hemos podido dar una mirada política al espacio que, desde el análisis de las relaciones de poder, nos ha permitido ampliar las posibilidades de la política. Desde la geografía crítica y el enfoque feminista, este grupo de investigación ha estado encaminado a contracartografiar los espacios universitarios, que son, por lo general, asumidos como espacios seguros. Cuestionar el sistema sexo-género-deseo, como lo plantea Butler (2001), a través de nuestras prácticas cotidianas en la academia, nos ha permitido abrir espacios que dan cabida a experiencias del género y la sexualidad que retan de manera constante los anclajes masculinistas de una academia que sigue siendo profundamente cisheteropatriarcal (Gómez y Ojeda, 2019; Viveros, 2017).

Desde sus comienzos, el grupo empezó a indagar por estas dinámicas desde la urgencia de acompañar casos de acoso sexual, violación, discriminación y sexismo en espacios universitarios. Rápidamente nos convertimos en un espacio donde convergíamos distintas personas que estábamos dispuestas a escuchar y a acompañar estos casos, bajo la premisa de que el aislamiento y el silencio terminan siendo formas muy efectivas de revictimización y de reproducción de estas formas de violencia basadas en el género y la sexualidad en muchos espacios, incluyendo los universitarios. Con altos costos en términos profesionales y personales, decidimos armar redes de apoyo que pudieran brindar

atención sicológica, médica y jurídica a los múltiples casos que nos llegaban a través de llamadas, correos y mensajes de Facebook y WhatsApp. En conexión con colectivos de distintas universidades, como Polifonía, Degénero, Stonewall Javeriana, Rosario sin Bragas, No es Normal, Blanca Villamil, Género y Seguridad y La Vorágine, entre otros, pudimos contribuir a atender y acompañar múltiples casos de matoneo, acoso sexual y violación en distintas instituciones de educación superior, entre otras formas de violencia basada en género y sexualidad.

Al mismo tiempo, en nuestra práctica como docentes, investigadorxs y estudiantes nos hemos dado a la tarea de construir dentro del salón los proyectos de investigación y las salidas de campo, entre otros espacios de prevención y discusión abierta de las distintas formas de violencia basada en género y sexualidad. Con acciones desde la elaboración de programas de estudio donde al menos la mitad de referencias es de mujeres y personas LGBT, y la pedagogía activa en temáticas feministas y de género, hemos abierto espacios de discusión de formas de violencia que fuimos descubriendo que afectan enormemente a nuestrxs estudiantes, pero de las que poco se habla. Estos efectos incluyen impactos negativos en el desempeño académico, la deserción de la universidad y el menoscabo de la salud física y mental en general. Al tiempo que nos formamos en primeros auxilios sicológicos y fuimos aprendiendo de los recorridos burocráticos de las denuncias formales, hemos construido junto a lxs estudiantes una serie de lineamientos para el trabajo de campo en ciencias sociales. Algunos eventos académicos, cartografías sociales y salidas de campo se han convertido en oportunidades para pensar conjuntamente, es decir, para hacer investigación colaborativa en torno a las distintas formas de violencia basada en género y sexualidad en espacios universitarios.

Uno de los resultados de esta forma de investigación-acompañamiento llevada a cabo por las distintas personas que hacen parte de Espacialidades Feministas fue la identificación de nociones de seguridad planteadas desde la institucionalidad. Frente a la demanda de estudiantes y colectivos, las universidades han respondido con medidas como definir rutas administrativas para tramitar las demandas (en muchos

casos en aras de proteger legalmente a la universidad); la cancelación de las salidas de campo; la decisión abierta de no vincular mujeres a los equipos investigativos (o, en caso de hacerlo, de hacer que vayan siempre acompañadas por compañeros hombres en las salidas de campo) o incluso de asignar guardias de seguridad privada (hombres con armas) como supuesta medida para garantizar la seguridad de quienes han sobrevivido episodios de violencia sexual, violencia física por parte de un excompañero sexual o que enfrentan amenazas a su integridad. Adicionalmente, las discusiones en torno a la seguridad se limitan al campus universitario y no a los demás espacios que constituyen las interacciones de la comunidad universitaria en general, y que a menudo apuntan a la necesidad de instalar botones de pánico y postes de luz.

En este contexto, Espacialidades Feministas ha insistido en la necesidad de prestar atención a las contracartografías de la seguridad, es decir, a los esfuerzos constantes que hacen los sujetos, en este caso las mujeres y las personas LGBT, por construir seguridades otras o "alter-geopolíticas", como las denomina Sara Koopman (2011). Estas formas de seguridad alternativa no pasan por las formaciones hegemónicas de la seguridad e implican entender cómo se abren espacios en medio de, por ejemplo, la imposibilidad de usar ciertos baños dentro de la universidad o de asistir a clase sin miedo. Evidenciar que los espacios universitarios están profundamente heteronormados y son a menudo violentos para quienes no se ajustan a los roles, expectativas y estereotipos del género y la sexualidad, nos ha permitido prestar mayor atención a la pregunta de cómo estos cuerpos feminizados construyen seguridades alternativas que les permiten moverse por los espacios universitarios y contrarrestar dinámicas de acoso sexual, matoneo, discriminación y hostigamiento. Estas seguridades alternativas incluyen prácticas comunes, como avisar cuando se llega a la casa, hasta complejas redes de acompañamiento para que quienes están bajo amenaza puedan continuar yendo a clase.

Como se ha mencionado, las formas de investigación de carácter colaborativo llevadas a cabo por Espacialidades Feministas han estado basadas en el acompañamiento de distintos casos de violencias basadas en género y sexualidad en espacios universitarios y parten de la

necesidad de entretejer y activar redes de cuidado en torno a quienes lo solicitan. A través de abrir espacios de confluencia de distintxs investigadorxs, docentes y colectivos, las contracartografías de la seguridad han permitido abrir espacios donde quepamos sujetos que, a pesar de los espacios críticos que abre la academia, seguimos luchando por ser reconocidos como interlocutorxs válidxs en una universidad que sigue estando soportada en un paradigma capitalista, racista y cisheteropatriarcal.

Espacialidades Feministas y sus intentos por contracartografiar la seguridad puede ser vista de ese modo como un ejemplo de cómo la investigación-acompañamiento de carácter colaborativo puede abrir espacios donde quepan muchos cuerpos, donde quepa el cuidado mutuo y la responsabilidad, en el sentido que plantea Spivak (1994), frente a nuestros pares y nuestrxs estudiantes.

Conclusiones

Este capítulo partió de la necesidad de entender la mutua producción entre espacio y sociedad. Planteó la investigación socioespacial crítica como una manera de romper con el fetichismo espacial para entender la manera en la que el espacio es producto de a la vez que produce fenómenos sociales. Desde una aproximación a partir de la geografía feminista, las *contracartografías* son un camino metodológico que busca analizar y potenciar las maneras en las que, a través de la vida cotidiana, se desestabilizan las geografías hegemónicas del poder. En este sentido, contracartografiar es contribuir a imaginar y construir espacios más viables y vivibles, donde quepan formas distintas de ser y estar en el mundo.

Para el caso de las contracartografías del despojo, el ejercicio de investigación colaborativa examinado en este capítulo tiene el potencial de desestabilizar las geografías de la violencia y la expansión de los monocultivos en la región de los Montes de María. Contracartografiar el despojo hace posible de este modo mostrar el *continuum* de violencia que supone la transición al posconflicto en el Caribe colombiano, así como abrir espacios para imaginar geografías que no estén dictadas por el extractivismo agrario en esta región, impuesto

tras la implementación y expansión de monocultivos de palma aceitera y teca, entre otros.

Por su parte, las contracartografías de la seguridad señalan la manera en la que la investigación da cuenta del papel constitutivo de las distintas formas de violencia basada en género y sexualidad en la configuración y el sostenimiento del orden social; además de cómo investigar-acompañar posibilita la apertura de espacios físicos y simbólicos donde quepa el cuidado mutuo, así como aquellos sujetos que no se ajustan a las demandas (cada vez más neoliberales) de una academia que, a pesar de los espacios de crítica que abre, sigue atada a un sistema jerárquico basado en mandatos de clase, raza y género.

La investigación colaborativa es una forma de trascender la participación y potenciar la construcción conjunta de trabajo relevante para las comunidades locales y que esté en sus propios términos. Por otra, defendemos la premisa de que la responsabilidad de lxs investigadorxs implica dar cuenta de y responder ante todas las personas que participan del proceso investigativo. Contracartografiar implica poner los métodos al desnudo, no ocultar el proceso por mostrar el resultado, sino entender que el proceso de investigación, como una forma de producción de espacio, es parte central de la investigación y no simplemente un medio para alcanzar otros resultados. Por último, nos guía la premisa de que todo conocimiento es situado y encarnado y, en esa medida, no es posible la separación entre sujetos y objetos de investigación. En su conjunto, estos aspectos configuran una metodología de investigación socioespacial crítica que busca abrir espacio para otras realidades menos desiguales y violentas.

Referencias

Butler, J. (2001). *El género en disputa*. México: Paidós.

Chalarka, U. (1985). *Historia gráfica de la lucha por la tierra en la Costa Atlántica.* Montería, Colombia: Fundación del Sinú; Fundación Punta de Lanza; Fundación Óscar Arnulfo Romero. Recuperado de http://babel.banrepcultural.org/digital/api/collection/p17054coll2/id/71/download

Esguerra, C. (2017). Cómo hacer necropolíticas en casa: ideología de género y acuerdos de paz en Colombia. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, *27*, 172-198. https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2017.27.10.a

Espitia, I., Ojeda, D. y Rivera, C. (2019). La "princesa antropóloga": disciplinamiento de cuerpos feminizados y método etnográfico. *Nómadas, 51*, 99-115. https://doi.org/10.30578/nomadas.n51a6

Fluri, J. (2011). Bodies, bombs and barricades: Geographies of conflict and civilian (in)security. *Transactions of the Institute of British Geographers*, *36*(2), 280-296. Recuperado de https://www.dartmouth.edu/~jenfluri/Jenfluri/Research_files/12_BodiesBombsBarricades_Transactions-Fluri-2011.pdf

Font, N. (2018). Contra-cartografías. *Mapas Urbanos*. Recuperado de http://www.mapasurbanos.es/index.php/2018/11/29/contra-cartografias/

Gómez, D. y Ojeda, D. (2019). Feminismo y antropología en Colombia: aportes epistemológicos, diálogos difíciles y tareas pendientes. En A. Caicedo (ed.), *Feminismo y antropología* (pp. 101-137). Popayán: Asociación Colombiana de Antropología.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra; Universitat de València.

Hyndman, J. (2019). Unsettling feminist geopolitics: Forging feminist political geographies of violence and displacement. *Gender, Place & Culture, 26*(1), 3-29. https://doi.org/10.1080/0966369X.2018.1561427

Katz, C. (2006). Banal terrorism: Spatial fetishism and everyday insecurity. En D. Gregory y A. Pred (eds.), *Violent geographies: Fear, terror, and political violence* (pp. 349-362). Nueva York y Londres: Routledge.

Koopman, S. (2011). Alter-geopolitics: Other securities are happening. *Geoforum*, *42*(3), 274-284. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2011.01.007

Ojeda, D. (2013). War and tourism: The banal geographies of security in Colombia's "retaking". *Geopolitics*, *18*(4), 759-778. https://doi.org/10.1080/14650045.2013.780037

Ojeda, D. (2014). Descarbonización por despojo: desigualdades socioecológicas y las geografías del cambio climático. En B. Göbel, M. Góngora-Mera y A. Ulloa (eds.), *Desigualdades socioambientales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Ibero-Amerikanisches Institut.

Ojeda, D., Guerra, P., Díaz, H. y Aguirre, C. (2016). *Caminos condenados*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Cohete Cómics.

Ojeda, D., Serna, S. y Arias, J. (eds.). (2020). *Recetario de sabores lejanos*. Bogotá: Cohete Cómics.

Peluso, N. (1995). Whose woods are these? Counter-mapping forest territories in Kalimantan, Indonesia. *Antipode*, *27*(4), 383-406. https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.1995.tb00286.x

Quiroga, C. y Vallejo, D. (eds.). (2016). *Historia del Distrito de Riego de Maríalabaja-Bolívar: más motivos para decir que el agua es nuestra*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Ramírez, M. C. (2010). Maintaining democracy in Colombia through political exclusion, states of exception, counterinsurgency and dirty war. En E. Desmond Arias y D. Goldstein (eds.), *Violent democracies in Latin America*. Durham y Londres: Duke University Press.

Robles, J. y Rappaport, J. (2018). Imagining latin american social science from the global south: Orlando Fals Borda and participatory action research. *Latin American Research Review*, *53*(3), 597-612. http://doi.org/10.25222/larr.164

Rodríguez, M. (2017). La ideología de género como exceso: pánico moral y decisión ética en la política colombiana. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, *27*, 128-148. http://dx.doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2017.27.08.a

Segato, R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.

Spivak, G. (1994). Responsibility. *Boundary*, *21*(3), 19-64.

Verdad Abierta. (2018). Los acuatenientes: la historia del agua, la tierra y la agroindustria de la palma de aceite en María La Baja, Bolívar. Recuperado de https://verdadabierta.com/especiales-v/2018/acuatenientes/

Viveros, M. (2017). La antropología colombiana, el género y el feminismo. *Maguaré*, *31*(2), 19-60. Recuperado de https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/71518

UN MÉTODO PARA ESTUDIAR LA HEGEMONÍA: EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL DE CONTENIDO

Martha Lucía Márquez Restrepo*

Desde que aparecieron los primeros populismos en América Latina durante la segunda década del siglo XX (Hipólito Yrigoyen en Argentina o José Batlle y Ordóñez en Uruguay), la academia ha intentado explicar la capacidad de sus líderes para movilizar numerosos y diversos seguidores. Dentro de estas explicaciones se encuentran los enfoques históricos y sociológicos de la teoría de la modernización y de la dependencia, así como la perspectiva discursiva de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Estos dos autores elaboraron una teoría de la hegemonía[1] que sirve para explicar el poder de esos liderazgos desde su capacidad para producir la unidad del sujeto del populismo (nombrado *pueblo* o *nación*), a pesar de la diversidad de clase de los actores sociales que caben bajo esa denominación.

Llegué a la obra de Laclau y Mouffe justamente por mi interés sobre la forma como se construye la unidad del sujeto en el discurso. Específicamente, por mi interés en Hugo Chávez, quien,

* Doctora en Ciencias Sociales y Humanas y profesora asociada de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Actualmente, dirige el Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar. Correo: marquezm@javeriana.edu.co

1 En la teoría de la modernización se pueden ubicar los trabajos de Gino Germani (1977), Torcuatto Di Tella (2001) y Octavio Ianni (1972), para quienes el populismo surge en la transición del mundo tradicional al moderno. Para Germani, por ejemplo, en ese escenario se producen migraciones del campo a la ciudad, los campesinos pierden su adscripción al patrón y ya, en la ciudad, cuando no se pueden insertar laboralmente, pero habiendo hecho una revolución de sus aspiraciones, son manipulados por el líder populista. Para la teoría de la dependencia, por su parte, el populismo corresponde a un momento en el desarrollo del capitalismo periférico que coincide con la industrialización por sustitución de importaciones. Debido a sus raíces marxistas, las explicaciones dependentistas tienden a señalar que los seguidores de los líderes populistas carecen de identidad de clase, lo que explica que sean movilizados por un lider burgués. Para una discusión sobre el tema, véase Vilas (1995).

para muchos, fue un líder populista (Laclau, 2006). Me inquietaba el uso de la historia de Venezuela en su discurso político, en concreto la inclusión de extensos relatos históricos en sus alocuciones. Después de que las teorías constructivas sobre el nacionalismo me permitieron concluir que con esas narraciones pretendía construir una nueva nación, busqué en la obra de Laclau y Mouffe herramientas para hacer un análisis de discurso que me permitiera determinar qué tipo de nación resultaba de ese proceso. Al no encontrarlas, revisé los trabajos de algunos de sus discípulos que habían elaborado métodos de análisis a partir de la teoría de sus maestros, pero ninguno se había ocupado de proponer un método específico para analizar narraciones. Así las cosas, me vi ante la necesidad de construir un método que me permitiera resolver la pregunta de investigación que me había planteado: ¿cómo se construye la nación en el relato histórico del chavismo? También me interesaba determinar si el expresidente había logrado que los intelectuales cercanos a él reprodujeran su discurso (Márquez, 2019).

Para responder el primer interrogante elaboré un método que tiene el mérito de explicar cómo se produce la hegemonía en esos discursos con temporalidad llamados relatos o narraciones. Para eso me apoyé en la teoría sobre el relato de Paul Ricoeur, en el estudio sobre la estructura de la narración de Algirdas Julien Greimas, en la teoría del discurso de Laclau y Mouffe y en un método para analizar contenidos de productos culturales que tiene como base la teoría de Greimas: el análisis estructural de contenidos (AEC). El resultado fue una herramienta construida desde la interdisciplinariedad que tiene como base la teoría constructivista sobre el nacionalismo y la hegemonía, la filosofía del tiempo y de la narración y la narratología. Todas estas son teorías consistentes entre sí, pues reconocen la centralidad del lenguaje en la construcción de la realidad. Por otra parte, para responder a la segunda inquietud, hallé que también podría usarse el AEC.

En este capítulo explicaré ese hallazgo y el método creado, cada uno de los cuales sirve para analizar la hegemonía en un sentido distinto. Para ello procederé de la siguiente manera: en un primer apartado presentaré someramente la teoría del discurso que subyace al trabajo de

Laclau y Mouffe y los dos sentidos del concepto hegemonía en su obra. En el segundo apartado explicaré de qué manera el análisis estructural de contenidos sirve para analizar la hegemonía en uno de esos sentidos. En el tercero, que divido en dos partes, explico mi propuesta de método. Cierro con una corta reflexión sobre el sentido de mis hallazgos.

El discurso y los dos sentidos de la hegemonía

La teoría de Laclau y Mouffe tiene como pilar la categoría de discurso, entendido como un conjunto de estructuras de sentido que hacen inteligible lo existente. Esto no quiere decir que no hay una realidad por fuera del discurso, sino que para el ser humano esta solo adquiere significación inscrita en él. Por ejemplo, un terremoto, como movimiento de placas tectónicas, es un fenómeno que existe independientemente de la formación discursiva, pero que se percibe inscrita en ella. Así, enmarcado en el discurso científico, el movimiento de la tierra se expresa como un *fenómeno natural*, pero en un discurso religioso puede dársele sentido como manifestación de Dios.

El discurso descansa en la articulación, concepto tomado de la lingüística, que denota la unión entre dos términos para producir significación. De esta forma, la unión entre significantes produce la cadena de significación, mientras que la unión de lexemas o palabras con los semas[2] construye su sentido. Un ejemplo de lo primero es la expresión *Dios es bueno* en la que los tres significantes (*Dios*, *es* y *bueno*) se unen para construir el sentido sobre la divinidad. Pero en esta articulación también ocurre que *existencia* y *bondad* adquieren significación como rasgos de Dios. Un ejemplo de lo segundo es que *martillo* se signifique desde *herramienta*. Por lo anterior, la articulación se define como "toda práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica" (Laclau y Mouffe, 1987, p. 143).

2 El sema es la unidad más pequeña de significación a partir de la cual adquieren sentido los lexemas. Por ejemplo, los semas del lexema *martillo* pueden ser "herramienta", "golpea", "tiene mango".

Los elementos que se articulan en el discurso reciben el nombre de *momentos*. Esos momentos también pueden ser articulados por otros discursos, caso en el que se nombran *significantes flotantes*. Esto es posible porque —a diferencia de la forma como el padre de la lingüística, Ferdinand de Saussure (1945) explicaba la significación— la perspectiva posestructuralista de Laclau y Mouffe considera el discurso como un sistema de sentido que permanece abierto, por lo que es inestable. Tal visión proviene del psicoanálisis lacaniano, que sostiene que al sujeto se le escapa la unidad, el cierre y la completitud desde que se rompió su unidad con la madre. En otras palabras, para Laclau y Mouffe el discurso nunca está completamente cerrado, puesto que otros discursos pueden articular de maneras distintas sus momentos; esto es, la significación nunca logra una clausura definitiva, de allí que se pueda afirmar que el discurso es una parcial y contingente forma de fijar el sentido.

Desde estos elementos, Laclau y Mouffe proponen entender la hegemonía de dos formas. La primera, que llamaremos sentido uno de la hegemonía, alude a la operación que produce la unidad de un sujeto en el discurso; en este sentido hegemonizar es unir. En otras palabras, hegemonizar un grupo social es construirlo dentro de un discurso que lo nombra como uno, por ejemplo, como proletario, pueblo o como nación. En su segundo sentido, la hegemonía es la acción de construir un determinado orden social a través del discurso, excluyendo otros órdenes posibles, es decir, es la operación de fijar ese discurso. Desde estas dos definiciones, las prácticas contrahegemónicas son formas alternativas de construir la unidad del sujeto en el discurso o también pueden ser discursos que articulen de manera distintas los momentos de un discurso que busca imponerse.

Ahora bien, ¿cómo saber si un discurso es hegemónico? ¿Cómo se produce esa unidad del sujeto en el discurso? La primera pregunta se puede responder con un hallazgo que hice durante mi investigación: encontré que el método del AEC permitía hacer esa indagación, puesto que permite poner de manifiesto las estructuras de significación que subyacen a distintos tipos de materiales, es decir, que permite hacer emerger el discurso. De esta manera, el AEC funcionó para mí

como los objetos mágicos de los cuentos fantásticos o de los mitos, que otorgan poderes extraordinarios a los que los poseen. En este caso en particular, el AEC me permitía ver si varios materiales contenían el mismo discurso, si se trataba de discursos distintos[3] o si eran discursos contrahegemónicos.

La segunda pregunta, en cambio, supuso una labor más compleja: crear un método a partir del AEC usando la organización de contenidos desde el modelo actorial-actancial. Eso es realmente lo que considero mi aporte al análisis de la hegemonía y a los estudios constructivistas de la nación que sostienen que esta es construida en la medida en que se narra, pero que no proponen una forma para saber cómo se produce esa construcción. En conclusión, mi propuesta metodológica permite develar los resortes de esa construcción (Anderson, 1993; Bhabha, 2000).

El hallazgo: el uso del AEC para determinar si un discurso es hegemónico

Determinar si un discurso es hegemónico supone una perspectiva relacional pues implica no solo poner de manifiesto cuál es el discurso que el poder quiere imponer, sino comparar ese discurso con otros que circulan en el escenario político. En mi investigación, indagando sobre el relato y su estructura, me encontré con el AEC. Este método, desarrollado a finales de los años setenta por Pierre Hiernaux, permite extraer las estructuras de sentido de un discurso o, en palabras de Laclau y Mouffe, develar el discurso entendido como un sistema de significación (Hiernaux, 1977).

El AEC parte de la distinción entre el contenido de un texto, una representación, un espacio o una práctica y su continente, es decir, el modo de expresión. Se ocupa de la forma como se construye el sentido o significación dejando de lado el formato o el continente. Por eso se puede

3 Laclau y Mouffe llaman *campo de discursividad* a todo lo que queda por fuera del discurso. Así por ejemplo, el sistema numérico arábigo es un discurso que construye un campo de discursividad donde existen otros sistemas numéricos que usan significantes distintos a los arábigos.

usar para analizar y comparar discursos que estén en continentes o formatos distintos, como en mi caso era el discurso de Hugo Chávez, que se ponía a circular a través de la oralidad o el discurso de los historiadores contenido en una serie de revistas de historia.

Hiernaux construyó el método usando la teoría de Saussure, en particular la idea de que el universo semántico es cerrado y que la lengua es un sistema de signos donde la significación de un signo se produce por su diferenciación frente a otro dentro de una totalidad semántica (Hiernaux, 1996, 2008). Por ejemplo, el término *bajo* adquiere significación en oposición al término *alto*, sobre la base de un eje semántico implícito y presupuesto, que es *verticalidad*. Usando la notación propuesta por Hiernaux, eso se escribe: [alto / bajo] ≈ verticalidad.

En el ejemplo, *alto* es un código objeto [objeto], pero el análisis de un objeto cultural puede hacer emerger códigos calificativos [calificativos] atribuibles a cada una de las partes del código disyuntivo, que permite armar grafos para entender la forma como se produce el sentido. Para ilustrar esto, el análisis estructural de contenidos de la oración "Las oligarquías explotan al pueblo bueno y santo" permite ver que el sentido del código objeto [*oligarquías*] se construye en oposición al código objeto [*pueblo*] y que al primero se le atribuyen los códigos calificativos [*explotadora*], ["*mala*"], y [*no santa*], en tanto que el segundo se califica como [*explotado*], [*bueno*] y [*santo*]. Las comillas que acompañan el término *malo* indican que este no aparece explícitamente en el texto, sino que es puesto por el o la analista.[4] Por otra parte, los signos + y – indican que un actor, el pueblo, se valora positivamente, en tanto que otro, las oligarquías, se valora negativamente. La forma en que la oración construye el sentido se puede representar en el siguiente grafo (figura 1):

4 En ocasiones, como en el ejemplo, el término opuesto es explícito, pero en otras no lo está. En ese caso, siguiendo a Saussure, se presupone que todo elemento tiene como "opuesto" al menos su inverso, es decir, el inverso de A es (no A).

Oligarquías (–)	/	Pueblo (+)	≈	Actores sociales
|		|		
Mala	/	Bueno	≈	Moralidad
|		|		
Explotadora	/	Explotado	≈	Relación laboral
|		|		
No santa	/	Santo	≈	Virtud

Figura 1. Análisis estructural de contenido de la oración "Las oligarquías explotan al pueblo bueno y santo"
Fuente: elaboración propia.

No siempre el análisis de las oposiciones es tan fácil, pero el mismo Hiernaux (2008) y sus discípulos han escrito textos para orientar análisis más complejos (Saldarriaga, 2008). Un ejemplo de ello es el siguiente fragmento de un discurso de Hugo Chávez y su respectivo grafo (figura 2):

> Bolívar tenía como El Quijote un binomio, se movía en un binomio. Era una bipolaridad permanente. La del Quijote y la de Bolívar también. Esa bipolaridad obviamente tenía dos polos: el polo de las armas y el polo de las letras. Las armas y las letras, decía El Quijote en sus reflexiones en La Mancha, pareciera que están destinadas a andar siempre juntas buscando la libertad y la igualdad de los pueblos. Ya Cristo también lo había comprobado cuando un día agarró una espada en forma de látigo y tuvo que usarla contra unos mercaderes que estaban invadiendo un Templo y dejó la palabra y tomó la espada, claro que era un látigo.
>
> Igual Bolívar, la espada y la letra, la espada y la ley, bipolaridad. Yo siento por dentro la ebullición de esa idea, de ese concepto, de esa bipolaridad de armas y de letras porque soldado soy, por una parte hombre de armas y de espada, pero también participando en la creación de ideas, en la búsqueda de letras nuevas. (Chávez, 1999)

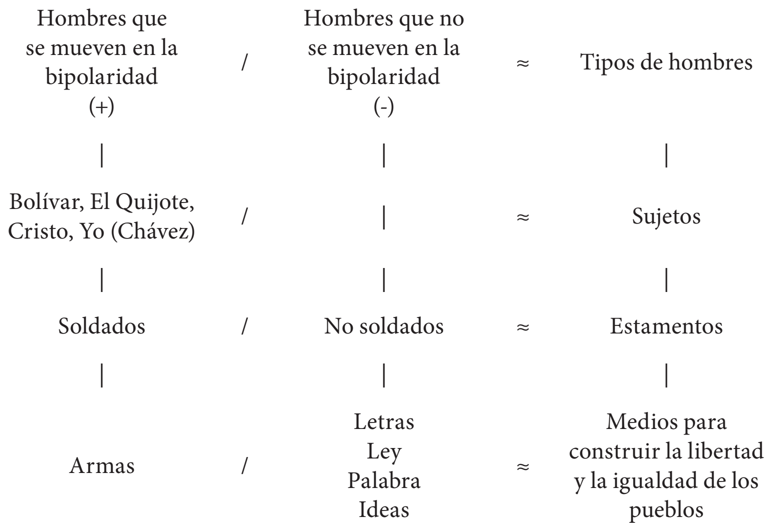


Figura 2. Análisis estructural de contenido de un discurso de Hugo Chávez
Fuente: elaboración propia.

Si se aplica el AEC a los productos culturales de un actor social es posible encontrar sistemas de códigos disyuntivos jerarquizados sobre los cuales este construye el sentido sobre la realidad. Un análisis sistemático permite extraer también la forma como ese actor, que puede ser individual o colectivo, forma el sentido sobre el espacio, el tiempo y los actores. A esto es a lo que Hiernaux llama *orden universal* (Hiernaux, 1977, p. 67). En el caso de mi investigación, la aplicación del método a un conjunto de discursos de Hugo Chávez me permitió sacar a la luz que el expresidente construía la realidad sobre las siguientes estructuras de sentido:

Vida / Muerte ≈ Existencia
Nacer / Morir ≈ Lo histórico
Bien / Mal ≈ Moralidad
Dios / Demonio ≈ Moralidad
Armas / Ideas, palabras, ley ≈ Formas de construir lo político

Por su parte, los historiadores del Centro Nacional de Historia, de Venezuela, construían el sentido sobre la realidad desde las siguientes estructuras de sentido:

Dominación / Resistencia ≈ Posición en lo político
Dominador / Dominado ≈ Posición en lo político
Opresión / Insurgencia ≈ Posición en lo político
Invasión / Resistencia ≈ Posición en lo político
Dominación / Liberación ≈ Posición en lo político

En conclusión, el discurso del expresidente no era hegemónico, pues aunque él intentaba imponerlo, otros actores lo disputaban poniendo a circular otros discursos en los que se articulaban de maneras distintas significantes presentes en el discurso chavista (Márquez, 2019). De esa manera, con minucia y paciencia, fue posible responder la segunda pregunta de mi investigación, específicamente, saber si Hugo Chávez había logrado que un grupo de historiadores profesionales que trabajaban para el Estado reprodujeran su discurso.

Para finalizar, hasta aquí mi aporte al estudio de la hegemonía ha sido proponer una forma en que el método de análisis estructural de contenidos puede usarse para analizar ese fenómeno, entendido como la operación de fijar el discurso del poder.

La construcción: el AEC como parte de un método para analizar la hegemonía, entendida como la operación que construye la unidad del sujeto

Resuelta la forma de determinar si un discurso ha logrado imponerse, es decir, si es hegemónico, lo siguiente, lo más complejo y lo determinante para mi investigación era encontrar una forma de analizar la hegemonía entendida como la operación que construye la unidad del sujeto en ese tipo de discurso con temporalidad como es la narración, pues así podría determinar qué tipo de nación resultaba de los relatos históricos de los actores analizados. Para ello construí un método fundamentado en la semejanza entre la operación hegemónica y el relato

y entre la equiparación de las demandas que el discurso del líder hace equivalentes para construir la hegemonía y los objetos de búsqueda de los relatos. Esto me permitió determinar qué tipo de comunidad resultaba de la historia narrada por Hugo Chávez y por los historiadores del Centro Nacional de Historia (Márquez, 2019). Para explicar la propuesta abordaré inicialmente cómo se construye la hegemonía en su primer sentido, luego explicaré la semejanza y la equiparación antes mencionada y finalmente mostraré la forma como el AEC se puede incorporar en el análisis.

La producción de la unidad y la retórica: catacresis y trama

En *La razón populista*, Laclau (2005) explica que la hegemonía, en tanto operación que produce la unidad del sujeto, resulta de la articulación de las demandas de distintos actores en el discurso del político. Definida así, la hegemonía supone reemplazar el mecanismo de representación política que está en la base de las democracias modernas —y que descansa en la aceptación de que las demandas y los intereses de distintos actores políticos pueden ser agregadas y conciliadas por quienes los representan— por el concepto de articulación. Esto es, a diferencia de la representación, que no logra explicar cómo los representantes pueden agregar intereses y demandas distintas y a veces contradictorias, el concepto de articulación supone que las demandas e intereses diversos se transforman cuando los políticos los articulan en el discurso:

> Hegemonizar a un conjunto de sectores no es, por tanto, un simple acuerdo coyuntural o momentáneo; es construir una relación estructuralmente nueva y, según hemos visto, diferente de la relación de clases. Esto nos demuestra que el término *alianza de clases* es totalmente insuficiente para caracterizar la relación hegemónica, ya que reducir esta última a aquel tiene poco sentido como pretender describir un edificio adicionando la relación de los ladrillos que lo componen. (Laclau y Mouffe, 1987, p. 97)

Esa articulación se puede dar de dos maneras no excluyentes, y que de hecho están presentes en mayor o menor medida en todos los discursos políticos: la lógica de las equivalencias o la lógica de la diferencia. La primera, que prima en los discursos llamados populistas, consiste en que el discurso político establece equivalencias entre las demandas de los sujetos sociales —por ejemplo, equiparando paz a seguridad, desarrollo y fin de la violencia—. Esta equivalencia paz = seguridad = desarrollo = fin de la violencia se simboliza como un término que recibe el nombre de *significante vacío*, es decir, que los puede contener a todos. Este significante es un término que antes de la operación hegemónica expresaba una particularidad dentro de la totalidad de las demandas. En el ejemplo mencionado, podría ser el significante *paz* o *democracia* o también un término que nombre un sujeto social, como ocurre con el significante *pueblo*, que puede significar tanto la totalidad de los actores sociales (*populus*) como una parte de ella (*plebs*) (Laclau, 2005, p. 278). Por lo anterior, Laclau define la hegemonía como "esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma" (p. 95), o también "una relación hegemónica [es] una diferencia particular [que] asume la representación de una totalidad que la excede" (p. 97).

Otra característica del discurso populista es la constitución de una frontera interna en la comunidad para crear el sentido sobre esta, es decir, una oposición nosotros/ellos que se deja ver en el carácter bipolar y maniqueísta de los discursos populistas. Además, el surgimiento de un líder a través de cuya palabra se unifican las demandas crea así la comunidad (Laclau, 2005, p. 58).

En contraposición, la segunda lógica es la que prima en los discursos en los que la unión de las demandas se hace de manera tal que se mantiene esta diferencia, lo que puede ser graficado como seguridad/paz/desarrollo/no violencia. Esta lógica es la que se presentaría en su forma pura en el hipotético caso de que existiera un sistema político con recursos suficientes para atender y satisfacer individualmente todas las demandas, lo que implicaría la muerte de la política y el triunfo de la pura administración.

Ahora bien, clarificada la forma como se produce la hegemonía en el primer sentido, es necesario explicar la similitud entre esta y el relato. Tal semejanza descansa en que ambas producen unidad, pues la hegemonía es la operación de unir y el relato, como lo anota Paul Ricoeur, es un tipo de discurso que produce la unidad de su sujeto. En palabras del filósofo:

> La historia narrada dice el quién de la acción. La identidad del quien no es pues ella misma más que una identidad narrativa. Sin el recurso de la narración, el problema de la identidad personal está, en efecto, condenado a una antinomia sin solución: o bien se piensa un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados, o bien se sostiene [...] que el sujeto no es sino una ilusión sustancialista. (Ricoeur, citado por Maceiras, 2004, p. 28)

Justamente en esa capacidad de producir la unidad reposa el rasgo retórico de la hegemonía y del relato. De la primera, dicen Laclau y Mouffe, es catacrética, es decir, que la unidad resultante se nombra recurriendo a una palabra cuyo sentido se extiende para nombrar algo que no tiene nombre, por ejemplo, cuando se dice la "pata de la mesa" para referirse al soporte de esta. Dicen los autores que eso es justamente lo que ocurre cuando el significante vacío toma el nombre de la totalidad resultante de la equivalencia de demandas, porque no existe otra palabra para nombrarla (Laclau y Mouffe, 1987). En cuanto al carácter retórico de la narración, a este rasgo se refiere explícitamente Ricoeur en la introducción de *Tiempo y narración* (2004), donde presenta su trabajo como una continuación de *La metáfora viva* y señala las similitudes entre la metáfora y el relato: la primera como tropo y la segunda como género producen una innovación semántica, es decir, una síntesis de lo heterogéneo pero de manera distinta. La primera lo hace a través de una atribución impertinente, es decir, de la unión de términos extraños, en tanto que el relato lo hace por medio de la trama que conecta fines, causas y azares (Ricoeur, 2004). En otras palabras, la trama narrativa en un relato conecta un hecho inicial y uno final bien

sea porque el actor del relato actuó conforme a un fin, porque hay una ley causal o simplemente por acción de la fortuna.

Demandas y objetos

Ahora bien, sobre estas similitudes entre la hegemonía y el relato, mi propuesta metodológica parte de equiparar las demandas que la operación hegemónica articula, con los objetos de búsqueda de los relatos. Para entender esto es necesario referirse primero a las particularidades de ese discurso llamado relato o narración y a su estructura.

El relato es el único discurso que tiene temporalidad, por eso Tzvetan Todorov lo define como un texto referencial con temporalidad representada que, como mínimo, tiene dos atributos distintos pero relacionados: un agente y un proceso de mediación o transformación (Todorov y Ducrot, 2006, p. 340), es decir, el relato cuenta cómo su sujeto se transformó. Antoine Prost, por su parte, define la narración como un discurso que contiene un recorrido en el tiempo que vincula un hecho inicial y otro final, con el objetivo de explicar el cambio a través de causas e intenciones (Prost, 1996). En el mismo sentido, Ricoeur (2004) lo caracteriza como una manifestación de lenguaje que tiene una trama que conecta personajes y sucesos y que establece una síntesis entre pasado, presente y futuro. Define la trama como la síntesis de lo heterogéneo que conecta fines, causas y azares y que integra en una sola historia acontecimientos múltiples y dispersos (p. 132).

Ahora bien, desde la Antigüedad clásica, cuando Aristóteles se ocupó de la estructura de la tragedia en *La poética*, varios autores han retomado su reflexión para determinar la estructura de los relatos. Entre ellos el lingüista Algirdas Julien Greimas, quien propuso que todo relato supone unas mismas fases y que en ellas los personajes asumen unos papeles que son universales a todas las narraciones. Tales fases son: todo relato se inicia cuando se rompe un orden o *statu quo*, 1) ruptura del orden y alienación. A continuación, para restaurar el orden, se mueve un sujeto o héroe que busca unas capacidades, 2) cualificación y 3) búsqueda, con el fin de afrontar una prueba, 4) prueba principal,

por petición de un remitente, 5) petición. Al final, se reintegra el orden y se produce la sanción de lo efectuado por parte del remitente, 6) reintegración (Greimas, 1971, p. 310). En estas fases puede verse que los actores del relato, sean personas o cosas, asumen seis papeles: hay un remitente que envía a un sujeto a buscar un objeto para un destinatario, que puede ser el mismo remitente. En ese camino el sujeto se encuentra con ayudantes, que muchas veces les dan objetos mágicos como armas que les ayudan en su empresa, pero también con enemigos u oponentes, que los quieren hacer fracasar. Tales roles en el relato reciben el nombre de *papeles actanciales*. Para ilustrar lo anterior, consideremos el siguiente fragmento de un discurso de Hugo Chávez que se refiere a la conspiración septembrina:

> Quiso Dios que los conjurados enviados por la oligarquía de Bogotá no llegaran a tiempo para matarlo. Casi logran matarlo en Bogotá, un poquito más y este día no fuese este día; un poquito más y este día fuese 25 de septiembre del año 1828. Quiso Dios que estuviese Manuela Sáenz a su lado, quiso Dios que aquella mujer fuese un incendio de pasión, de coraje, de valor y saliese sable en mano, a enfrentar a los conjurados de la oligarquía de Bogotá que querían acuchillarlo. (Chávez, 2000)

Como puede verse, hay dos programas narrativos[5] en ese fragmento, uno valorado positivamente y el otro negativamente. En el primero hay un remitente, las oligarquías, que envían a un sujeto, que se nombra como “los conjurados”, a asesinar a Bolívar. El asesinato es el objeto que mueve a los conjurados y Manuela Sáenz es el oponente, que finalmente frustra esa acción. Por otra parte, hay un segundo programa narrativo en sentido opuesto al primero, en el que el remitente

5 Un programa narrativo es el que describe las transformaciones por las que pasa un sujeto que quiere alcanzar un objeto. Esas etapas son las fases del relato planteadas por Greimas. En un relato el mismo sujeto o varios sujetos pueden buscar distintos objetos, por lo que pueden existir muchos programas narrativos.

es Dios, que envía a Manuela Saénz (sujeto) a salvar a Bolívar (objeto), lo que supone enfrentar a los conjurados (oponentes). Este análisis se resume en la siguiente tabla, en la que aparecen posiciones actanciales en blanco (s. d.), pues el relato no se refiere a ellas (tabla 1).

Tabla 1. Papeles actanciales de un análisis estructural de contenido de un discurso de Hugo Chávez

Programa narrativo	Remitente	Sujeto	Objeto	Ayudante	Oponente	Destinatario
1 (-)	Oligarquías de Bogotá	Conjurados	Asesinar a Bolívar	s. d.	Manuela Sáenz	s. d.
2 (+)	Dios	Manuela Sáenz	Defender a Bolívar	Bolívar	Conjurados	s. d.

Fuente: elaboración propia.

Pues bien, desde esta consideración de la estructura del relato —en la que se reconoce que los objetos son lo deseado por los sujetos de las narraciones y los que los mueven a la acción, al igual que las demandas son las que mueven a la acción política a los sujetos sociales—, mi propuesta metodológica partió de equiparar esos objetos narrativos a las demandas políticas y sociales. En otras palabras, propongo que el análisis de la hegemonía en los relatos, es decir, de la forma como en ellos se produce la unidad, se haga desde el análisis de los objetos de búsqueda usando el AEC, en particular el análisis de los papeles actanciales.

De esa manera, analicé los relatos históricos incluidos en el discurso de Hugo Chávez y encontré que los sujetos positivos del relato —el pueblo, Bolívar y los héroes de Venezuela— eran movidos a la acción por un mismo objeto que se nombraba como "la revolución" y que funcionaba entonces como el significante vacío que simbolizaba la equivalencia de las demandas de esos actores. Es decir, que en ese relato de la historia de Venezuela se construía una comunidad que se puede nombrar como "el pueblo venezolano" o "la nación" porque los actores que caen en esa denominación tenían los mismos objetos de búsqueda. En otras palabras, la comunidad o la nación eran revolucionarias. El análisis también

mostró que los actores valorados negativamente, que eran generalmente nombrados como “las oligarquías”, tenían una búsqueda distinta y contradictoria frente a la de los actores positivos, “acabar con el pueblo”. Este resultado evidenciaba que las oligarquías eran el antihéroe del relato de nación y que, en un discurso populista en el que primaba la lógica de las equivalencias, ellas representaban la frontera interna frente a la que se construye el pueblo o la nación (Márquez, 2019).

En conclusión, desde el análisis de los objetos de búsqueda de un relato en el que hay diversos sujetos o héroes se puede determinar si estos se convierten en un actor colectivo porque comparten el mismo objeto de búsqueda y cuál es ese objeto. Es decir, se puede develar si se produce la unidad del sujeto de la narración y de qué manera se hace.

Una reflexión final

Resolver un problema de investigación vinculado al uso político de la historia en la Venezuela chavista fue un proceso que me llevó a transitar por teorías sociológicas sobre el nacionalismo, teorías políticas sobre la hegemonía, teorías filosóficas sobre el tiempo y por la narratología. En esa travesía interdisciplinaria encontré lo que en la estructura del relato se nombra *un objeto mágico*, esto es, un arma que le permite al héroe o sujeto de la narración alcanzar el objeto de su búsqueda: el análisis estructural de contenidos. Como lo expliqué, este objeto mágico me permitió analizar la hegemonía en dos sentidos y resolver mi problema de investigación. En las aventuras o en los mitos, normalmente ese objeto mágico es regalado al héroe por un ayudante anciano, pero en las aventuras intelectuales son los senderos de la investigación, muchas veces aparentemente oscuros y arduos, pero nunca irrelevantes, los que conducen a esos hallazgos. Una vez encontrado el objeto, a la investigadora o el investigador le compete aprender a usarlo y en algunos casos, como el que aquí narré, inventar aplicaciones creativas para este. Eso hace maravillosa la aventura de investigar.

Referencias

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bhabha, H. (2000). Narrando la nación. En Á. Fernández (comp.), *La invención de la nación: lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 211-219). Buenos Aires: Manantial.

Chávez, H. (24 de julio de 1999). Discurso del Presidente de la República Bolivariana de Venezuela con motivo de la celebración del 216 aniversario del Natalicio del Libertador, el 176 aniversario de la batalla naval de Maracaibo y Día de la Armada Venezolana. Caracas, Venezuela.

Chávez, H. (17 de septiembre de 2000). Discurso del Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, con motivo de la conmemoración del 170 aniversario de la muerte del Libertador y el Padre de la Patria, Simón Bolívar. Caracas, Venezuela.

Di Tella, T. S. (2001). *Latin american politics*. Austin: University of Texas Press.

Germani, G., Di Tella, T. S. e Ianni, O. (1977). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (2.ª ed.). México: Era.

Greimas, A. L. (1971). *Semántica estructural: investigación metodológica*. Madrid: Gredos.

Hiernaux, J. P. (1977). *L´institution culturelle: Méthode de description structurale*. Louvain: Presses Universitaires de Louvain.

Hiernaux, J. P. (1996). *Aprendre par l´erreur: Notes critiques concernant l´analyse structurale*. Louvain-la-neuve: Presses Universitaires de Louvain.

Hiernaux, J. P. (2008). Análisis estructural de contenidos y de modelos culturales: aplicación a materiales voluminosos. En H. J. Suárez (coord.), *El sentido y el método: sociología de la cultura y análisis de contenido* (pp. 67-117). México, D. F.: UNAM.

Ianni, O. (1972). Populismo y relaciones de clase en América Latina. *Revista Mexicana de Ciencia Política*, *18*(67), 25.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2006). La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Nueva Sociedad*, *205*, 56-61. Recuperado de https://nuso.org/media/articles/downloads/3381_1.pdf

Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Maceiras, M. (2004). Presentación de la edición española. En P. Ricoeur, *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico* (Tomo 1) (pp. 9-30). México: Siglo XXI.

Márquez, M. L. (2019). *Historia, nación y hegemonía: la Revolución Bolivariana (1999-2012).* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Prost, A. (1996). *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid: Cátedra; Universitat de València.

Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico* (Tomo 1). México: Siglo XXI.

Saldarriaga, O. (2008). Colombia: evaluación de la construcción del conocimiento social en educación. Análisis estructural de sistemas de sentido en alumnos en ciencias sociales en colegios de Bogotá. En H. J. Suárez (coord.), *El sentido y el método: sociología de la cultura y análisis de contenido*. México, D. F.: UNAM.

Saussure, F. de (1945). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.

Todorov, T. y Ducrot, O. (2006). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vilas, C. M. (1995). *La democratización fundamental: el populismo en América Latina*. México: Consejo para la Cultura y las Artes.

TRAMITAR LA INCERTIDUMBRE: CUESTIONES DE MÉTODO EN UNA HISTORIA DE LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURA[*]

Carlos Arturo López Jiménez[**]

Ya no le encontramos un sentido seguro a cuestiones como éstas: ¿disponemos ya de un concepto del archivo?, ¿de un concepto del archivo que sea uno?, ¿que sea un concepto cuya unidad además esté asegurada?, ¿hemos estado alguna vez seguros de la homogeneidad, de la consistencia, de la relación unívoca de algún concepto con un término o con una palabra como "archivo"?

JACQUES DERRIDA,
Mal de archivo

Enclave empírico, prácticas y reparto de lo sensible

Desde mi trabajo en torno a la historia de la escritura local de filosofía (López, 2018), presentaré lo que he llamado un *enclave empírico*.[1] Conforme a su uso regular, entiendo *enclave* como un segmento delimitado a partir de sus diferencias en relación con lo que lo circunda. La necesidad de emplear documentos como medio probatorio en cualquier texto de historia explica por qué utilizo el término *empírico*. Producir un enclave empírico es un gesto análogo al que

* Este artículo debe mucho a las discusiones sostenidas en el grupo de lectura de Historia de la Filosofía en Colombia, que se reúne desde agosto de 2018, en particular a Juan Pablo Garavito, Juan Camilo Betancur, Jonathan Eduardo Beltrán, Alicia Nathalie Chamorro y Juan Fernando Mejía.

** Doctor en Historia Moderna de la Freie Universität Berlin (Alemania). Investigador del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Correo electrónico: carloslopez@javeriana.edu.co

1 Reutilizo aquí la expresión de Bruno Latour que aparece en los capítulos 2, 3, y 4 de su libro *La esperanza de Pandora* (2001). Allí, sin definirla, Latour la emplea para nombrar al conjunto de materiales que le sirven de soporte en cada uno de los casos que examina.

los historiadores realizan cuando elaboran su archivo, pero más limitado. Por medio de los enclaves no se da cuenta, aun en sus formas más difusas, ni de una totalidad temporal como las épocas, ni se explica una transformación histórica como los procesos.

Al usar términos como *producción* o *elaboración* en lugar de *revisión* hago explícito un supuesto: no hay archivo sin un trabajo de investigación. No veo el *archivo* como un lugar de donde se extraen datos,[2] sino como el resultado de un proceso de investigación que tiene como sustento empírico unos materiales que cada trabajo ordena y conecta según principios variables. Desnaturalizar así el archivo tiene como consecuencia dejar de suponer un pasado contenido en documentos y afrontar la incertidumbre con que nos acercamos a ellos. Es incertidumbre en tanto que, como se ve más adelante, cada dato asimilado en un trabajo es discernible de derecho, pero no de hecho, de las intenciones del investigador, de las comunidades de validación (hoy en día académicas por lo general, pero no exclusivamente), de la incapacidad de afrontar la totalidad de los documentos posibles, de las herramientas de método que ajustan nuestra mirada tanto como lo que vemos…

2 A pesar de que el presente escrito se inscribe en la superación del extractivismo que reside en la idea de archivo como conjunto de documentos acopiados con más o menos sistematicidad, tal esfuerzo no coincide en todos sus puntos con la etnografía de los archivos coloniales propuesta por Ann Laura Stoler (2010), la cual busca "prestar mayor atención a una política del conocimiento que reconozca la importancia de los géneros archivísticos, las culturas de documentación, las ficciones de acceso y las convenciones archivísticas" (p. 466). A propósito de sus investigaciones sobre la experiencia colonial holandesa, ha dicho que "los estudios de las experiencias coloniales 'extraen' el *contenido* de las comisiones e informes gubernamentales, pero rara vez prestan atención a *forma* o *contexto* peculiar". Más adelante, avanzando en su propuesta, nos dice "reflexionamos de manera crítica sobre la elaboración de documentos y sobre cómo decidimos utilizarlos, sobre los archivos no como lugares de recuperación del conocimiento, sino de producción del mismo, como monumentos estatales y sitios para la etnografía del Estado. Esto no constituye un rechazo a los archivos coloniales como fuentes del pasado. Más bien, apunta hacia un compromiso constante con tales archivos como artefactos culturales de producción de hechos, de taxonomías en el hacer y de diversas nociones sobre lo que ha configurado la autoridad colonial" (Stoler, 2010, pp. 468-469).

En lugar de frenarse ante estas dificultades, mejor ante esas condiciones epistemológicas, una historia que produce enclaves empíricos asume el reto de aislar, entre un conjunto de elementos interdependientes, alguna práctica en particular para identificar las regularidades que en un momento y lugar determinados le dieron forma y la distinguieron de otras más o menos contiguas. En el caso de la escritura de historias nacionales de la filosofía en Colombia, otras prácticas aledañas son la edición de libros y publicaciones seriadas, la docencia, la escritura de historia o literatura, que frecuentemente se conectó también con el ejercicio de cargos públicos.

Siguiendo la expresión de Michel Foucault (1999), las prácticas se definen "por el sesgo de lo que se hace", esto es, por el estudio del

> conjunto de las maneras de hacer más o menos reguladas, más o menos reflexionadas, más o menos dotadas de finalidad, a través de las cuales se dibujan, a la par, lo que estaba constituido como real para los que buscaban pensarlo y gobernarlo, y la manera en que estos se constituían como sujetos capaces de conocer, de analizar y posiblemente de modificar lo real. (p. 367)

Así, las prácticas se refieren a una correlación entre sujeto y objeto, a un modo de hacer en el que recíprocamente se producen, consolidan y transforman.

Este efecto que refiere Foucault, el de las condiciones históricas de producción de nosotros mismos y nuestros temas de estudio, también introduce incertidumbre: el sujeto y el objeto de conocimiento no son más los puntos de partida para una investigación, sino resultados de procesos diversos en transformación permanente debido, incluso, al ejercicio mismo de la investigación. Tal incertidumbre no se disipa aspirando a descubrir un orden general, una época, una mentalidad, una *Weltanschauung* u otras formas de agrupar prácticas diversas en una totalidad temporal. Por ello, para aislar un enclave empírico habrá que pensar en múltiples niveles de análisis relativos a la posibilidad documental de dar cuenta de unas prácticas.

Establecer cómo se diferenciarían esos diversos niveles es una tarea que le compete a cada investigación. No obstante, permítaseme un breve excurso sobre una imagen que me ha servido para afrontar la dispersión de las prácticas en sus niveles posibles de definición, a través de las maneras en que *lo sensible* se nos ofrece. Al mismo tiempo, esta imagen me ha facilitado la circulación entre la dimensión epistemológica de toda producción de conocimiento sobre el pasado y la dimensión política de la investigación. Tal imagen, el concepto "reparto de lo sensible", nombra

> ese sistema de evidencias sensibles que al mismo tiempo hace visible la existencia de un común y los recortes que allí definen los lugares y las partes respectivas. Un reparto de lo sensible fija entonces, al mismo tiempo, un común repartido y partes exclusivas. Esta repartición de partes y de lugares se funda en un reparto de espacios, de tiempos y de formas de actividad que determinan la manera misma en que un común se ofrece a la participación y donde los unos y los otros tienen parte en ese reparto. (Rancière, 2009, p. 9)

El referido "sistema de evidencias sensibles" depende de condiciones históricas (duración o cambio) que afectan a las "formas de actividad" (las prácticas) en relación con un "reparto de lo sensible" dado. Siguiendo la tesis de Jacques Rancière, tales condiciones definen nuestra percepción, estableciendo el lugar desde el que vemos, pero también dando forma a lo visible: un reparto de lo sensible ordena no solo aquello que se nos ofrece por igual, sino las jerarquías posibles en ese ordenamiento que, como lo indica la cita, ordena incluso espacios y tiempos.

La dimensión política reside no solo en las jerarquías del reparto, sino en aquello que sirve de base al reparto mismo, y que Rancière (1996) presenta como los "no contados", los excluidos por las partes del conteo: "La masa de los hombres sin propiedades se identifica con la comunidad en nombre del daño que no dejan de hacerle aquellos cuya cualidad o cuya propiedad tienen por efecto natural

empujarla [a esa masa] a la inexistencia de quienes no tienen 'parte en nada'" (p. 22).[3] La línea divisoria entre contados y no contados es una instancia donde la igualdad ofrecida en el marco de un reparto de lo sensible cualquiera se vuelve paradójica: ante una misma situación lo sensible se manifiesta de modo diferente a las partes de la disputa (los que tienen y los que no tienen parte). Esa línea divisoria es el lugar donde queda abierto el espacio formal de la política, de una política que pone en cuestión el contorno mismo del reparto de lo sensible bajo la forma del desacuerdo.[4] A contraluz del reparto, "las estructuras del desacuerdo son aquellas en las que la discusión de un argumento remite al litigio sobre el objeto de la discusión y sobre la calidad de quienes hacen de él un objeto" (Rancière, 1996, p. 11). Aquí, de nuevo, se pone en juego la historizada codependencia entre objeto y sujeto que, como se mostró atrás, Foucault traza a propósito de las prácticas.

La formalidad con que Rancière caracteriza a la política, el grado de generalidad al que aspira, no resulta interesante para una historia de las prácticas de escribir. Desde el punto de vista del trabajo empírico necesario en todo trabajo histórico, y de ciencias sociales, pretender abarcar una experiencia universal de la política supera las fuerzas de cualquier equipo de investigación. Además, alcanzar tal formalidad implicaría deslocalizar el trabajo investigativo pues, más allá de las referencias a la filosofía y la vida política en la antigua Grecia que hace Rancière en su libro *El desacuerdo* (1996), la imagen de la

3 "El partido de los pobres no encarna otra cosa que la política misma como institución de una parte de los que no tienen parte. Simétricamente el partido de los ricos no encarna otra cosa que la antipolítica. De la Atenas del siglo V a. C. hasta nuestros gobiernos el partido de los ricos no habrá dicho nunca sino una sola cosa, que es precisamente la negación de la política: *no hay parte de los que no tienen parte*" (Rancière, 1996, p. 28).

4 "Por desacuerdo se entenderá un tipo determinado de situación de habla: aquella en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro. El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura [...]. Los casos de desacuerdo son aquellos en los que la discusión sobre lo que quiere decir hablar constituye la racionalidad misma de la situación de habla" (Rancière, 1996, p. 8).

política que propone resulta transhistórica: una política que "no tiene objetos o cuestiones que le sean propios", cosa que ratifica cuando afirma: "Todo lo que aquélla hace es darle [a la igualdad] una actualidad en la forma de casos", así "el carácter político de una acción no es su objeto o el lugar donde se ejerce sino únicamente su forma" (p. 47).

Tal grado de abstracción tampoco interesa a este trabajo porque exige trazar una distinción, quizá innecesaria, entre dos puntos de vista dependientes: lo que ocurre bajo la lógica del desacuerdo y lo que ocurre dentro de la lógica del reparto de lo sensible, respectivamente, según términos de Rancière, *política* y *policía*.[5] Pero esa distinción, al menos para un trabajo empírico, podría suprimirse, pues implica una generalización de lo político a tal punto que solo hay política cuando es formal. En el marco de esta pretensión de universalidad, los actos singulares relativos a circunstancias precisas no alcanzan un carácter político (solo policivo), pues no son más que reiteraciones de unas condiciones de sensibilidad preestablecidas. Así se despotencian políticamente los actos singulares cotidianos y también las formas conservadoras de resistencia, elementos centrales cuando se trata de comprender la acción política popular.[6]

5 "La policía no es tanto un 'disciplinamiento' de los cuerpos como una regla de su aparecer, una configuración de las *ocupaciones* y las propiedades de los espacios donde esas ocupaciones se distribuyen [...]. Espectacular o no, la actividad política es siempre un modo de manifestación que deshace las divisiones sensibles del orden policial mediante la puesta en acto de un supuesto que por principio le es heterogéneo, el de una parte de los que no tienen parte, la que, en última instancia, manifiesta en sí misma la pura contingencia del orden, la igualdad de cualquier ser parlante con otro ser parlante. Hay política cuando hay un lugar y unas formas para el encuentro entre dos procesos heterogéneos. El primero es el proceso policial en el sentido que se intentó definir. El segundo es el proceso de la igualdad" (Rancière, 1996, pp. 45-46).

6 El valor de las costumbres y del esfuerzo por conservarlas, aun de las inventadas estratégicamente, es un enorme capítulo de la producción intelectual en torno a la acción política. Esto puede verse en la historia cultural y en concreto en libros como *El queso y los gusanos*, de Carlo Guinzburg, o *La gran matanza de gatos*, de Robert Darnton. Quizá es también el tema más relevante de la historia social británica y particularmente de la obra del historiador E. P. Thompson. Por citar solo un caso, en su libro *Costumbres en común* afirma: "Mi tesis es que la conciencia de la costumbre y los usos consuetudinarios eran especialmente fuertes en el

En resumen, tomo distancia del uso universalista de la expresión reparto de lo sensible debido a tres dificultades: la imposibilidad de abordarlo empíricamente, la deslocalización de la política y la despolitización de lo cotidiano. Estas dificultades pueden enfrentarse si damos una doble acepción a la expresión *reparto de lo sensible*. En tanto que totalidad temporal, el reparto de lo sensible funciona apenas como medio para suponer unas condiciones históricas generales que afectan incluso a nuestra forma de percibir; supuesto relativamente fácil de aceptar, pero inoperante si se lo quiere asumir como un objeto de estudio para investigaciones empíricas.

En consonancia con esto último, en lugar de ocultar la incertidumbre que se impone a todo esfuerzo por dar cuenta de totalidades universalizables, es asumida como parte de la investigación. Por eso prefiero desagregar el reparto de lo sensible en niveles de análisis que me permitan comprender prácticas concretas; habría así múltiples repartos de lo sensible simultáneos, cambiantes y en interrelaciones diversas. De este modo, no solo enfrentamos la incertidumbre por vía del uso de materiales empíricos, sino que se nos abre la posibilidad de pensar la política como la actuación efectiva en relación con los límites (defendidos o desplazados) de un común característico de las prácticas estudiadas. Así evitamos caer en reflexiones etéreas en torno a la posibilidad del cambio y establecemos un discurso positivo sobre, por ejemplo, un momento del pasado a través de herramientas empíricas y localizaciones espaciotemporales relativas a la elaboración de un archivo.

La doble acepción del reparto de lo sensible (como supuesto general y como desagregado de niveles) conecta la investigación empírica con el doble carácter de todo reparto: estético y político. Estético, porque establece las condiciones de posibilidad de la percepción. Político, porque custodia, pero también anuncia la posibilidad de transformación del fundamento mismo de nuestras formas

siglo XVIII: de hecho, algunas 'costumbres' eran inventos recientes y, en realidad, constituían la reivindicación de nuevos 'derechos'" (Thompson, 1995, p. 13).

de percibir y las historiza. A esa política que conserva, Rancière la llama *policía*; a la versión emancipatoria en su estado más general, entendida como exposición de la igualdad, la llama *política* (formal).[7] A diferencia de Rancière, llamo políticas a ambas para resaltar, en el primer caso, un nivel de acción conservadora anclada en lo cotidiano y referida a un común empíricamente determinable, y limito el segundo caso a actos concretos que en diversos niveles trastocan las líneas divisorias que bajo la apariencia de lo "evidente" establecen un reparto de lo sensible, redefiniendo el registro de lo común; tal es la posibilidad del cambio mismo, no el derivado de una especulación sobre la transformación del orden total de las relaciones sociales, sino de uno efectivo y limitado, susceptible de indicarse empíricamente.

Como se verá en el siguiente apartado, elaborar un enclave empírico con las historias de la filosofía en Colombia desde una estética de la política es un intento de cambiar el reparto de lo sensible en un nivel específico: la comprensión de un aspecto del pasado, de unas prácticas de escritura pensadas desde el marco de la nación. Un reparto establecido, por lo menos, desde hace ochenta años; un modo de percepción del pasado filosófico colombiano que lo muestra como menesteroso e historiable solo en relación con una tradición de pensamiento de algunos países de Europa y con la confrontación

7 "El pensamiento de la emancipación opone a esta lógica desigual un principio igualitario definido por dos axiomas: primero, la igualdad no es una meta a alcanzar, es un punto de partida, una presuposición que abre el camino para una posible verificación. En segundo lugar, la inteligencia es una, no hay una inteligencia del maestro y otra del alumno, una inteligencia del legislador y otra del artesano, etc. Hay una inteligencia que no coincide con ninguna posición en el orden social, que pertenece a todos por ser inteligencia de todos. Emancipación entonces significa la afirmación de esta inteligencia y la verificación del potencial de la igualdad de las inteligencias" (Rancière, 2010, p. 133). Mientras que en *El desacuerdo*: "Hay orden en la sociedad porque unos mandan y otros obedecen. Pero para obedecer una orden se requieren al menos dos cosas: hay que comprenderla y hay que comprender que hay que obedecerla. Y para hacer eso, ya es preciso ser igual a quien nos manda. Es esta igualdad la que carcome todo orden natural. No hay duda de que los inferiores obedecen en la casi totalidad de los casos. Lo que queda es que el orden social es devuelto por ello a su contingencia última. En última instancia, la desigualdad sólo es posible por la igualdad" (Rancière, 1996, p. 31).

partidista (mal llamada política), que nos condena a identificar como fuentes filosóficas para esas historias a unos pocos documentos dispersos, que nos señala la actividad filosófica local como deficitaria y en una temporalidad que siempre está en proceso de formación, que tiene un origen reciente o que está por comenzar. Acercase a las historias de la filosofía en Colombia como enclave empírico mostrará también una forma de tramitar la incertidumbre constitutiva de la escritura de la historia a través de 1) la *selección de documentos* pertinentes para esa historia, 2) la organización de estos en *una narración*, 3) el uso de *ideas generales*, 4) la puesta en operación de *conceptos* que tranzan relaciones entre los términos de la narración, 5) la interacción entre los *intereses del investigador* y 6) los de las *comunidades de reconocimiento* de los resultados del trabajo.

Producir un enclave empírico

Mi libro *El terreno común de la escritura: una historia de la producción escrita de filosofía en Colombia 1892-1910* hace visibles elementos *comunes* entre quienes escribían filosofía en el tránsito del siglo XIX al XX. Estas formas de visibilización de la producción local de filosofía se concentran en los impresos con el objetivo de no reducir la escritura filosófica —como ocurre regularmente con los trabajos de historia de la filosofía en Colombia— a las posiciones religiosas de sus autores, a la imagen sobre la mejor organización del Estado que defendían, a sus intereses económicos, a sus compromisos partidistas o a los bandos que tomaron durante alguna de las guerras civiles del siglo XIX colombiano. El punto de partida del libro es la caracterización de la narración del pasado filosófico nacional con la expresión "marco de referencia de la modernidad". Más allá de sus evidentes virtudes, esta narración ha tenido efectos indeseables en las lecturas actuales de la producción filosófica previa a los años treinta del siglo XX en Colombia, efectos de los que hablaré más adelante.

La noción "marco de referencia de la modernidad" me permitió establecer una serie textual que se extiende por cerca de ochenta

años. Agrupa documentos que comparten al menos dos creencias centrales para la *narración* hegemónica del pasado filosófico en Colombia: la primera, que los procesos locales de la filosofía de algunos pocos países, en su mayoría de Europa —procesos comúnmente llamados "tradición filosófica"—, deben ser el rasero de la actividad filosófica nacional; la segunda, que buena parte de la caracterización del pasado de esa actividad en Colombia tiene como principio de explicación la relación que la filosofía entabló con la Iglesia o las disputas por la administración del gobierno central.

Los derroteros que trazan ambas creencias nos ponen ante una diversidad de *fuentes útiles* para hacer la historia de la filosofía en Colombia: documentos escolares, discursos políticos, legislación, artículos de prensa. También indican claves para su lectura: análisis de generaciones, de clases sociales, de partidos políticos, de escuelas filosóficas. Hasta la fecha, el uso de esos documentos y los criterios posibles de lectura traen consigo inercias de lectura que han terminado en una interpretación menesterosa del pasado filosófico colombiano, una historia que siempre estaría en déficit. La razón de ello es que ambas creencias están atrapadas en una narración que proyecta sobre los documentos una teleología que supone la existencia de una historia homogénea que tendría que cumplirse en cada rincón del planeta y que idealiza la actividad filosófica como si fuera una y la misma en todos los lugares y en todos los tiempos. Así, al comparar la actividad filosófica local con esa filosofía idealizada, el resultado es que o no tenemos una filosofía porque no es igual a la de los países europeos que constituyen "la tradición", o no la tenemos debido a que la intromisión de la institucionalidad religiosa durante los siglos XVII y XVIII, y de la política en el siglo XIX no habrían permitido el "adecuado desarrollo" de la filosofía local.

Es claro ya cómo ese par de creencias en las que se apoya el marco de referencia de la modernidad terminan por afectar a las historias de la filosofía en Colombia. De allí que, hasta la fecha, estas han sido incapaces de cuestionar la organización de sus soportes materiales, narrativos e institucionales, y por ello, desde hace ochenta años, siguen percibiéndose los escritos de filosofía colombianos como

apenas filosóficos, dado que no encajan con la "tradición filosófica". Esta percepción pasa por alto el que, en su momento, un medio local de escritores y lectores los reconoció como textos de filosofía.

Algunos temas que prevalecerán en esta narración menesterosa de la filosofía colombiana ya se encuentran en el que, hasta ahora, parece ser el primer documento de esta serie: un texto de Cayetano Betancur titulado "La filosofía en Colombia" (1933). La línea más gruesa de esta historia afirma que hasta la fecha no ha habido filosofía nacional, pero en sus detalles establece algún matiz en el que se acepta una filosofía colombiana, solo que atada a la piedra de lastre del marco de referencia de la modernidad:

> Anticipémonos a responder que no existe una filosofía colombiana si por ella se entiende un cuerpo de doctrina peculiar a nuestra cultura y de origen autóctono. Pero exigir esto es desconocer las leyes más precisas de la historia. ¿Cómo pretender que Colombia con 120 años de independencia política haya también efectuado su emancipación ideológica? No podemos olvidar que somos todavía una colonia europea, cuyo influjo en nuestro pensamiento sólo alejará el trascurso de varias centurias. Por otra parte, las culturas autóctonas han menester también un estado de vida material de soberanía relativa que estamos lejos de disfrutar en estos momentos. (1933, p. 16)

Esta cita tiene buena parte de los elementos que en adelante hicieron carrera cuando se hable de la producción filosófica en Colombia: una idea de evolución histórica en la que la vanguardia es Europa, una filosofía conforme al grado de desarrollo de esa historia unidireccional y homogénea, un estado nacional de atraso, la posibilidad de una filosofía nacional que si se menciona es una referencia sin contenido alguno o sin mayor profundidad en su análisis, o apenas como una posibilidad futura —una posibilidad que muchas veces ni siquiera los autores de esas historia creen alcanzar—. Cierto es que la narración tuvo variaciones en algunos autores, pero aun así la serie textual preserva su base menesterosa.

Luego del texto referido de Cayetano Betancur (1933),[8] la serie pasa por otros que se pusieron en contacto con temas de la crítica literaria y la sociología de los intelectuales (Gutiérrez, 1980, 1989, 2001; Sierra, 1985, 1987, 1988, 1989), la historia de las ideas (Houghton, 1988; Marquínez, 2001), las lecturas de carácter marxista y preocupadas por las relaciones entre la filosofía y la asimilación del capitalismo (Jaramillo, 1998) o los conflictos por la dirección del Estado (Rodríguez, 2003), sobre subdisciplinas filosóficas como la filosofía analítica (Holguín, 1988; Rodríguez, 2002) o la filosofía de la ciencia (Moreno, 2010), y se prolonga, por lo menos, hasta la propuesta de una historia

8 Varios textos podrían considerarse antecedentes de este trabajo, pero dado que no coinciden con el relato y los valores promovidos por el marco de referencia de la modernidad, no entran en esta serie textual y por ello mismo no hacen parte del enclave empírico de referencia para esta investigación. En 1791 se publicó no exactamente una historia, sino un texto de ficción, un congreso, en el que "representamos las diferentes opiniones que hay hoy entre los doctos en orden a la filosofía. Esta es una idea general, que no está ceñida a Reino, Provincia o Ciudad determinada. Es un juicio de la filosofía según que se halla censurada o defendida en innumerables escritos. No hacemos la historia de disputas particulares; redúcese la cuestión a estos términos generales: si sea mejor introducir en las escuelas los cursos modernos, o sostener todavía los antiguos" (Silva, 1982, pp. 8-9). Pero aquí la imagen de homogeneidad de la filosofía no se ve perturbada por su procedencia nacional, como sí ocurrirá con las historias de la filosofía a lo largo del siglo xx.
Debe considerarse también el capítulo viii del libro *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres, el cual se ocupa, como lo indica su título, de las "corrientes filosóficas de América Latina". El texto coincide con estas historias de la filosofía en Colombia escritas a partir de 1933 en el diagnóstico de que "el criterio filosófico, cada vez más tolerante y lato, resultado de la general cultura de nuestros días, influye necesariamente en las modalidades intelectuales de pueblos que rastrean con ávida persistencia, para imitarlo y a las veces para exagerarlo, el movimiento de las ideas europeas, pero está muy lejos de haber alcanzado una nivelación" (Torres, 1909, p. 162). No obstante, no propone una relación de ruptura entre el presente y ese pasado ni niega la utilidad inmediata de la filosofía (López, 2018, pp. 179-183) que reclamarán las generaciones de filósofos educados en la senda de la normalización (Sierra, 1985). Otra historia de la filosofía no entra en el enclave empírico debido a que iguala la situación filosófica nacional con la de la tradición, trazando una continuidad y una homogeneidad que ningún texto posterior señalará es "¡Honor al filósofo griego que suministró la base a la filosofía cristiana, al grande Agustín que, como otro David, allegó materiales para el suntuoso templo que había de levantar el doctor de Aquino; a fray Cristóbal de Torres, que estableció entre nosotros un semillero de sabiduría tomista, y finalmente, a la sombra ilustre de Monseñor Carrasquilla, restaurador del Colegio del Rosario, sabio intérprete de Aristóteles, de san Agustín, de Santo Tomás y del fundador del viejo Claustro!" (Renjifo, 1915, p. 333).

social de las ideas filosóficas escrita por Damián Pachón (2011, 2020). A pesar de la tradición que se ha ido consolidando, del desarrollo de los procedimientos metodológicos y de la riqueza en información que han transmitido hasta el presente, esta variada gama de textos acepta y perpetúa unas formas de precepción del pasado filosófico local de las que podemos y quizá debemos prescindir.

Tales formas de percepción se perpetúan a través de *ideas* y *conceptos* que se repiten a veces como evidencias incuestionables. Pasa, por ejemplo, cuando Rubén Sierra Mejía (1985), a propósito de la novedad que adjudica a los filósofos de los años cuarenta, afirma que "esa ruptura que nos ocupa fue más bien un empezar de nuevo antes que una reacción violenta frente a lo existente. Los filósofos colombianos que iniciaron el proceso de pensamiento contemporáneo simplemente dejaron de lado lo que encontraron en nuestra tradición" (p. 10). Danilo Cruz Vélez (1988), por su parte, luego de insistir en que no hay filosofía sin metafísica y que "no se encuentra un rastro verificable con rigor del paso de la metafísica moderna por nuestro territorio" (p. 175), nos dice, en una reconstrucción del pasado filosófico nacional, que "como resulta de este melancólico recuentro de una historia de omisiones y deficiencias, todo lo tenemos por hacer. Esta fue la herencia que nos dejaron nuestros antepasados. Nuestro presente y nuestro futuro solo pueden ser, por ello, tiempos de trabajo incesante y denodado" (p. 183).

A pesar de que se distancian de esta imagen rupturista de la historia de la filosofía en Colombia, los filósofos del grupo de Bogotá no son muy diferentes;[9] ellos, con todo y su optimismo, simplemente

9 "El Grupo de Bogotá era un conjunto de profesores de la Universidad Santo Tomás que hacia mediados de los años setenta hizo suyo el problema de la 'filosofía latinoamericana', tanto en su línea de 'historia de las ideas' (Gaos, Zea, Roig, Ardao y Miró Quesada) como en la línea de la 'filosofía de la liberación' (Salazar Bondy, Dussel y Scannone, etc.). Estaba compuesto, entre otros, por los profesores Germán Marquínez Argote, Jaime Rubio Angulo, Francisco Beltrán Peña, Joaquín Zabalza Iriarte, Luis José González, Eudoro Rodríguez, Teresa Houghton, Saúl Barato, Gloria Isabel Reyes, Juan José Sanz, Daniel Herrera Restrepo y Roberto Salazar Ramos. El grupo realizó una notable labor de discusión y difusión de estos problemas en un país que, como Colombia, jamás tuvo una vocación latinoamericanista. Creó instituciones que aún hoy perduran, como la

retomaron el relato de sus antecesores, asumieron sus ideas acerca de la filosofía y del devenir temporal en el que ella se inscribe para, finalmente, dar por hecho que habían dado un paso al frente en el perfeccionamiento del oficio y que era el momento de hacer filosofía de cuño propio, por ello asumieron el proyecto de una filosofía latinoamericana.[10]

La visión de la actividad filosófica en Colombia que nos ofrece esta narración está atada a una *idea de filosofía* que no habría tenido en lo local un suelo fértil. Tal idea se replica también en el uso de *parejas de conceptos* como *atrasado/moderno*,[11] *ilustrado/no ilustrado*,[12]

revista *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, el Centro de Enseñanza Desescolarizada (CED), la Biblioteca de Autores Colombianos (BAC), la Maestría en Filosofía Latinoamericana y los congresos internacionales de Filosofía Latinoamericana, que por aquella época causaban desconcierto y revuelo en la comunidad filosófica local" (Castro-Gómez, 2011, p. 236).

10 "Una de las características que definen el estado actual de la filosofía en Colombia es la existencia y convivencia de un conjunto de tendencias y corrientes. Se trata de un pluralismo jamás experimentado en la historia cultural del país. Ello puede ser quizá un signo inequívoco de que estamos entrando en nuestra mayoría de edad y de que la actividad filosófica se esté encaminando a su 'normalización' […]. Junto a las corrientes anteriores, y a comienzos de la década de los setenta, comenzó a emerger en el país lo que se ha llamado el movimiento de la filosofía latinoamericana, cuyo cultivo se ha acendrado en el grupo de profesores de filosofía de la Universidad Santo Tomás. La emergencia de este movimiento en nuestro país no tiene antecedentes históricos, como sí lo ha tenido en países como Méjico, Perú y Argentina" (Salazar, 1988, pp. 368-369).

11 La asociación entre filosofía y modernidad es recurrente. Muchos trabajos que van desde la Ilustración hasta el siglo XX lo refieren y no es raro que libros y artículos de filosofía usen el término modernidad en sus títulos. Dos trabajos que obligatoriamente deben referirse aquí son *La modernidad postergada* (1998), de Rubén Jaramillo Vélez, y *La filosofía en Colombia: modernidad y conflicto* (2003), de Manuel Guillermo Rodríguez Valbuena.

12 Véase, por ejemplo, la periodización de la historia de la filosofía en Colombia de Jaime Rubio Angulo en su artículo "Filosofía en Colombia, una crisis que da que pensar" (1982) o la de Jaime Jaramillo Uribe en "Tres etapas de la historia intelectual de Colombia" (1968) y en "Antecedentes de la filosofía", que sirve de introducción a la valiosa compilación de opiniones de filósofos colombianos a cerca de su propio trabajo hecha por el padre Jaime Vélez Correa, *El proceso de la filosofía en Colombia* (1961). Es aclaradora la mirada crítica de la función del discurso ilustrado en el actual territorio colombiano, y en concreto de cara a su asociación con un discurso de limpieza de sangre, en la *Hybris del punto cero* (2005), de Santiago Castro-Gómez. Menos conectado al discurso decolonial puede verse el libro de Mauricio Nieto, *Orden natural y orden social* (2007).

secular/religioso,[13] *normal/anormal*.[14] Algunos de los términos de estas oposiciones han servido para calificar la historia de la actividad filosófica dentro del actual territorio colombiano, congelando su comprensión en un modelo binario. En otras palabras, no importa qué término de la pareja se elija para valorar esos textos, las opciones están estancadas en un tipo de narración que inscribe la producción filosófica local en una teleología no justificada: de un lado, el caso general, las historias de la filosofía en Colombia consideran dichos textos deficitarios porque no fueron ilustrados ni modernos y se mantuvieron en el espectro religioso y de anormalidad. Tales historias hablan como si existiera un mínimo predefinido que por alguna razón debió alcanzarse en un momento específico: la filosofía idealizada. De otro lado, los pocos casos en que se le otorga a la producción nacional el título de "filosofía moderna" siguen atados al "marco de referencia de la modernidad", pues tras el "mérito" que se le endilga a la producción filosófica local opera una teleología definida por un proceso histórico foráneo (el de la historia local de la filosofía de unos pocos países europeos) que sirve de "mínimo predefinido" y que sigue mostrando que a pesar de lo moderno hay un atraso. La siguiente frase de Rafael Gutiérrez Girardot es ilustrativa: "No cabrá negar la anticipada modernidad de la obra filosófica de Carlos Arturo

13 En esta clave puede mencionarse, entre muchos casos posibles, un texto que resulta ejemplar, el artículo "Neoescolástica y secularización de la filosofía en Colombia", de Edgar Ramírez (2007).

14 Esta pareja se ha convertido en una de las claves de interpretación del pasado filosófico en Colombia y del oficio presente del filósofo, por lo que se puede encontrar en muchos de los trabajos que se ocupan de la filosofía del siglo XX. Tempranamente se puede encontrar disperso en trabajos de filosofía como *Ambiente axiológico de la teoría pura del derecho,* de Rafael Carrillo (1979/1947), o en los trabajos de historia de la filosofía de, por ejemplo, Rubén Sierra Mejía; también en casi todos los artículos de *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)*, donde diversas generaciones de filósofos colombianos discutieron sobre el estado de la filosofía nacional (1988). Algunos ejemplos recientes son el artículo del Guillermo Hoyos Vásquez titulado "Medio siglo de filosofía en Colombia. Observaciones de un participante" (1999) y los libros de Damián Pachón Soto titulados *Estudios sobre el pensamiento colombiano* (2011) y *Estudios sobre pensamiento colombiano*, vol. 2 (2020).

Torres" (2005, p. 28). Como se ve, con el término *moderno* Gutiérrez Girardot se refiere a la convivencia de dos temporalidades opuestas: una condición histórica de la nación en la que un autor moderno se destaca dentro de un ambiente que no lo es. Aun la brevedad de este ejemplo muestra bien cómo, bajo una *idea* de la "filosofía" y en una perspectiva nacional, algunos de los *conceptos* —efecto de un reparto de lo sensible dado— con que operan los historiadores de la filosofía en Colombia funcionan como el anverso y el reverso de una moneda que tiene por borde a un modelo narrativo, tales conceptos son el efecto de un reparto de lo sensible que permite circular metálico en devaluación.

Salgamos del ejemplo para ver algunos resultados del procedimiento seguido hasta aquí. La similitud de un grupo de fuentes no queda establecida por el hecho de que esos documentos sean presentados como un grupo homogéneo, unas "historias de la filosofía en Colombia", por ejemplo; tampoco porque los documentos se citen, se contradigan y refieran entre sí con resultados más o menos similares frente a un "objeto" de conocimiento idéntico, como lo sería "un pasado filosófico". Claro que *las evidencias explícitas en las fuentes son un importante indicador para construir unidades de análisis, pero una historia de la práctica de escribir establece una serie documental como un conjunto de fuentes más allá del señalamiento de esas evidencias*, en ello consiste establecer un "enclave empírico". En el ejemplo, las evidencias (que son historias de la filosofía) fueron el punto de partida para identificar las regularidades que integra la noción "marco de referencia de la modernidad".

La identificación de regularidades en la escritura no quiere decir que se escoja "a dedo", caprichosamente, lo que conviene en función de lo que se busca. Incluir y excluir materiales al elaborar un enclave empírico es tramitar la incertidumbre del trabajo de investigación sin nostalgias por la totalidad: seleccionar *documentos*, negociar con *narraciones* existentes y producir nuevas, aceptar y producir *ideas* y *conceptos* sobre la materia que nos ocupa, explicitar unos *intereses* propios, entrar en diálogo con las *comunidades de reconocimiento*. Por ello, aunque suene a verdad de Perogrullo, aquí no he hablado de una idea de filosofía en general o de la filosofía como se la

entendió en un momento específico de la historia de Colombia, esto desborda las posibilidades que autoriza el enclave empírico definido. Aquí simplemente he insistido en una regularidad narrativa en las historias de la filosofía en Colombia del siglo XX. Esto muestra otro resultado: la necesidad de *delimitar con cuidado lo que se puede y no se puede seguir del enclave empírico de referencia*.

En el capítulo dos del libro *El terreno común de la escritura* agrupé unos documentos por la reconstrucción de esas regularidades, esto es, delimité un "enclave empírico con las historias de la filosofía en Colombia atadas al marco de referencia de la modernidad". Gracias a ello pude tomar distancia de la mirada menesterosa del pasado de esas historias. Desde el punto de vista del periodo que me ocupa en el libro, pude modificar los criterios de organización y de percepción de unos documentos entre los que unos poquísimos habrían sido reconocidos como filosóficos. En breve, la producción de este enclave empírico se convirtió en un esfuerzo por intervenir el reparto de lo sensible en el nivel de las condiciones de posibilidad de esas historias: en lugar de una búsqueda, casi siempre infructuosa, de los textos que podían alcanzar el estatuto de la filosofía idealizada, ahora aparecen frente a nosotros innumerables documentos reconocidos, en formas variables, por sus autores y contemporáneos como filosóficos. Son textos susceptibles de convertirse en nuevos enclaves empíricos que ayuden a dar forma a una narración renovada de la actividad local de la filosofía, esto es, producir una narración que no dependa de la fantasía normativa de una filosofía idealizada o de una modernidad difícil de asir, sino de esos textos que ahora empezamos a percibir.

En pocas palabras, a pesar de las formas de incertidumbre que se introducen con los procedimientos metodológicos (limitación y empleo dirigido de los documentos, historicidad del sujeto y el objeto de conocimiento, imposibilidad empírica de dar cuenta de totalidades universalizantes), en mi trabajo de investigación los usé como puente para cuestionar los criterios con que se ha elaborado hasta ahora el pasado filosófico colombiano, en lugar de verlos como un problema o algo que se suprime mientras se avanza. La temporalidad que estas

historias definían también se vio afectada, pues sin dejar de reconocer novedades en la actividad filosófica en Colombia a partir de los años treinta y cuarenta del siglo xx, pude trazar líneas de continuidad entre la filosofía de esos años y las formas de escritura reconocidas como filosóficas en décadas precedentes, esto al menos desde 1892.[15] Esta continuidad es imperceptible desde el reparto de lo sensible de la narración menesterosa del pasado filosófico nacional. Es una continuidad que en su versión más amplia y general no adquiere consistencia por la supuesta homogeneidad de una filosofía propiamente colombiana o latinoamericana, sino porque efectivamente se ha reconocido la existencia local de filósofos y libros de filosofía producidos en el actual territorio colombiano, incluso desde el siglo xvii.[16]

15 He tratado extensamente esta cuestión en el capítulo dos del libro *El terreno común de la escritura*. Allí muestro que se puede probar con una breve revisión de la historia de la educación en Colombia que tras las creencias que conforman el marco de referencia de la modernidad, una generación de filósofos generó la imagen —hoy en día dominante en la historia de esa disciplina— de haber sido los iniciadores de la filosofía, en tanto que filosofía moderna, apoyados en "tres pilares que los nuevos filósofos habrían considerado exclusivos del desarrollo profesional de la filosofía: unas instituciones universitarias y unos modelos editoriales; unas formas de reconocimiento y divulgación, y, sobre todo, unos procedimientos característicos del trabajo filosófico" (López, 2018, p. 138). Pero cada uno de estos proyectos se identifican en textos filosóficos de la segunda mitad del siglo xix y las formas institucionales se consolidan con la reforma educativa de 1890.

16 Tanto en los catálogos de Redmond (1972) como de Pinzón (1987), se tiene registro de un manuscrito del año 1620, el cual se encuentra disponible en el Manuscrito 34 de la Biblioteca Nacional de Colombia (bnc). Dicho texto se titula *De scientia dei... Et haec sufficiant pro ista scientia Dei ad laudem sanctissimae trinitatis Sacratissimae virginis Mariae et Angelici Doctoris D. Th., die 27 nobembris anni domini 1620* (Pinzón, 1987, p. 80). Sin embargo, no se registra información alguna de su autor o de su procedencia. Posterior a este documento, se encuentra el manuscrito del jesuita Jerónimo Escobar titulado *In logicam. Summulae seu introductio ad Aristotelis dialecticam*, el cual data de 1628 y se encuentra en el Manuscrito 55 de la bnc. A pesar de lo poco que se han trabajado estos manuscritos, ya empiezan a circular y a estudiarse algunos de estos trabajos: la Biblioteca Virtual del Pensamiento Filosófico en Colombia (bvpfc), de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, ha publicado digitalmente más de cuarenta de ellos, y transcrito del latín algunos, que en algunos casos han sido traducidos. Recientemente se publicó en las tres etapas, con un estudio introductorio de Carlos Arturo Arias Sanabria, la obra del jesuita Martín de Eussa (2020) titulada *Controversia sobre la obligación de reparar las injusticias y los daños contra cualquier clase de bienes humanos.*

Dimensión política de los objetos de conocimiento

En esta historia de las prácticas de escribir filosofía no es difícil identificar las resonancias de procedimientos típicos de una arqueología del saber, en particular aquellos relacionados con el cambio epistemológico que sufre el discurso histórico desde tiempos de Karl Marx, según nos dice Foucault. Tal cambio fue formulado como "la revisión del valor del documento" (Foucault, 2003, p. 9), invitándonos a pensar en el reordenamiento de un reparto de lo sensible por el que la historia deja de ser vista como "una memoria milenaria y colectiva que se ayudaba con documentos materiales para recobrar la lozanía de sus recuerdos", para convertirse en

> el trabajo y la realización de una materialidad documental (libros, textos, relatos, registros, actas, edificios instituciones, reglamentos, técnicas, objetos, costumbres, etc.) que presenta siempre y por doquier, en toda sociedad, unas formas ya espontáneas, ya organizadas, de remanencias. El documento no es el instrumento afortunado de una historia que fuese en sí misma y con pleno derecho *memoria*; la historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos de la que no se separa [...]. En nuestros días, la historia [...] despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos. (Foucault, 2003, pp. 10-11)

Esta comprensión de la historia, desde sus procedimientos y no desde su objeto de interés, no puede llevarnos a confundir la historia de una práctica de escritura con cualquier otro trabajo de historia escrita, en particular cuando algunos afrontan el reto de dar cuenta de procesos históricos. De entrada, el análisis de un proceso requiere de múltiples elementos y de su paulatina interacción y transformación, mientras que la descripción de prácticas —de esos modos "de obrar y de pensar, que dan la clave de inteligibilidad para la constitución correlativa del sujeto y del objeto" (Foucault, 1999, p. 367)— se funda en el trabajo documental de definición de enclaves empíricos.

En los términos de un trabajo investigativo, las prácticas, el asunto mismo del que se ocupa la investigación, deberán tomarse

> como dominio homogéneo de referencia, no las representaciones que los hombres se dan de sí mismos, ni las condiciones que los determinan sin que lo sepan, sino lo que hacen y la manera en que lo hacen. Es decir, las formas de racionalidad que organizan las maneras de hacer (lo que se podría llamar su aspecto tecnológico), así como la libertad con la cual actúan en estos sistemas prácticos, reaccionando a lo que hacen los otros y modificando hasta cierto punto las reglas de juego (es lo que se podría llamar la vertiente estratégica de esas prácticas). La homogeneidad de estos análisis histórico-críticos está, por tanto, asegurada por este dominio de las prácticas con su vertiente tecnológica y su vertiente estratégica. (Foucault, 1999, p. 350)

Los puntos continuos y discontinuos que ayudan a establecer un enclave empírico aparecen en esta cita, respectivamente, como una vertiente tecnológica que se ocupa de señalar un modo regular de operar dentro de un reparto de lo sensible dado y una vertiente estratégica que constituye la oportunidad del cambio. Por ello, han de entenderse las historias de las prácticas como un ejercicio de abstracción que nos permite tomar distancia de las inercias explicativas a partir de la delimitación de un conjunto de documentos de naturaleza similar. En concreto, producir un enclave empírico es una cuestión de límites: definir las prácticas de escribir a partir de las regularidades que *a posteriori* permiten considerarlas como un grupo de fuentes más o menos estable, como en el caso aquí examinado.

A diferencia de las historias de las prácticas, la elaboración de un proceso histórico requiere del contraste amplio de fuentes primarias de diversa naturaleza que ayuden a producir con mayor o menor claridad, por ejemplo, la imagen extendida que en un momento se tuvo de esa práctica determinada espaciotemporalmente que llamamos *filosofía*. Esto es, la reflexión sobre los procesos históricos no se ocupa solo del enclave de referencia, sino del área más amplia que circunda al

enclave empírico. Además, estudiar un proceso consiste en dar cuenta de la transformación de prácticas diversas en márgenes temporales relativamente amplios (explica), mientras que una historia de la práctica de escribir tiene objetivos más discretos: sacar a la luz las condiciones que en un periodo definieron unas formas delimitadas de hacer y de pensar que condensamos con el término *prácticas* (describe).

En este sentido, una historia del ejercicio de escribir filosofía se nutre, pone en diálogo y cuestiona las narraciones más generales de los procesos históricos, pero a su vez aprende de ellos y puede convertirse en un insumo para estos. La historia de la práctica de escribir filosofía no solo ayuda a dar forma y procesar los materiales de una actividad filosófica local, sino que ofrece elementos para revisar, corregir o construir las narraciones de, por ejemplo, la sociología de los intelectuales o las historias de la cultura (de la literatura, del libro, de los lectores). Más importante aun, este tipo de historia es también un modo de ampliar los registros del análisis del pasado, nuestra percepción de él. Ya no pretende dar cuenta de este como si fuera un decurso unidireccional y homogéneo siempre idéntico a sí mismo. Una historia como la de las prácticas de escribir nos obliga a redibujar continuamente nuestro pasado, a incluir elementos (tipos de documentos, agentes, relaciones, niveles de análisis) no percibidos con anterioridad en las historias existentes, o a revalorar los pesos y lugares asignados a las fuentes que siempre volvemos a usar. Así el pasado aparece como un relato cambiante en función de los problemas puntuales relativos a nuestras inquietudes en el presente e indisociable de una materialidad documental.

Un paso inicial para abrir nuevas posibilidades consiste en abordar las historias de la filosofía nacionales escritas en Colombia no como simple información sobre otros tiempos, sino como una práctica situada espaciotemporalmente, y, además, dar a esas historias la forma de enclave empírico para una investigación. Primero, para elaborar una narración no menesterosa de la producción escrita de filosofía. Segundo, para mostrar todo lo que comparten los escritores de filosofía repartidos entre los partidos políticos antes de los años treinta del siglo xx; escritores que, por la inercia de las explicaciones partidistas en la

historia nacional, se han considerado absolutamente diferentes entre sí y, por esta vía, ha sido imposible, además, percibir las continuidades entre ellos y la generación que dio impulso a las historias de la filosofía. Tercero, para probar que no es la genialidad individual, aislada en un medio hostil al pensamiento y sin una comunidad de interacción, lo que generó obras filosóficas que algunos denominan *modernas* (*Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres, por ejemplo);[17] sino que estas obras son el efecto de las dinámicas sociales en las que bandos que pugnaban entre sí se establecieron en torno a, por lo menos, una práctica común: el ejercicio históricamente situado de escribir filosofía. En pocas palabras, tomar como punto de partida el relato oficial de las historias de la filosofía en Colombia para producir nuevas narraciones de la actividad filosófica local en el pasado es un señalamiento sobre las limitaciones históricas de nuestras formas de hacer historia.[18] Es también un esfuerzo y una invitación a que volvamos sobre documentos olvidados por el mismo relato que los mantiene presentes y a que salgamos de las narraciones que empobrecen nuestras maneras de recordar.

A modo de corolario, diré que las formulaciones metodológicas son el punto de contacto entre dos fuerzas opuestas, que ciertamente son análogas a las vertientes tecnológica y estratégica de la cita de Foucault: por un lado, un reparto de lo sensible que no puede modificarse a voluntad o a través de un mítico acto individual de genialidad y, por el

17 A pesar de que, por sus peculiaridades, la obra de Nicolás Gómez Dávila suele leerse como nacida en solitario, sin embargo, ya empiezan a surgir lecturas menos romantizadas, como la que aparece en un artículo reciente de Nicolás Antonio Barguil (2018). Allí el autor se esfuerza por mostrar a través de una sencilla recopilación documental "el círculo y el ambiente cultural" de Gómez Dávila.

18 Un señalamiento que no tiene nada de nuevo y que ya se escucha desde los años ochenta, por ejemplo, en la obra de Germán Colmenares, quien, a propósito de la *Historia de la revolución de la Nueva Granada* (1824), de José Manuel Restrepo, nos dice: "En cambio, sí resulta extraordinario que una masa imponente de hechos haya calzado con tanta justeza en un molde interpretativo capaz de conferirles una unidad. Después de casi siglo y medio podemos asombrarnos de que este molde no se haya modificado un ápice en nuestra propia conciencia (y me refiero aun a la de los historiadores profesionales) y que el periodo de la Independencia siga siendo, con muy leves retoques, rectificaciones o extensiones, el que nos legó [...] nuestro primer historiador" (1986, p. 9).

otro, una disposición crítica para recibir un material documental reelaborándolo como enclave empírico. Aceptar el contacto entre ambas fuerzas sin que se cancelen entre sí tiene consecuencias ontológicas y políticas. Desde el punto de vista ontológico, atendemos a la cuestión de la naturaleza del pasado, en la medida en que este ya no se ve como una sustancia que debe ser definida en sí misma, sino que aparece como algo relativo a la solidez material, técnica y narrativa con que nuestros trabajos lo presentan, dentro de un marco espaciotemporal dado, y de cara a una comunidad que los avala o no. Así, toda elaboración de un enclave empírico genera una imagen del pasado, sabiéndolo múltiple, cambiante y en interacción permanente con materiales, comunidades e investigadores.

Dicho sintéticamente, generar enclaves empíricos como modo de tramitar la incertidumbre nos ubica en un escenario transdisciplinar.[19] Es decir, nos pone frente a la tarea de producir nuestros objetos de investigación y de hacerlo con la intención de visibilizar e incluso llegar a redefinir un reparto de lo sensible. De allí que una historia de la práctica de escribir *se sirva del presente en la definición de sus propios objetos de estudio*. Una historia de la práctica de escribir no se limita a indicar una realidad (a una percepción históricamente situada), sino que se dirige también a las condiciones de posibilidad de esa percepción, esto es, a la relación entre el sujeto y el objeto, por ejemplo, en una historia nacional de la filosofía que es menesterosa.[20] Esta historia también es política en cuanto apunta a la visibilización o transformación de una dimensión estética que podemos entender

19 He formulado de manera incipiente esta idea en un artículo titulado "Transdisciplinariedad: método y política. Un viaje en primera persona desde la filosofía" (López, 2011).

20 Por eso, para Foucault (1999), las preocupaciones de esta historia la convierten en una "historia de la emergencia de los juegos de verdad: [...] la historia de las 'veridicciones', entendidas como las formas según las cuales se articulan, en un dominio de cosas, discursos susceptibles de ser llamados verdaderos o falsos: cuáles han sido las condiciones de esta emergencia, el precio que, en alguna medida, ésta ha pagado, sus efectos en lo real y el modo en que, ligando cierto tipo de objeto a determinadas modalidades del sujeto, dicha emergencia ha constituido, para un tiempo, para un área y para individuos dados, el *a priori* histórico de una experiencia posible" (p. 364).

> como el sistema de formas *a priori* que determinan lo que se da a sentir. Es un recorte de tiempos y de espacios, de lo visible y de lo invisible, de la palabra y del ruido que define a la vez el lugar y la problemática de la política como forma de experiencia. La política trata de lo que vemos y de lo que podemos decir al respecto, sobre quién tiene la competencia para ver y la cualidad para decir, sobre las propiedades de los espacios y los posibles del tiempo. (Rancière, 2009, p. 10)

Acogerse a esta estética de la política implica aceptar que hacer historia de las prácticas abre el escenario de la acción política en cuanto interroga nuestra experiencia de *lo sentido*. En el caso de la historia de la filosofía local en el marco del actual territorio colombiano, el pasado visto como una condición histórica ya no se resigna a ser reducido a una teleología que lo condena al atraso; de igual forma, lo historiable se multiplica en posibilidades aún inexploradas; las fuentes de una historia de la filosofía dejan de ser unos pocos textos dispersos para convertirse en una cantidad indeterminada de reflexiones filosóficas por ubicar entre incontables volúmenes; la existencia de una actividad filosófica se confirma no bajo una idealización, sino como unas prácticas por definir en cada caso; la temporalidad de esa filosofía se complejiza y en lugar de una ruptura o una lenta evolución tenemos una filosofía atravesada por líneas de continuidad y discontinuidad múltiples y relativas a otras prácticas.

Al ocuparnos de niveles de análisis posibles y no de totalidades temporales o transhistóricas, podemos ver cómo lo sensible se vuelve a repartir para un nosotros que tampoco es estable. Ese *nosotros* debe ser establecido en cada caso (por ejemplo, una comunidad nacional de filósofos, o de los interesados en historias locales de la filosofía, o de aquellos que quieren ampliar el estrecho margen de acción del "canon de la filosofía europea"[21]). Esta dimensión política se

21 Sobre las relaciones entre escritos dentro y fuera del canon de la filosofía producida en algunos países de Europa y la actividad filosófica en general, fui invitado a participar con una entrada de blog (López, 2017).

cruza con aspectos epistemológicos, al hacer investigaciones que describen la forma en que las prácticas estudiadas son determinadas por unas condiciones históricas —como el caso examinado de las historias de la filosofía en Colombia—. Esto se convierte en un esfuerzo por cuestionar las desigualdades y los silenciamientos definidos por el reparto de lo sensible que las mismas investigaciones critican.

Una historia de las prácticas no solo es la historia de las condiciones de posibilidad de la política como custodia de un orden en un momento dado y en relación con un enclave empírico específico, sino del modo en que el reparto de lo sensible nos sigue determinando en el presente, dado que el imperio de lo "verdadero" opera sobre inercias arraigadas en la percepción, inercias que silencian aspectos que nuevos pasados pueden hacer visibles, evitando reproducir indefinidamente historias menesterosas. Retomando la pregunta por las historias de la filosofía en Colombia, una historia de las prácticas de escribir puede reconfigurar nuestra percepción de la producción local de filosofía. Esta percepción, definida por el marco de referencia de la modernidad, nos impedía ver la amplia producción filosófica colombiana, su valor relativo a unas condiciones históricas, a repartos de lo sensible alternativos que configuraron aquello que podía ser pensado como filosófico, y los tiempos de unas prácticas filosóficas que extienden sus raíces mucho antes del siglo XX (como lo muestro en *El terreno común de la escritura*). Hacer visibles estos elementos nos abre también la posibilidad de indagar sobre el modo en que hoy los profesionales de filosofía se relacionan con el pasado filosófico local a partir de esas historias y las que podemos empezar a escribir; un tipo de relación que para la filosofía colombiana posterior a los años treinta ha sido de absoluta indiferencia en su versión más radical.

Referencias

Barguil, N. A. (2018). Gómez Dávila ¿un ermitaño en el borde del mundo habitado? En J. F. Mejía (ed.), *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila* (pp. 55-83). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Betancur, C. (1933). La filosofía en Colombia. *Anales de la Universidad de Antioquia*, *6*(2), 15-77.

Carrillo, R. (1979). *Ambiente axiológico de la teoría pura del derecho* (2.ª ed.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. (Publicado originalmente en 1947).

Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Castro-Gómez, S. (2011). *Crítica de la razón latinoamericana* (2.ª ed.). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Colmenares, G. (1986). *Independencia*: *ensayos sobre historia social*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Cruz, D. (1988). Recepción e incidencias en Colombia de la metafísica contemporánea. En *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)* (pp. 175-183). Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Eussa, M. (2020). *Controversia sobre la obligación de reparar las injusticias y los daños contra cualquier clase de bienes humanos*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado de https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/49368/9789587814613%20%28PDF%29.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (2003). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

Gutiérrez, R. (1980). La literatura colombiana en el siglo XX. En J. Jaramillo (ed.), *Manual de historia de Colombia* (1.ª ed., vol. III) (pp. 447-536). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Gutiérrez, R. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Cave Canem.

Gutiérrez, R. (2001). La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo xix. En *El intelectual y la historia* (pp. 57-106). Caracas: Fondo Editorial La Nave Va.

Gutiérrez, R. (2005). Carlos Arturo Torres y el pensamiento contemporáneo. *Aquelarre, 4*(8), 27-28.

Holguín, M. (1988). Recepción e incidencia de la filosofía analítica. En *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)* (pp. 283-288). Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Houghton, T. (1988). Nuestras aproximaciones a la idea de filosofía. En *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)* (pp. 19-38). Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Hoyos, G. (1999). Medio siglo de filosofía en Colombia: reflexiones de un participante. *Revista de Estudios Sociales. Historia de las Ciencias Sociales en Colombia*, *1*(3), 43-58. https://doi.org/10.7440/res3.1999.03

Jaramillo, J. (1968). Tres etapas de la historia intelectual de Colombia. *Revista de la Universidad Nacional 1*, 5-26. Recuperado de https://revistas.unal.edu.co/index.php/revistaun/article/view/11663/12315.

Jaramillo, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Temis.

Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.

López, C. A. (2011). Transdisciplinariedad: método y política. Un viaje en primera persona desde la filosofía. *Tabula Rasa*, *15*, 137-148. https://doi.org/10.25058/20112742.101

López, C. A. (22 de agosto de 2017). Del método y los cánones en filosofía [entrada de blog]. *Filosofía fuera del canon: un horizonte más amplio.* Recuperado de https://fueradelcanon.wordpress.com/2017/08/22/del-metodo-y-los-canones-en-filosofia/

López, C. A. (2018). *El terreno común de la escritura: la filosofía en Colombia 1892-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Marquínez, G. (2001). *La filosofía en Colombia: historia de las ideas*. Bogotá: El Búho.

Moreno, J. C. (2010). La filosofía de la ciencia en Colombia: historia de su desarrollo. *Praxis Filosófica*, *31*, 159-167. Recuperado de http://www.scielo.org.co/pdf/pafi/n31/n31a11.pdf

Nieto, M. (2007). *Orden natural y orden social: ciencia y política en El Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pachón, D. (2011). *Estudios sobre el pensamiento colombiano*. Bogotá: Desde Abajo.

Pachón, D. (2020). *Estudios sobre el pensamiento colombiano* (vol. 2). Bogotá: Desde Abajo.

Pinzón, R. (1987). *La filosofía en Colombia: bibliografía de los siglos XVI, XVII, XVIII*. Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Ramírez, E. A. (1997). Introducción. En E. A. Ramírez (ed.), *Neoescolástica y secularización de la filosofía en Colombia* (pp. 5-28). Bogotá: El Búho.

Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible*. Santiago de Chile: LOM.

Rancière, J. (2010). *Momentos políticos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Redmond, W. B. (1972). *Bibliography of the philosophy in the iberian colonies of America*. La Haya: Matinus Nijhoff.

Renjifo, F. M. (Octubre de 1915). La filosofía en Colombia (Prospecto de un libro con el motivo del XXV año del Rectorado del Dr. R. M. Carrasquilla en el Colegio del Rosario). *Boletín de Instrucción Pública de Cundinamarca*, *2*(19), 317-333.

Rodríguez, C. (2002). *La filosofía analítica en Colombia*. Bogotá: El Búho.

Rodríguez, M. G. (2003). *La filosofía en Colombia: modernidad y conflicto*. Rosario: Laborde Editor.

Rubio, J. (1982). La filosofía en Colombia una crisis que da que pensar. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 12*, 48-55.

Salazar, R. (1988). Acerca de la filosofía latinoamericana en la última década en Colombia. En *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)* (pp. 368-415). Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Sierra, R. (ed.). (1985). *La filosofía en Colombia*. Bogotá: Procultura.

Sierra, R. (1987). *Apreciación de la filosofía analítica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Sierra, R. (1988). Recepción e influencia de la filosofía analítica. En *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)* (pp. 289-292). Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Sierra, R. (1989). Carlos Arturo Torres. En R. Sierra (ed.), *Carlos Arturo Torres* (pp. 1-31). Bogotá: Procultura.

Silva, R. (1982). Historia de un congreso filosófico tenido en el Parnaso en lo tocante al imperio de Aristóteles (José Domingo Duquesne). *Revista Colombiana de Educación*, *9*. https://doi.org/10.17227/01203916.5076

Stoler, A. L. (2010). Archivos coloniales y el arte de gobernar. *Revista Colombiana de Antropología*, *46*(2), 465-496. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252010000200010&lng=en&tlng=en

Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.

Torres, C. A. (1909). *Idola Fori: ensayo sobre las supersticiones políticas* (1.ª ed.). Madrid: Sempere y Compañía Editores.

Universidad Santo Tomás de Aquino. (1988). *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia: ponencias del IV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (7-11 de julio de 1986)*. Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino.

Vélez, J. (1961). Proceso de la filosofía en Colombia. *Separata de la Revista Universidad de Antioquia*, *143*, 865-1012.

AUTORAS Y AUTORES

María Juliana Flórez Flórez
Es profesora asociada del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá. Psicóloga de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas, Venezuela), con especialización en Cooperación y Desarrollo de la Universitat de Barcelona y maestría y doctorado en Psicología Social Crítica de la Universitat Autònoma de Barcelona. Sus investigaciones giran en torno al estudio de los movimientos sociales, teorías de la subjetividad, teoría crítica y epistemologías feministas, diversidad epistémica y perspectivas críticas al desarrollo. En 2015 publicó los libros *Lecturas emergentes: el giro decolonial en los movimientos sociales (Vol. 1)* y *Lecturas emergentes: subjetividad, poder y deseo en los movimientos sociales (Vol. 2)*. Correo electrónico: florez.maria@javeriana.edu.co

María Carolina Olarte-Olarte
Es profesora asociada de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia), Colombia. Es doctora en Derecho y magíster en Investigación del Birkbeck College, University of London (Reino Unido). Sus intereses de investigación incluyen las teorías críticas feministas sobre los comunes y el territorio, la geografía legal en la intersección entre el derecho constitucional y el derecho de propiedad, la protesta socioambiental y la construcción de espacio público, y las dimensiones distributivas en los conflictos socioambientales en escenarios de transición. Entre sus publicaciones se encuentran, "¿Mujeres en deuda? Feminismo y microendeudamiento en la transición en Colombia" (2020); "From territorial peace to territorial pacification: Anti-riot police powers and socio-environmental dissent in the implementation of Colombia's Peace Agreement" (2019); "Volver a la tierra: las dimensiones territoriales del trabajo como delimitantes de las opciones laborales de las mujeres en el municipio de Madrid", en coautoría con Guisella Lara Veloza (2019); y "Understanding the

political economy of transitional justice: A critical theory perspective", en coautoría con Hannah Franzki (2013). Correo electrónico: mc.olarteo@uniandes.edu.co

Camila Esguerra Muelle

Es investigadora del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá. Doctora en Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid (España) (mención *cum laude*), con posdoctorado en Género y Desarrollo de la Universidad de los Andes (Colombia), y estancia posdoctoral en la Universitat Pompeu Fabra (España). Es magíster en Género y Etnicidad de la Universiteit Utrecht (Países Bajos) y antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia (mención meritoria). Sus principales líneas de investigación son las migraciones y el cuidado, y las corporalidades, sexualidades y políticas, adelantadas desde las perspectivas interseccional y heterárquica, los estudios artísticos, visuales, culturales, críticos de las migraciones y feministas. Entre sus publicaciones más recientes están "Coloniality, colonialism, and decoloniality: Gender, sexuality, and migration" (2020); "Complejo industrial fronterizo, sexualidad y género" (2020); "Intersectionality and LGBTI public policies in Colombia: Uses and displacements of a critical notion" (2014); y "Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima" (2019). Correo electrónico: c.esguerra@javeriana.edu.co

Tatiana Sánchez Parra

Profesora asistente del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá. Es doctora en Sociología de la University of Essex (Reino Unido), donde también llevó a cabo una maestría en Teoría y Práctica de los Derechos Humanos. Previo a esto, finalizó una maestría en Antropología Social en la Universidad de los Andes (Bogotá), donde también se graduó de antropóloga. Sus intereses de investigación se desarrollan en la intersección entre los estudios sociojurídicos feministas, los estudios

críticos de las transiciones políticas y la antropología médica. Sus últimas investigaciones se han centrado en las violencias reproductivas en el contexto del conflicto en Colombia, particularmente en los niños y niñas nacidas de la guerra y las maternidades forzadas. Su trabajo ha sido publicado en revistas como el *Bulletin of Latin American Research*, el *International Journal for Crime, Justice and Social Democracy*, y el *International Journal of Transitional Justice*. Correo electrónico: tatiana.sanchez@javeriana.edu.co

María Fernanda Sañudo Pazos

Es investigadora del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar y docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales y del doctorado de Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Es antropóloga, magíster en Desarrollo Rural y doctora en Estudios Feministas y de Género. Cocoordina el grupo de trabajo Estado, Desarrollo, y Desigualdades Territoriales, de Clacso. En el marco de esta red de investigación se ocupa de indagar por la relación entre la política minera y las reconfiguraciones territoriales y problematiza sobre el enfoque territorial de la paz y su funcionalidad en la consolidación del modelo neoliberal. Lidera el semillero de investigación Aproximaciones Críticas a las Políticas Públicas, de la Pontificia Universidad Javeriana. Entre sus publicaciones se destacan *(Re)politizar la cooperación al desarrollo: discursos, prácticas y políticas públicas para una solidaridad internacional transformadora* (2018); *Hacia una cooperación internacional transformadora: solidaridades y aprendizajes con los movimientos sociales por los derechos humanos en Colombia* (2016); *Aproximaciones críticas a la relación Estado-territorio* (2018). Correo electrónico: msanudo@javeriana.edu.co

Jorge Daniel Leal Fagúndez

Es profesor en el área de Metodología de la Investigación Social, en el Departamento de Ciencias Sociales del Centro Universitario Regional Litoral Norte de la Universidad de la República (Uruguay). Es sociólogo, doctor por la Universidad de Granada (España) y magíster por la

Universidad de la República (Uruguay). Ha dictado cursos de grado y posgrado como profesor contratado e invitado en la Universidad Nacional de Entre Ríos y la Universidad Tecnológica Nacional (Argentina). Es investigador en la línea sobre Transformaciones Productivas, Empleo y Desarrollo Territorial, e investiga especialmente cuestiones vinculadas con la política pública de desarrollo, las desigualdades territoriales y el empleo. Ha sido responsable de Proyectos de Investigación y Desarrollo (Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República), y ha coordinado y escrito libros, artículos y ponencias. Es integrante de redes científicas y académicas de carácter nacional e internacional. Además, es cocoordinador del grupo de trabajo Estado, Desarrollo y Desigualdades Territoriales, de Clacso. Correo electrónico: jleal@unorte.edu.uy

Natalia Castillo Rojas

Es economista de la Universidad Nacional de Colombia con maestría en Análisis de Problemas Económicos, Políticos e Internacionales Contemporáneos, de la Universidad Externado y es doctora en Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Sus intereses de investigación están centrados en las economías propias, solidarias y alternativas, así como en los movimientos sociales y su relación con la construcción de estas economías. Entre sus intereses también confluyen las relaciones que las comunidades o colectivos tejen en sus territorios. Participó en la LASA 2019 con una ponencia titulada "Prácticas poscapitalistas de la producción del territorio". Actualmente se encuentra en trabajos de investigación de manera independiente. Correo electrónico: natalia_castillo@javeriana.edu.co

Diana Carolina Ojeda Ojeda

Es profesora asociada del Centro Interdisciplinario de Estudios Sobre Desarrollo (Cider), de la Universidad de los Andes (Bogotá). Es geógrafa feminista con pregrados en Historia y en Economía, y magíster y doctora en Geografía de la Clark University (Estados Unidos). Sus intereses de investigación incluyen la relación entre género, espacio

y sexualidad. Coordina el grupo de investigación Espacialidades Feministas. Algunas de sus publicaciones recientes son “La princesa antropóloga: disciplinamiento de los cuerpos y método etnográfico” (2020); “La playa vacía, el bosque exuberante y el otro exótico: herramientas para el análisis crítico del turismo de naturaleza” (2019); “Feminismo y antropología en Colombia: aportes epistemológicos, diálogos difíciles y tareas pendientes” (2019); “Malthus’s specter and the Anthropocene” (2019); “Los paisajes del despojo: propuestas para un análisis desde las reconfiguraciones socioespaciales” (2016). Correo electrónico: dc.ojeda@uniandes.edu.co

Martha Lucía Márquez Restrepo
Es directora del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá. Es doctora en Ciencias Sociales y Humanas y magíster en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana y en Desarrollo Económico de la Universidad Internacional de Andalucía (España). Sus intereses investigativos son los nuevos nacionalismos en América Latina; la relación entre historia, memoria y nación; la política interna y la política exterior venezolana; las relaciones binacionales Colombia-Venezuela; y, en la actualidad, sus efectos en la construcción de la paz en territorios de frontera. Sus más recientes publicaciones son *Historia, nación y hegemonía: la Revolución Bolivariana en Venezuela (1999-2012)* (2019) y “Oil as a strategic means in venezuela’s foreign policy: The cases of ALBA and Petrocaribe, 1998-2013” (2019). Correo electrónico: marquezm@javeriana.edu.co

Carlos Arturo López Jiménez
Es investigador del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá, donde también es docente de la Maestría en Estudios Culturales y del Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales. Es doctor en Historia de la Freie Universität Berlin (Alemania), y magíster en Historia y filósofo de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Sus investigaciones hasta

la fecha han consistido en acercamientos históricos a la producción escrita del conocimiento filosófico y social en español durante los siglos XIX y XX. Además de usar herramientas de la historia de los intelectuales, de los saberes y de otras disciplinas académicas como la sociología y la filosofía, se interesa por la epistemología de las ciencias sociales como tema de investigación y como herramienta analítica para sus trabajos históricos. Es autor del libro *El terreno común de la escritura: la filosofía en Colombia 1892-1910* (2018). Correo electrónico: carloslopez@javeriana.edu.co

§

Investigar a la intemperie.
Reflexiones sobre métodos en las ciencias sociales desde el oficio
se compuso con tipografía
de la fuente Minion Pro.
Se terminó de imprimir en los talleres
de DGP Editores en diciembre del 2020.

§